CAMINOS PARA LA PAZ

LITERATURA ISRAELÍ y ÁRABE EN CASTELLANO

Edición a cargo de

Ignacio López-Calvo
y
Cristián H. Ricci



Caminos para la paz : literatura israelí y árabe en castellano / Andrés Aldao...[et.al.]. ; edición
literaria a cargo de: Ignacio López Calvo y Cristián Ricci. - 1a ed. - Buenos Aires :
Corregidor, 2007.
320 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-950-05-1740-9

1. Literatura Árabe. 2. Literatura Hebrea. I. López Calvo, Ignacio, ed. lit. II. Ricci, Cristián, ed. lit.
CDD 892.7 : 892.4

Diseño de tapa:
Ezena | Argumentos visuales

Fotografía de tapa:
Tonya López-Craig

Rodríguez Peña 452 (C1020ADJ) Bs. As.
Web site: www.corregidor.com
e-mail: corregidor@corregidor.com
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
ISBN 978-950-05-1740-9
Impreso en Buenos Aires - Argentina

AGRADECIMIENTOS

En el curso de la recopilación de textos que culminó en esta antología hemos contado con la valiosa colaboración de muchas personas que, sin conocernos, nos apoyaron desde un primer momento simplemente porque creían en el proyecto. Por tanto, es de justicia reconocer ahora la ayuda prestada. Lamentablemente, algunos de los autores que nos enviaron sus textos y nos animaron a seguir adelante no aparecen seleccionados ni mencionados por nombre en la antología; sería demasiado prolijo. No obstante, desde aquí les damos las gracias más sinceras por su interés y por su generosidad. Entre las muchas personas a las que queremos agradecer su colaboración están (por orden alfabético) las siguientes: Soledad Balut, Sonia Bloomfield, José "Pepe" Castro, Mohamed Chakor y Amparo Chakor, Paul Chamah, Adina Darvasi Lacker, Gabriel Díaz-Carrera, Abdallah Djbilu, Egon Friedler, Florinda F. Goldberg, Shulamit Goldsmit, Yael Halevi-Wise, Saverio B. Lewinsky, Abdellatif Limami, Naomi Lindstrom, Peretz Resnitzky, Steve Sadow, Leonardo Senkman, Ariel Schiller, Menachem Topel, Efraim Zadoff y Barbara Zecchi. Pedimos disculpas de antemano por si nos hemos olvidado de algunos nombres.

Dedicamos esta antología a los niños palestinos e israelíes.

PRÓLOGO

Pocos conflictos internacionales han recibido tanta atención de la prensa internacional y han durado tanto tiempo en el subconsciente colectivo de la comunidad internacional como la incesante lucha armada entre israelíes y palestinos. Para mayor desconcierto, la llama de la incertidumbre se ha avivado aún más con la desaparición de Sharon y Arafat del panorama político, el resultado de las elecciones democráticas en los territorios palestinos y las protestas contra la controvertida publicación, el 30 de septiembre de 2005, de doce caricaturas del profeta islámico Mahoma en el periódico danés *Jyllands-Post* y, más tarde, en otros diarios europeos. Dicha polémica ha causado más de un centenar de muertos, la quema de varios consulados generales y embajadas e, inesperadamente, un mayor antagonismo contra el mundo judío, a raíz de la convocatoria por un diario iraní de un concurso para dibujantes de caricaturas que deseen mofarse del Holocausto. Con estos y otros asuntos en mente, pusimos en marcha un proyecto con el título provisional de *Unidos por un idioma* (que más tarde fue bautizado con el de *Caminos para la paz*), cuyo propósito era la edición de una colección de textos literarios escritos en castellano por autores árabes e israelíes. A priori, nuestra intención era que la mayoría de las contribuciones, si no todas, trataran de algún modo el tema del desencuentro entre árabes e israelíes en Oriente Medio, para ofrecer así una vía alternativa de diálogo, la literatura, que quedara lo más lejos posible de un debate político que hasta ahora parece haber sofocado el verdadero diálogo y el avance hacia la paz. La idea, dicho sea de paso, nació inspirada por el espíritu de la escuela de entrenamiento musical para

niños palestinos e israelíes que en su momento crearon el director de orquesta argentino-israelí Daniel Barenboim y el difunto académico y ensayista palestino Edward Said, y que les valió el Premio Príncipe de Asturias para la Concordia. En lugar de la música, en este caso el punto de partida que una estos dos mundos enfrentados desde hace más de medio siglo ha de ser esa lengua a la que ambos pueblos (y el árabe en especial) tanto contribuyeron. Por desgracia, cada nuevo derramamiento de sangre (y van más de 3000 muertes en ambos bandos desde septiembre de 2000) aleja ese utópico (en el sentido optimista de la palabra) momento en que triunfen la reconciliación y la fraternidad.

La historiografía permite evidenciar que fue en el Al-Andalus multicultural, plurilingüe y multiétnico de la alta Edad Media donde árabes y judíos comenzaron a darle matices orientales a un castellano en ciernes. El balbuceo poético y eminentemente popular de las *jarchas* da paso, ya en la baja Edad Media, al erudito aporte filosófico, filológico y científico de las culturas semíticas, base fundacional de uno de los grandes monumentos culturales del medievalismo europeo: la escuela de traductores de Toledo. La historia medieval de España siempre había aceptado que sus reyes fuesen también "reyes de las tres religiones", recordando que los "Emperadores de Hesperia" eran legítimos descendientes de una civilización antigua, quizás atlántica.

En esta antología volvemos a insistir, aunque desde el libro, en la necesidad de crear un *locus amoenus* donde los herederos culturales del médico y humanista judío Maimónides (su nombre en hebreo era מיימון בן משה רבי ; Moshe ben Maimon) y del filósofo, médico y matemático árabe Averroes (su nombre en árabe era رشد بن احمد بن احمد بن محمد بن د ; Al-Walid Muhammad Ibn Ahmad Ibn Muhammad lbn Ahmad Ibn Ahmad Ibn Rushd, o simplemente lbn Rushd) sigan contribuyendo a la expansión del castellano y al entendimiento de los pueblos. En efecto, estos dos inmortales cordobeses del siglo XII usaron

como suyo este idioma común que vuelve a unir en esta antología a dos pueblos semitas hermanos. Proponemos, entonces, seguir y energizar las labores de un gran sector de la población progresista y elitista española e internacional que desde los estudios seminales de Américo Castro promueve el semitismo medieval. Retomamos la posta del filólogo castellano con el afán de seguir contribuyendo a la aparición y consolidación de los estudios arabistas y hebraicos que, a la postre, también han ayudado a crear un ambiente de interculturalidad en los ámbitos universitarios.

Al enterarse de la publicación de esta antología, el director de teatro, ópera y televisión Peter Sellars nos motivó a seguir nuestro proyecto arguyendo que el arte y la literatura son las únicas alternativas de cuestionamiento que se presentan en un mundo moderno carente de líderes que rechacen un discurso político beligerante, intransigente, obtuso al diálogo entre culturas. El estadounidense, quien ya en 1991 y durante la primera Guerra del Golfo se animaba a desafiar a la *intelligentsia* norteamericana con *La muerte de Klinghoffer*, una ópera que por primera vez presentaba coros palestinos y judíos, nos estimula consecuentemente a repensar los vacíos de comunicación en Oriente Medio que emanan sangre, dolor y lágrimas. Donde San Agustín decía "las lágrimas son la sangre del alma" queremos poner, junto a Oliver Wendell Holmes, "la lengua es la sangre del alma". Qué mejor que la lengua castellana, plasma lingüístico medieval conformado por eritrocitos y leucocitos árabes y hebreos, sea una de las arterias que propicie un diálogo de buen entendimiento y clara distensión entre ambos pueblos, y, a la vez, sea el vehículo oxigenante del hispanismo del siglo XXI.

Una de las especialidades de Cristián Ricci es la literatura marroquí en castellano y una de las de Ignacio López-Calvo, la literatura judía de Latinoamérica. No obstante, nuestra postura ha sido desde un principio de absoluta neutralidad. La publicación de anuncios en varias páginas web y revistas académicas

en las que solicitábamos contribuciones para la colección atrajo respuestas de variado pelaje. Los unos esperaban una buena paga; los otros se negaban a participar porque el proyecto les parecía "inútil y demasiado utópico" (esta vez en el mal sentido de la palabra). Recibimos, asimismo, textos demasiado incendiarios y sin la más mínima intención de abrir puertas al diálogo y al intercambio de ideas, de intentar comprender la postura del otro. Algunos, por lo que se nos contó, fueron intimidados e incluso amenazados por sus propios compañeros al enterarse de su idea de colaborar en la antología. En cambio, muchos otros autores, tanto del mundo árabe como residentes en Israel, enviaron contribuciones, muchas de ellas, como se verá, de excelente calidad, en las que quedaba claro lo que desde el comienzo esperábamos hallar: que a pesar de la incredulidad, la desesperación y la rabia, entre líneas, y a menudo abiertamente, se descifra el deseo común de un futuro de armonía y convivencia pacífica. Según nos confesaron varias escritoras y escritores de origen argentino, uruguayo, chileno, colombiano y mexicano veían en esta colección una oportunidad para regresar al hogar común del idioma. Otros correos, si bien no incluían texto alguno para la colección, simplemente nos felicitaban por la idea y nos deseaban suerte. Éstos fueron también sumamente útiles para nosotros.

Ya en el ámbito de la literatura árabe de expresión castellana debemos decir que los marroquíes son los más prolíficos. Motivos históricos y geopolíticos como la presencia española en el país magrebí (1912-1956), la intervención de militares y civiles marroquíes en la Guerra Civil española en ambos bandos de la contienda y el nuevo flujo migratorio, que registra importantes cifras desde la definitiva inserción de España en el contexto de la economía de Europa en los años noventa del siglo pasado, parecen ser los temas predominantes de su producción literaria. Para la mayoría de los escritores marroquíes de expresión castellana, Palestina o –"el problema palestino"– tiende a estar lejos

de sus proyectos literarios inmediatos. Se puede entender que dicha ausencia sea debida a que Marruecos es uno de los pocos países del mundo árabe-musulmán donde todavía siguen conviviendo las tres religiones monoteístas con alto grado de respeto y convivencia. La participación de una mayoría de colaboradores marroquíes nos alienta a dirigir la mirada hacia España; una España que en estos últimos meses ha vuelto a ser noticia, como ya lo fue en los acontecimientos del 7 de febrero de 1992, de un nuevo arribo masivo de inmigrantes africanos que causa estupor en aquellas personas y entidades políticas que la piensan como una nación cultural y religiosamente homogénea, blanca y definitivamente inserta en el concierto europeo. A finales del siglo XX, con la afirmación de España dentro de la economía europea, se produce el fenómeno de la producción agrícola de los campos de Almería y Murcia y la historia se vuelve a repetir al igual que hace 400 años. Hasta mediados de los ochenta, al no contar con los medios básicos de subsistencia, los trabajadores de estas provincias, por aquel entonces yermas, emigraban a Alemania y Francia en busca de mejores oportunidades económicas. Paradójicamente, estas mismas provincias son las que ahora acogen grandes grupos de inmigrantes del Magreb y del sur del Sáhara. Hoy se compara a Almería, bordeada por todas partes por bancos y cajas de ahorros, hoteles suntuosos, supermercados, prostíbulos y casas de juego, con la California de la fiebre del oro. Los "chinos" primero fueron los andaluces de provincias limítrofes y ahora son magrebíes y subsaharianos.

Esta antología, por ende, responde en gran parte al llamado humanista en el que la España de los nuevos ricos parece no reaccionar ante una nueva serie de asesinatos, maltratos y explotación a inmigrantes por el simple hecho de serlo. He aquí lo que muchos intelectuales españoles vienen pronunciando desde hace más de cincuenta años. Nuestra antología aspira a colocarse junto con los estudios y creaciones literarias de Juan Goytisolo (*Señas de identidad*, *Reivindicación del*

conde don Julián, Juan sin Tierra, Crónicas Sarracinas, Makbara, El peaje de la vida, España y sus ejidos), Ángel Vázquez (*La vida perra de Juanita Narboni*), Lorenzo Silva (*Del Rif a Yebala, La puerta de los vientos*), Andrés Sorel (*Las voces del estrecho*), Oriol Vergés (*Un pueblo contra los Hamid*), Antonio Lozano (*Donde mueren los ríos*), José Manuel García Marín (*Azafrán*), y los de todos aquéllos que en los últimos quince años han propuesto en algunos medios de prensa y en los ámbitos políticos y educativos secundarios una imagen realista de los inmigrantes magrebíes.

En esta antología se podrán leer textos de la mayoría de los escritores que han fundado la Asociación de Escritores Marroquíes en Lengua Española (AEMLE) en el año 1997. En primer lugar, se advierte que el noventa y cinco por ciento de las contribuciones corresponden al género del relato corto. No es un detalle mínimo, aunque sí predecible: el relato corto tiene una tradición ancestral en la literatura marroquí y árabe en general. En estas narraciones se observa un alto grado de realismo. De hecho, muchos autores llegan a colocar en los prólogos de sus textos que no hacen más que reproducir anécdotas que han vivido. La mayoría de los relatos corresponden al norte de Marruecos, específicamente ciudades como Tánger, Larache y Tetuán. Presentamos también los aportes de dos escritores de origen palestino. Uno vive en Chile y preside varias asociaciones árabo-palestinas en el país trasandino. Su contribución es definitivamente fundamental no sólo por la importante presencia de árabes en el continente americano, sino también por el creciente interés comercial y cultural de los países árabes en Sudamérica. El otro escritor palestino ejerce la docencia en Estados Unidos y es un valuarte de los estudios hispanoarábicos en Norteamérica.

Entre los escritores residentes en Israel, o que vivieron muchos años en Israel, veremos hombres y mujeres originales del Cono Sur latinoamericano (la mayoría de ellos de Argentina) que se vieron obligados a abandonar sus respectivos países a

causa de la represión de los regímenes dictatoriales. Algunos de ellos emigraron animados por la esperanzadora creación de un Estado soberano para todos los judíos del mundo; otros, como Clody Plotnitky, paseaban por esas tierras de turistas y acabaron asentándose allí quizá para siempre. Caso aparte es el de Margalit Matitiahu, escritora nacida en Israel y de origen sefardí, que escribe su producción literaria en el dialecto ladino que heredó de sus antepasados.

La verdad sea dicha, en un principio quedamos algo decepcionados, pues las contribuciones del lado israelí eran mucho más numerosas que las del lado árabe, a pesar de nuestros constantes esfuerzos por conseguir un equilibrio en cuanto al número de autores de uno y otro "bando", si se puede usar tan feo término. Más tarde, empezaron a llegar gota a gota, con lo que –ya pasada la fecha límite que habíamos anunciado– se fue logrando darle más coherencia y sentido a la antología. Lo inesperado, sin embargo, fue que un autor palestino (cuyo nombre prometimos no mencionar) decidió retirar su contribución tras recibir amenazas de muerte –según dice– por parte de los propios colegas a los que había invitado a participar en el proyecto. A pesar de la decepción que ello supuso, nos pareció un excelente ejemplo del potencial creativo del proyecto y de las ideas en general, por utópicas e ilusas que pueda parecer. Lejos de intimidarnos, eso nos animó a seguir adelante con nuestra humilde utopía. De momento, la antolo gía ha producido, ya antes de su publicación, resultados muy positivos, tales como el nacimiento de una amistad entre una novelista israelí y un poeta palestino que por ahora aspiran al simple placer de poderse tomarse un café juntos el bendito día en que se levanten las barreras. No hace mucho, el permiso israelí fue concedido, pero el encuentro no pudo darse después de todo por el resurgimiento de una violencia que, por momentos, parece interminable. Aunque sólo se consiga esta

amistad (y esperamos que vaya más lejos, claro), el esfuerzo ha merecido la pena.

Después de meses de intercambio de información, contamos ya con veinticuatro autores residentes en Israel, un autor judío de Marruecos (León Cohen Mesonero) y doce árabes. He aquí una hermosa colección de textos más o menos polémicos. Los hay de varios géneros y han sido escritos por hombres y mujeres de varias generaciones, todos ellos dispuestos a dialogar, si bien indirectamente, por medio de la literatura y la creatividad. Quizá sea éste el paso a algún congreso internacional, a otras publicaciones, a libros de crítica literaria... quién sabe, quizás a un pequeño avance para esa paz tan deseada como resbaladiza. Nuestro sueño se va cumpliendo: que sea éste el primer paso de uno de los muchos caminos que se podrían abrir en vistas al diálogo para la esperanza. Como dice el proverbio chino, "hasta el camino más largo empieza con un solo paso". Y, como decía Gandhi, "en la diferencia entre lo que hacemos y lo que podríamos hacer está potencialmente la solución a la mayoría de los problemas del mundo". En efecto, en el campo académico, no se hace lo suficiente. Que sirva de "holocausto", en el sentido etimológico de ofrenda sacrificial, esta antología.

ANDRÉS ALDAO

Abi Ben Shlomo (Andrés Aldao) nació en Buenos Aires en 1929. Escritor y periodista, vive en Israel, país al que tuvo que exiliarse en 1975 por razones de la represión política. Periodista del diario *La Vanguardia*, ha escrito varios libros de cuentos y narraciones: *Cuentos desde lejos* (1998); *Ensayitos y sarcasmos en compás de 2x4* (2001); *Calles Empolvadas de Recuerdos* (2002); *A + B Memoria cotidiana* (2004, con el escritor Ernesto Bavio); *Aventuras y Desventuras de Ale Aspis* (diciembre 2005, edición virtual). De formación autodidacta, es secretario de la Asociación Israelí de Escritores en Lengua Castellana. Ha escrito artículos políticos a favor de la paz en el periódico Nueva Sión de Buenos Aires. Actualmente edita la revista virtual Artesanías Literarias (www.artesanias.argentina.co.il).

IMÁN EN EL CUARTO CERRADO

El sol se esfuerza por tajear las nubes negras que avanzan en silencio. Aparece en el cercano horizonte una chica que camina con su cartera. Cauta, el temor asoma en las pupilas donde refulgen, a corta distancia, los cascos de los soldados. Vigilan su marcha, cada vez más lenta, temerosa. Tiembla... «Erré el camino oy oy», piensa y repite: «oy oy erré el camino». Acorta los pasos, pero sigue... y sigue... «Y si me muero, ¿adónde iré...?», se pregunta... «¿Duele la muerte...?». Y la imagina como un cuarto cerrado, sin luz ni ventanas, donde no hay ruidos ni voces ni sirenas ni disparos ni gritos por altavoces. Sólo oscuridad y silencio.

Las nubes negras cubren los rayos del sol; ella ya no ve la sombra que la acompañaba; apenas si mueve los pies... pero avanza (¿hacia dónde, Imán, hacia dónde...?).

«Qué puedo hacer, mamá, tengo miedo, mamá... qué estará haciendo Jaled... ayer pasó frente a casa, el tonto, tan grande y siempre se avergüenza de mirar hacia nuestra casa... ¿¡¡Por qué me miran, dios!!? Oy oy oy equivoqué el camino... y ellos me miran, sé que me miran a través del ojo de los fusiles... tendría que escaparme pero y si me matan... mamá tengo que correr pero no, sigo, no llevo nada malo si me paran van a ver que soy una chica que va a la escuela... qué feas nubes... por qué tan oscuras tan negras y veo que ellos los soldados me miran y mueven los fusiles y el miedo no me deja pensar pero soy sólo una chica que va a la escuela... soy una pobre chica que no hace nada malo... voy a la escuela... mamá por favor me miran con el ojo de los fusiles estoy tiritando y si me doy vuelta van a tirame por la espalda y yo no hice nada, sólo tengo a mi amigo Jaled que es grande y apocado y a mamá y a mis hermanos... por dios que soy sólo una chica cualquiera que va a la escuela... y que tengo miedo... y que fría la mañana y...».

La descarga viola el mutismo de la Franja.

Ensangrentada, licuada por los disparos, los ojos muertos tiritando aún de miedo, hecha un atadito de sangre, insignificante, quietita, Imán ya no piensa. Y el oficial, celoso de la faena, engreído porque no tuvo bajas su incorpóreo batallón, se aproxima algo altanero y dispara los tiros de gracia. Poderosos e invencibles, los soldados han derrotado al enemigo.

La chica menudita de trece años, de piel algo oscura, ya no es una amenaza. Ahora no tiene miedo, no tiembla, no solloza, no piensa. Quieta. Callada. Descansa en el cuarto cerrado... sin luz ni ventanas, donde no hay ruidos, ni voces, ni sirenas, ni disparos, ni gritos por altavoces. Sólo oscuridad y silencio.

Andrés Aldao, XII de 2004

Y ASÍ VAMOS ADELANTE...

Dulce et decorum est pro patria mori.[1]

Retiró los diarios y halló una carta. Leyó la nota. Escueta: «Querido amigo –decía–, el 16 de abril vamos a efectuar en el cementerio del kibutz el acto recordatorio en memoria de nuestro hijo Beni, caído en el Líbano. Nuestro hijo, que jugó con el tuyo hace veinte años, nos dejó un vacío inmenso, una soledad muy cruel. Conocemos tu aversión por las ceremonias, pero tenerte con nosotros ese día nos va a reconfortar. Te esperamos; tuyo, Natan y Shiri».

Natan lo conoce bien. Sabe que detesta ¡y cuánto! la pornografía exhibicionista del duelo. Del duelo de los otros; de los que ponen caras de circunstancias; una pose entre abyecta y ramplona. Detesta esas ceremonias de gestualidad premeditada, porque son una especie de ritual morboso que trata de trasegar los sentimientos y las culpas, envolverlos en una confusión diagramada hasta el último detalle. Como convertir la vida cotidiana de los israelíes en una existencia soterrada, culposa. Cada año, cuando se acerca el día en que se recuerda a los caídos por la patria o en la guerra de Iom Kipur, el respeto que les deben "los otros", se transmuta en una indisimulada elegía a la muerte: «Dulce et decorum est pro patria mori». Se fastidia a los padres, a las viudas y a los huérfanos, a los compañeros del batallón y a los antiguos comandantes, con esas preguntas estúpidas, fariseas, seudosensibles, calcadas. En las radios y la televisión. En los diarios y los suplementos. El país se detiene. Hay que menear, con impávido deleite, en nombre del *patriotismo* y los *deberes cívicos*, las heridas, los recuerdos, lo que no tiene reparación, la cuota de sangre y luto que le corresponde a cada ciuda-

1 «Es dulce y decoroso morir por la patria» (Horacio; Odas, III, 2, 13)

dano. Es como delinear la mente colectiva para nuevos duelos, muertes y tragedias; convertir la cotidianeidad del duelo en la conciencia de la época. Esto ocurre porque para alguna gente la guerra y las muertes reditúan beneficios inmensurables. Muchísimos más que la paz y la vida. Pero este caso era distinto: era el duelo de sus amigos, un dolor que nada tenía que ver con las impudores formales, o las lágrimas de compromiso, vacías y oficiales.

Volvió a leer la carta. Le invadió una mansa ternura, un sentimiento de solidaridad. Los recuerdos agrietaron las compuertas de su memoria, irrumpiendo como aguas salvajes en todos los recovecos de su ser. Retornó al pasado que había soñado en la diáspora desde la pubertad; la utopía de la sociedad igualitaria, al kibutz, a la vida colectiva y el movimiento *de pioneros*. Cuando aún creía, con candidez, que él y sus compañeros estaban edificando los cimientos de un país nuevo, de una sociedad justa y solidaria; la imagen de una nación ejemplo para el resto del mundo. Se despojó por algunas horas de la amarga ironía que siempre fluye de sus juicios. Natan fue un buen amigo y un auténtico pionero: merecía su solidaridad.

Como en un fugaz documental, se vio anegado por el verdor de la vegetación, las colinas suavemente onduladas de la baja Galilea. La fantasía retornó a los amaneceres del pasado; a esas puestas de sol que le transportaban a un mundo encantado, pastoral, beatífico. Tenía la sensación de estar abriendo un antiguo medallón, en el que resplandecía el retrato ajado de aquel lugar mágico, donde podía dialogar con el silencio, pasear por remotas galaxias y lejanas estrellas. El «país de las maravillas» en el que fue pionero, soldado, colonizador y patriota. Luego recaló en la cuenta regresiva, la desilusión, las patrañas, el nepotismo; la doble moral de una parte de los compañeros ejercida con maestría singular. Su memoria se endureció. Como la de tantos otros compañeros que también decidieron irse a la ciudad, sin quebrarse ante el declive, el desdoro de lo que tanto amaron y

para lo cual entregaron los años de su juventud. Se dispuso a viajar. Enfrentar, veinte años después, la obviedad de un sueño frustrado y brindar su afecto a antiguos amigos en desgracia. Salió al día siguiente por la mañana. Una hora después contemplaba el monte Tabor. Lo imaginó un plato invertido reinando allí en la cumbre de la baja Galilea. Y vio a Kfar Tabor transformado en una moderna colmena surrealista, sin los encantos de la aldea agrícola, pionera y combativa. Rememoró el trabajo de los israelíes de otra época, de una realidad y una ética distintas. Tal vez tenía pretensiones demasiado arcaicas para los nuevos tiempos. Dejó atrás la escuela agrícola Kaduri. Luego de la amplia curva, divisó la entrada del kibutz. Allí reposaba el banco solitario debajo del frondoso arbusto, cuya sombra les brindaba paz y frescura en aquellas canículas de los veranos galileos. Claro, fueron otros veranos, otras canículas. También la gente era distinta.

El auto comenzó a trepar por el camino asfaltado que llevaba al caserío. En el lado izquierdo, el tambo, los sembrados, la lejanía. A la derecha, pastaba el ganado vacuno y se veían las colinas encaracoladas en el verde alegre y compacto de la vegetación. Cuando llegó al comedor colectivo, estacionó el auto debajo de un árbol umbrío. La brisa, todavía fresca, mecía con ternura las banderas azules y blancas con la estrella de David en el centro. Consignas expuestas sobre un cartel en la entrada del comedor recordaban la proximidad del acontecimiento: un nuevo aniversario de la creación del Estado de Israel. A un costado, un lacónico cartón anunciaba los pormenores de la ceremonia de recordación de los soldados del kibutz, caídos en las guerras de Israel. Leyó los nombres de algunos chicos que fueron condiscípulos de los suyos. No pudo evitar el escalofrío; la angustia de saberlos muertos. Se preguntó, una vez más, cuántas generaciones deberán, aún, rendir culto al desgarro de la guerra, la muerte y el luto, como el reverso de una paz que fanáticos dementes de ambos bandos rechazan.

Eran las nueve y media y la ceremonia se había fijado para las diez. Entró por uno de los senderos. Se sintió extraviado; como si no reconociera el lugar. A una muchacha pelirroja le preguntó por la casa de Natan: "Detrás de la lavandería", le indicó con voz apática. Un grupo de gente conversaba en voz baja frente a la casa de sus amigos. Entre ellos el padre de Beni. El abrazo fue callado; no hubo necesidad de palabras... tenían un pasado compartido. Saludó cariñosamente a la mujer y a los hijos. Le preguntaron por el resto de la familia, cómo era la vida en la "ciudad", a qué se dedicaban los "chicos". Se encaminaron hacia el cementerio del kibutz. Algunos jóvenes oficiales del ejército se distribuían entre las diversas tumbas de los caídos en la guerra de los "Seis días", "Iom kipur" y de la desdichada aventura del Líbano, "...que cobró tantas vidas jóvenes", según opinó sin recato alguien de los presentes. Resolvió no participar en el debate: en el kibutz conocían su terminante oposición a la aventura libanesa, su rechazo al chovinismo de la derecha y los colonos, a la social-hipocresía del laborismo, a la falacia de los llamados izquierdistas. Durante la ceremonia fúnebre, y mientras escuchaba las frases de siempre, contempló de reojo a algunos de los antiguos compañeros del kibutz: obesos, con estrepitosas papadas y rostros que delataban el pecado de la gula. Una vez finalizado el acto, los presentes se fueron dispersando. Algunos veteranos del kibutz se acercaron a saludarlo. No parecían dichosos por el reencuentro. Los diálogos, breves, de una cortesía gélida, no podían disimular un resquemor agazapado. Se fue con Natan y la familia. Los "botijas", pioneros de las primeras hornadas rioplatenses, llegaron a Israel para colonizar la Galilea. Aquí encallaron. Aquí envejecieron. Aquí yacía el cuerpo del hijo caído.

Mientras iban caminando, Natan aprovechó para desahogarse, expresar su dolor. Las palabras del amigo se le antojaron lejanas. Como desvaneciéndose en una irrealidad brumosa: temía confesar el fracaso, admitir el desengaño. El Líbano le

quitó el hijo; la quimera arrumbada del kibutz lo abrumó como algo que fue un hermoso sueño y luego devino en pesadilla. Él estaba inmerso en lo suyo. No quiso afligirlo ni expresarle su sarcasmo. Se guardó las críticas contra el funcionarismo kibutziano, el individualismo de la gente o la hipocresía de los políticos. Rememoró los primeros años de la creación del Estado, aquellos días eufóricos de 1947 y 1948, el sentimiento solidario de la gente. La imagen de una nación distinta se fue borrando "desde y hasta sus cimientos", pensó, cruzado por los odios sectoriales, religiosos y políticos, en la que una mano judía asesinó a un primer ministro "...quien pagó con su vida el sueño de la que fue la mayoría silenciosa: vivir para la paz". Tenía la rara sensación de evanescerse en una colina yerma, como un ser extraño e incorpóreo extraviado en un lugar desconocido. Mientras tanto, el viento sabuloso del desierto y los despiadados rayos del sol, que parecía dibujado sobre un cielo azul mate, resaltaban su orfandad. Se despidió de sus antiguos compañeros y prometió volver con la familia.

Mientras se encaminaba hacia el estacionamiento, brotó de su memoria el final de un libro de F. Scott Fitzgerald, que leyó en su juventud: «Y así vamos adelante, botes que reman contra la corriente, incesantemente arrastrados hacia el pasado».[2] El auto se disipaba entre la bruma de las colinas mientras dejaba a sus espaldas los cincuenta y tantos años del Estado de Israel. Percibió que a pesar de su obstinación, también la vida y sus sueños quedaban atrás. Que ya no los recuperaría.

"¡Qué pena!", murmuró. Y no obstante, se sintió íntegro, de una sola pieza. Como «...botes que reman contra la corriente, incesantemente arrastrados hacia el pasado».

2 *El Gran Gatsby.*

ESTER MANN

estermann2004@yahoo.es

Ester Mann nació en Argentina en 1941. Cursó estudios de psicología en la Universidad de Buenos Aires, que fueron interrumpidos por su exilio en 1975. Llegó a Israel en ese año, después de once meses de cárcel por razones políticas. Antes del exilio escribió artículos políticos y desde hace algunos años escribe cuentos que fueron publicados en la revista *Entrelíneas*, en las revistas virtuales *Artesanías Literarias* y en *El Ciruja*.

CARTAS DESDE GAZA

Netzarim, 10 de enero 2005

Queridos abuelos: ayer volvimos de Jerusalem después de haber estado varios días viviendo en una carpa... ¡¡Hacía mucho frío!! Al principio era divertido: había muchas familias con chicos de mi edad, jugábamos, corríamos, gritábamos y, lo principal, no íbamos a la escuela... ¡Había un clima de fiesta! Pero al tercer día yo ya quería volver a casa... Mis padres estaban muy nerviosos, Merav y Bethel lloraban todo el tiempo. La comida era horrible y no teníamos ni computadora ni televisión... ¡Quisiera entender qué pasa, pero cuando pregunto papá me hace callar y me dice que ya me explicó todo! Sí, es verdad que él me explicó por qué también los niños tenemos que ir a las manifestaciones, pero a mí me parece injusto. Nosotros no decidimos irnos a vivir a Gaza. A mí no me importa dónde vivamos con tal que toda la familia esté unida... Si ahora hay que mudarse, pues nos mudaremos... Ellos siempre dicen que las cosas materiales

no tienen importancia, que el alma es lo que cuenta... Y bueno, a mi alma no le afecta si la casa en lugar de cinco dormitorios tiene tres... Además, en la escuela aprendí que Dios nos expone a pruebas para desarrollar nuestros espíritus; y entonces, ¿por qué oponerse, gritar y luchar contra los soldados y la policía? Job no se oponía a las experiencias que Dios le mandaba, sino que las aceptaba... ¡No se crean que yo les digo todo esto a mamá y papá! ¡Ellos están todo el día hablando de lo mismo entre ellos y con los vecinos, no tienen tiempo ni ganas de escuchar mis quejas! Y cuando no están discutiendo con los vecinos que quieren irse, tienen que ocuparse de mis hermanitos más chicos. Bueno, queridos abuelos, no se preocupen, tenía que desahogarme con alguien, pero ahora me siento mejor. Yo entiendo todo lo que escucho pero como soy un chico, no puedo meterme en las conversaciones de los adultos y dar mi opinión. Los quiero y los extraño mucho.

Vuestro nieto, Benia

Netzarim, 30 de enero, 2005

Queridos abuelitos: me alegró mucho recibir vuestra respuesta... Ya sé que todo es una experiencia, ya sé que mis problemas con papá y mamá también pueden ser una prueba del Señor, lo pensé una y otra vez y, por esa razón, no hablo del tema ni con ellos ni con mis hermanos mayores y trato de comportarme como un chico más grande. Pero con ustedes es distinto, ustedes no viven aquí y siento que si no comparto con alguien mis dudas voy a explotar. ¡No se imaginan lo que es vivir en una zona militar, rodeados por soldados armados hasta los dientes y asustados, que oyen a una ardilla y se creen que es un palestino! ¡Y los nervios de los mayores que discuten por cualquier cosa! Con mis hermanos mayores no puedo

hablar porque ellos no quieren escuchar dudas de nadie. Lo intenté una vez y casi me pegan... ¡Me dijeron que el que piensa así es un traidor! Yo no soy un traidor, soy sólo un chico que no entiende por qué dicen una cosa y hacen otra... También en la escuela pasa lo mismo; antes, en las clases de Biblia, nos pedían ejemplos de la vida diaria, cómo practicábamos las enseñanzas de Dios. A mí eso me gustaba mucho, pensar, antes de hacer cualquier cosa, si no contrarío la Ley. Me daba una sensación de poder sobre mi propia persona. Yo, Benia, no me dejo llevar por la ira, la envidia, la pereza o la codicia... Pero ahora veo a mi alrededor pecar todo el tiempo y me da pena por mi familia. ¡Por un lado, dicen que no se van a mover ni un centímetro, por el otro discuten si las indemnizaciones no son muy pequeñas! Mi papá dice que no nos vamos a ir pero no arregla las canillas que gotean, ni la puerta de la cocina que se trabó.

—¡No vale la pena! –dice.

En la escuela casi ni estudiamos, sólo se habla de la próxima concentración frente a la Knesset. Que hay que mostrarse feliz y decidido. Que si un periodista pregunta, hay que contestar "de aquí no nos mueve nadie". Que un judío no debe expulsar a otro judío de su casa... Pero, yo pregunto: y si un judío es un ladrón, ¿no lo mandan a la cárcel? Y si un judío es un asesino, ¿no lo juzgan y condenan? ¿O sólo por ser judío ya es inocente? No sé, abuelito, te pregunto a vos, ¿qué opinas de esto?

Bueno, por hoy ya les llené bastante la cabeza, espero que todo se termine y pronto nos mudemos a un lugar al que ustedes puedan venir a visitarnos, besos, los quiere mucho,

Benia

Netzarim, 15 de febrero, 2005

Querido Abuelo: te escribo a vos sólo ya que la abuelita no quiere estar enterada de lo que pienso. Si ella no puede guardar un secreto, pues no hay que compartirlo con ella. Yo me doy cuenta que mamá es su hija, pero yo soy su nieto... Cada uno de nosotros es una persona independiente. ¿Acaso ella me cuenta a mí o a alguno de mis hermanos lo que le dice mi mamá? Bueno, cada uno es como es... Aquí las cosas siguen igual, mi mamá está empacando la ropa de verano y los juguetes que no usamos, pero lo hace cuando papi no está y las cajas están debajo de nuestras camas. Así que supongo que él no sabe nada... Tampoco a nosotros mamá nos dijo lo que está haciendo, pero yo la vi...

Estuvimos en la marcha hacia la Knesset y yo la pasé muy mal... ¡Tuve mucho miedo! Jana, Yakov, Braja y Roni parecían fieras: junto con los otros muchachos y chicas de su edad provocaban a los policías, gritaban, empujaban a los soldados, escupían. ¡Y hasta participaban algunos chicos de mi edad que conozco! Yo me mantuve al margen, y me dio mucha tristeza ver con qué orgullo miraba papá a mis hermanos mayores, ¡habrá pensado que soy un cobarde! Es verdad que todo eso me da miedo, pero si hubiera creído que es justo, yo también hubiera participado... Todo el tiempo hablan de cómo debe ser la actitud de un judío hacia otro judío, pero ellos pueden patear, escupir, insultar... Bueno, espero que ustedes estén bien, escribime pronto, un abrazo para vos y la abuela,

Benia

Netzarim, 3 de marzo, 2005

Querido abuelo: Supongo que ya estarán enterados de lo que pasó en casa... Yo escuché que mamá hablaba por teléfono con la abuela, y fue una conversación bastante larga. Me gustaría saber qué les contó mamá, enterarme de qué piensan ella y papá de la violenta discusión que tuvimos. Yo estoy contento, me alegró mucho saber que Braja piensa como yo... Cuando yo la veía insultar y escupir junto con los demás, no imaginé que por dentro ella pensaba como yo. Pero, por lo visto, ese día se dio cuenta que no podía seguir actuando en contra de sus convicciones. Ahora ya no me siento tan solo dentro de la familia, ahora por lo menos somos dos y eso me da fuerzas para expresar ante mamá y papá lo que siento. La discusión se armó cuando Braja dijo que pensaba movilizarse y acatar las órdenes de sus superiores. —Si tiene que arrastrar a mamá por la fuerza lo hará –así dijo. Papá se quedó mudo de los nervios pero se puso rojo, blanco y otra vez rojo... Cuando habló, ya había perdido el control, gritó, amenazó, rogó... Pero ¿qué puede hacer? Él sabe que Braja va a cumplir dieciocho años y es libre de pensar y actuar como quiera. También ellos –papá y mamá– hicieron lo que quisieron a esa edad, y siempre lo contaron con orgullo: cómo Uds. y mis otros abuelos, se oponían a que vengan a vivir a Gaza, y de todas maneras ellos se mantuvieron firmes y no se dejaron sobornar con buenos trabajos o promesas de comprarles departamento en Jerusalem... Parece que la historia se repite, ¡¡pero al revés!! Mamá no hablaba, sólo lloraba... Me parece que se debe sentir culpable porque ella quiere irse. No lo dice, por supuesto, ¿pero por qué empezó a empacar? ¿Y en secreto? Bueno, abuelo, esta carta podés mostrársela a la abuela, ya que ella debe saber, por mamá, lo que pasó. Ahora papá parece una sombra: no habla, no se ríe y reza todo el día. Además, no se afeita, como si estuviera de duelo... Me angustia verlo, pero no voy a mentirle a él y a mí mismo para consolarlo... Un abrazo de Benia (los extraño mucho!)

Netzarin, 20 de marzo, 2005

Abuelos queridos: ¿será ésta mi última carta? Si nos mudamos al Neguev podrán visitarnos, quedarse a dormir, pasar algunos días con nosotros... Parece que ya está todo organizado, por lo menos es lo que escuché de mis amigos y Braja me lo confirmó. Ahora mamá empaca a la vista de todos, aunque Yakov, Roni y Jana no ayudan. Además le exigen a mamá que no toque sus cosas... Ahora hay en casa dos sectores: papá, Yakov, Roni y Jana por un lado, mamá, Braja, Bethel, Merav y yo por el otro. No se rían, los mellizos aunque tienen ocho años ya tomaron posición ¡por mamá!... Ellos quieren que mamá esté contenta y por eso la ayudan y tratan de portarse bien... Por mis hermanos mayores no me preocupo, aunque sigan con su idea de oponerse por la fuerza a la retirada, no les va a pasar nada. Aunque vayan a la cárcel, tienen fuerza, salud y lo pueden aguantar. Pero mi papá es otra cosa, me da mucho miedo pensar en lo que puede pasarle, si lo lastiman o lo meten preso o simplemente se enferma de los nervios... No sé si mamá habla con él cuando nosotros estamos durmiendo o cuando no estamos, pero en los momentos que nos reunimos, en el desayuno o la cena, no se hablan para nada... Quisiera que todo esto ya hubiera pasado! Quisiera que volviéramos a vivir en la armonía de hace un año atrás! De todas maneras, aun con la división que hay en la familia (sé por mis amigos que en sus casas pasa lo mismo), me alegra mucho que nos mudemos y podamos vivir como todo el mundo: sin escolta militar, sin ómnibus blindado, sin temor de bombas y disparos, pudiendo recibir la visita de primos, tíos y abuelos. Un abrazo para los dos y ahora puedo decir: ¡HASTA LA VISTA! Besos de Benia.

Nueva Netzarin, 5 de abril, 2005

Queridos abuelos: sólo unas líneas para confirmarles que papá se está recuperando y ya está en nuestra nueva casa. Ayer lo fuimos a buscar mamá, Braja y yo. Está más tranquilo, la presión está normal, pero no habla mucho. Los mellizos hicieron una obrita de teatro para darle la bienvenida, era muy cómica, con todas las anécdotas de la mudanza, ¡pero él ni se sonrió! Bueno, así son las cosas... Sigue usando kipá,[1] así que supongo que tiene que aceptar la voluntad de Dios aunque no le guste... Nos vemos en Pesaj, mientras tanto, muchos besos... No se olviden de traerme el libro que les pedí, Benia.

1 *kipa*: solideo, casquete que cubre la cabeza.

MIRIAM FLORMAN DE SVERDLIN

miflo@netvision.net.il

Miriam Florman de Sverdlin nació en la ciudad de México. Es mexicana y residente en Israel. Estudió la carrera de pedagogía en la Universidad Nacional Autónoma de México, graduándose con honores, que le merecieron el premio "Gabino Barreda". Es esposa y madre, maestra y directora en escuela primaria. Actualmente vive en Tel Aviv, Israel, con su esposo Guillermo. Multiplica sus energías en la ayuda social y la solidaridad comunitaria. Cree en la fuerza positiva de la cultura y el diálogo. Ha publicado el poemario *Las cosas que no te dije*, dividido en cuatro secciones: Pertenencia (orígenes, familia, Holocausto); Amistad, Identidad (Israel) Reflexión (distintos temas).

HOLOCAUSTO

En un círculo
sin rozarse
paseando los ojos
por la historia de un legado
salieron las palabras
del pasado común
negro y terrible
deslizándose entre velos
de llantos y gemidos
y confesión.
¿Cómo pudimos hacerlo?
Estrujo en el pecho
el-no perdón

para unirlo
al sollozo de mi madre
y decirle:
nos encontramos
la judía y el alemán
herederos del Holocausto.

A ZEHAVA

En la tierra abrasada por el sol del verano
en el pasto quebrado como paja
bajo la piedra pesada, segura de tu lugar
nos esperas.
La tierra se abrió a ti
te recogió
con el mismo amor con que la amaste
te recibió y te arropó para siempre
te llevaron flores con los colores fuertes
de tu unión a Israel
Acarician tu nombre como tu acariciaste
el sueño milenario.

DEL MEDIO ORIENTE

Por qué pasa el tiempo
y no se escriben las palabras
cuando hay tanto que decir.
Las voces se meten por rincones tristes
que triunfan sobre
despedidas de amor.
Vencen las miradas desesperadas

ante diarios testimonios
que serruchan el alma
para interrumpir las caricias.
Cómo contar del azul obstinado del cielo
y campos apretados
de girasoles
cuando es la desconfianza y el odio
quienes señorean.
Hablar de crocantes sonrisas
de brincos como plumas
y no de piedras
de sangres y tanques.
Puede ser que el próximo verano
las bocas de cañones enmudezcan
y las flautas sean sonidos cristalinos,
ofrecer y recibir
reunión y bienestar
de palabras apacibles
de perfumes, de aromas.

EDITH GOEL

edigoel@yahoo.com

Edith Goel nació en Argentina y emigró a Israel en 1972. Graduada en literatura española por la Universidad Hebrea de Jerusalén, es poeta en español y hebreo, traductora, ilustradora y artista plástica activa. Ejerce como profesora de lengua y literatura española, escritura creativa y arte. Es una autora publicada, antologada y traducida al inglés, hebreo, francés, portugués, italiano, mixteca y sueco. Ha recibido varios premios en certámenes literarios y es autora de ocho poemarios en español y dos en hebreo. Es, asimismo, la editora de la primera antología de poesía de mujeres israelíes en castellano, aún inédita. Sus hijos se llaman Jonatán y Daniela.

LA OTRA PLEGARIA

Jerusalén,
el sol de los calvarios.

Que nadie rece
en tus colinas de luz
su fe estridente

Jerusalén:
ama
el breve glosario de Dios

Olvida
el himno brutal

Deshila
la insípida bandera

Cruza
el corazón de los exilios

Dibuja
la eternidad
con el lento temblor
de tu caligrafía

Ámate ámanos circunda los fuegos de hormigas glotonas suspende la mutilación de los manjares y las citas vence la tentación del heroísmo descarriado deconstruye los ladrillos del derrumbe teje nuevos apetitos sin nombre sin dirección sin antorcha eres *ouróboros* ábrete abre los ojos

Ríndete
carnosa
fantasmal
en el invierno
en el infierno
en el orificio del último refugio

Abandona
la santidad
el duelo

Mírame:
estoy aquí
tarareando
con espanto

una canción
en la última trinchera.

No somos los favoritos de Dios los mártires las víctimas diablos ni ángeles somos de piel y semillas fundemos en los sueños el color irrevocable y venoso de este gran dolor sin patria ya no soy espuma nostálgica soy mar soy mar soy mar la intifada corre en mí como el pedregullo dormido en el seno de un río unívoco alguien se balancea roza mi seno mis vísceras un curandero filipino extrae la sangre de la tierra y la mezcla con la entraña mi vientre se unta de un río que no cesa En esta oscuridad la vida nos repite no escuchamos no tocamos no vemos dónde esta la compasión

Jerusalén

Dónde está
la ruta
de espaldas
al desierto

MARES ROJOS

Las telenovelas
desnudan mi pudor
La sensiblería de mis letras
El celular se queda entre mis sábanas
mudo e inmóvil como la silueta del desamor con
[datos específicos:
el día
la hora
la cifra

Yo,
esa niña de nueve años
mirando un barco yugoslavo
en el mar rojo de la Plata.

Este otro
el verdadero
repite en mis flancos
las huellas silenciadas
los reproches
un reguero de sol

Aquí se acabaron
las anclas

Escribo el nombre de Dios con mi diestra

Y no hay ancla

Hay pronósticos de incendio intencional

las ambulancias
parten
la noche en dos
el cuerpo en dos
la vida en dos

A pesar de las antorchas
y el sonido de una sirena extravagante
hay una rajadura en el pecho de los héroes
por donde huyen los disturbios
el himno inconfesable
la incongruencia de una playa nudista y el *debris*

En esta tierra de promesas mal cumplidas
es de tarde
es tarde

Queda aún
el resto de la eternidad
para nombrarlo todo

No hay ancla

El hada benigna cruza esta noche
iluminada por los focos del siniestro

Cómo huir a la frontera
con todas las arabias

Cómo preguntarle al cielo
desde el cuenco ileso de mis ojos
por qué
todavía
a pesar de todo
no hay ancla

MOSHE NES-EL

nesel@netvision.net.il

Moshe Nes-El nació en Santiago de Chile en diciembre de 1932 y vive en Israel desde 1955. Además de numerosos artículos publicados en diferentes revistas en Israel y en diversas partes del mundo, ha publicado los siguientes libros: *Estudios sobre el Judaísmo Latinoamericano* (2 volúmenes); *Historia de la Comunidad Judía Sefaradita de Chile*; dos poemarios: *Semillas al Viento* (1954) y *Anillos de Humo* (1997); y tres novelas: *Fin del Camino* (2004), *Y... Terminó la Vida* (2001), *Más Allá de la Fe* (2005). Actualmente es director y editor de la *Revista de Oriente y Occidente.*

(Los siguientes cuentos fueron previamente publicados en la *Revista de Oriente y Occidente*).

EL SACRIFICIO DE JALIL

Aún no aclaraba el alba, cuando Musa abandonó su casa en el barrio pobre de Gaza. Todo su cuerpo estaba alerta de los peligros que pudieran acontecerle. Luego de dos meses sin poder ir a trabajar al Moshav de los judíos, debido a las órdenes de los movimientos palestinos que organizaron la intifada, Musa decidió correr el riesgo e infiltrarse secretamente en el territorio judío. Allí, su patrón Efraim, lo recibiría calurosamente, pues era la época de la cosecha de flores y el viejo judío y sus cuatro hijos no podían solos terminar la cosecha antes de la Navidad, lo que les proporcionaría una gran pérdida económica y el fracaso de todo un año de labor.

Contento iba Musa. Con lo que le debían y lo que trabajaría en toda esa jornada, podría completar el ahorro que tenía para costear el viaje a su hijo Jalil. Lo enviaría a su primo que residía muchos años en Canadá. Allí estudiaría, se recibiría de médico y en esa forma se alejaría por muchos años de Gaza y de los peligros que se enfrentaban en esa época. Musa estaba contento con lo que Alá le había dado. Después de casarse, tuvo cuatro hijas, lo que le llenó de angustia, pues deseaba fervientemente un heredero. El quinto fue varón, le dio como nombre Jalil y durante los quince años que habían transcurrido cuidó de ese niño como lo más querido de sus pertenencias. El niño creció robusto y sano, muy inteligente, temeroso de Dios y cumplidor de todos los preceptos del Islam, pero era un niño tranquilo que no se inmiscuía en los ataques de los jóvenes a los judíos, dedicándose a leer y estudiar.

Cautelosamente, Musa se dirigió al sendero secreto para muchos que él conocía y que lo conducía a la carretera del sector judío. Una vez llegado a ella, debía recorrer seis kilómetros hasta llegar al Moshav donde trabajaba. Debía hacerlo cautelosamente, pues ahora tendría que eludir las patrullas judías. Luego de una fatigosa marcha de casi dos horas, llegó Musa al Moshav, como lo adivinaba fue muy bien recibido. El viejo Efraim le pidió que se quedara dos días, pues así ganaría más y podría volver a su casa sin mayores peligros. Su hijo mayor lo llevaría en su camioneta hasta el sendero de regreso a Gaza. El trabajo era intenso. Los cuatro hijos de Efraim, él y su señora, dos obreros tailandeses que habían contratado para reemplazar a los árabes y Musa, cortaron todo el día hermosas flores que acondicionan en artísticos envases. De vez en cuando el hijo de Efraim, con su camioneta cargada de flores, se dirigía al puerto de Ashdod, desde donde zarparían las flores a Europa en la noche siguiente.

Trabajaron hasta muy entrada la noche. Luego Efraim invitó a Musa y a los dos tailandeses a comer con ellos. Durante la

comida la radio transmitía un boletín ampliado de noticias: en la mañana de ese día, dos terroristas árabes intentaron atacar a una colonia judía. Descubiertos, se les dio la orden de rendirse, uno de ellos huyó y no fue alcanzado por las balas de los guardias israelíes; el otro, no se rindió y una bala hizo explotar su cinturón de explosivos en mil pedazos.

Efraim y sus hijos no comentaban nunca esas noticias ante Musa. Musa, por su parte, pensó que otra vez dos jóvenes de su pueblo habían atacado a los infieles. A él no le gustaba la guerra. Él se sentía bien entre los judíos, pero era musulmán devoto y quería el triunfo de los suyos. Lamentó la muerte del joven, otro shaid que llegaría al paraíso. Al fin del segundo día, Musa recibió una fuerte suma por su trabajo que escondió dentro del calcetín. En pocos segundos la camioneta lo llevó hacia el sendero secreto y pasó al otro lado sin mayores inconvenientes. Musa estaba feliz. Ahora sí que podría terminar todos los trámites para enviar a Jalil a Canadá. Además del pasaje, tenía ahorrados mil dólares que le servirían a su hijo para el primer tiempo de su estadía en Canadá. Despreocupado, entró a los suburbios de Gaza dirigiéndose a su vivienda. De aún lejos percibió inusitado que llegaba desde su casa, al acercarse más, percibió que habían construido una carpa de las que se erigen para recibir a los visitantes por el fallecimiento de algún deudo. El corazón de Musa dio un vuelco y comenzó a temblar. Su boca quedó seca y sintió, además de la sed, una angustia inquietante, apresuró sus pasos y al llegar a su casa, se hizo cierta la tragedia que había comenzado a sospechar. Su mujer le salió al encuentro diciéndole:

—¡Musa!, nuestro hijo Jalil es un shaid, estará ahora en el paraíso con sus 70 vírgenes. Nosotros, gracias a él, tenemos un lugar asegurado en el paraíso y el ilustre representante de Sadam Hussein me dejó un cheque por 25 mil dólares, para que nunca más tengamos problemas en nuestra vida terrenal.

Musa no contestó, se sentía turbado: por un lado, sentía la muerte de su hijo y de sus esperanzas, ¡esa maldita guerra había

tronchado su vida!, pero el hecho de su santificación como Shaid lo consolaba y lo enorgullecía. Horas estuvo recibiendo los parabienes de sus vecinos, parientes y amigos. Supo, entonces, cómo se desarrollaron los acontecimientos. El primo de Jalil, Ibrahim, era un activista del grupo Vengadores de Al Aqsa y convenció a Jalil para acompañarlo y sacrificarse en aras de Mahoma y Alá. Jalil aceptó. Visitaron una casa que Ibrahim conocía y allí les dieron dos cinturones repletos de explosivos, además de un cuchillo para matar a más personas de las que perecieran por la bomba. Todo se realizó como lo proyectado. Al llegar a la colonia, fueron descubiertos. Ibrahim se llenó de pánico y no atinó a otra cosa que a huir sin preocuparse de su primo. Éste quedó solo y al parecer, paralizado no corrió ni huyó, sencillamente quedó parado. Una bala de los guardias hizo explotar el cinturón y Jalil se desintegró en decenas de pequeños pedazos. El padre de Ibrahim y hermano de Musa vino a presentarle sus condolencias, luego de abrazar a su hermano, le dijo:

—Mi hijo es un cobarde, lo he molido a golpes y lo he expulsado de mi casa.

Musa no contestó, pero sus ojos se inundaron de lágrimas. Miró al cielo tachonado de estrellas, la noche era cálida, soplaba un viento cálido y se escuchaba el aullar de los chacales. Musa pensó que desde alguna estrella seguramente lo observaba Jalil y su rebaño de mujeres, estaría viéndolo y hubiera querido poder abrazarlo y pedirle que intercediera ante Alá para poder terminar con tanta tragedia. Luego prorrumpió en un largo sollozo de angustia, desesperación y resignación.

EL SHAID

El sol golpeaba sin piedad en la reseca tierra del sendero. Jadeante, subía Abdala en dirección a la aldea. Abdala era un

muchacho de diecisiete años de cuerpo magro, bajo. Representaba mucho menos de su edad. Un incipiente bigote se divisaba en su cara. Vestía un desteñido pantalón y una camisa también sin color definido. Calzaba unas sandalias que, al igual que sus pies, estaban cubiertas de barro. Sobre su cabeza venía una kefia que sujetaba con un cordón negro. Abdala subía jadeante, no sólo por el calor reinante ni por lo pesado de la ascensión. Aumentaban su excitación dos acontecimientos que se habían desarrollado ese día. Temprano, casi al alba, salió a trabajar en el terreno familiar de los olivares. Era época de cosecha y abundaba la labor. Como acostumbraba cada mañana, comenzó su trabajo antes de la salida del sol y lo terminó a las diez de la mañana, cuando abandonando el trabajo, se dirigió al manantial para comer su colación de la mañana y refrescarse con la clara y fresca agua del manantial. Al llegar al lugar, encontró al padre y a sus hermanos. Siguió una amena conversación donde no faltaron las bromas. En un momento su padre le había dicho alegremente:

—Hay que trabajar mucho este año pues el próximo año celebraremos tu matrimonio con tu prima Aisha.

La noticia fue recibida con muestras de alegría por sus hermanos y primos. Abdala sintió que su rostro enrojecía y bajó la vista. Estando entre hombres, no faltaron los consejos y las bromas alusivas a su futura vida matrimonial. Abdala regresó a su trabajo. Estaba totalmente absorbido por lo que había escuchado. Desde niño, él sabía que Aisha estaba destinada a él; también Aisha lo sabía. Cuando eran niños eso no les preocupaba mayormente, pues cuando se encontraban había siempre otras gentes y los encuentros eran relativamente esporádicos. Pero algo había cambiado ese último año. Aisha había crecido y cuando se acercaba a ella, sentía una sensación mezcla de placer y de dolor. Comenzó a fijarse más detenidamente en ella –¡era realmente hermosa!–. Muchas veces se había despertado con el corazón turbado de placer y de remordimiento por sus

pensamientos impuros. Ahora sabía: la próxima temporada de la cosecha sería la de su matrimonio. No cabía en sí de alegría y satisfacción. Habiendo terminado el trabajo, Abdala con pasos presurosos, se dirigió a la mezquita. Luego de la oración se reuniría la "muchachada" para conversar cómo continuar la lucha contra el infiel sionista. De vez en cuando asistía a esas reuniones Jalil, un muchacho de 19 años que dirigía en la zona las actividades contra los judíos. Éstos lo buscaban y el joven vivía en una semiclandestinidad, lo que le daba un gran prestigio entre los jóvenes. Ese día llegó, Jalil. Los jóvenes entre 13 a 18 años se sentaron junto a él y escucharon sus relatos sobre los héroes del Islam, sobre la recompensa que tenían los que morían por su religión. Jalil dijo:

—"El shaid, si muere en combate, recibe en el Paraíso 70 hermosas vírgenes y toda su familia tiene un lugar en el Edén".

Jalil hablaba detallando la recompensa en la vida futura y se daba cuenta que su público estaba electrizado por sus palabras. Al terminar, les hizo jurar que estaban dispuestos a dar sus vidas por Alá y su profeta Mahoma. Al regresar, mientras Abdala subía el sendero de retorno a la aldea, su mente soñaba con el destino del Shaid. Se veía transportado por los cielos junto a sus 70 vírgenes. Desde allí observaría todo lo que quedaba en la tierra, a sus deudos celebrando su muerte como Shaid. Sus padres y familiares estarían orgullosos y al morir ellos lo acompañarían en el paraíso. Antes de regresar a su casa decidió visitar a su abuelo paterno, hombre muy anciano, muy sabio. Ya no trabajaba la tierra y se entretenía elaborando cestos de mimbre o alfarería. Abdala quería entrañablemente a ese abuelo, ya viudo, que vivía solo alejado del centro de la aldea y de las casas de sus hijos. Abdala besó al abuelo. Éste dejó su labor y preparó café. Abuelo y nieto se sentaron juntos y Abdala le contó que su padre le había anunciado su casamiento con Aisha después de la cosecha de aceitunas del próximo año y que comenzarían a construir su casa. Luego le contó la reunión con Jalil, que había des-

pertado en él el deseo de ser un Shaid, de dar su vida para la gloria de Alá y Mahoma y obtener para él y su familia un lugar en el paraíso.

El abuelo escuchó al nieto en silencio, como si se concentrara en el pensamiento. Luego de un largo rato de silencio dijo:

—Hágase la voluntad de Alá.

Los días pasaban rápidos y placenteros. Diariamente visitaba a Aisha. Ambos se sentaban en el salón y conversaban. Ella era alegre, de una alegría contagiosa y esas reuniones le proporcionaban un gran placer. También frecuentaba la reunión casi diaria con Jalil. Un día le comunicó éste que él y su hermano mayor habían sido elegidos para participar en un curso que preparaba Shaidim. La noticia sorprendió y turbó a Abdala. En realidad, no temía a la muerte y se sentía honrado por haber sido elegido para tan santa misión, pero sentía pena de dejar a Aisha y de no poder disfrutar de su sueño hecho realidad. La casa donde vivirían estaba en construcción muy adelantada y Abdala deseaba mucho tener su propio hogar, sus hijos. Pensando sobre esto, pero también sobre la gloria y la vida futura del Shaid, llegó a la casa del abuelo a quien contó su dilema. El abuelo –según su costumbre– reflexionó un largo rato antes de contestar.

Cuando lo hizo preguntó:

—Dime, ¿Jalil forma parte de ese curso?

Abdala dijo que no sabía y que se lo preguntaría en el próximo encuentro. Cuando volvió a encontrarse con Jalil, le preguntó si él también participaría en el curso. Jalil se enojó y le contestó bruscamente que su tarea era organizar los grupos suicidas. Luego explicó la importancia de la acción, la posibilidad de matar y atemorizar a los infieles sionistas. Abdala sintió que su pregunta había turbado a Jalil, pero calló y no insistió en su pregunta. A la semana siguiente, Abdala recibió la citación para

el curso. Su hermano se despidió de su mujer y de sus pequeños hijos. Abdala sintió la pena contenida del padre y del llanto de las mujeres. Su padre sólo dijo:

—Hágase la voluntad de Alá.

Abdala sintió por primera vez que todo su ser se resistía a la misión. Se había despertado en él, el deseo de vivir, soñaba cada vez más intensamente en la fecha de su casamiento y cada vez más su cuerpo se resistía a hacer una actividad que le costara la vida. Decidió consultar al abuelo. Hacía tiempo que no lo veía y lo encontró más viejo y débil. El anciano besó a su nieto y lo acarició tiernamente. Luego se sentaron a tomar el café que el abuelo preparó. Abdala le contó su dilema. Era la segunda vez que trataba con él el tema. El viejo, según su costumbre, caviló largamente antes de dar la respuesta, la que dijo con tono lento y cansado:

—Hijo, la voluntad es que no vayas. Si tu corazón quiere crear familia y continuar trabajando nuestro campo de aceitunas, debes cumplir la voluntad del Todopoderoso. Luego de una pausa agregó: Tú no eres un cobarde y demostrarás tu valentía manteniendo tu posición. Lo que tendrás que decir es que si Jalil no va al curso, tú tampoco lo harás.

El viejo bendijo al nieto y éste salió con una decisión tomada.

Abdala informó que él no iría al curso. En el encuentro que tuvo con Jalil y los otros manifestó que si Jalil no iba al curso, él tampoco iría. Jalil se puso tan furioso que parecía que le salía espuma de la boca. Lo llamó cobarde, mujer, judío y otras palabras insultantes. Abdala no contestó, sólo lo miró fijamente preparado para repeler cualquier agresión física, pero Jalil no intentó siquiera usar la fuerza o incitar a los participantes a hacerlo. Abdala era un muchacho robusto que podría devolver sin dificultad una agresión. Además, la mayor parte de los otros jóvenes eran sus parientes y hermanos. La decisión de Abdala

dividió a la juventud del pueblo. La gran mayoría, y entre ellos su hermano mayor, condenaban su actitud; una minoría, principalmente mujeres, lo defendía. Abdala comenzó a sentir hostilidad hacia él. Entre los que demostraban esa actitud, estaba el padre de Aisha. Cercano ya al casamiento, anunció éste que renunciaba a su futuro yerno, diciendo:

—No deseo tener un nieto hijo de un cobarde.

La actitud de la familia de Aisha provocó una actitud hostil por parte de la familia de Abdala en defensa de su deudo, pero éste sentía que eso lo hacían por obligación y no por el deseo de defenderlo. Pocas semanas después, el hermano de Abdala explotaba causando bajas a los judíos. En la aldea, se abrió una cabaña para realizar los actos de duelo. La familia estaba feliz, había un shaid entre ellos. Las mujeres preparaban dulces y servían a los numerosos visitantes entre ellos, Jalil. Sólo dos personas no compartían la alegría. Una era la mujer de Husein (hermano de Abdala), que quedaba viuda con dos hijos. Ella lloraba en silencio mirando cada vez la gran foto de su marido que habían colocado en un lugar preferente en la casa. El otro que no sintió alegría fue Abdala. La muerte de su hermano había acrecentado el odio hacia él. Decidió trasladarse a vivir con el abuelo. Sus días se transformaron en amargos y tristes. El sueño de un matrimonio se había esfumado, se le miraba con desdén y en más de una ocasión niños le tiraban piedras gritándole cobarde. Un día su padre le dijo que sería mejor para él buscar un lugar de trabajo fuera de la aldea y en esa forma terminar con su vida de vergüenza que molestaba también a toda la familia. Al regreso de la conversación con el padre, Abdala volvió a la casa del abuelo llorando. Mucho le costó al anciano entender lo que pasaba. Una vez que Abdala le contó la conversación con el padre, el anciano le propuso que se calmara y que durmiera. Lo dejó dormido y fue a hablar con su hijo. Hacía mucho tiempo que el abuelo no veía al padre de Abdala. Éste lo recibió con grandes muestras de respeto y alegría. Una vez sentados juntos,

el abuelo le enrostró su actitud con Abdala, le dijo que era muy poco noble y muy poco valiente oponerse a los destinos de Alá:

—Alá quiso que Husein fuera un shaid, pero no quiso que lo fuera Abdala. Como padre, deberías haber defendido a tu hijo. No te has portado como debería portarse un hijo mío, miembro de nuestra tribu.

El hijo bajó la vista y calló. El abuelo se levantó y luego de despedirse abandonó la casa y se dirigió a la mezquita, en el lugar encontró a Jalil y sus amigos, quienes lo saludaron con gran respeto. El abuelo preguntó a Jalil:

—¿Eres tú el valiente líder de esta muchachada?

—¡Sí! –dijo con orgullo Jalil.

—¿Cuándo vas a ser shaid?

Jalil contestó:

—No voy a ser Shaid, mi misión es prepararlos.

El viejo levantó el bastón, le escupió en la cara y le gritó:

—¡Cobarde! ¡Eres como las mujeres! Incitas a los verdaderos hombres con tu lengua asquerosa, los transformas en víctimas y te aprovechas de ello. Sin esperar la reacción de Jalil, descargó con furia sobre él su bastón. Jalil cayó al suelo sin oponer resistencia y gimió a cada golpe que recibía. Los demás muchachos miraban la escena con espanto. Nadie hubiera osado impedir al anciano su acción. Todos veían a su líder, al valiente Jalil, tendido en el suelo recibiendo los golpes y gimiendo. Luego de un rato, cuando Jalil dejó de gemir al perder el conocimiento, el viejo interrumpió su acción y, sin decir palabra, abandonó la mezquita para volver a su casa.

La acción del anciano provocó sensación en la aldea. En realidad, muchos la vieron con simpatía, aunque no se atrevieron a decirlo públicamente. Sentían orgullo por ese patriarca tan valiente y desprecio por ese Jalil que todos pensaban antes que era un valiente y que había sido tan cobarde frente a un anciano. En todo caso, la situación de abuelo e hijo continuó siendo difícil. Se les aisló totalmente del resto de la comunidad. Abuelo y

nieto continuaban asistiendo a las oraciones en la mezquita, pero la gente se apartaban de ellos y en más de una ocasión, les tiraban piedras los niños.

Una tarde los visitó la madre de Abdala que, siendo madre de un Shaid, era muy respetada por todos. Luego de saludarlos, le dijo a Abdala que había trabajo para él en los campos de los judíos vecinos a la aldea:

—Podrás allí trabajar tranquilo, ganar dinero y quizás en un año, cuando cambie el ambiente, encontrarás una mujer digna de ti. Tu padre me pidió decirte que la casa que estábamos construyendo será para ti y la mujer que se case contigo.

Abdala se puso muy contento por la visita y por la posibilidad que le daban de comenzar una nueva vida. Pero el abuelo, que había escuchado todo eso en silencio como de su costumbre, luego de reflexionar, habló:

—¡No Abdala, no! Tú no puedes trabajar donde los judíos. Eso significaría que tu actitud no fue más que una cobardía. Además, los judíos sabrían que eres hermano de un Shaid y no te darían trabajo. La madre se fue sin recibir respuesta. En Abdala había un torbellino de sentimientos y de dudas. Cuando su madre se fue, le preguntó al abuelo:

—¿Qué hago abuelo?

Éste le contestó:

—Debes hacer la voluntad de Alá.

—¿Y cuál es la voluntad de Alá? –preguntó Abdala.

—Quedarte acá y afrontar todo lo que ocurra. Yo tengo aquí mi casa, mi pequeño terreno que trabajo solo, mis animales. Lo que es mío es ahora tuyo. Los disfrutaremos los dos hasta que yo muera. Luego, con esto y unos ahorros que tengo, podrás vivir tranquilo.

Transcurrieron dos meses. La situación en la aldea fue calmándose. El padre decidió reintegrar a Abdala al trabajo. Varias personas intervinieron para convencer al padre de Aisha de reconsiderar su posición. Después de todo, Abdala era un buen

partido y el no haber sido Shaid, no significaba nada, pues sólo los espíritus superiores podían ser Shaidim. Para la alegría de Abdala, las cosas se arreglaron. Se terminó la construcción de su casa y se realizaron las bodas. A todo esto, Jalil no apareció más en la aldea después de la paliza que le propinó el abuelo. Días después de las festividades de la boda, decidió Abdala visitar al abuelo. Con pasos alegres, llegó a la morada de él, lo llamó alegremente pero no recibió respuesta. Cuando abrió la puerta de la casa, horrorizado, encontró el cuerpo del abuelo muerto y apuñalado en todo el cuerpo. El entierro del abuelo fue seguido por todo el pueblo. A nadie le cabía duda quién había sido el asesino. En la noche, en el noticiario de la radio palestina, se anunció que el grupo "los hijos de la revolución" había matado a un agente israelí que vivía en el pueblo. El agente israelí era el viejo abuelo de Abdala.

DANIEL BLAUSTEIN

nanando@pob.huji.ac.il

Daniel Blaustein nació en Rosario, Argentina, en 1966 y reside en Jerusalén desde 1987. Obtuvo una licenciatura en psicología y una maestría en literatura española y latinoamericana, ambas en la Universidad Hebrea de Jerusalén, donde es docente e investigador desde hace seis años. Ha publicado artículos sobre literatura latinoamericana contemporánea y poesía en las revistas *Reflejos*, *Entrelíneas* y otras de difusión alternativa. Actualmente está completando su tesis doctoral sobre la narrativa del "post-boom" latinoamericano. Desea continuar publicando, tanto material académico como creativo. Desde su llegada a Jerusalén, participa independientemente en distintas manifestaciones del campo pacifista y en favor de la coexistencia. No ha servido en ningún ejército de ningún país del mundo.

SALMOS TROZADOS EN SALMUERA (SINTAGMA *HIEROSOLIMITANO*)

But what becomes of the divinity when it reveals itself
in icons, when it is multiplied in simulacra?

Behind the baroque of images hides the grey eminence of politics.
Jean Baudrillard, *Simulations*

La ciudad del injerto, de la injuria, del ingesto de Kipur; la villa de la *Kultur*, la urbe d'UmKultum, las ubres del becerro del incesto, el gesto del infesto del Mufti, la Capital del falso Profeta, del Mesías de Probeta, del ingreso bruto, la sagrada

sangrienta, la agraciada del Asia, la grasada de Asad, la del mapa (de rutas) sacada, la del Papa pisada, la calcada, la recalcada, la carcomida, la cascoteada, la plagada de granadas, la Alhambra alambrada, la dorada, la dolida, la dolarizada, la Lhasa de San Lázaro, la Dormición, la dormilona del Shabat, la docena del Grial, la Dolorosa Vial, la Tzvi Migdal, la dolosa de Netaniahu, la pseudo Original, la quasi Total, la reciclada ancestral, los milenarios retazos, la Liberada de Tasso, la teología de la liberación, las judías con jamón, la Montecarlo del Monte Sión, el Karma del Monte Carmelo, el Te Deum de Tadeo, la Montevideo de los Macabeos, la Asunción de los Olivos, la Encarnación de los enemigos, la brújula del desorientalismo, la triplicada del monoteísmo, el Dios de los monosílabos, la monotónica muralla, la metonímica de las batallas, la metafórica de Montefiore, la Reconquista de los Seis Días, la mosaica bizantina, la bizarra Palestina, la guerrera Capitolina, la Catedral sumergida, la fatídica Fatwa, la jasídica jesuita, la Virgen de la Intifada, la Ídishe Mameluca, la trigésimacentenaria, la santasepulcrada, la ghettoización resucitada, la Indivisible del Mundo, el Ombligo del Medio, el Oriente de Occidente, la Bodeguita del Levante, el templete de los Templarios, la Vecinita de Sodoma, las gomas de Gomorra, la baba del Sai Baba, las balas de Belén, los Testigos de Mahoma, el Baba Sali y los cuarenta mormones, el bautismo de los masones, los gOLPes de Estado, la Santísima Tobago, Santamaría Santiago, el reino del revés, la ilusión cóptica, la Caja (fuerte) de los Espíritus, los Caballeros de las Tres Tristes Cruzadas, la Inmaculada de la Mancha, la Dulcinea del Sinaí, la Dalila de Dalí, el parto de Cesárea, el Puerto de Káddish, Cristóbal Colombo, Cristo va al Quilombo, el maná de la musulmana, la mano del otomano, las minas del Rey Momo, los pretextos de los 613 preceptos, la filigrana de los Filisteos, los devaneos del canaaneo, la filantropía del Séptimo Día, la petroguita de Sarabia Audita, las arcas de los narcos, las cuentas de la Hermandad,

los chorros de la Municipalidad, LA QUE EL TURISMO NO VE, los Mercaderes de Noé, los lobbistas de D.C., la industria del Juicio Final, la Pasión de Mel, el Amor de Omar, el sado de Saddam, el Golem del Golán, Salomón y Suleimán, la visión de Teodoro, la versión de Casiodoro, la Reina del Plata, la capital de la Cruz, la Orden de Al Quds, la disolución del Kibutz, *in god we* trust, Dar es Salaam, la Ciudad de la Paz, la Biblia de Bolivia, los sabios de Abisinia, el Titicaca de Galilea, la-Crimea de los Lamentos, las Sandalias del Carpintero, la Carmela Descalza, el Caramelo santo, la Hostia de la Angustia, la doxa de la ortodoxia, la poquedad del Apocalipsis, los paraísos artificiales, los adán-y-evas tridimensionales, los profetas apócrifos, el Evangelio según Rogelio, los predecibles predicadores, la Inmolación de la Ocupación, los santos inocentes, los asentamientos (que) mienten, el cemento de los cementerios, la Línea Verde, los Cascos Azules, la Cruz Roja, la amenaza amarilla, el Libro Blanco, Septiembre Negro, las apuestas de los Apóstoles, las promesas terrenales, el Pueblo es-cogido, el Verbo es divino, los pueblos del Libro, los semas de la simiente semítica, los contextos del conflicto text-céntrico, la destrucción del Templo, la Resurrección del Mar Muerto, la deconstrucción de San Jacques, la libaniza-Sión, la Titánica del setenta, la británica del diecisiete, la Turca del Once, la disputada sin pausa, la reputada en la prensa, la amputada bendita, la computada por todos, la desunida por las Naciones Unidas, la clavada por todas las banderas, la ejercitada por todos los ejércitos, la gestionada por Jesús, la regalada de Alá, la jodida de Jehová, la Magdalena del Universo, la versada, la versátil, la violenta, la volátil, la versificada, la eterna-mente fundamentalizada, los civiles bombardeados, los misiles arrojados, los nativos desterrados, la Redención invertida, las lágrimas vertidas, los que descansan en paz, los que no descansan jamás, los que no dejan descansar, los que no dejan de cansar, los que no pueden más, la paranoia trascendental, la subsistencia

providencial, la inminente reanudación del eterno proceso del anunciado funeral del final del programa de paz. Amén.

Betzalel esquina Ussishkin,
Jerusalén
(septiembre de 2000/ febrero de 2004)

JOSEPH HODARA

hodaraj@mail.biu.ac.il

Joseph Hodara nació en Argentina. El entusiasmo suscitado por la gestación de un Estado judío en el Medio Oriente y la fatiga por los gobiernos militares que desmantelaron el país donde naciera lo condujeron a Jerusalén cuando aún el no salía de la adolescencia. Estas razones le impidieron medir con prolijidad las dificultades y los retos que debió encarar en una cultura mediterránea sacudida hasta hoy por tendencias contradictorias: apertura y fanatismos, libertades y violencia. Joseph Hodara escogió la senda académica, acaso para fugarse de la realidad, o acaso para pretender abrazarla. Aunque nunca ha sido indiferente a los conflictos internos que sacuden a la sociedad israelí, ha publicado, además de dos poemarios titulados *Luz y Piedra* (1994) y *Veinte trozos de un sueño* (1987), más de setenta reseñas bibliográficas y once libros en los que dedica especial atención a los problemas contemporáneos de América Latina: *Científicos vs. Políticos* (1970), *La Productividad Científica* (1971), *El Fin de los Intelectuales* (1973), *Cooperación Económica en América Central* (1974), *Sobre el Crecimiento Cero* (1977), *Los Futuros de México* (1978), *Sobre El Capitalismo* (1983), *Los estudios del Futuro* (1984), *Prebisch y la CEPAL* (1987), *El Reto de la Globalización* (1989) y *Tecnología e Industria en el Futuro de México* (1992).

DEL LIBRO LUZ Y PIEDRA

(Jerusalén, 1994)

En la Ciudadela escucho
cantos de columnas
escalones de piedra.

David convoca torres y ecos.
Veo
verdad y traición
vida y tumba
amor y vientos
en la Ciudadela.
A todos acoge
a su luz con su luz
con su noche en la noche.
Días de cuchillos
noches de pesadillas
unidos por secretos.

Ajmad recorrió sus calles.
Dan tomó el fusil.
Ajmad alzó el puño
como su hermano
en su sueño.
Dan afiló los ojos.
Ajmad fue un grito.
Se encontraron:
mirada y silencio.
Ajmad y Dan:
dos historias gemelas.

En la tumba de María
hay una cruz y tres
campanas.
En los mármoles del Monte
hay cenizas húmedas.
María murió con la muerte
de Su hijo.
Muchos hijos murieron en la vida

de Sus madres.
Uno por la Cruz
otros por íntima cruzada.
Todos recogen la elegía
de las campanas.

Tierra de este mundo y del otro
el Otro sigue tus pasos
a pesar de los que te habitan
con los que te habitan.
Escucho voces en las paredes
y en el Muro.
Y en los rostros que cavilan
generaciones.
Tierra de niños y olivos
de mujeres tímidas
de rostros oscuros
de monedas peleadas
por mil caballos.
Tierra codiciada,
plena, cruel.
Tierra de luz
desbocada.

MARCELO SCHEJTMAN

Marcelo Schejtman nació en Buenos Aires en 1976, de donde emigró con su familia a la Ciudad de México en 1988. En México estudió ciencias políticas en la UNAM, graduándose con honores con la tesis "La influencia del Mundial de fútbol de 1978 en el fortalecimiento de la dictadura militar argentina". En el año 2003 emigró a Israel donde estudió una maestría en resolución de conflictos y mediación en la Universidad Hebrea de Jerusalén, donde trabajó en organizaciones de derechos humanos, despachos de mediación privada y comunitaria, de columnista en varias revistas de actualidad y más temas relacionados a su profesión. Esta experiencia en Israel le llevó a escribir una crónica de todas las peripecias y choques culturales y de identidad de un joven latinoamericano que llega al universo completamente ajeno del Medio Oriente. Su aportación a esta compilación son capítulos seleccionados de esta crónica.

9° MES EN ISRAEL

Un par de días después de la decapitación con el serrucho del soldado estadounidense y a media "batalla" en la Franja de Gaza, en la que el ejército israelí está por un lado destruyendo las casas que "parecen sospechosas" (acertando en algunas y en otras no) para encontrar las bombas destinadas a explotar lo más cerca posible de mi casa, me encontraba en Jerusalem Oriental (para los que no se ubican del todo es la parte árabe de la ciudad) subiéndome a un autobús cuyo chofer y todos sus tripulantes (todos desconocidos) eran árabes. Es decir, el ambiente era tan tenso como el tortícolis nervioso de mi cuello

un par de días después. Para los que creían, y con esto siguen creyendo, que tengo tendencias suicidas, les explico: dentro del marco de mis estudios surgen oportunidades de hacer trabajos voluntarios en diversos rubros, pero sobre todo en el de vías de diálogo con el adversario. En el caso de Israel son los palestinos (en realidad es todo el mundo árabe) (en realidad es todo el mundo). Desde que surgió la oportunidad de participar en este congreso en particular, me emocioné mucho porque quería de una vez por todas conocer a alguno con quien pueda dialogar, decirle lo que yo pienso y sobre todo escuchar lo que él piensa, sin conjeturas y sin intermediarios. Bueno, como les decía, la organizadora del evento me dijo que un autobús iba a salir del hotel Ambassador en tal dirección de Jerusalem con destino al Congreso en Haifa, pero en ningún momento me dijo que esa dirección estaba en la zona árabe. Adush me llevó y tras atravesar un retén militar, distinguir que no entendíamos absolutamente ningún cartel de los que decoraban las tiendas de las calles y después de preguntar (como es nuestra costumbre) por alguna orientación acerca de dicho hotel y que no sólo nos contesten en un inglés arabesco sino que además recibamos más de una mirada de las que dicen "ahí va la bala atajala", nos dimos cuenta que estábamos en un lugar en el que definitivamente hubiéramos preferido no estar. Finalmente dimos con el hotel y con un grupo que se suponía tenía que viajar conmigo al congreso. Adí se fue (más que por su decisión, porque yo la obligué) (en realidad tampoco me costó taaanto convencerla) (la verdad yo me hubiera ido con ella de no ser porque esta gente ya me había visto y cuando uno tiene miedo lo mejor es aparentar que está todo bajo control) ("no se quién carajo me enseñó semejante estupidez", pensé mientras veía a Adí alejarse a toda velocidad con el coche) y yo me quedé ahí solito, con un grupo de palestinos que no conocía. De repente se acercó uno de ellos pasando lista, cuando me preguntó mi nombre resultó que yo no estaba anotado. Él hizo un gesto equivalente a "qué raro" y

después otro como diciendo: "ah, ya me acordé que había uno que no habíamos inscrito porque el zoquete se registró tarde" sonrió y siguió con su lista. Yo obviamente lo interpreté como: "qué raro... ya decapitamos a uno esta semana, quizá llamaron a otro porque este es judío Y argentino, ahora sí nos va a amar todo el mundo". Mis ganas de haber nacido suizo y estar jugando a Heidi en las nevadas montañas holandesas con Pedro y el Abuelo eran tantas que odié a su dibujante. Levanté la cabeza. Ellos eran cerca de diez personas, que sólo hablaban entre ellos y en árabe, así que mucha interacción no podía hacer por más que me lo propusiera. Digamos para dejar notar entre líneas que yo era el más pluralista, izquierdista, progresista, que no tenía nada contra ellos, que de hecho lo que estaba haciendo el ejército de Israel era deplorable, que los palestinos tienen tanto derecho de autodeterminación como los judíos, o más... ¡Sí, más que los judíos! que, en realidad, yo era libanés en una misión *undercover*, que mi nombre verdadero era Barcelus Al Pedus y que estaba ahí para organizar la rebelión contra los sionistas asesinos, perversos, malhechores, que Ahmed Yassin era demasiado moderado, que Bin Laden era un pacifista cualquiera...

De repente, un "excuse me" me interrumpió el delirio, me volteé bruscamente para ver quién me hablaba, listo para aplicar la técnica Amit Smith y esquivar a cuanto *line backer* se atravesara en el camino. Sin embargo, la mirada tranquila del joven que me había llamado me facilitó disimular mi nerviosismo. Al verlo a los ojos me dijo que se llamaba Haled Sulaimán (yo me aventuré a decir que me llamo Marcelo nomás) y nos pusimos a charlar. Debo reconocer que después de quince minutos yo me sentía bastante más tranquilo y mucho más cómodo de lo que me hubiera imaginado. El tema de conversación obligado fue el congreso al que íbamos y, por ende, el conflicto que nos unía. Haled me hizo un análisis del conflicto que pocos profesores en la universidad lo hubieran explicado tan claramente ni habrían

tenido la autoridad que tiene él como habitante de Ramala para hacerlo. Obviamente llegué al congreso sano y salvo, aprendí mucho, hice muchos amigos judíos y árabes, muchos de los cuales son profesores universitarios de la más alta categoría. Después de dos días de diálogo, conferencias, debates, discusiones y más discusiones y más discusiones y sin ninguna nueva conclusión, regresé en el mismo autobús con la misma gente, pero ahora eran Haled, Ibrahim, Heijam, Inas, Robert, Tarek, Fuad, Iyad, Suheil y Abdul.

JOSÉ PIVÍN

pivinjose1@yahoo.com.ar
pagina1@gmail.com

José Pivín nació en Rosario, Argentina, en 1942. En 1945 se trasladó a la ciudad de Santa Fe, junto con su familia. Allí vivió hasta 1973, año en que se radicó en Israel. Es licenciado en edafología por la Universidad Católica de Santa Fe. Trabajó como perito mercantil y especialista en suelos en el Ministerio de Agricultura y Ganadería de la Provincia de Santa Fe y en el Instituto de Suelos del INTA (Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria) y fue profesor adjunto de la cátedra Fertilidad de Suelos II, en la facultad de edafología de la Universidad Católica de Santa Fe, Argentina. A fines de la década del cincuenta se despertó su interés por la literatura y el periodismo y comenzó a publicar poesía y reportajes a escritores y poetas. Su primer libro de poesías, *Infartodiario*, fue publicado por Editorial Pardes, de Buenos Aires, en 1983. Su segundo libro, *El inquilino que hay en mí*, fue publicado también en Buenos Aires, en 1987 por Ediciones Lucanor. Su tercer poemario, *De remotas tierras hablo*, fue editado en Jerusalén, Israel, en 1996, por Neta Gonen del Hadassa College. Esta edición es bilingüe: castellano con traducción al hebreo. Las poesías de este libro fueron traducidas recientemente del castellano al inglés por Jim Kates, poeta, escritor, traductor literario (EE.UU.) y el profesor Stephen Sadow, escritor, traductor y director de Latin American languages en University of Northeastern, Massachussets, Boston, EE.UU. Sus poemas en castellano fueron publicados en revistas, diarios y antologías de Argentina, Costa Rica, EE.UU., Venezuela, Brasil, España, Israel, Corea del Sur y China. Traducciones de parte de sus poemas al hebreo, idish, polaco, inglés, árabe y al chino fueron publicadas en diarios, revistas y antologías en Israel, Argentina, Nueva York,

Los Ángeles, España, Corea del Sur y Chongqing (China). Jose Pivín se desempeñó durante quince años como miembro de la Comisión Directiva de 'A.I.E.L.C.'- Asociación Israelí de Escritores en Lengua Castellana, siendo durante diez años su secretario general. Fue reseñado en *La Nueva Enciclopedia de la Provincia de Santa Fe* (Argentina) y en el *Diccionario Biográfico Internacional de Cambridge*, Inglaterra (1995). Actualmente trabaja como contrator financiero en una gran compañía naviera israelí, siendo además el editor y director de *Página 1*, revista de actualidad, literatura, novedades, cultura y tantas cosas bellas de la vida. Es una publicación electrónica bimensual que desde Haifa (Israel), se difunde gratuitamente por internet, a quien lo solicite. José Pivín cree en la necesidad de que el pueblo palestino tenga su propio país independiente, al lado de Israel, y que ambos países trabajen en cooperación para el desarrollo y el progreso de esa región y sus habitantes. Considera que habrá PAZ entre palestinos e israelíes el día en que ninguna madre palestina o israelí se asuste por el ruido de motores de aviones, sus hijos puedan jugar tranquilamente sin temores, y cuando el Gobierno elegido por el pueblo palestino en elecciones libres y democráticas asuma la responsabilidad de desarmar a los grupos palestinos terroristas que pretenden seguir causando daños a los israelíes. Los israelíes están dispuestos a vivir en paz con sus vecinos palestinos. Pero no deben confundirse: los israelíes no tolerarán ataques contra sus habitantes o sus ciudades. Si los palestinos continuaran guerreando contra Israel, solo traerán destrucción a su propio pueblo y país. Las armas no traerán la paz; sólo las negociaciones entre los dirigentes representativos de ambos pueblos. Mientras tanto, la sangre derramada no fertilizará la tierra sino que la continuará envenenando.

ES TIEMPO DE METRALLA

Es tiempo de metralla
en Medio Oriente.

Si hay un tiempo
de crear
y un tiempo
de engendrar

un tiempo de pensar
y un tiempo de olvidar

hoy es tiempo
de llorar

Porque es tiempo
de metralla.

Mi vecino del segundo piso
se fue al Líbano
y no volvió...

Tenía veinte años
escasos
o tal vez veintidós
una enorme sonrisa
de niño grande
y el grado de capitán
en la hombrera.

Seguramente
tenía una novia,

una joven esperanzada
que tejía planes y futuros.

Ary Vardi no volvió.
trajeron un ataúd
cerrado
y los padres lloran
desconsolados
más solos
que el mes pasado.

Su cara de niño
me mira desde el
diario
recuadrada en negro.

Haifa, 12 de julio de 1982.
(Guerra Paz para la Galilea.)

EN NOMBRE DE LA PAZ

"más de 150 soldados israelíes han muerto desde septiembre de 1982, fecha en que oficialmente terminó la guerra del Líbano"
(De la prensa israelí)

En el norte
en el país de los cedros eternos
mis jóvenes compatriotas
a diario
siguen muriendo.

Esta guerra maldita
que aún no ha terminado.

Y las insignias a los participantes
en nombre de la Paz en la Galilea
han sido otorgadas.

En nombre de la Paz
en nombre de la Paz en la Galilea
la guerra sigue matando
la sucia guerra
sigue tragando
como una enorme ciénaga
a quienes circulan
por las carreteras
a los que cuidan el Orden
a los árbitros de la Paz
entre cristianos y druzos
entre shiitas y palestinos.

En el Lago Karaún ya no flotan
los cadáveres hediondos
la nieve se ha derretido
en los Montes del Shuf
pero la muerte negra
la muerte triste

la muerte, al fin,
sigue cosechando
guadaña en mano
jóvenes que no quisieron
matar
jóvenes que no quisieron

morir
jóvenes envejecidos
de ojos enrojecidos
miradas tristes
pensamientos lejanos...

Sassón no volverá a su casa
Ary no regresará a las aulas
universitarias
Roberto no retornará a la
rutina cotidiana del *kibutz*
el taller mecánico seguirá
esperando la presencia de Janán
y en el vientre de Ayalá
su hijo huérfano de padre
seguirá creciendo.

Todo este absurdo debe terminar
ahora mismo
para que los jóvenes guerreros
los jóvenes cansados
descansen sobre el césped verde
y no bajo el césped verde.

Toda esta pesadilla infernal
debe terminar ya.

Estoy de duelo
por cada uno que cae
por todos aquellos que subieron
a defender la Paz en la Galilea
y no volvieron
ni volverán.

Estoy de duelo
por cada uno
y por todos
y ya no tengo ojos para llorar.

Haifa, abril 1983
(Guerra Paz en la Galilea.)

CUANDO LA INTIFADA NOS CASTIGA

Sobre arenas ardientes y descoloridas
el viejo camello continúa su vagabundeo
un delgado y barbado beduino montado
es el navegante que señala el derrotero.

Atrás quedaron las dunas y las palmeras
Y el agua del manantial que brota desde las entrañas
de este desierto calcinado que no tiene compasión
para con nadie.

Acostumbrados al peso del equipo militar
una columna de transpirados y agotados soldados
avanza levantando pesadamente sus gastados *borceguíes*.

Julio implacable descarga su calor,
es esta canícula insoportable
que en el norte provoca incendios.

En *Shenkin* todo continúa como antes
jóvenes *snobs* se deleitan con frescas bebidas

mientras la música *pop* se desgrana desde los altoparlantes
de los bares y los turistas extranjeros
se sorprenden con cada piedra y cada esquina y cada etíope
que transeúnta por las calles
mientras la radio nos informa que hoy solamente sufrimos
cinco accidentes de tránsito con pocos heridos
y que felizmente, gracias a la prohibición de entrar desde los
Territorios Administrados,
ningún terrorista palestino acuchilló a nadie.

Pero la *Intifada* continúa y en la Franja de Gaza,
inútilmente, soldados israelíes mueren o son heridos
por árabes palestinos, mientras que sus niños
arrojan piedras, peligrosas piedras,
y uno que otro pequeño palestino cae, también inútilmente.

"Tiempo de arrojar piedras", diría mi amigo José Luis.
Lamentablemente no tenemos demasiado tiempo
para esperar esta paloma blanca de la Paz que no llega...

Haifa, 22 de julio de 1993

Intifada: Sacudida, en árabe. Rebelión de los árabes palestinos contra los israelíes.
Shenkin: Calle de la ciudad de Tel Aviv, muy de moda.
Borceguíes: Calzado militar, botas acordonadas (palabra usada en Argentina)

ZULEMA ZYLBERMAN

Zulema Zylberman Cohen es docente y escritora argentina, nacida en Buenos Aires y radicada en Jerusalén desde 1978. Maestra Normal, comenzó sus estudios de filosofía en Buenos Aires y los completó en la Universidad Hebrea de Jerusalén, donde asimismo se licenció de Trabajadora Comunitaria. Su trabajo principal ha sido siempre la enseñanza de lenguas, la traducción de los idiomas español, inglés, francés y hebreo. Enseñó español y literatura de España e Iberoamérica en el Liceo Francés de Jerusalén, dependiente del Consulado de Francia en esa ciudad hasta 1998, en que salió para España por un año, y comenzó un doctorado en lingüística y literatura en la Universidad de Oviedo en Asturias, España. Desde su vuelta a Israel, enseña español en la Universidad Hebrea de Jerusalén, donde además completa sus estudios de doctorado. Ha recibido cuatro premios literarios: Premio de poesía del Centro Cultural "Mariano Moreno" dependiente del Ministerio de Educación de la Pcia. de Buenos Aires, Argentina (1964); Premio "D.E.X.A." (Dirección de Expresiones Artísticas de la Universidad de Panamá por su libro de poemas *Buenos Aires, noviembre y los Jazmines* publicado en 1977 por la editorial Botella al Mar, de Buenos Aires, 1976); Premio C.E.P.I (Centro de Escritores y Poetas Iberoamericanos) de Nueva York, por su cuento "La muerte de Polifemo" (1988); Premio del Ministerio de Absorción de Inmigrantes de Israel a escritores israelíes en lenguas extranjeras por su libro de poemas "El exilioscopio", aún inédito (1989). Varios poemas y cuentos suyos han sido publicados en español en Israel, Argentina y España, en diversas revistas, incluyendo *Suburbio, Paloma, Amaru, Alef, Aurora, Clamor* (antología) y *La Vega*. En hebreo, ha publicado en *Shar le Matjil, RabKol* (antología), *41 escritores latinoamericanos traducidos al hebreo* (antología). En 1996 publicó su primer libro completo en hebreo *Una historia y 28 poemas*.

LOCOS DE LA GUERRA
Primavera, 2001

Llegué a la puerta de mi departamento con el corazón agitado. Los nervios me impedían encontrar las llaves en la cartera. Pronto se dejaría oír la respuesta del ejército a los tiros que llegaban desde Beit Yala. Cerré rápido y en lugar de encender las luces como de costumbre, me fui a tientas hasta mi cuarto y puse la radio. Eran las ocho de la noche de un día que había sido fatídico: dos atentados suicidas del "Hamas", tres represalias de Tzahal destruyendo edificios en los territorios, ¿qué más nos esperaba a todos, en esta noche de otoño? Estaba sola en casa. Ernesto no tenía miedo de salir y volver tarde. Su juventud lo acompañaba. Entonces comenzó la verdadera batalla. Escuchaba las balas silbar y chocar contra alguna pared. De pronto, una explosión terrible y algo se iluminó allí, debajo de mi ventana. Una vez, otra vez y otra vez lo mismo. Me fui a la cocina, donde, quién sabe por qué razón, me sentía más protegida. Eran mis racionalizaciones las que me ayudaban. Decidí que tenía que tratar de utilizarlas en ese momento, pero me era muy difícil.

Comencé: la ventanita de la cocina mira hacia otros edificios y no hacia Beit Yala o Belén. Belén, desde donde los fines de año me llega el sonido de las campanas.

Donde alguna vez íbamos a escuchar la misa del 24 de diciembre, como muchos otros israelíes que no se preocupan tanto por la religión, más que para cumplir con sus propias obligaciones de conciencia ante el Todopoderoso, que es, finalmente con quien tenemos que revisar nuestras conciencias. Con los demás seres humanos me basta con ser honesta, no hacer daño, ganarme mi pan, en fin, todo lo que puede hacer alguien como yo, y que en realidad es lo que hago. De hecho, considerando el ángulo desde donde disparan, realmente en mi cocina estoy segura. No así mis amigos del edificio de enfrente. Pero, ¿acaso se sabía cuándo comenzarían a disparar desde otro

ángulo? Por otra parte, esta noche ya disparaban con algo diferente. Presté atención a las noticias. Eran ya las once de la noche. Tres horas habían pasado desde mi llegada a casa, y yo no tenía casi conciencia de ese tiempo. Había estado sentada en la cocina, con todas las luces apagadas sin moverme, esperando solamente el comienzo de cada nueva ráfaga de tiros o la nueva explosión.

"Dos cohetes balísticos de dimensiones importantes acaban de caer en Guilo". No agregaron detalles. Al día siguiente, hablando con alguien, me dijo que en realidad estaba muy bien que no agregaran detalles, ya que así, "el enemigo" no podía saber dónde había caído el cohete, es decir si había tenido buena puntería. "El enemigo", "¿quién es el enemigo?", me pregunto día tras día. Lo paradójico de la situación no deja de asombrarme. ¿Saben ellos, los del "otro lado" los "enemigos" tal como se los denomina, que de "este lado" el de los "enemigos de ellos", hay gente que cree en sus derechos, como yo misma? ¿Lo saben o no? Y, si lo saben, ¿les importa? O ¿es que ya no importa nada, solamente las venganzas y la idea de destruir un pueblo al otro?

¿Quiénes están detrás de estas ideas tan totales, tan globalizantes? Esas eran las preguntas que me surgían mientras seguía allí, sentada sin moverme, en mi cocina, el lugar que consideraba más seguro de mi casa. Mi cocina me protegía, ¿de qué, de quién? No de los cohetes teledirigidos. Mi vida se había transformado en un ordenamiento pragmático y simple: "Salir hacia el mediodía, porque viaja menos gente, y entonces hay menos probabilidades de un atentado en el autobús"; "para ir a la universidad, los días que doy clases, tomar el 31, que corta por la ruta del norte y llega rápido a la estación central, donde subo al 28 directo al Monte Scopus"; "volver en horarios de poca gente viajando en bus"; "no ir más al shuk (mercado), para evitar las aglomeraciones"; "no salir de noche". ¿Qué más? Seguramente muchas otras cosas, que se presentaban en los momentos ade-

cuados. Lo que notaba era cómo había bajado mi capacidad de concentración para otras cosas.

En esas reflexiones estaba cuando sonó el timbre de la puerta. Me asustó el sonido, y ahora sonaba ya por segunda vez y con insistencia. ¿Quién podía ser, a las once de la noche y en medio de semejante balacera? Utilicé el dispositivo especial de la puerta que me permite abrir en parte, sin dejar entrar. Del miedo pasé al asombro y casi a un ataque de risa. Era mi vecinita del piso de abajo. La nenita de ocho años, que parecía tener muchos menos y que, según su propia madre, era un poquito retardada.

—¿Qué hacés aquí a semejantes horas? ¿Cómo es que no estás durmiendo?

—¿Me das un caramelo? –Fue todo lo que recibí como respuesta.

Era su pedido de siempre cuando venía a mi puerta, pero a horas un poco más normales. La hice entrar, bajo promesa de que su madre sabía dónde estaba.

La hice sentar al lado mío en la cocina y le pregunté si sabía por qué las luces estaban apagadas.

—Sí –me contestó.

—Están tirando bombas.

La devolví a su casa, con unos cuantos caramelos para ella y sus hermanitos. Esa noche no pude dormir. A eso de las tres de la mañana, Ernesto volvió del centro y yo aflojé un poquito. Intenté irme a dormir, pero justo en el momento en que me acostaba, se dejó oír otra explosión, esta vez más fuerte todavía que las anteriores, y el reflejo del fuego en el suelo, al lado de mi ventana, me hizo comprender exactamente de qué se trataba. Me levanté sin pensarlo dos veces y me fui a acostar en el comedor, toda acurrucada, en un sillón y me quedé dormida de puro agotamiento. Mientras escribo todo esto, me digo a mí misma que "ellos, los del otro lado", sufren día tras día de ataques de nuestro ejército, y no pueden dormir, exactamente como yo no puedo.

El ruido, ese ruido infernal de la bomba cayendo sobre su objetivo, la explosión misma, el fuego, de todos modos se producen, y es eso entre otras cosas lo que no deja dormir y paraliza de miedo. Uno no está pensando todo el tiempo que se va a morir, o que se puede morir, pero cuando se está bajo fuego pesado, pues...

Y eso pasa de los dos lados, y los que hacen eso son los que tienen las armas, no justamente los que sufrimos del miedo y de no poder dormir. Ellos, los de ambos lados, están tan ocupados con sus acciones, y con el pensamiento de sobrevivir en ese momento que no se acuerdan de que deberían estar durmiendo. Pero, ¿qué es lo que cada uno quiere? ¿No debería ser ésa la pregunta del caso? ¿Qué quiere cada una de las partes? Las partes, es una simple expresión lingüística que representa algo que debe ser concreto: países, naciones, grupos. Pero también estas palabras representan abstracciones, simples abstracciones. Para mí, lo que vale soy yo, lo que yo pienso, lo que yo siento, lo que yo vivo y quiero. Y yo personalmente, pienso que los ejércitos, sean regulares o voluntarios, representan lo peor de lo que podemos tener aquí: la muerte. En este planeta azul que se ha vuelto tan pequeño hoy día con la globalización. Y yo no me quiero morir antes de tiempo, antes de haber terminado de escribir todo lo que tengo que escribir, y haber compartido todo lo que tengo para compartir, y haber aprendido todo lo que tengo aún por aprender.

Por la mañana me desperté en mi comedor después de unas dos horas de mal dormir, con todo el cuerpo dolorido por mi posición de feto en el sillón duro que está frente a mi ventana, hoy día ventana antibalas. Eran las 6 de la mañana. Me fui a la cocina y puse la radio. Ernesto había dejado el ordenador funcionando. Lo apagué, pensando que un día de estos me quedaría sin ordenador porque se recalentaba. En la cocina puse a hervir agua en el nuevo hervidor eléctrico que hace un ruido del demonio, pero lo dejé puesto ya que últimamente, tal vez

debido a las preocupaciones, me dejaba al fuego las cosas y hasta que no olía a quemado no recordaba que las había puesto. Me preparé un café bastante fuerte, con el sentimiento de que de otro modo no resistiría en pie por más de diez minutos. Aun así, sentí que me costaba estar parada. Me senté junto a la radio para escuchar las noticias una vez más. Una vez más escuchar que había habido una batalla campal durante toda la noche entre las fuerzas del ejército israelí y quienes disparaban desde Beit Yala. Además, habían caído un número de cohetes en diferentes lugares de Jerusalén. Volví a escuchar los comentarios sobre los acontecimientos de la noche anterior.

En estos pensamientos estaba, siendo ya miércoles, a las nueve de la mañana, después de una noche sin dormir, cuando me llamó Aliza para decirme que podía ir a su casa. Acepté la invitación, ya que sentía que no podría resistir otra noche en las condiciones de la que ya había pasado. Al llegar a Ramot, todo lo que pude hacer fue sentarme al lado de la mesa de la cocina de mi amiga y ponerme a llorar. Estaba agotada y ya no podía pensar en nada más y, por otra parte, esos pensamientos sólo lograban deprimirme profundamente. Miré alrededor y vi la habitación al lado de la cocina. No quería dormir allí esa noche, tenía miedo de estar sola en un piso y tan cerca de las puertas de la casa que daban al jardín y a la entrada principal. Se lo dije a mi amiga. Ella me miró con cariño y me ofreció dormir en la habitación al lado de la suya, en el primer piso. Dormí unas tres horas y cuando me desperté, bajé a la cocina. Aliza me recibió con asombro:

—Pensé que ibas a dormir hasta mañana, de corrido.

—No puedo.

Comimos en silencio y de pronto comenzamos a hablar del pasado, de la Argentina, de las familias que habían llegado allí en algún momento, escapando de Polonia o Rusia, de las guerras, de los *progroms*, en busca de un futuro mejor para sus hijos. Y de los que decidieron ya entonces venir a Israel, sin esperar ese pasaje intermedio. Aliza sacó un pequeño álbum

que me mostró con orgullo, pidiéndome que lo tratase con cuidado, ya que estaba muy viejo y podía desarmarse al abrirlo. Sí, era algo bien interesante. Fui abriendo con cuidado cada una de sus hojas y encontré pequeños mensajes escritos unos en polaco, otros en idish y, ¡oh, sorpresa!, la mayoría de ellos en hebreo. La fecha era en todos la misma, algún día del año 1935, año en que uno de los hermanos del padre de Aliza se iba de Polonia hacia.... Lo que más me atrajo fueron los mensajes en hebreo. Salimos al jardín a sentarnos al fresco de la tarde, los gatos de Aliza, tres por lo menos, dando vueltas alrededor nuestro. El aire de Jerusalén por las tardes se hace agradable, muy agradable. Se nos fue haciendo de noche, y en todo ese día nada más que hablar y dormir fue lo que pude hacer. De pronto me di cuenta que Guilo me resultaba como un país diferente, otro mundo si se quiere. La calma de Ramot me hacía sentir realmente como si todo lo que había sufrido esa noche, hubiese sido una pesadilla.

El jueves me desperté a las ocho de la mañana, después de una noche de sueño inquieto con pesadillas acerca de la guerra. Había dormido. No había descansado. Decidí que tenía que volver a mi casa. Era un impulso fuerte. Pero además, al despertarme, comprendí que, en medio de toda esa situación, había olvidado llevarme mis medicamentos y sabía qué importante era tomarlos a tiempo. Se lo dije a Aliza. Ella se ofreció gentilmente a salir en busca de las pastillas a la farmacia más cercana, gracias a que yo, por casualidad tenía conmigo una vieja receta. Cuando mi amiga volvió, mi corazón ya latía más fuerte que de costumbre. Nos sentamos en la cocina a desayunar. Me preguntaba a mí misma qué haría si una situación como esa se presentaba durante el año académico. Debería trabajar no importaba qué situación hubiese pasado la noche anterior, o las noches anteriores.

Agosto es un mes difícil, a pesar de las vacaciones. Hace muchísimo calor y muchos amigos están de viaje. Cuando una

misma lo está, eso es menos complicado, pero cuando, como este año, no se puede salir, como me pasó a mí... Por suerte, la tenía a Aliza. Pero también ella tiene sus ocupaciones. Llegué a mi casa al mediodía. Hacía un par de horas que había vuelto la calma, pero no era algo con lo que se pudiera contar en forma total. Tzahal había retirado sus tanques de Beit Yala, a pedido de la autoridad palestina, a cambio de lo cual existía una promesa de no volver a disparar sobre nuestra población. Fue sobre todo esa información por la radio, a las nueve de la mañana, la que me impulsó a querer volver ya a mi casa. Uno vive años en un mismo lugar y se habitúa a él. Ese rinconcito es el de uno, no es fácil comenzar a cambiarlo. Y todo lo demás, se transforma en simples ideas. La nacionalidad, la nacionalidad de uno tiene que ser la del lugar donde uno ha nacido, ¿no es así? Yo nací en Buenos Aires, Argentina, luego mi nacionalidad debería ser la argentina. Pero me tuve que ir de allí, a pesar mío, para seguir viva, porque otros me definían como ellos querían y sus definiciones no me eran favorables. El exilio no es solamente una situación por la cual unos países acogen a ciudadanos de otros países en forma legal y administrativa; el exilio es un extrañamiento de los lugares amados, de las personas amadas, de la lengua, de la cultura en la que crecimos, que es la del entorno y que es muchas veces más fuerte que la de la casa, cuando esta última es diferente. El exilio es dejar de tomar mate por la mañana y de escuchar un tango, es no ver más a los vecinos de todos los días, tener que aprender a conocer a otros, eso es el exilio. Es aprender otro idioma y sobre todo cuando uno lo tiene que hacer como alternativa para seguir viviendo. Y eso duele, ay... cómo duele.

Ese jueves anduve como sonámbula por la casa. Tenía un encuentro con amigos para leer poemas y cuentos en español, y eso era por la noche. Quise dormir siesta pero no pude. A las ocho de la noche cuando llamé a un taxi, habían empezado a disparar otra vez. Salí en medio de los disparos. El taxi llegó

enseguida. Me quedé a dormir en casa de otra amiga: Tamara. No pude dormir. A las cinco de la mañana, cuando los hombres que rezaban en la sinagoga de al lado decidieron hacer sonar el *shofar* (cuerno largo de macho cabrío), me levanté y tomé mis remedios. Esta vez los había llevado. Y fue en ese preciso instante, cuando creí por primera vez en mi vida, comprender la expresión "locos de la guerra", que dejó definitivamente de ser una expresión cómica para mí.

EL CÓNDOR

El encaje era tan delicado que era imposible tocarlo sin que se rompiera. ¿Cómo pasarlo entonces de la tienda a la casa? Pensó en varias cosas antes de actuar. Primero se le ocurrió que podía desmontar el estante y llevarlo con todo, pero decidió que era lo mismo, porque finalmente debería sacarlo con las manos. Podía pedirle a un niño. Las manos de los chicos son más delicadas. Ellos pueden tocar cosas que nosotros ya no. Llamó a la vecina, le pidió que mandara al nene y cuando éste llegó le explicó: "Ese encaje, ¿ves?, tengo que llevarlo hasta casa y dejarlo sobre la mesa, sin que se rompa. ¿Podés sacarlo con cuidado?" El chico se negó. Desesperada, pensó en un último recurso: tomarlo en un sólo lugar, el centro, y así, con el puño, trasladarlo.

Lo hizo, y con alegría vio que era posible. Al llegar a su casa, lo colocó sobre la mesa y decidió hacerse su mejor vestido. Trajo una tijera y en el momento preciso que comenzó a cortar, un agudo grito humano precedió a una explosión y de la mesa comenzaron a elevarse humo, hilo, ojos y estrellas. La tijera se transformó en un cóndor y con las garras la tomó fuerte de su ropa y salió volando por la ventana. Nadie supo de ella nunca más.

LUISA-FANNY RAN

fabil@mscc.huji.ac.il

Luisa-Fanny Ran nació en Corrientes, Argentina, y vive en Israel. Es madre. Especialista en odontopediatría y máster en salud pública, se dedica a realizar investigaciones sobre la influencia del país de origen y la educación de los inmigrantes. Cuenta con varias publicaciones sobre prevención de caries; relaciones entre conocimiento, actitudes y prácticas (K.A.P.) en madres jóvenes; detección de niños de alto riesgo; lesiones en niños y adolescentes; y la asimilación de inmigrantes en Israel. Desde 1987 participa en el campo literario como poeta y ha publicado dos libros de poemas *Vuelta a los pagos* y *Ya soy... mujer* y varios cuentos. Desde 1997 se dedica a la investigación de aspectos socioeconómicos de la inmigración, con foco en los argentinos en Israel.

LA CARTA

La carta llegó a través del correo diplomático, la leyó y no entendió por qué estaba sellada por la organización de liberación de palestinos. Pensó que se trataba de un error, pero allí decía bien claro que se le agradecía la contribución recibida años atrás. Como miembro del cuerpo de emergencias era llamada a veces a atender casos de accidentados o de urgencia. Los niños llegaban acompañados por madres, algún padre ansioso y otros parientes, con la esperanza de recibir ayuda inmediata para una criatura, cuyos labios sangrantes, dientes fracturados y otras lesiones asustaban. No siempre ello se debía a la participación de los niños en manifestaciones calle-

jeras; en su mayoría era consecuencia de esa violencia que a los niños y a los ya no niños les cuesta expresar, esa violencia que crece en personas frustradas, mano de obra barata, que se crían entre el olor de la orina derramada sobre la tierra y el de la mierda mezclada entre los muros de esa apariencia de casas. Sin baños. Escuelas donde el agua potable es la contenida en las botellas que el maestro trae de su casa, o del caño más próximo a la escuela. En esos días la pobreza y la violencia llegaron también a su casa. Pagó el precio solicitado a cambio de su libertad y de la integridad de los niños. Así se lo habían recomendado su abogado y los amigos. La familia hubiera preferido lo que le enseñaron desde que era chica: "Hay que aguantar, así es la vida, el casamiento es para siempre, para bien o para mal"... pero ella prefirió vivir, no solo sobrevivir.

Se levantaba a las cinco de la mañana para lavar, cocinar y hacer las compras en el almacén del barrio, donde los vecinos miraban de reojo para ver si pagaba la cuenta o la dejaba anotada, para cerrarla a fin de mes, o recorrían su cuerpo con ojos en ayunas. Tenía que preparar los sándwiches cada día, con las notas agregadas para cada uno, con las instrucciones diarias y los besitos de sus labios pintados sobre el papel, con los números de teléfonos para que supieran dónde ubicarla. Y despertarlos para cubrirse de risas y abrazos. Vestir, alimentar, lavar los dientes pequeñitos, salir corriendo a esperar ese ómnibus cuyo horario diario dependía de los atentados y de las búsquedas. Dejarlos solos hasta la noche, rogando cada día que todo saliera bien, que regresaran a la casa a salvo y que no perdieran la llave. Hablar por teléfono para que sintieran que ella estaba con ellos. Regresaba a su casa arrastrándose por el camino, con el tedio provocado por las injusticias. Trabajar tanto para recibir tan poco. Pese a ello se transformaba en una sonriente mujer al descubrir esas caritas que espiaban a través de la cortina del ventanal para gritar a voces: "MAMÁ VIENE", y verlos bajar las escale-

ras hacia la calle para acosarla y abrazarla, pidiendo besos, y contarle TODO lo ocurrido en ese día.

Con el tiempo todo cicatrizaba, se reabrían otras heridas. Las ruedas incendiarias y los cuchillos anunciaban otra *intifada.* Nadie hizo caso ni escuchó lo que decía entonces, que la situación era una segura bomba de tiempo que estallaría en algún momento, para darlo vuelta todo. Dejó esos puestos donde la explotaban, aprovechándose de su situación, cumpliendo la labor de dos personas. Encontró fuentes de trabajo que la llevaron a sentirse más honesta consigo misma. Lograba dormir más horas y su vida se estaba tapizando con risas infantiles y esperanzas. El dueño la saludó con sonrisas, no sabía qué elegir, al final se decidió a comprar ese juego de salón que le parecía hacía más pinta. Pagó la cuenta y le sorprendió que no le cobraran el embalaje, el dueño de la fábrica de muebles le explicó que "era una oferta". El conductor del camión la esperaba para anotar la dirección. No tenía auto para anticiparse a su llegada. Le ofreció viajar con él. Atrás viajaban los changadores que con gruesas sogas aseguraban los sillones. Llegaron a la casa antes del mediodía, bajaron e hicieron entrar el juego de salón recién comprado. Los changadores se sorprendieron al ver una sala tan grande sin muebles. Quiso darles propina por su trabajo pero la rechazaron, solo aceptaron tomar café negro con azúcar y llevarse alguna ropa usada para los niños. Les pidió el teléfono para que vinieran a buscar más ropa, que cada tanto se veía obligada a regalar, pues los amigos, parientes y vecinos le entregaban todo lo que ya no usaban. Cada seis meses, más o menos, los llamaba, para que se llevaran ropa. Luego para regalarles ollas usadas y otros enseres. Cuando decidió vender los muebles, ellos se negaron a aceptarlos como regalo, preferían pagarle, poco, pero pagar. Alguien los renovaba y se revendían a buen precio. Ya no necesitaba ropa usada, los muebles, de mejor calidad, duraban mucho tiempo sin ser dañados y no tenía necesidad de cambiarlos. Con la herencia llegó también el

piano, con él llegó la vitrola vieja de los abuelos, que había sido vaciada de su contenido y era usada como armario para guardar fotos, sombreros de felpa y recuerdos de los abuelos, y entre ellos, los zapatos nuevos, casi sin usar, del padre, que algún pariente puso en su interior, entre otras cosas. Alguien le comentó que no traía buena suerte usar los zapatos de familiares fallecidos. Decidió regalarlos. Brillaban como si el cuero fuera de oro, lástima que nadie de la familia quisiera usarlos: "...puedes regalarlos si encuentras alguien que los quiera".

Los llamó pese a que le costó ubicarlos, ya no trabajaban como changadores, ahora instalaban estufas y calefactores de una fábrica local. Le dijeron que vendrían para pagarle la deuda que tenían con ella, la de las camitas viejas de los chicos. La *intifada* los demoró unos días. El dinero era invertido en armas y explosivos. La sangre derramada era del mismo color en ambos lados del conflicto. Pagaron su deuda y se llevaron los zapatos. Nunca más supo de ellos. La libreta con los teléfonos quedó olvidada en la casa vieja y al mudarse al nuevo domicilio ni se acordó de ella. Su anciana madre pidió verla. Ahora ya podía dejar sola a la familia y ausentarse sin pedir permiso a nadie. Como un disco rayado, la madre hablaba todo el tiempo de su infancia, de sus amores y de los hijos. Enojada, pues se había quedado viuda, y sola. Para colmo, nunca pudo encontrar los veinte mil dólares que él había retirado del banco esa mañana. La del infarto. A veces, entre realidad y fantasía lo nombraba. Él le había contado cómo lograron salir de Europa, él y su joven hermano, entre otros muchos, hasta llegar al puerto, donde un barco de carga llevando fugitivos y escapados del hambre, partía rumbo a Occidente, en búsqueda de pan y libertad, al nuevo mundo. Y comentaba cómo les habían enseñado a esconder el poco dinero que tenían, en el interior del taco y de las suelas de los zapatos.

PLATALUNIA

"Mamá, mamáaa",

"¿Síii, qué pasa?"

"Te llamaron por teléfono, dijeron que era un llamado de Platalunia, y pidieron que llamaras hasta las cuatro de la tarde o sino mañana". El número de teléfono le era desconocido.

"¿Quién habla?"

Al escuchar el nombre, gritó excitado: "¿Lucy, habla el profesor Agustín, te acuerdas de mí?" Ella recordaba, sí, siempre inflado como esos pavos que de reales no tenían ni las plumas, pero por respeto, y debido a la buena educación recibida, aguantó sus ideas sin expresarlas y lo dejó hablar.

"Estoy por viajar a visitar tu ciudad dentro de seis semanas. Me enteré que hiciste una excelente carrera, y sé que estás relacionada con la universidad. Conseguí permiso para permanecer un mes allí, así podré aprender algunas técnicas que desarrollaron en tu facultad...".

La ciudad de Primavera era conocida por su alto nivel tecnológico pero aún más por su apertura a todo lo nuevo, gente joven la adoptaba como lugar de residencia por las posibilidades de desarrollo y como una ciudad donde las invenciones recibían pronta atención, su falta de burocracia permitía el registro de patentes y los investigadores podían entrar fácilmente al mercado internacional en un ambiente casi democrático. Uno de los logotipos más conocidos de la ciudad de Primavera decía que si la gente desea producir, innovar y mejorar la vida, debe vivir en Primavera. Ella no pudo menos que aceptar sus palabras, pues los hombres de ciencia eran atraídos a Primavera. También era cierto que varios trabajos suyos se habían publicado en revistas científicas internacionales... y que aquel hinchado profesor lo sabía... y se hubiera acordado de ella... Todo iba bien hasta que se dio cuenta del motivo de su llamado.

"Lucy, necesito que le pidas al decano que me consiga alojamiento en los apartamentos de la facultad, la estadía en hotel es muy cara, además vendrá conmigo otra investigadora que desea conocer tu ciudad y la facultad".

El viejo viudo no venía solito. Ella tenía una muy correcta y larga relación con el decano, le derivaba clientes y firmas interesadas en tener el apoyo de la facultad, ellos donaban laboratorios donde se conducían investigaciones para probar también los nuevos productos que eran lanzados al mercado. Al decano le gustaban sus derivaciones. Al cabo de dos llamados telefónicos consiguió el alojamiento para el viejo verde. Fue la única que les dio la bienvenida. Nadie los conocía, y también fue ella la que tuvo que llevarlos al apartamento pues el taxista no entendía dónde estaban los alojamientos universitarios que les habían asignado. Se desconectó de ellos los primeros días. Luego, días más tarde, le pidieron ayuda para conocer y ubicarse en la ciudad, desconocida para ellos. La joven investigadora que lo acompañaba aparentaba tener unos veinte años pero ya había pasado los cuarenta, según contaba. Sorprendió su energía y la rapidez con la que se movía en la ciudad, tan extraña para ellos, pero su agilidad mental y física le permitían moverse con facilidad en todo lugar. Los días pasaban y el viejo profesor no quería darse cuenta que la actualidad tecnológica le era desconocida. Sus colegas también veían en él un orgulloso sin experiencia profesional. La investigadora paseaba por las tardes arrastrando consigo su enorme bolso con el video y la máquina fotográfica con las lentes de aproximación por si veía algo interesante para registrar y llevar de regreso a Platalunia. Varias veces vino a visitarla al trabajo y hasta llegó a su casa. El mes pasó casi rápidamente. La encontró saliendo de la facultad y le ofreció llevarla al centro en el auto. Durante el trayecto del viaje, le contó que el profesor había descubierto que su madre era oriunda de la zona, la de Primavera, eso le devolvió un poco de vida y de contacto con los que lo rodeaban, pero la informa-

ción que había recibido sobre el origen de su madre no podía ser confirmada sin viajar a Lunallena, donde se encontraría con supuestos parientes de su familia. La investigadora estaba muy excitada con la posibilidad de conocer Lunallena también, donde se hallaba el centro de comunicaciones más grande del mundo. No era claro qué tipo de relación la unía a un hombre tan egoísta e inflado como el profesor. Cerca del centro le contó que Primavera le parecía más bonita que años atrás. Se quedó perpleja, los pensamientos la sacaron de su concentración en el tráfico.

Pasado el mes la llamaron para despedirse. El profesor no escribió, ni para agradecer la visita o el alojamiento recibido con tan correcta hospitalidad. Dos meses después se enteró que había un congreso en Platalunia y que viajaría para presentar un trabajo, representando a la Universidad de Primavera. El decano llamó para contarle que había recibido una carta de agradecimiento. Preparó el viaje sin avisar a nadie, quería sorprender a los amigos y familiares. Los noticieros de la tarde interrumpieron los programas habituales para informar sobre el atentado criminal a la Casa Oficial de Primavera, donde se llevaba a cabo una exposición de productos de interés universal. Cuarenta y pico de muertos la asustaron y le quitaron las ganas de viajar a Platalunia. Horas antes de partir recibió el llamado de ella: "¿Vienes al congreso, no te da miedo? Todavía no encontraron a los responsables... dicen que el material empleado... es importado". La saludó y le dijo que, de ser posible, la llamaría por teléfono para encontrarse con ella. Llegó y se alojó en un hotel céntrico, allí se reunió con amigos y familiares. También recibió su mensaje. Se encontraron para tomar un café, ella no podía tragar nada, le dijo que el vuelo la había cansado mucho y que sólo esperaba estar ya después de la presentación del texto anunciado. Todo salió perfecto, el público se interesó mucho por su trabajo. Se acercó para invitarla a cenar con ella, en su casa, situada en las afueras de la ciudad. Dejó un mensaje en manos

del conserje, con instrucciones, por si se demoraba al vuelo de la noche, de regreso a Primavera. La cena fue frugal. Se ofreció a hacerle un café doble. Mientras se quedó sentada en su estudio, reconoció frente a sus ojos, ese bolso, donde estaban el video y las cámaras fotográficas. Lo abrió sin saber por qué y observó su contenido. Los estuches del video y de las cámaras aún contenían tubos, caños y restos del explosivo usado. Salió rumbo a la calle sin despedirse.

GUSTAVO DANIEL PEREDNIK

perednik@netvision.net.il

Gustavo D. Perednik nació en Buenos Aires en 1956 y reside en Jerusalén desde hace más de veinte años. Graduado de las Universidades de Buenos Aires y de Jerusalén (cum laude), completó en Nueva York sus estudios de doctorado en filosofía. Cursó humanidades en las universidades de La Sorbonne (Francia), San Marcos (Perú) y Uppsala (Suecia). Escribió ocho libros que recibieron excelente crítica y premios literarios internacionales, y publicó más de mil artículos en varios idiomas, en general acerca del judaísmo y la modernidad. Fue distinguido como profesor sobresaliente de la Universidad Hebrea de Jerusalén, en la que dirigió los programas Cuatrienal y Preparatorio y en la que creó el programa *Sheli* de estudios en castellano. Dirigió el *Instituto para Líderes del Exterior* y el *Centro Educativo Sefaradí*. En la Argentina fue fundador-director del *Centro Hebreo Ioná*, condujo un espacio televisivo semanal sobre judaísmo, y fue profesor en decenas de instituciones y universidades en muchas ciudades. Invitado a dictar conferencias a más de sesenta ciudades de EE.UU., China, Europa y Latinoamérica, fue profesor invitado en cincuenta universidades españolas y latinoamericanas. Tres mil estudiantes siguieron su curso *La Naturaleza de la Judeofobia*, que se transmite por Internet y fue publicado por la Universidad de Panamá. La segunda edición de *La Judeofobia* fue publicada en Barcelona en 2001, la versión portuguesa fue publicada en 2002 en Brasil, y la versión hebrea en Israel en 2005. Es profesor invitado de la Universidad ORT de Uruguay, que en 2005 publicó su libro *Grandes Pensadores*. Sus ensayos han sido publicados en antologías en cinco idiomas. El último de ellos (enero 2006) es *La edad ajedrecística*, acerca de la enseñanza del ajedrez en la educación inicial. Está casado con Ruth y tiene cinco hijos.

EL OXÍMORON NUESTRO DE CADA DÍA

Nos empujan y jalan de a poquito
a nosotros: cobardes-agresores,
quintacolumnas-patrioteros, pobres,
noche-día, todo-nada, ricos.

Cada oxímoron nos espolea
hacia aquí-allá, y paso a paso
viajamos los meteretes-cerrados
hasta esta comarca hermosa-fea.

Somos burgueses-proletarios, vamos
en una travesía suya-nuestra
bajo un oxímoron cargado a cuesta
de estos inmigrantes que emigramos.

Aguijonean la lóbrega partida
de fanáticos-descreídos, vanos
y esenciales manirrotos-avaros,
abstractos-mentecatos cuya huida

es marcha deliberada-inconsciente.
Zarpamos, emprendimos, nos azuzan,
lo hemos resuelto y nos expulsan
juntos, el racional y el demente.

Pareció que el viaje nos salvaría
del bicorne, del parejo oxímoron.
Sin embargo, en el camino a Sión
nos trabó el campo de Birkenau-día:

seis millones de veces demorados
por sollozos de críos-envejecidos
famélicos, descepados, aún vivos,
que lo propio y lo ajeno sollozaron.

¿Acaso su cruel-gallardo gemir
se debe a la violencia y el frío
y el calor de los hornos, o al hastío
de los que llegan y se deben ir?

¿Por culpa de los que escoltan-alienan
acaso llora el niño tan callado?
Quizá su aullido-silencio ha sobrado
de otra súplica anterior-eterna.

La raíz de su llanto-regodeo
puede hurgarse en un célebre reclamo
erguido, de un mercader al amo,
que al dux le impetraba el fariseo.

"*Mi perdón se ha extinguido*" advertía
sumisamente el tierno-prestamista
mientras blandía su cuchilla lista
para herir con piedad-alevosía.

"Se ha ahogado en tus desprecios mi perdón,
en tu desdén que siempre fue indultado
pese al vejamen gratuito-trabajado,
pese a sambenito, hoguera y baldón".
Vamos oximoronados-unidos
vamos con temor-despecho-saña,
porque desde el valle a la montaña
suben shylocks de excitados sentidos

con esa cuota vital de violencia
de la que recios hombres-alemanes
y reyes-asueros con hamanes
nos despojaron con crueldad-clemencia.

Vinimos, los recipientes del puño,
los culpables chupacirios-deicidas,
nadamos con anclas-salvavidas
malheridos y sin ningún rasguño.

"Exijo el veredicto y no un mendrugo,
me sobran atesorados perdones
y aprendí de mis fieras inacciones
que no absuelve el cadáver al verdugo.

Príncipe-juez, no exijas-pidas nada.
Todo lo que suplica este demonio
es la arrogante sangre de Antonio.
Que treinta ducados no me añada

ni su oro ni excusas. Una sola cosa
ansío, exijo, necesito, anhelo,
que calle su consejo y su consuelo
que guarde su evasiva obsequiosa

y que su sangre derramada sea
justicia, veneciana y bendecida.
No ofrezcáis nada menos que su vida
a la impía bondad de mi ralea.
El reo y sus hábitos crearon
a estos brujos-médicos-leprosos,
a profanadores-irreligiosos,
que optamos por movernos-nos arrearon.

Mi espanto adivina con timidez
que el príncipe no atinó a escuchar
la reivindicación que supo pergeñar
el shylock de turno esta vez.

Los hijos del príncipe tampoco,
repararon en la grave historia,
la petición huyó de su memoria
y así nos trajeron, poco a poco

a Jerusalén con escala en Auschwitz.
Con el ruego del mercader marchito,
con nuestro cuño neófito-erudito
y una esperanza inerte-portátil.

"*¿Y aún pregunta Basanio por qué afilo*
mi daga? Porque su misión es brillar
una primera vez para equilibrar
de una cruzada su temblor-tranquilo.

Debe fulgurar más que la de Antonio
y su morralla, más que una hoguera,
más que la sonrisa-mueca guerrera
mordaz ante mi barba-testimonio.

Las gotas de mi arma no podrán
compensar ríos de sangre vertida

mas principiarán una historia divergente,
oh dux,
en la que mis nietos no vacilarán ante los vuestros,
en la que éstos no azuzarán a los míos,
ni se apiadarán de ellos
ni los tolerarán graciosamente.

A fin de que irrumpa ese respeto
después de tanto ultraje sedimentado en siglos,
debemos engendrarlo con furia y con rigor.
¡Necesitáis temerme, señor!
¡Un momento siquiera!
Permitídmelo, dux.
Que yo aporte el encono y vos el miedo;
que yo, el mismo Shylock de siempre,
inicie la nueva era de igualdad
con la sangre soberbia de este mercader".

No se lo permitieron,
Ergo no hubo desvío en la marcha.
No lo absolvieron a Shylock cuando quiso
ser un hombre.
Entonces,
fuimos arrastrados al aullido que oí en Sobibor
que era un eco del de Shylock que era un eco del de
Iom Tov de Joigny que era un eco del de Akiva
que era un eco macabeo
que era un eco.

Oíd una vez a Shylock, una vez oídlo
y no habrá más aullidos.
"*¿Sabe Su Excelencia del temor a los meros hombres?*
¿Aprendió a depender de la merced de los canallas
que os desconocen y desairan, poderosos?
¿No?
Entonces calle su solicitud de clemencia.
Yo sí que aprendí, y mi progenie.
Saber que también lo harán mis descendientes
duele, señor, hasta las entrañas.

La justicia me confiere el honor, sólo hoy,
de abusar de ella.
¡Acepto! Quiero ser cruel yo también
un minuto en la historia.

Si me negáis ese derecho,
vergüenza eterna para las leyes
y para esta corte concebida por el odio
guardado en generaciones de silencios,
de renuncias ante quienes
se escudaron en la fe para matarme,
o regalaron esa fe para escudo de los necios,
o fueron venerados por esa fe maldita
que me sojuzga y demora mi venganza".

Soy el malo-bueno que deserta de los restos
del campo-valle de exterminio-renacimiento
en integridad-añicos de inteligencia-emoción;
soy sólo oídos para rebelarme-obedecer a Shylock
y deshacer Birkenau.

"¡Hoy! Es mi turno, dux.
El de mi hermano objeto del oprobio
en un tribunal inquisidor,
el de mis libros quemados,
el de mi hija mancillada,
el de mi estirpe impunemente calumniada.
Todos conservaron su esperanza aquí,
en la sagrada daga que afilo
porque confío en vuestra gélida sentencia.

Si no respondes,
si quedas conteste a tus abyectas centurias de poder,
cuando con las trampas que me imputas
me reduzcas nuevamente,
me iré
resignado y enfermo,
diré
que estoy satisfecho,
viviré
henchido de confianza en que alguna Venecia
en otra ocasión,
remota, soñada y ecuánime,
acoja gentilmente la sangre
de un gentil Antonio.

Será por la tarde, mi dux,
ya la sospecho".

Somos los Shylocks,
tacaños-derrochadores,
banqueros-revolucionarios,
somos oxímoron repetidos-renovados,
hemos llegado a puerto

temidos-compadecidos y el resto
persiste siglo a siglo-día a día.
No nos perdonan el viaje-estadía
porque, claro, ellos nos lo han impuesto.

CLODY PLOTNITKY

clody@netvision.net.il

Nació en Buenos Aires el 16 de junio de 1959. Estudió en colegios estatales y se graduó de odontólogo en la Universidad de Buenos Aires en 1982. Hoy ejerce como odontopediatra en las Clínicas Maccabi de Israel, donde recibió el Premio al Odontólogo Sobresaliente. En enero de 1985 viajó desde Buenos Aires a Israel como turista por dos meses y acabó quedándose, se quedó a vivir allí. Vive con su esposa sudafricana Syndee y con su hijo Sivan de once años y su hija Thea de 8 años en las alturas de un monte (SALIT) lindando con ciudades y aldeas árabes, conviviendo en una hermosa armonía y amistad con sus "primos", vecinos y amigos. Le encanta la literatura y la fotografía, y trata siempre de "plasmar" en ellas la magia de este hermoso mundo donde cree que triunfará el hombre, más allá del color, la religión o el territorio al que se pertenezca. Clody Plotnitky está convencido de que todos somos ramas de un mismo tronco y necesitamos el mismo oxígeno y el mismo sol y nada mejor que compartirlos en vez de perder tanto valioso tiempo peleando por ellos.

EL SIN-FLICTO ÁRABE/ISRAELÍ
(o con-fonía para instrumentos de viento de un mismo cielo para orquesta de barro)

El sol se levantaba desde el horizonte oriental e iluminaba como pidiendo perdón desde atrás... Yo manejaba mi auto y miraba el reloj, apurado, mientras el café recién tomado todavía resbalaba por mi garganta... El camino tenía un bello color de aurora y rocío y mientras mi auto volaba, yo trataba de

todos modos de contemplar el paisaje... Así... Tomándole fotos para después ordenarlas en una película imaginaria... Casi mirando sin ver... De repente entre mi apuro y mis pensamientos, en medio del camino se aparecen decenas de ovejas... Caminando lentamente y yo con mi apuro y mi bocina tratando de explicarles en el ruidoso idioma que estoy llegando tarde al trabajo... Y pasan y pasan lentamente las ovejas... Y a pesar del bello panorama que mi corazón sentía al ver una especie de "eclipse" entre el sol de atrás y el lomo dorado del rebaño, mis ojos buscaban el reloj y mi mente al pastor para "gritarle" que se apure, que el día todavía no empezó y que ya termina...

Después de un par de "eternos" minutos como de ningún lugar... Mientras el anaranjado sol iluminaba un dorado rostro viejo y arrugado... Apareció el pastor... De repente, el paisaje se transformó en un "silencio" de partituras... Ese "cuadradito" que dibujado en los pentagramas hace que la sinfonía tenga tiempos y espacios y la melodía el sentido que el músico y su musa le quieren dar... De repente el sol era la clave... Y la clave de sol, el comienzo de una melodía que yo no sabía que estaba por componer, una sinfonía de vida, una "Pastoral" como la de Beethoven, pero para "pastor y orquesta"... Aquel viejo pastor me inclinó su mirada... Y entre las millones de arrugas aparecieron dos bolas de marfil negras que irradiaban sus ojos... Y transmitían una tranquilidad y una paz envidiables para un conductor apurado y con los nervios al pie... Esos ojos hipnotizantes me decían con una postura de "caballero real" que pase con el auto mientras él estaba al lado del camino viendo como el mundo y sus paisajes le regalaban la bella obra pintada por Dios... Hubo un diálogo entre nuestras miradas... El auto no pasaba y tampoco el veterano pastor... Después de un rato largo mirándonos, mientras nuestras almas se hacían amigas... Y el anaranjado sol subía y daba ya un tono amarillo al día... Decidí estacionar al lado del camino

y acoplarme a ese magnético pastor... Él no decía nada, pero su cuerpo "hablaba" por él... Como entendiendo todo lo que ocurría, como un niño que observando el río entiende el recorrido del agua, los obstáculos y su llegada al mar sin ninguna explicación previa...

Nos sentamos en una enorme piedra y mirando hacia el sur, mientras nuestras mejillas izquierdas recibían el calor del sol... Empezó a hablar... Mirad los campos me decía... Y entenderás la vida... Mira este olivo... Y este otro olivo... Crees que ellos no saben uno del otro??? Creo que sí saben... Le contesté... Pero sin saber bien por qué... El árbol es la primera idea que tuvo la Tierra... Empezó a explicar el pastor... Y de las raíces se formó el tronco y sus hijos fueron ramas y sus frutos la razón... Pero necesitó de las lluvias y de los vientos... Y de pájaros amigos para que lleven la semilla y mantener la especie... Estos dos olivos son uno mismo, pero el ojo del hombre los ve vecinos, o enemigos ya que luchan por la misma lluvia... O los ve hermanos... Pero sólo el hombre que observa pone sus reglas del juego... Pero si tú supieses entender el idioma de la Naturaleza... Ellos te dirían sabias palabras y comprenderías lo hermoso que es este mágico mundo sin tiempos ni rótulos... Sin relojes ni metas... Sólo caminos... Hoy tomaste un camino para llegar a la meta que era llegar temprano al trabajo.... Pero ese camino te condujo a esta piedra mientras el sol ilumina tu rostro y tu alma se abraza con el paisaje... ¿¿¿Por qué estacionaste el auto y estas aquí con mi rebaño??? ¡¡¡Tu mirada, pastor!!!!!... Contesté sin tartamudear... Tu mirada.... Fue una invitación que no pude resistir... La tranquilidad de tu tiempo... La sabiduría de tus arrugas... El paisaje dorado de los campos mientras las ovejas impedían mi cotidiano apuro para no llegar nunca a entender el regalo de Dios... Y la magia de estar aquí y ahora... Pero con una sensación de ETERNIDAD que me tranquiliza... El entender que tú

y yo somos parte de alguna rama de alguna raíz de algún pedazo de esta Tierra de algún lugar de algún Universo...

¡¡¡UNI-VERSO!!!...

Qué poética palabra... ¿¿¿Será que el TODO es simplemente UN VERSO????

¿¿¿¿Será que Dios es simplemente un poeta que escribió metáforas mientras usó al SOL como "clave" para escribir la música utilizando a las almas vivientes como notas en el "pentagrama" que no son otra cosa que los cinco continentes????

¡¡¡Tal vez!!!... Respondió el pastor... Pero te olvidas de los SILENCIOS...Que son los mares entre las notas... Y son los que llegan a tus orillas con las olas llenas de oportunidades... Tú elegirás si los mares son los silencios que unen a los continentes o son los que los separan... Tú elegirás si el silencio que sentiste cuando nuestras miradas dialogaban te hacían escribir notas para un dulce oboe, un violín o para terribles bombos o platillos... Tú decidiste estacionar tu auto y no seguir la vorágine de un día escrito de antemano... Tú decidiste escribir las notas que salieran de tu alma sin mirar los relojes de tiempos dibujados... Tú creaste tu propio tiempo... Y al entender a la Naturaleza entendiste el secreto de la eternidad... Importa más el fruto que saldrá de tu árbol que lo que fuiste o eres... Importa que sepas que dentro de algunos minutos yo seguiré con mi rebaño y tú entrarás en tu auto y seguirás tu camino... Pero sabes que hoy has estado con un hermano en forma de pastor, y con algunos familiares en forma de árbol, o de piedra... Y si te fijas en tu reloj te darás cuenta que ni siquiera ha pasado un segundo de tu dibujado tiempo...

Al poner en marcha el auto... Miré el reloj... Y no podía creer que el tiempo se detuvo como si no hubiese pasado una décima de segundo... Abrí la ventanilla para saludar al pastor y agradecerle... Pero sólo vi cómo se alejaba con su rebaño y su bastón... Mientras el camino libre de obstáculos y un sol amarillo abrían sus puertas a un ruidoso embotellamiento por

venir... Cerré la ventana y prendí la radio... No podía creer que de casualidad (!?) la bella canción de The Beatles "MOTHER NATURE'S SON" acariciaba mis oídos como el viento lo hace con los olivos del camino... Simplemente sonreí con la felicidad de saber lo frágil y lo eterno de esta maravillosa vida cuando tus ojos quieren ver y se miran con TU ESPEJO que son los ojos de otra persona...

BETTY BLANCK BERGER

Betty Blanck Berger nació en Argentina y desde 1971 reside en Israel, donde es psicóloga clínica y docente en diversas universidades. Ha presentado trabajos sobre psicoanálisis y literatura en congresos profesionales, con referencia especial a *La Metamorfosis* de Kafka y *El Principito* de Saint Exupery. Además de su poemario *Búsquedas* (1983), ha publicado poemas en hebreo y castellano en suplementos literarios de periódicos, revistas literarias y antologías.

FATIGOSA SUPERVIVENCIA
(1973, mi madre en tiempos de guerra)

En días de oscurecimiento,
ya ningún empedrado parece seguro
para tus vacilantes pasos,
ni que hablar del de los desparejos
días de guerra.

No hay vasos
para tu llanto
ni prado
para tu fatiga.
Sólo lejanos grillos.

MUJER

Hay mujeres distintas,
pero todas tienen
un muelle
y un río
y un barco
que viene a veces.

CIUDADANA EN LA RETAGUARDIA

En el candombe del miedo,
tirando la suerte
a los dados,
candombé,
cargados para el lado bueno,
no para el lado malo,
candombá.

No quiero ser
cronista de guerra,
candombé,
solo dormir la paz quiero,
candombá.

POEMAS DE TERROR Y DESCANSO, OCTUBRE 2001

Efluvios de muerte

Efluvios de muerte
escalas de vísceras

por ellas desciendo
al fondo fantasmas
órganos sueltos.
(Qué más puedo evocar
para la catarsis)
no sé si es el miedo pasado-presente
si es lo explosivo en lo dentro
en lo fuera

Luego la gran laxitud
desmayo de muerte
o descanso vital

cuándo reviviré mi día
hoy solo descanso trunco.

ELÍAS S. SCHERBACOVSKY

escherba@yahoo.com

Elías S. Scherbacovsky nació en La Plata, Argentina, en 1936 y emigró a Israel en 1969. Es periodista de la Agencia EFE de España. Ha publicado una novela, *La Monalisa de Jerusalén* (Buenos Aires, 2003).

FRAGMENTO DE "EL PRIMER CIRCO JUDÍO" Segunda parte

El relato de Rajamim Abutbul excitó la imaginación de Mario Roth, mucho más rica que la que pudiera despertar un circo en ciernes como el de los inexpertos taxistas jerosolimitanos. La labor que nos había encomendado en lo de Rajmo, y el cálculo de cuánto teníamos que cobrar –era necesario informarle de ello a la brevedad para gestionar la lectura de los textos y la aprobación del presupuesto en el *directorión*– pasaron a un segundo plano. ¿Cuánto nos llevaría confeccionar un texto publicitario para la prensa y el programa del circo?, nos preguntábamos Mario Roth y yo sin hacerlo. Puede decirse que el circo empezaba a levantarse pero estaba aún en pañales. ¿Qué entenderían Rajamim y los demás taxistas de nuestros escritos? La inauguración, con buena suerte para fines del verano, estaba lejos. Vlado Dobrev convenció a Rosa Petrova, y de qué manera, para que cosiera la carpa en la Singer con una lona que los israelíes empleaban para confeccionar toldos y con unas agujas de acero. Pero coser la carpa de un circo no es como soplar y hacer botellas en Hebrón. La iba cosiendo pacientemente, fragmento por fragmento, según un plano que

habían encontrado estudiando una biografía ilustrada de Harry Houdini.

Mijael "Chico" Grinstein, ilusionado, parecía el más impaciente de los cuatro directores, más que Rajamim, el padre de la iniciativa. Ya le había comprado el talco para las manos y no veía el momento de ofrecer a Luna Limonero los columpios del circo. Si fuera posible, cogerla por la cintura y elevarla hasta la barra oliéndole la piel y dejarla volar libremente. En su vida había experimentado semejante invasión de sentimientos, él a quien le gustaban las cosas de a una por vez. Los sentimientos, que no lograba controlar, le parecían a veces propios de un loco, le nacían a borbotones. El misterio sobre su pasado y su rudeza, interpretada como señal de virilidad, lo que gustaba de los hombres a las mujeres después de la guerra de 1967, le habían dado fama de mujeriego. Pero ahora era distinto. De pronto miraba y veía las flores que asomaban en algún balcón o en un cantero municipal. Iba en el Mercedes pensando que sería "la primera equilibrista ciega en la historia del circo", que no es lo mismo que saltar de un trapecio a otro con una venda en los ojos. Soñaba con perfumarle y besarle los pezones en el camarín, antes de correr como una bailarina hacia la pista. La imaginaba desnuda y era incapaz de contenerse, como algunos. Cada mañana, al salir con el taxi, que finalmente puso en venta para invertir el dinero en la empresa, la buscaba por el parabrisas delante de la ventana, que su tía, con la que hacían y vendían flores de papel, adornaba con una tupida enredadera de campanillas. Allí esperaba Luna Limonero que el sol le devolviera la vista. Se lo había predicho Jacqueline Aguri, inmigrante procedente de Marruecos que para ganarse la vida tiraba las cartas en los inquilinatos de Musrara y a los ricos de Rejavia y Talbíe.

Grinstein y Ricardo Anacardo, el culto y delicado fabricante de guantes de cabritilla, con un local en la calle de Eliezer Ben Iehuda, procurarían conseguir anuncios comerciales para financiar al menos los costos de la imprenta una vez aprobados

los textos que escribiríamos Mario Roth y yo. ¿Cuántos ejemplares de los programas imprimir? ¿Y si se cambiaban o alternaba los números por enfermedad de un artista, de un domador que contrajera la gripe o si se astillase una mano alguno de los acróbatas de las "Águilas Humanas" de Dusseldorf, bastaría con los mismos programas o habría que imprimir nuevos? Eran preguntas legítimas de Vlado que podían llevar horas de debate. Cuando iban por estas preguntas, Vlado convivía con Rosa Petrova y, aunque parezca mentira, no en contra de su voluntad. Le acariciaba la espalda arqueada de tanto estar doblada sobre la máquina y tres y cuatro veces por semana, de día o de noche, le hacía el amor con la convicción de que así la alentaba a seguir cosiendo la carpa. También Rosa, núbil, le hacía el amor, no siempre premiada con el orgasmo, pero con la certeza de que se casaría con ella a pesar de ser primos y de que no la abandonaría embarazada como los desalmados.

—Compré queso en la tienda para rellenar las *burekas* –dijo Vlado cuando llegó a visitarla para hablar por primera vez de la carpa del circo.

Con el queso búlgaro de Tnuva entró brusco y sin saludar, seguramente para quebrar la timidez, cuando Rosa Petrova, que lo vio por la mirilla de la puerta, quitándose las gafas que la envejecían, y estirándose la bata con la cual cosía, abultada en la zona del vientre, le abrió la puerta. Su madre, a la que pretendía el viejo Chipkin, había viajado a visitar a una cuñada.

—¡Qué pena! También yo compré el queso ni.bien llamaste para avisar que vendrías a visitarme, *Vladush*. Ponte cómodo. Aquí tienes el perchero. ¿Sabes que no nos vemos desde el último *Pésaj*?

—No lo recordaba.

—Desde entonces junté veinte revistas para ti, algunas del Instituto Weizman, pero para mi sorpresa, veo que el circo te interesa más que la ciencia. Por algo se dice que este país obra milagros.

—Algún día te contaré la verdad acerca de mis inclinaciones.

—¿Qué quieres decirme? ¿Que tienes inclinaciones homosexuales? ¡Dios nos libre!

—No exactamente esas intenciones –sonrió Vlado sonrojándose, siempre temeroso de ser confundido. Nadie le conocía una mujer.

—Me tranquilizas. Sólo aquí en Jerusalén oigo hablar de homosexuales. ¿Acaso los había en Bulgaria? El rey Boris no lo habría aceptado. Dime *Vladush*, ¿querrías probar antes de las *burekas* una menestra que herví con hortalizas del Majané Iehuda? Voy al mercado porque son frescas y más baratas pero, francamente, no aguanto la grosería de los comerciantes.

—Europeos no son... para qué hablar.

—No sé cómo gente tan vulgar obtiene la bendición de grandes rabinos. Después les besan las manos como si fuesen el Papa, exhiben sus retratos entre las verduras como los *goim* a la Virgen María o los santos de Bulgaria, ¿te acuerdas? Qué quieres que te diga, es repugnante. No me dijiste aún si quieres la menestra. Luego hablamos de la carpa de tu circo.

—Te lo agradeceré, hoy no almorcé. Hay muchos turistas en Jerusalén. A propósito de los rabinos y sus bendiciones, dicen que en el Talmud está escrito que el dinero responde a todas las preguntas. ¿Qué decían los comunistas de los curas en Sofía y en Plovdiv? Lo mismo.

—Oye, *Vladush*. ¿Sabes que el Talmud también dice que un hombre sin mujer es medio hombre? –acotó desde la cocina Rosa Pavlova, con más de 35 años, anudándose un flamante y colorido delantal–. Esa gente sabía más que nosotros y sin toda la ciencia. ¿Acaso fue el vino? ¿Los circuitos eléctricos en las salas del cerebro y las sustancias químicas que circulan por sus pasillos y canales? ¿O cuando la rica vulva de la costurera, colando el café con un flamante colador de tela comprado para él, se dio con la abultada bragueta del taxista? No sé qué lo produjo ni cómo fue que Vlado Dobrev, misógino a su pesar, des-

cendiente de un mono que encontró la salida, y Rosa Petrova, un manojo de tristeza amasado en la incertidumbre y buscando una entrada a la vida, ella con una ansiedad de años, con los senos ya caídos y fríos, él con una repentina erección de órdago, encontraron el lecho. Debajo de la colcha adornada con flores de tela, tenían Rosa y su madre el primer colchón que habían comprado por su cuenta en Israel. Los adquirieron en la mueblería de un rumano instalado en la calle de Shlom Tsion HaMalká, detrás del correo central, después de haber hundido durmiendo media vida encima de ellos a los que habían recibido con la dote de la Agencia Judía. Los daba junto con una batería de cacerolas, sartenes, cubiertos, una mesa y unos bancos de cocina. En la cabecera de su cama, a la que entraron a medio desvestirse, atropelladamente, Rosa Petrova había elegido exhibir a ambos lados de un corazón, el retrato de sus abuelos. Su madre, en el cuarto contiguo, colgaba el de su desaparecido marido, un médico.

Antes de caer en la cama, jugando con las manos, entrecruzándose los dedos, uno, dos tres dedos rozándose en las yemas casi sin tocarse y con la vista cerrada en el amor, las manos tocando el lóbulo en la ternura de las orejas calientes, escalando por el cuello, revisándose los glúteos y la piel de la espalda hasta llegar al cierre del sostén, desprenderlo, los dedos en el pelo del pecho, el descubrimiento de los pezones erectos y del pene endurecido para la entrada triunfal, no les hicieron olvidar un detalle europeo: acercarse a la ventana para correr la cortina, que la madre de Rosa había traído bordada desde Sofía, para que nadie más participe en la fiesta que siguió. Esas manos, tan solitarias, aprendieron a jugar.

METIDOS EN EL CIRCO

Con Mario también teníamos que diseñar los textos que escribiésemos para los carteles de propaganda, y hacerlo a nuestro gusto, más refinado que el de los taxistas. Rajamim lo reconocía. Serían textos permanentes y menos volátiles que los del programa de cada función pues se podrían volver a usar en otros carteles si fuese necesario cambiarlos. Anacardo, un idealista que había bailado con otros judíos la *hora* en las calles de Viareggio cuando *Il Corriere de la Sera* salió con la noticia de que Ben Gurión proclamó el Estado de Israel, penaba al frente de su local vacío, puesto a todo lujo y con clase europea. Pero, ¿quién compraba guantes italianos de cabritilla en Jerusalén, la ciudad más pobre del país? Grinstein lo conoció comprándole un par de ellos para Luna Limonero. De pronto, aparcaba el coche y recorría las tiendas de la calle de Ben Iehuda para escogerle un regalo que le resultara original. Rajamim, quien se lo recomendó a Grinstein, atrajo a Anacardo a la empresa. Lo mantenía al tanto hablándole de las dificultades con que tropezaban para levantar el circo cuando, una vez por semana, viajaban para los baños de sal y lodo allá abajo del planeta, en el Mar Muerto. Pero por más que se lo insinuara, Anacardo no podía aún invertir en la empresa, se excusaba amablemente. Sus modales, la suavidad en el trato, que no supiera gritar y andar siempre atildado, una extravagancia en Jerusalén, eran para Rajamim señales de que era un millonario. Al parecer, la discreción y el pudor impedían a Anacardo decir la verdad. Lo que supe es que el fracaso de su tienda lo obligaba a liberar ahorros en Italia para mantener a la familia en Israel. La redacción de los textos para los carteles, la presentación del circo, quizá por medio de un pequeño folleto, y el de los programas, podía ser trascendente para la taquilla pero sentíamos que era una tarea subalterna por falta de una relación directa o si se quiere "carnal" con la realización de la idea de Abutbul. Sin embargo, esa labor, poco a poco, terminó por atarnos también a

Mario y a mí al primer circo judío de la historia. Lo digo sin querer ser rimbombante. Todo se debió a que Rajamim, a medida que íbamos conociéndonos, también nos estimuló a darles una mano –pero "voluntariamente", aclaró– en la selección del personal. La condición era que fuesen personas de confianza, nada de pícaros o buscavidas.

Esa misma noche en que Rajamim nos ofreció escribir la literatura del circo, andando de regreso a Rejavia por las calles de Agripas y del Rey Jorge, recordó Mario a Abed Gamal Farduz, descendiente de negros de los que en el siglo diecinueve fueron esclavizados por guerreros musulmanes y convertidos al Islam en África. Abed, siempre de buen talante, servía entre los guardianes de la sagrada mezquita de Al Aqsa en Haram as Sharif, dentro de la ciudad amurallada. Allí, en la antigüedad, estuvieron los templos de Salomón el sabio y de Herodes el paranoico, afirman los judíos y niegan los musulmanes. De joven, a cambio de unas liras, Farduz, padre de familia, se hacía un dinero "de costado" echándole un ojo vigilante a una de las cuatro sinagogas sefardíes, la de Iojanán Ben Zakai, muy cerca de la mezquita de Al Aqsa, de la de Qubet es-Sakra (el Domo de la Roca), del Muro de los Lamentos, el *Kotel Hamaarabí*, y del Santo Sepulcro sobre el monte Gólgota, en medio del zoco. La ciudad era santa pero no faltaban delincuentes en Jerusalén. Antes de quedar iluminados por las primeras estrellas los cielos del viernes, cuando Alá se marchaba con la jornada del descanso islámico hasta la semana próxima, entraba la de los judíos con el majestuoso silencio de la reina del sábado, el *shabat*. Entonces Abed se anudaba la corbata que tenía, compraba unas golosinas para sus hijos y con ellos de la mano se dirigía a encender las luces para los feligreses que llegaban con los botines bien lustrados y las gafas impecables a orar en la sinagoga de Ben Zakai, que data de los días de Roma en Jerusalén. Roth lo conoció en uno de sus paseos por los barrios árabes con su libreta de notas, buscando exponentes de la flora bíblica para eternizarlos en el poema o mediante sus acuarelas y

pinceles con pelo de marta. Del mismo modo, en una cueva no civilizada del antiguo barrio judío, descubrió a dos artistas en potencia, un hombre lampiño y albino, Meyer Lurie, que tenía prohibido exponerse al sol. Lurie compartía la cueva con una mujer oculta, Rifke Shifón, la futura mujer barbuda del circo, que presumía de ser "maestra de filosofía". Cuando hablaba de la gente normal hacía una mueca indefinible, se ponía de espaldas y mostraba el trasero. Nadie los quería. Los judíos que regresaban al antiguo barrio de las cuatro históricas sinagogas ni los árabes del barrio musulmán los respetaban. Decían que la cueva apestaba. "La mujer barbuda", a la que Lurie le hizo "rizos en las pantorrillas y en los brazos", no sólo era hacendosa sino que mantenía la cueva siempre perfumada con jazmines o magnolias, me contó Mario Roth, al que dejaron entrar porque iba tocando su flauta. Como no se acercaban a nadie para no quedar sometidos a las mil preguntas que les harían los despreciados viandantes, los vecinos optaron por decir que eran unos locos y pasaban de largo sin mirar adentro.

—¡Locos de remate!

—Es cierto.

REVERBERACIONES

Farduz aprendió rápidamente y bastante el hebreo –la lengua muerta resucitada por Eliezer Ben Iehuda– tan pronto finalizó la guerra de los seis días de junio de 1967. Tenía que adaptarse a la nueva situación. A raíz de la contienda, los israelíes reemplazaron a los jordanos en Jerusalén oriental. Moshé Dayán, al que en otra guerra un anónimo soldado –que nunca llegó a saberlo– le dio desde Siria en un ojo y lo dejó tuerto, era ministro de Defensa y ordenó derribar un muro que unía la muralla pero separaba la ciudad antigua de los barrios occidentales de Jerusalén, como los de Musrara, Meá Shearim, Gueúla, Iemín Moshé o Romema. De

ese modo, después de diecinueve años, desde la guerra de 1948, recuperó la ciudad su unidad física en 1967. Entonces descubrieron la ciudad antigua Rajamim, que no la conocía, y Malka Abutbul, quien por primera vez pudo invocar a su marido tocando las piedras del *Kotel Hamaarabí*, y fue a verla andando por sus callejuelas "Chico" Grinstein para contárselo a Luna Limonero cuando algún día lo invitara la tía de "la griega" a tomar un aperitivo. Y desde la ciudad antigua llegó Ibrahim Fatuh, vendedor de antigüedades, íconos y cruces de madera de olivo, a ver la casa de sus padres en el aristocrático barrio de Talbíe, que al terminar la guerra de 1948 quedó en poder de los judíos. Y fueron a curiosear Moshé Aljarizi y su mujer Frida Finkelstein, los dos andando, él con su bastón y ella sufriendo de artritis para descubrir –según les habían contado– que los dentistas árabes eran tan delicados como los israelíes, pero cobraban mucho menos por las prótesis dentales. "Porque ellos no pagan impuestos", le decía Aljarizi. Y la visitó a pie Vlado Dobrev, que detestaba caminar, después de dar cien vueltas a la muralla en su Mercedes sin poder internarse con semejante coche en las estrechas y centenarias calles. Y Yibril Abu Tarash llegaba desde la Puerta de las Flores hasta el mercado municipal de Majané Iehuda para trabajar de peón y antes de regresar a su hogar ver las películas de amor sin censura previa en los cines de los judíos, como Rajamim cuando iba a sufrir al Edison porque las actrices, sus amores a primera vista, se iban a la cama con los actores. Esto lo veía –aunque no se lo mostraran– con meridiana claridad. Tan claramente los veía encamados como cuando La Monalisa comparaba el precio de las fresas de febrero entre el que ofrecían los fruteros *israelís* y los del zoco árabe, que además de estar mucho más cerca de su pocilga las vendían más baratas. Sólo tenía que descender unos escalones de piedra y cruzar la Puerta de Damasco desde Musrara. Y también recuperó la ciudad vieja después de la guerra Max Adler, quien en los momentos de angustia o cuando le subía el nivel de azúcar en la sangre y lo ganaba la diabetes, atravesaba la muralla

para hablar en privado con los profetas en el Monte de los Olivos, al lado de la Basílica de la Agonía de Jesucristo. Y volvió a la ciudad setenta veces destruida en los últimos cinco mil años la familia Murdowsky desde el barrio de Kiriat Yovel para visitar y limpiar después de casi veinte años las tumbas de sus parientes en el cementerio judío de ese monte sagrado por donde vendrá el mesías para resucitar a los muertos. Jamudi Cohen, en cambio, no se atrevió a visitar la Jerusalén oriental, que no había visto en su vida, por temor a que lo asalten los palestinos. Un miedo similar paralizaba a Hasan Zakaria Zbeidi, persuadido de que lo apresarían y torturarían los judíos en Jerusalén occidental. El ex combatiente de los bosques de Besarabia contra los nazis, el afilador de cuchillos y tijeras Isidoro Léibele Mámelushn, iba los sábados a leer una vez más las amarillentas cartas de su novia sentado delante del Muro de los Lamentos, con la cabeza cubierta y pidiéndole con su impecable *neshamá* a Dios, o a quien estuviese en su ausencia, encontrarla en algún lugar de Israel. Y a menudo desde Rejavia también llegaba a la antigua Jerusalén Joel Chipkin arrastrando sus botines de explorador y con una cantimplora en el cinto. Iba a ver a Husein al-Jáder, su encanecido amigo de antes de la guerra de 1948, quien como él seguía odiando a los imperialistas ingleses sin decirle cuánto detestaba a los israelíes. Al-Jáder jugaba al billar para disipar la humillación de la guerra de 1967 y bebía un té empalagoso en un vaso que posaba lentamente, y ensimismado, sobre una mesa circular del Alhambra, un bar penumbroso donde se sentaban con Chipkin a recordar los ataques contra la policía británica y a fumar con el humo perfumado del narguile. ¿Y cómo no iba a recuperar Ernest Kollman, el padre de los monos de arcilla más vivos de la ciudad, la Jerusalén amurallada por Suleimán el Magnífico? Ernest Kollman era un "*primitivi artist*" que la había conocido en 1948, cuando estaba abierta, al llegar desde Shanghai con otros refugiados de la Segunda Guerra Mundial. Tras la guerra de 1967 volvió metido en sus zapatos agrandados y con la gorra hasta las cejas, mirando

de abajo arriba y de arriba abajo la gran Puerta de Yafo, igual que el Kaiser Wilhelm II en 1899. No había perdido la ilusión de chuparse los dedos –si lo dejaran entrar y tuviesen una mesa para él– con las exquisitas pastas amasadas por Mario Conforti, un ex soldado de Benito Mussolini. Su gruesa mujer palestina, con un lunar en un cachete, las removía en el agua hirviente con un cucharón de madera dentro de altas cacerolas de acero sobre una mesada de mármol rosado de las canteras de Hebrón, debajo de un fresco con negras góndolas venecianas surcando el canal de los enamorados.

—¿Es un mesa *per me*? –preguntaba Ernest Kolman, que hablaba un cocoliche de idiomas y ninguno bien, quitándose la gorra pringosa.

—Hoy no, mañana sí, ¿eh? ¡*Ecco*! –le respondía desde el umbral Mario Conforti alejándose del Padre de los Monos, y mirándole la facha.

QUIÉN SERÁ EL JEFE

Según el razonamiento de Mario Roth, que se entusiasmaba con facilidad como los poetas sinceros y la gente buena, Abed Gamal Farduz, de unos 45 años y de pelo negro, rizado, podría ser uno de los guardianes del circo. Los taxistas habían calculado que serían necesarios al menos veinte para vigilar todas las instalaciones, los camarines y las jaulas de fieras y animales. Y ¿uno, o dos peones, para extraer los excrementos y distribuir el forraje y la carne entre los animales vegetarianos y los carnívoros?, intervenía desde su rincón Aljarizi levantando la mano derecha como cuando era un escolar en el aula, y empuñando el bastón con la izquierda. Aljarizi prefería preguntar antes que arriesgarse a dar opiniones propias. Su temor al ridículo era proverbial porque su mujer, que no le perdonaba que no hubiese estudiado, lo corregía constantemente. Por momentos, todos intervenían a la vez y

en el fárrago de la discusión se perdían no pocos juicios e interrogantes. Siempre que estuviera animado (como cuando presentía que la tía de Luna Limonero, Sofía Amsaleg, estaba para invitarlo a la casa porque esa mañana lo había saludado con una sonrisa generosa, especial, al verlo desde la ventana), Grinstein se mostraba activo y recordaba una y otra vez al *directorión* que uno de los primeros asuntos, antes de resolver cuántos deben ser los guardianes, y antes de la inauguración del circo, era averiguar en las oficinas del municipio a qué distancia de la carpa deben instalarse los retretes para los espectadores. Y cuál debe ser su número por tratarse de un sitio de esparcimiento público. "¡Momento!", interrumpió en voz alta Vlado Dobrev cuando los demás desmerecieron la propuesta. "Grinstein tiene razón, ¿o queremos que los inspectores municipales nos pongan una multa? Y algo más, amigos: ¿no sería también conveniente preguntar si es necesaria la presencia policial por si se armara una trifulca entre espectadores judíos y árabes? Hay que prevenirlo todo. Esto, acotó Rajamim, se puede averiguar por teléfono. El número de los guardianes dentro del perímetro del circo –porque los de afuera no competen a la empresa– dependía del tamaño de la carpa que pudiera llegar a coser Rosa Petrova, la prima lejana de Vlado, con la lona que le habían provisto, y también de la cantidad de los artistas y de los animales, se arriesgó a opinar Moshé Aljarizi. Los argumentos le parecieron vagos a "Chico" Grinstein, quien lo acorraló injustamente: "¿Qué relación hay entre el tamaño del circo o el número de los artistas con la cantidad de guardianes?", lo acalló. Aljarizi no sabía establecer la relación. Grinstein se había echado fama de ser un defensor de la precisión, una virtud bastante rara de encontrar. A él la precisión le gustaba mucho. "Pero, ¿qué tonterías dices, Aljarizi?", lo acosaba con dureza y sin la menor amabilidad ("¡la falta de un amor lo amarga así a este Grinstein, te lo digo. La ciega no le lleva el apunte, sí!", me explicaba La Monalisa). A todo esto, y no obstante asumir cada uno poco a poco responsabilidades concretas

a medida que tomaba forma la idea del circo, discutían sobre el número de los guardianes pero no hablaban de quién debía ser su jefe. Cuando se lo pregunté a Rajamim, que nos contaba a veces sobre "los debates internos", expresión que había aprendido de Ricardo Anacardo, me dijo que, en su opinión, el jefe tendría que ser algún comisario jubilado.

Por su experiencia en la explanada de las mezquitas de Al Aksa y de Omar, también Farduz podía ser el encargado de los guardianes, le sugirió Roth a Rajamim Abutbul. Además de una fuente de información en árabe para los espectadores palestinos –razonó–, también los honraría saber que uno de los suyos era el jefe, el que mandaba por encima de los guardianes israelíes. Esto les dejaría la sensación de que, a pesar de esa todavía humillante guerra de 1967, no había diferencias odiosas, como las que generan complejos de superioridad entre los victoriosos respecto de los derrotados, aducía Mario sin terminar de convencer a Rajamim.

—Pero, tú crees en Dios, Rajamim.

—A veces.

—Primero somos humanos, y después iguales –insistía Mario Roth ante la vidriosa mirada de Abutbul, que parecía pensar en otra cosa.

—La designación de Farduz como jefe de los guardianes israelíes será aplaudida por todo el mundo y se convertirá en un puente de paz –tercié ingenuamente para ayudar a mi amigo argentino.

—Dime, Rajamim, ¿sabes tú por qué Dios creó un sólo hombre? Si es todopoderoso hubiese podido crear muchos, y además perfectos.

—...él lo sabrá... Si creó uno sólo, por algo será. ¿Puedo yo, un pequeño judío, saber qué tenía Dios en su cabeza?

—Creó uno solo, y no muchos, para que nadie asegure el día menos pensado que "mi padre fue mejor que el tuyo". Esto Dios lo pensó bien. Pero después de soplarle la vida a Adán lo arrojó del paraíso, ¿no es así?

—Di que lo echó del paraíso por culpa de Eva, la mujer. Esto lo estudié.

—Digamos que fue así, Rajamim. Pero si lo echó significa que Adán no era perfecto, y no merecía el jardín del edén porque hizo algo que no le gustó al Creador –insistió Mario–, ¿Y por qué no era perfecto? Muy sencillo, porque lo hizo de carne y hueso, igual que a nosotros.

—La diferencia con nosotros –apunté yo desde un rincón– es que Adán fue el único hombre que nació adulto. Dios no le puso la infancia.

—Núuu... ¿y entonces? –se impacientó Rajamim sin entender nada.

—Quiero decir, brevemente, que somos iguales, e iguales de imperfectos judíos y árabes, bolivianos o indonesios, todos somos hijos de Adán, o sea que puedes confiar en Abed Gamal Farduz –explicó Mario con la mejor buena voluntad pero sin dar en el aro, sin embocar.

—Si es por eso, también se dice que Dios es el mismo para todos, pero ¿sabes qué? ¡que se vayan al diablo todos los dioses! –agregó Abutbul jugando con las llaves del *Mértzedes* y mirándonos de costado con la media cara roja– No olviden prepararme el presupuesto; yo me haré cargo de la imprenta –se despidió sin ofrecer llevarnos a Rejavia.

JUDITH FRAENKEL GROSGOLD

Judith.Fraenkel@exlibris.co.il

Judith Fraenkel Grosgold nació en Bogotá en 1972. Estudió historia del arte y literatura en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Actualmente se dedica al campo de los computadores y la programación. En su tiempo libre se dedica a la filosofía, literatura, poesía y otros campos de las humanidades. Algunos de sus cuentos, poemas y reseñas han sido publicados en varias revistas, incluyendo *Reflejos*, *Noaj* y *Entrelíneas*.

COTIDIANIDAD

Despiertas temprano a la mañana, te diriges como siempre a la cocina, enciendes la radio, escuchas el beep, el beep tan conocido, bebes un sorbo de café, anticipas el contenido de las noticias, te concentras en el sonido de cada sílaba, en el sabor de la bebida, tres muertos, cincuenta heridos, te restriegas los ojos con una mano, en el fondo el zumbido de las ambulancias y los helicópteros –¿en tu cabeza, en la calle?– te acostumbras, ya no te molesta, percibes las imágenes, una fila de hombres con guantes blancos de plástico (¿será un trozo de sandía o el resto indefinido de una persona?, ¿será el señor Cohen que ayer le gritó al perro del vecino y olvidó la bolsa de basura frente a la entrada del edificio o será Galit la de la falda de flores?), aún no has decidido si comer una tostada o esperar hasta la hora del almuerzo. Pero no, ningún soldado muerto, ningún bus explotado, nada, el shekel se conserva estable, dejas la taza sobre la mesa, apagas la radio.

Verlo así con la cara cubierta de bandas la hacía sentir como si no lo conociera, era casi como sentarse junto a la cama de un extraño y sostenerle la mano. El médico le comentó –como al pasar– que le habían encontrado cinco puntillas y dos tornillos en el muslo, que había tenido suerte porque hubieran podido de igual manera incrustársele en algún órgano vital. Y todos empezaron a llegar, a aguardar en la sala de espera, a veces hasta dos horas para verla, para abrazarla, para vivir una tragedia, para ser parte de la situación nacional, para ser. También el Sr. Cohen, el pobre viudo del piso de abajo, el amargo Sr. Cohen, sin hijos y hacía ya bastantes años pensionado, administrador voluntario del edificio. El Sr. Cohen, que con dificultad hacía un movimiento de cabeza cuando se los encontraba a la entrada de la casa o en la tienda, había venido a acompañarlos. Desde esa extraña tarde callada, vino todos los días, no decía nada, esperaba en silencio, asintiendo al verla pasar. ¿Qué había sucedido aquella mañana, algo especial? No, nada en el aire, nada.

Sonia, Sonia duerme. Sonia siempre duerme. Entras a la habitación oscura y no puedes evitar chocar contra los libros, los zapatos y todas las demás cosas indefinidas que dan vueltas por ahí. Intentas hacer el menor ruido posible, mierda, dónde habrás dejado tus malditas gafas. Sonia se retuerce en la cama y con voz ronca te pregunta qué hora es, duerme todavía es temprano. No las encuentras y decides que de todas maneras habías planeado ponerte hoy tus lentes de contacto.

Estiró los brazos, la espalda le dolía, él probablemente ya se había ido a la escuela, hoy daba clase de mañana. Intento planear su día, arreglar el desorden de la cocina, traducir otras cinco páginas, escuchar un poco de radio, preparar una cena sorpresa, llamar a su mamá (hacía ya varias semanas que no le hablaba), dar un pequeño paseo por el barrio, visitar a Galit. Hizo un ruido de gato y para comenzar se propuso levantarse de la cama. Se dirigió descalza y vestida con una *t-shirt* vieja a la

cocina, encendió la radio, nada, una canción vieja de Shlomo Arzi. No apagó el aparato pero dejó de prestarle atención.

BEEP, BEEP, atención una bomba ha explotado en el mercado central de verduras de Jerusalén, aún no hay un reporte exacto acerca del número de muertos y de heridos, la policía pide a los ciudadanos no acercarse a la zona del atentado para permitirles a los encargados despejar la calle y asegurar que no haya aún peligro de otras explosiones, en unos segundos volveremos con más información.

Tenía la bocina en la mano, ya iba a marcar el número, estuvo como un minuto sin mover un músculo del cuerpo y se agachó de nuevo para marcar. ¿Mamá, estás bien? Sí Sonia, ¿tú? Bien, acabo de medio oírlo en la radio ¿Gadi? No sé, tenía dos clases temprano de mañana, seguramente almorzando en la cafetería de enfrente, él es el que menos me preocupa. Qué situación tan terrible la que se vive. Sí, pero tú sabes cómo es eso, uno se acostumbra, ¿Almorzaste? No, no tengo apetito, además estoy loca por ese vestido que te comenté. Ya déjate de tonterías, ¿estás segura de que no quieres venir y comer algo? Sí mamá, mejor me pongo a leer, bueno qué respiro saber que estás bien, estamos en contacto, ¿OK? CLICK.

BOOM!! ROJO. NEGRO. UN ALARIDO. LUEGO SÓLO UN RUMOR Y EL SILENCIO MÁS PROFUNDO. LO ESCUCHAS TODO Y PIENSAS EN LA PIEL QUE TE ARDE Y EN LA TELEVISIÓN Y LUEGO LO OLVIDAS TODO, HASTA EL DOLOR. Y TE VAS.

Perdón, ¿hablo con la señorita Sonia Granot? Señorita (silencio) me apena avisarle que debe llegar lo antes posible al hospital Hadassa Ein Karem... Lo siento señorita, hoy por hoy nos toca a todos.

Sales con la basura en la mano, caminas como si fueras trotando, sales tarde como todas la mañanas y de seguro ya perdiste el bus de las siete. Te chocas con el Sr. Cohen y adivinas su saludo involuntario, un leve movimiento de cabeza. Pero no.

Esta mañana coloca una mano sobre tu hombro, te saluda cortésmente y luego te pregunta si vas a la escuela que queda en el centro, asientes con un movimiento de cabeza que se parece al suyo, al cotidiano y luego te bombardea, podría Ud. hacerme un favor especial, siempre lo hago yo pero hoy, hoy no me siento como diría, no me siento del todo bien, vuelves a asentir y te pone en la palma de la mano los cheques de la administración y añade antes de darse vuelta, deposítelos en el banco Diskount del mercado central de verduras.

INVIERNO

Agua que rueda por mis persianas más internas.
Lágrimas inmensas, pedazos de hielo que se clavan en la [tierra.
Hilos de sangre espesa (demasía de adjetivos).
Un diccionario sobre la mesa,
la mesa frente a la ventana,
en algún lugar un bosquejo,
el mundo que se quiebra.

Un cielo de vidrio se deshace sobre nuestras cabezas congeladas y lloramos inviernos y rezamos tormentas y poco a poco nuestros techos porosos de tanto tiempo desaparecen y la cama se llena de agua y los zapatos se inundan y lo más cotidiano se moja y huele a húmedo.

Está granizando.

DOLOR DE ESTÓMAGO

El vientre exige silencio.
Devora piedras de lamento.

Se retuerce como una culebra fragmentada.
Quizá voy arrancando las costras secas de sangre antigua.
Vómito coagulado.
Lento desprenderse a lo Pizarnik.
Nudo de órganos quebrados.
Llena de piedras por dentro.
El musgo predice tu rostro.
Una carcajada de dientes desdentados muerde tu gigante
[y agrietado escribir.
Desarticulación ósea.
Brotar de marfiles humanos.
Alejandra mastica vidrio molido;
pero ya se han cortado los senos
y los muslos
y las venas.
Y nos descascaramos.

JAIMITO PATASLARGAS

Jaimito pataslargas es mi primo.
Crecimos juntos,
yo quería ser profesora
y él,
piloto.

Jaimito tiene piernas largas y flacas,
parece un Quijote sin caballo.
Jaimito limpia autos en un taller del barrio,
vive en casa de mi abuela
y del techo de su cuarto cuelgan
un infinito de aviones de plástico.

Jaimito tiene 28 años.
Cuando nos encontramos
(cosas del destino)
aún me mira con cara de alumno regañado.
Jaimito y yo jugamos al alumno y la profesora.
Jaimito pataslargas siempre hace mal los ejercicios de
[matemáticas.
Jaimito y yo somos como perros y gatos.
Nuestras mamás eran hermanas.
La suya murió de cáncer mientras Jaimito se escondía
[bajo
su cama de hospital.

Mi madre es profesora.
Yo tengo 24 años
y soy escritora.
Jaimito pataslargas es mi primo
y lava autos en el taller
de un barrio lejano...

Jaimito tiene piernas largas y flacas,
parece un Quijote pero no tiene
ni rocinantes, ni escuderos, ni dulcineas;
tampoco sueños o aviones.

ADINA DARVASI

diadina@gmail.com

Adina Iacker-Darvasi nació en Buenos Aires en 1927. A raíz del divorcio de sus padres, viajó con su padre a Hotín (entonces Rumania), poco antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Durante la guerra ambos fueron deportados al gueto Mogilev, en Ucrania, donde permaneció más de dos años. Adina Iacker-Darvasi llegó a Palestina (protectorado británico) en 1944 y terminó sus estudios secundarios en Jerusalén. Volvió a Sudamérica en 1947 y se recibió de arquitecta en la Universidad de Santiago de Chile. En 1972 se radicó en Israel, donde todavía vive. Ha escrito dos novelas, *El viaje* y *Las siete invitadas más una*, además de una colección de cuentos cortos.

EL CHEF

Al salir apresurado detrás de ellos, con las botas embarradas puestas, Michel casi tropezó en el borde del sendero: —*¿Parlez vous français?* –les preguntó, dejando los guantes jardineros sobre el cerco de madera. Supuso que eran turistas, del barco que había anclado por la mañana en el fiordo de Ulvik, cuya bandera francesa había divisado.

No, no eran del barco, pero sí turistas y también hablaban francés.

—Pasen un momento, si gustan; desde el jardín de atrás hay una hermosa vista sobre el pueblo y la bahía. Una copa de vino seco blanco, acompañando un trozo de queso de cabra Saint-Maure en aceite de oliva, les hará entrar en adecuado calor para proseguir la caminata; el cielo indica lluvia, esta es la zona más húmeda de Noruega, acercándonos a Bergen.

Michel notó que eran sudamericanos, por el acento de la joven rubia; pero no importaba, no buscaba el idioma pulido, el suyo tampoco lo era. No podría serlo, habiendo dedicado todo su tiempo únicamente al trabajo: París, los días y parte de las noches, en las profundidades de subterráneos que albergaban cocinas insalubres de hoteles y restaurantes de lujo. Allá abajo, sin ver un rayo de sol, entre ollas y vapores, se había formado a través de recetas escritas en tupidas letras como todo aprendiz, copiadas a escondidas del *chef* de cocina de turno. Antes de seguir los cursos, antes de pasar por todos los peldaños, trabajosamente y lentamente escalados. ¿Qué le ocurría? Una chispa diseminó un haz de recuerdos desconectados. ¿Sería la joven rubia? Francine no era rubia.

En cualquier rincón del mundo, al encontrar un compatriota o siquiera alguien que supiera el idioma de sus padres de Montrachet, Bourgogne, entablaba un diálogo y volvía a imaginarse mozo de cortos años y pantalón, trotando en torno al fuego de la cocina o llenando de carbón el horno que luego cobijaría la masa de panes y *brioches* amasados por su madre, que Dios la tenga en buen auxilio.

—Michel, de tanto contemplar comida, serás cocinero en el ejército; más vale que me ayudes en las labores de trillar la cebada –repetía el padre.

El pelo de la sudamericana, amarrado atrás con una cinta de velo ancha, se enganchó en el rosal trepador y Michel observó el gesto brusco de ella, mientras su compañero desprendía cuidadosamente la rama espinosa:

—Puedo sola –dijo.

No se había equivocado, se parecían; Francine, todo lo podía sola, creía, hasta saber cocinar, cuando en realidad lo único que realmente dominaba era condimentar adecuadamente el *moulard a l'orange*. Ambos jóvenes apoyaron sus pequeñas mochilas en los asientos que Astrid ágilmente trajo desde la terraza cubierta y colocó en el pasto alrededor de la mesa redonda. No

era de plástico, sino de madera pintada, blanca, con una perforación al medio para ensartar el quitasol que siempre Astrid insistía en colocar, aunque estuviese nublado, por parecerle más acogedor.

—Mi esposo no pierde ni una sola oportunidad para recrear su lengua natal –dijo Astrid en un francés rudimentario–, por eso viaja a París todas las primaveras y los otoños a visitar a sus *copins*. Cada año, algún amigo menos; Michel acaba de cumplir los ochenta y tres.

—No, Astrid, ochenta y dos –la corrigió el anciano–, ella siempre me agrega un año.

Mirando hacia el fiordo desde la altura, las embarcaciones le parecían a Michel insignificantes botes, casi cáscaras de nueces meciéndose levemente en torno al buque francés dominando con sus amplias cubiertas. El ruido del hidroavión, alcanzó hasta las altas laderas del fiordo; hacía tres días que no se le escuchaba, ya que los vientos fuertes impedían el despegue y dejaban a los visitantes sin poder apreciar el paisaje desde la altura: la penetración de las aguas en las orillas rocosas de variados colores y conformación, los bosques y quebradas con aguas descendiendo vertiginosas hacia el fiordo, en cascadas y remansos, de pronto un arco iris gigantesco, un chubasco repentino acompañado de rayos solares asomando entre las nubes.

—Nosotros tenemos preferencia por las caminatas. ¿Ud. vive mucho tiempo en Noruega? –preguntó la muchacha.

—Veintidós años, casi desde que me casé con Astrid; Vea Ud., antes, tenía mucha movilidad, como suele ser con un *chef de cuisine*. Desde la jubilación, nos establecimos en Stavanger, aquí en Ulvic pasamos los veranos; compramos el sitio en lo alto del pueblo, para que nada obstruyera la vista. Hicimos construir la casa con la galería-comedor cubierta y vidriada, saliendo de la cocina; así disfrutamos del panorama durante las comidas. De noche, las luces tintinean y los invito a apreciarlo mañana, cenando aquí.

Con Francine, la casa hubiese sido distinta y de ninguna manera en el extranjero: ella odiaba todo lo que no fuera francés; tenía su sueño puesto en un restaurante a orillas del camino, en Greoux, Provence, de donde era originaria. Hasta sabía cual casa, de un piso, la con reja de madera oscura, el jardín adelante y la buganvilla roja cubriendo el techo del porche. Michel querido, le decía, al principio serán unas pocas mesas, con solo un ayudante para limpiar verduras y cortar las carnes. Francine aún no comprendía que las aves y las carnes debían ser manejadas solo por el *chef de cuisine*: una fibra mal cortada cambiaría el gusto y la ternura; proporcionar deleite al paladar era arte, como los cuadros del Louvre recreaban el espíritu.

En verano, durante las vacaciones, bajaban a bañarse al río Verdon; Francine siempre traía un canasto con pan artesanal, queso *brie*, del mejor, de la quesería donde trabajaba; a veces salchichón ahumado o lengua cocida en caldo de gallo. Ella nunca olvidaba el mantel a cuadros blancos y rojos con flecos en el borde, ni la frazada para tenderse de espaldas después de la merienda y mirar el cielo entre el follaje de las ramas lacias del sauce.

El salchichón siempre sobresalado, según Michel, faltándole por lo menos un cuarto hora en el humo:

—Yo sé que Emile no tiene paciencia de esperar hasta el final y saca sus fiambres ahumados antes de tiempo. Lástima que no lo entienda, perjudica el producto.

Michel nunca le dijo a su mujer que las fantasías de propietaria no se ajustaban a sus planes. Con un restaurante pequeño tendrían mayores ingresos, no lo negaba; sin embargo alcanzaría un público limitado y su ambición era otra: el gran hotel, los cruceros de lujo, las recepciones oficiales con los menús sofisticados. Cumplir con su deber, educar comensales, que los paladares aprecien y distingan entre una simple salsa *Mornet* y una salsa espesa de vino tinto basada en consomé de ternera, acompañando la carne adecuada. Dar el toque de perfección que sólo

un *chef* francés es capaz de proporcionar a través de la salsa pertinente.

Después del programado vagabundeo, una vez atesorada la vasta experiencia, recién entonces establecería un restaurante propio en los alrededores de Luques, en Bretagne y no en Provence donde la influencia mediterránea era demasiado marcada. Jamás lo haría en París, la ciudad culpable de una derrota culinaria, por su cocina de pacotilla, haciendo concesiones fraudulentas a los numerosos clientes extranjeros, ignorantes.

La cocina regional y sólo ella es la auténtica gloria francesa; confundir regiones estropea los conceptos gastronómicos básicos.

—Ud. debe conocer mucho mundo, la cocina francesa es apreciada por doquier –mencionó distraída la rubia visitante, disipando evocaciones. Será por cortesía, por decir algo, pensó Michel y notó una tristeza en la mirada, siempre enfocada hacia la bahía.

—Con razón muy apreciada; a pesar de que la cocina china está teniendo un auge inmerecido y la japonesa también. Me sacuden escalofríos al pensar en el pescado crudo y sesos de monos; los chinos, hasta perros comen. Teniéndolo en mente, nunca pruebo sus salsas dulces a medias, pasadas a soya. Es una ofensa. Tal vez lo único mencionable son los fideos hechos a mano en las veredas de Shangai, de donde realmente proviene la pasta del orgullo italiano.

—Mi compañero prefiere la penumbra de los rincones conocidos; por eso no hemos ido al lejano oriente, no participa de mi ansia por desplazarme, cada vez en circuitos más vastos, conociendo gente de variada procedencia.

—Porque necesariamente, el turismo es superficial –objetó el muchacho con anteojos y barba, en su primera intervención.

—Para ti, Sebastián, todo es menos relevante que tu ingeniería genética, sólo existe la investigación científica; el resto, somos meros peones con intereses desechables.

—Querida, no pongas en mi boca cosas que no he dicho ni pensado; que tú padezcas de complejos surtidos, no es culpa mía –contestó Sebastián, tomando la copa ofrecida por Astrid de una bandeja rectangular.

—El Muscadet es bueno, sin ser un gran vino –explicó Michel, acercando su copa a los labios, mientras conjeturaba mentalmente sobre el menú que les ofrecería la próxima noche.

Nada de *Nouvelle cuisine*, con sus adornadas y minúsculas porciones, para Michel, eliminar substancialmente la mantequilla de la cocina francesa, equivaldría a retroceder hasta los albores del siglo XVI cuando comer la cremosa grasa era visto como manifiesto signo de barbarie, propio de los vecinos flamencos infectados por la maldita reforma. Tenía razón el gran *Chef* Rosignol cuando recientemente contestó a un periodista que mencionó el colesterol:

—Nosotros no somos médicos, ni nos ocupamos de dietas...

Más que la mirada, el lenguaje corporal de la rubia, ¿Odelia?, le traía recuerdos, su modo de rechazar bruscamente la caricia leve del joven en la espalda. Arrugó la frente; el mismo gesto de Francine antaño, al tomarla él del brazo. En los rasgos faciales no se parecían, nada: el pelo de Francine había sido ondulado y corto, la cara redonda, perfectamente redonda, con mejillas siempre rosadas y bajo los pequeños ojos claros, asomaban pecas diminutas, esparcidas desde la nariz hasta las sienes. Las cejas muy tupidas, castañas como el cabello, las pestañas arqueadas y especialmente largas. Nunca usó pantalones; sobre la falda, el infaltable delantal blanco con pechera:

—Así noto las manchas de inmediato –no las soportaba, las manchas.

También Francine, encontraba motivos de acosar:

—Andas con zapatos que crujen al caminar, debes comprarte otros; usas dos pañuelos simultáneos, uno en cada bolsillo, ¿para qué? –Y él, por comodidad; quería sus zapatos, los había comprado en la *rue du Bac* cuando trabajaba de ayudante

del *chef* en el restaurante del Ritz. Eran blandos y suaves al tacto, le acompañaron tantos años, ¿cómo los iba a botar porque crujían, nada más? Antes de entrar al edificio se los hacía lustrar, encaramado en el asiento del lustrabotas:

—¿Supo lo del nuevo decreto de León Blum? –se ponía al día, porque el lustrabotas leía el diario de madrugada, prestado del quiosco, para tener de qué hablar con los clientes fijos. Un día, después de la guerra, los encontró duros, ajados; puso los zapatos en el tarro de basura, envueltos en la enagua blanca que había olvidado Francine, cuando partió con el otro. Jamás la buscó.

El primer crucero no fue en un barco francés; el Oropesa era inglés. De todos los oficiales, el capitán y nadie más, apreciaba en la debida forma sus callampas rellenas; aislados pasajeros ponderaban un plato específico. Porque los ingleses eran y seguían siendo mesurados en sus emociones, insulsos e ignorantes en materias culinarias; los sudamericanos pedían más aliño, siempre más aliño en las salsas. Nunca logró, en aquel primer viaje como *chef*, completar los ingredientes requeridos en las recetas, porque los puertos tocados carecían de los productos esenciales. En el futuro, se preocuparía del abastecimiento, la base de todo menú; no aceptaría más contratos en barcos ingleses.

El esfuerzo lo concentraría en la excluyente excelencia: despejar la mente de superfluas obsesiones, ideologías o intereses personales. Aclaró a Francine desde el primer día que la conoció: él no tendría hijos, por considerarlo elemento obstructor.

Astrid no probaba la carne; no era por doctrina, simplemente no le gustaba, ni ave ni pescado: repollo cocido y verduras varias al vapor, ensaladas, papas hervidas, fideos sin salsas y arroz blanco. Michel se acostumbró a comer así, insulso. Con los triglicéridos en 179 y la glucosa 20, su geriatra lo convenció bajar de peso y cambiar hábitos alimenticios; justamente la cocina de Astrid, era lo que le convenía.

Cuando las visitas eran invitadas por Michel, sólo entonces, él asumía la responsabilidad y ejecución completa de todo el acontecimiento.

—El prestigio debe prevalecer, aun habiendo jubilado. En mi casa la perfección debe verse, gustarse y recordarse.

El mini-mercado de Ulvik era más bien lindante en cuanto a las posibilidades ofrecidas; Michel no finalizó de elaborar su menú antes de recorrer a conciencia todas las repisas atiborradas de cajas y tarros de conservas, inadmisibles; buscaba alcaparra, un frasco pequeño, para completar el aliño del relleno para los *vol au vent* de la entrada. *Canard a l'orange*, no habría, nunca lo cocinaba ni lo comía en un restaurante; pato, en ninguna forma. Antaño, solía prepararlo Francine, sólo ella. Dominaba el proceso con exactitud, el tiempo requerido por cada condimento para penetrar en los poros de la piel del ave, la precisa duración y temperatura de cocción en el horno. Su especialidad en todas las etapas: desde que escogía el pato adecuado, de preferencia *mulard*, hasta colocarlo en la fuente junto a las tajadas de naranja; no cualquier naranja, sólo valenciana. Desechó la idea de *boeuf bourgogneon*, debido a que había que dejar la carne reposando varios días, embebida en el vino; decidió *coq au vin* como plato fuerte, acompañado de guarniciones. El ave no sería de Bresse, como hubiese deseado, aunque ya había aprendido a aceptar productos locales, no dejaba de lamentar la ausencia de lo auténtico. Aún dudaba entre sopa de tomates con taragón o crema de alcachofas. En cuanto al pescado, ya lo tenía encargado: el pescador Borg, le había prometido dos furel frescos.

Los quesos estaban en casa, era infaltable; de cada viaje a París, traía sus preferencias, alcanzando para el período entre viajes. Su dieta se detenía justamente ahí, en los quesos; al *roquefort*, *maralles* y *livarot*, no podía renunciar, ni a los vinos franceses:

—Las privaciones, con límite –De postre, pensó en tarta de limón y lavanda aunque también tenía en mente mousse de

chocolate. Acompañando a la carne ofrecería *Chateau-Lafite* del alto Médoc a 18 grados de temperatura y como bajativo, cognac.

Astrid cubrió la mesa ovalada de un mantel blanco irlandés, con bordados en tonalidades azules; sobre el plato de entrada colocó las servilletas almidonadas, blancas, dobladas en tupido abanico; era exigencia de Michel, no soportaba las servilletas de papel, por muy prácticas que fueran.

Los jóvenes invitados, llegaron a la comida con unos minutos de anticipación; esta vez subieron el cerro en el auto arrendado, estacionándolo frente a la reja. Odelia vestía una túnica de *crepe de chine* turquesa sobre un ancho pantalón, en seda cruda. Ninguna joya; ni le gustaban, ni las tenía. El pelo suelto, flotando en su contorno. Sebastián no cambió el *jeans* azul, sólo la polera, por una camisa negra de mangas largas.

El *vol au vent* quedó crujiente, con el relleno de callampas a su preciso punto; Astrid retiró los platos de la entrada mientras Michel repartió los potes para la sopa.

Odelia se preguntaba repetidas veces por qué seguía con Sebastián. ¿Inercia? Compartían un estudio en la calle Saint Jaques de París. Las largas ausencias le permitían enfocar a Sebastián desde la distancia, manteniendo la privacidad que tanto valoraba mientras ella guiaba grupos de ancianos en giras turísticas. De casualidad había visto el aviso en un diario vienés: "Se requiere acompañante de viaje para jubilados". Se dirigió por escrito y la invitaron a una entrevista con pasaje pagado a Viena; al firmar el contrato incluyo una cláusula: seguir con residencia en París, aunque los empleadores hubiesen preferido tenerla al alcance en Viena. Algún día, pensó, será buen pretexto para dejar a Sebastián.

Cinco años recorriendo baños termales y aguas medicinales, resolviendo nimiedades de ancianos cuyas vidas, apagándose junto a ilusiones trizadas y al inconsciente vegetar actual, pidiendo a *freülein* Odelia lo posible y lo inalcanzable dentro de los diez días de gira.

De estar en vida su abuelo Dieter podría ser uno de ellos, suspirando por glorias pasadas y lamentando la muy gran derrota.

—Tus viejitos te adoran –la envidiaba Sebastián cada vez que llegaba una nueva tarjeta de agradecimiento, incluyendo alguna duda no resuelta: acaso las aguas termales en Caldas de Rainha que acababan de visitar, podrían quitar el insomnio junto con los dolores reumáticos. Justo allí en las termas cuyas aguas ayudaron a la reina Leonor de Portugal en el año 1484, cuyo cuento relató decenas de veces, insistía siempre incluir en el itinerario a la vecina localidad de Alcobaza, sin termas ni aguas, no por ser un centro frutero y vinícola, tampoco por sus típicas cerámicas. Es por el monasterio cisterciense de Sta. María:

—Observen, observen detenidamente el depurado tallado en gótico *flamboyant* de los sarcófagos, tumbas de Inés de Castro y del rey Dom Pedro, encerrando su historia de amor, la más pura y macabra jamás igualada. Vean Uds. la tumba de doña Inés en el transepto izquierdo, sostenida por seis ángeles, cuyas cuatro caras presentan un friso esculpido con los escudos de armas del Portugal y de la familia de Castro de España. Justo lo que el rey Alfonso IV padre de Dom Pedro pretendió evitar mandando asesinar a la desafortunada Inés: impedir infiltración española en la realeza de Portugal. Vean Uds. aquí talladas escenas de la vida de Cristo y en la cabecera una crucifixión con la Virgen dolorida al pie de la Cruz... y en tumba de Dom Pedro, en el transepto derecho, enfrentando a su adorada Inés, los tallados nos cuentan la vida misma de Inés y Pedro, los amantes eternos, el amor sin límites, puro y diáfano, la amante convertida en reina muerta, desenterrada y consagrada en solemne investidura, cubierta de terciopelo rojo, tendiendo su descompuesta mano para ser besada por los atónitos nobles, súbditos del rey Dom Pedro e Inés de Castro la española, la reina muerta. Y una lágrima asomaba en los ojos de alguna nostálgica anciana, por Inés o por el inminente escurrimiento de su propia vida.

Contando la leyenda, Odelia no escatimaba detalle alguno de la triste historia de amor arrebatado por una causa, anhelando ella ser amada cual Dom Pedro a Inés, ser reina del amor único, el sublime, arrasando ideales de nebuloso alcance.

También Praga y los montes Tatra en Slovaquia; a veces los baños termales de Baile Felix, siempre lugares económicos, con grandes rebajas para grupos; Slovenia, el lago de Bled.

Esa vez, decidió ir a la isla en bote a remo. Se acercó a la orilla del lago, divisó una embarcación pequeña; quiso estar sola, sin turistas, prefirió pagar el doble:

—Lléveme a la isla –pidió Odelia al botero.

El hombre la ubicaba, al menos de vista; era inconfundible, antes, no había conocido a alguien con cabello más largo:

—Al dormir con ella, uno se enredaría –pensó– ya que el pelo le llega bien pasado las nalgas.

A pesar de ser una mujer vistosa, por tener un cuerpo esbelto bien moldeado y los ojos muy claros, una mirada más detenida revelaba sus facciones irregulares: la boca demasiado grande y los dientes superiores ligeramente torcidos. La frente alta y ancha cubierta por una larga chasquilla que rozaba las pestañas, más la barbilla en punta, conferían al rostro un aspecto de pirámide invertida.

Hacía varias temporadas, en verano, Vladja la divisaba con grupos de ancianos. Ellos no iban en bote a remo a la isla, sólo en hidrobús, que tomaba escasos doce minutos. Era más seguro y más fácil el embarque desde Kazina.

—Espéreme acá, no tardaré mucho –pidió Odelia al llegar, pisando las tablas del embarcadero en la isla.

—¿No habrá tocado nunca la campana? –se dijo el botero, mirándole los tobillos, asomados de unas largas piernas, enfundadas en ajustados jeans. Luego, Vladja escuchó el conocido sonido, uno solo, plañidero, prolongado. ¿Qué deseo formularía, mientras tañía la campana, tirando el cordel?

Entonces, Odelia no recitaría:

—...la escalinata sur, compuesta por noventa y nueve escalones de piedra, es del año 1655, la iglesia barroca data del siglo XVII; el altar mayor de la Madona y el Niño más la pintura del donante del dominio de Bled, Kaiser Henrik II y su esposa, la reina Kunigund, datan del 1747...

Decidió visitar sola la minúscula isla Otok del *Blejsko Jesero*, en las últimas horas del día, mientras su grupo de veteranos turistas descansaban, preparándose para la cena y el resto de las actividades nocturnas.

No había venido por la "Campana de los deseos", que todos hacían sonar –es preciso formular el deseo con fe, sostenían los entendidos–; era por el campanario. Sin embargo, antes de ascender, tiró el cordel, aunque sabía que su único deseo no podría cumplirse: Patricio estaba demasiado lejos. Hubiese querido tenerlo, allí en Bled, por una noche.

Nunca había subido al campanario; sus jubilados sólo visitaban la iglesia y la Sacristía con la casa del Provoste, convertidos en un café. La vibración del tañido reverberaba aún en el hueco del campanario, mientras subía ágilmente los cincuenta y dos metros por la caracoleada escalera.

El agua del lago no se movía, en la superficie se reflejaba nítidamente la vegetación costera; divisó el castillo y detrás, los Alpes Julianos con sus cumbres nevadas, los montes Karavanke... Le recordaron la Cordillera de los Andes del sur de Chile, el lago Lanalhue y su querida laguna de Quepe con los troncos negruzcos de araucarias en el contorno. ¿Quién los habría quemado? Siempre en racconto, como en las películas, las imágenes persisten, como invitados indeseados, aparecen y se quedan, sin permiso... Porque no era la laguna de Quepe sola: aparecían junto al agua, también el cuadro del abuelo Dieter en su uniforme de oficial, con la svástica en el brazo, la pintura que su padre encargó de la última foto junto a una carta enviada desde París ocupada. No se le escapaba nadie, todos

registrados, en sus más pequeñas señas, hasta el lunar oscuro en la mejilla derecha de la nana Rosa.

Cada vez, creía haberlo superado, sólo para cerciorarse que se engañaba de nuevo; con el más ínfimo estímulo, todo surgía nítido, borrando los años transcurridos. El matrimonio impuesto por Klaus, su padre:

—Heriberto es el mejor partido para ti, es hijo único y heredará el fundo de su padre; tú, acabas de terminar la *Deutche Schule* y no muestras inclinaciones por estudios adicionales.

Odelia aceptó casarse, sin estar enamorada; parecía ser un muchacho tranquilo, no le imponía sus deseos, la respetaba. Para salir del yugo de Klaus, de la casa paterna, Heriberto era la solución.

Después de la boda, tomaron el avión, tan banal, a Río. No, no era época de carnaval. Así no más, porque ella quiso. Un hotel frente al mar, una playa antes del túnel a Copacabana. El negro, entrando con el carrito del desayuno –spera, no lo dejes entrar, me esconderé en el baño, no quiero que me vea en camisa de dormir– suculento desayuno, con frutas tropicales, tostadas francesas, galletas, pastelitos demasiado dulces y ya no recordaba qué más. Ni en la segunda noche, nada había ocurrido. Permaneció esperando en su cama; no era cama doble, eran dos camas con un velador ancho al medio. Esperó con los ojos abiertos, inquieta, en parte, porque todas las imágenes de fantasías eróticas se iban disipando, absorbidas por el vacío entre las sábanas muy planchadas y almidonadas.

Fueron al mar. Ella con su bikini que parecía atrevido, apenas cubría el vello. "¿Me habré equivocado de talla?", pensó distraída sacudiendo la arena del cabello.

—Siempre llamas la atención, por el largo de tu pelo –observó Heriberto–, ¿nunca consideraste cortarlo? Un poco.

Odelia respondió con un seco:

—No.

La noche de nuevo, en el *Night Club Copacabana*, una zamba, cómo no, bailaban bien; un trago corto, otro más...

—Capaz que se te suba a la cabeza –observó Heriberto.

—Ojalá –contestó ella. De nuevo en la cama, sola en el camisón de breteles brillantes y pechera de encaje. Con los ojos muy abiertos, mirando hacia el cielo raso débilmente iluminado por los escasos rayos del farol que la celosía permitía penetrar.

—Buenas noches –le escuchó decir–, que brusco fue el chofer del bus a Petrópolis ayer, viraba en las curvas sin disminuir los ciento veinte. Estos brasileños, tan zafados. ¿Tú le creíste al guía, que los loros del palacio de verano son descendientes de los que había en la época del virrey Pedro?

Sin comentarios, Odelia musitó un inaudible, buenas noches.

En el aeropuerto de Pudahuel, de vuelta, la parentela:

—Qué bien se ven, hacen linda pareja, llegaron tostados, el sol brasileño... debe haber sido una luna de miel soñada...

Un sueño de pesadilla, intercalado con furtivos besos en la frente. Nada más. Absolutamente nada más.

—¿Vas a destruir tu matrimonio, porque Heriberto no se acostó contigo todavía? ¿Exclusivamente, por eso? –se indignó Klaus Reich– ¿Estás loca? Olvídate, no seré yo quien te financie un viaje para ir a putear a París.

Al escucharle, Odelia comprendió que en realidad tenía frente suyo al progenitor; padre, había dejado de tener. Quizá nunca lo tuvo. Fue cuando su madre, Elena, en su único gesto de rebelión, sintió que era el momento de apoyar a su hija:

—Toma el primer avión y quédate allá, lejos, hasta que tengas fuerzas de mirar, serena, hacia atrás.

El collar de triple corrida de perlas, quedó reducido a hojas del pasaje aéreo.

Llegó destrozada y París, siendo la ciudad más anónima del mundo, se ajustaba a su flotar sin rumbo. Entre los jóvenes latinoamericanos, los datos se pasaban de boca en boca: aloja-

miento barato, debía ser muy barato, porque todos eran pobres y vivían más bien de milagros. La boardilla, que Odelia compartía con Cristina en el barrio latino, tenía una minúscula ventana en el techo inclinado, que permitía ver el cielo y las nubes de marcados contornos y variados matices. Dos camas muy altas, una silla de paja trenzada y un armario bajo era todo el mobiliario; un lavatorio y el infaltable bidet, ambos trizados y amarillentos completaban el equipamiento. El inodoro, común para cinco locatarios, quedaba al final del pasillo. Ducha no había.

—¿Vienes arrancándote de Pinochet?

Era la pregunta obligada, junto con:

—¿Te detuvieron? ¿Cuantos días te torturaron? ¿En cuál embajada te refugiaste?

No, ella no era de la ola de refugiados políticos:

—Vengo arrancando de mí misma –se disculpó Odelia–, porque me casé con un impotente.

Dos cucharones y medio por plato, con exactitud. La sopa de alcachofas, más bien espesa, con media cucharada de crema fresca agregada a cada comensal por separado y kimel molido como toque final. Siempre aclaraba a Francine que el secreto del buen gusto reside en el cuidado prestado a los detalles; hasta en escoger los nombres: una sopa de verduras toma aire aristocrático si los ingredientes son cortados en *julienne* lo cual permite bautizarla *chiffonade*.

Francine gustaba de sopas de carne, lengua, pescado; las de verduras solas, le parecían insípidas. En casa, ella decidía lo que se cocinaba, sin interferencia de Michel; los únicos días que comían juntos, eran los de asueto; en el trabajo, había una mesa para el personal y él insistía en probar de cada creación culinaria que salía a los comensales del restaurante del hotel.

Cuando comenzó la guerra, Michel no fue movilizado; tenía una lesión de nacimiento, en el fémur, fue transferido a la reserva sin instrucción.

—Si tú quieres evacuarte con todos los demás, hazlo Francine. Yo no dejaré París, en mi puesto. Tengo un deber que cumplir, no puedo abandonar mi trabajo, alguien debe hacer guardia, atender la cocina.

—¡Qué locura! Es una guerra, habrá bombardeos, quién sabe cómo esto terminará.

No había por qué preocuparse, nadie era tan bárbaro, ¿bombardear una ciudad como París? ¿Acaso no sabía que existía la línea *Maginot*? Que vaya ella, al campo donde los padres, si así le parecía.

—Para mí, al pie del cañón es aquí, en París, con delantal y toca blanca puesta.

Odelia saboreó lentamente las cucharadas de sopa, apreciando la fina textura y el delicado aroma. Aún escuchaba la voz de su padre:

—Tu abuelo mencionaba en las cartas enviadas de París, su aprecio por la cocina francesa.

El cuadro con la pintura de Dieter dominaba el salón familiar y Odelia había pasado su infancia observada por el héroe, desde la altura de su marco dorado.

—No olvides, jamás –le repetía su padre–, eres nieta de un oficial alemán, quien dio su vida por nosotros.

—Por esos lejanos años obtuve mi primer contrato importante como chef, fue cuando Jaques renunció a su puesto y decidió abrir su propio restaurante en las inmediaciones del *Bois de Boulogne*. Todos opinábamos que no era sensato, en medio de la incertidumbre de la guerra, con París ocupada y sin abastecimiento regular. Por entonces, la carne llegaba a la capital contaminada, había que designar un ayudante especial para desprender los gusanos de las fibras. Señorita Odelia, ¿prefiere agregar salsa al pescado? Lo siento ligeramente seco.

El departamento compartido con Francine era reducido, apenas dos cuartos; en la cocina, espaciosa, dominaba una mesa de rústico pino blanco de muy buenas dimensiones, que

hacía las veces de mesón. Francine reunía los escasos productos obtenibles en las tiendas del vecindario; la quesería, donde ella trabajaba media jornada, apenas mantenía unas tres, cuatro variedades de los cientos de quesos disponibles antes de la guerra. Los padres de Michel mandaban, cuando lograban, productos del campo; algunas papas, habas y arvejas, a lo lejos algún ganso o gallina.

A Jean, Francine lo conoció en el correo; justamente cuando estaba despachando una carta a su tío Pierre, por haber recién cumplido los setenta años y se había cambiado recién cerca de Lyon porque según él:

—Los de Vichy permiten una vida más tranquila, acá, los alemanes no se pasean como por el patio de su casa; los hay, eso sí, pero no tantos como en París.

—*Merde*, los *boches* –dijo Jean entre dientes mientras pasaba un blindado ligero–, ¿le ayudo con el canasto, madame? –y la acompañó hasta la entrada del edificio.

Esa primera vez, no parecía tener intenciones galantes u otras, simplemente ayudar: cargar un paquete, una sonrisa, un saludo amable, más bien inocuo. Sólo al cabo de varias semanas de encuentros, para Francine casuales, Jean le propuso asistir a una reunión en el XII arrondisement:

—Conocerás gente nueva, gente activa; los que no aceptan la ocupación con los brazos cruzados, esperando que la Gestapo elimine, mate y torture impunemente; seamos combatientes, porque los franceses pasivos como tu marido, sin querer, son colaboradores. Francine, abriré para ti el mundo de los libres, escucharás a De Gaulle en sus transmisiones desde Londres; ¡debemos reforzar el contraataque, hacer sentir a los malditos enemigos el odio que nos invade, el rechazo a la ocupación! ¡Ayúdanos!

Michel trabajaba siempre hasta tarde, aceptando acompañar a Jean, evitaría aburrirse sola como todas las noches.

—Michel, esta noche voy a una reunión clandestina, Jean insiste en el deber de cada francés, ahora, de integrarse en una acción combativa. ¿Vienes, Michel?

—Bien sabes que no puedo abandonar mi puesto, no tengo reemplazante. Me preocupa esta constante lucha por los productos frescos, no debo bajar el nivel, sólo reduzco la variedad del menú; la presentación debe ser perfecta.

—¿Por qué te esmeras tanto? ¿Acaso no te has dado cuenta que los uniformados que atiendes son los *boches* de porquería?

Michel también sabía, y bien que lo sabía: esos mismos oficiales volverán alguna vez, después de la guerra, y el recuerdo deberá ser inmaculado, los *crepes suzette* superbos, la salsa impecable, a pesar de la escasez, pellejerías de la guerra, el prestigio mantenido, viviente...

—Mira Francine, hasta ahora, no han tocado París; sin bombas, todo en su lugar: la torre Eiffel, el Trocadero, la Madelaine, el Louvre, la Ópera; aprécialo. Yo contribuyo a ello, a mi modo. Francine, de política no hablemos, porque yo sé de cocina no más, de la buena y refinada.

—Llegará un momento, Michel, cuando te darás cuenta que no hay otro camino, sólo la resistencia armada. Jean tiene un plan de acción en el cual tu ayuda sería indispensable: envenenar un grupo de alemanes que son asiduos comensales del Ritz, oficiales de la SS.

—¡Estás loca! El día mismo en el cual ocurra, nos matan a todos, nadie del personal quedará vivo. ¿Te olvidas de las represalias? Después de tres años de ocupación, ¿aún no conoces las reglas del juego?

Las conocía, bien que las conocía: hacía tres semanas habían matado al sobrino de Jean, lo atraparon repartiendo panfletos ilegales, falleció en el sótano de la cárcel por los golpes en el cráneo.

—Tú, eres nieta de un héroe –repetía el padre de Odelia–, jamás debes olvidarlo. Murió, en el cumplimiento de su deber

patriótico, defendiendo los ideales del *fuehrer*. De haber ganado la guerra, los alemanes estarían dominando el mundo entero, escucha bien: el mundo entero y el idioma alemán sería hablado por todos.

Pero la perdieron, pensó la niña tristemente, y es inglés lo que hablan.

Francine estaba resuelta a actuar, aunque sabía que no tenía el apoyo de Michel; ella podía entrar al Ritz sin un permiso especial, todos la conocían, no sería sospechosa su presencia allí. Los parientes de empleados venían por motivos diversos, entre otros a retirar cuotas de alimentos sobrantes. Fue Jean quien había planificado el atentado; quedaba claro que el envenenamiento no sería por alimentos preparados en el hotel, no tenían cómplices dentro de la cocina. Había que idear una fórmula que permitiera hacer un cambio de platos entre el recorrido desde la cocina a la mesa. Nada de fácil. ¿O tal vez la clásica pastilla de arsénico disuelta en una bebida?

—¿Y las represalias?

Odelia observó al anciano francés sentado a su lado, su destreza en revolver la ensalada con el aliño, era más bien un delicado abrazo de las paletas mezclando los ingredientes. Admiró la presentación pulida del pescado con la salsa de vino blanco bordeando la fuente y el pequeño redondel de zanahoria, uno solo, insertado en la aleta entreabierta.

Mirando hacia la bahía, se preguntaba acaso Patricio murió de verdad, o que fue imposible de identificar el cadáver encontrado en La Rinconada y los verdes carabineros se atribuyeron un triunfo inmerecido. De hecho, no había tenido noticias de él tantos años. No variaba en nada la realidad: él prefirió la causa, la patria. Como Dieter, su abuelo, por allá en los años cuarenta. Otra patria, otra causa...

Dieter era primer secretario de la embajada alemana en Santiago y no fue movilizado al comenzar la guerra. Según los relatos de la abuela, Dieter padeció de un profundo desasosiego y

noches de insomnio, por no estar participando activamente en las invasiones que sus compatriotas desencadenaban en países europeos. Sabía que no lo habían convocado de urgencia a Alemania, por el desvío en la columna, lo cual le producía períodos largos de dolores agudos. Constaba en su hoja de servicio, en calidad de oficial de reserva con limitaciones físicas; en el rubro observaciones decía: "...excelente estudiante en la facultad de ciencias sociales, departamento de relaciones internacionales; domina cuatro idiomas".

Entró al servicio diplomático relativamente joven, se había casado con Gertrud, a quien conoció en el movimiento de las juventudes hitlerianas. No le cabía duda que, en caso de emergencia, había que hacer el sacrificio máximo para cooperar a la patria. Dieter envió un cable cifrado a la cancillería de Berlín, pidiendo ser movilizado de inmediato.

Corría el año cuarenta, hacía los fines y Rooseveld aún no lograba la aprobación del Congreso para declarar la guerra, pese a la desesperada insistencia de Churchill desde el otro lado del océano. El viaje de Dieter a Alemania, hubo que programarlo por el norte de África y enseguida atravesando Italia y Austria. Por mar y tierra, siempre que pudo, evitó aviones. Llegó a Berlín, pocos meses después de la ocupación alemana de París.

—¿Me permite ofrecerle más pescado? –preguntó Michel a Odelia, viendo su plato vacío.

—Gracias, estuvo delicioso, es suficiente.

Astrid retiró la vasija usada y colocó un plato bajo frente a cada comensal. Michel se dirigió al horno de la cocina y retiró la fuente de greda colocándola sobre el granito marrón del mesón. Después de cortar la carne sobre una tabla de madera, procedió a adornar el contorno de la fuente con racimos de grosellas, intercaladas con ramos de menta, todo cuidadosamente dispuesto de antemano.

—Sus platos son artísticos –observó Sebastián– algo entiendo en esto, pues yo cocino en casa; a veces viene nuestro

amigo Tomás a preparar alguna especialidad húngara: "...la carne del gulas debe cocinarse en leche después de dorarse en manteca...", dice él. Odelia no pasa de saber hacer ensaladas y huevos revueltos.

—He considerado seguir un curso para principiantes, ya que en mi familia siempre se recuerda con orgullo las dotes culinarias de mi abuelo Dieter. Los alemanes no se distinguen por ser *gourmets*; aparte de papas cocidas con mantequilla y tarta de manzanas, que es vienesa, no saben de grandes extravagancias.

Pensó en metales pesados, introducidos en la bebida, Jean había planeado un intrincado sistema de vaciar el líquido marcando la botella del Porto, ¿por qué Porto? habiendo tantos vinos franceses excelsos –supimos que él prefiere Porto– acotó Francine. Había aceptado colaborar en el plan, siempre que se tratase de bebida y no de comida, preparada por Michel.

—Busquemos otro lugar, no el restaurante del Ritz.

—Es allí dónde asiduamente cena, sabemos sus hábitos, las horas exactas que acude con su ayudante –afirmó Jean con tono seguro–, lleva dos años asignado a París, tiene a su cargo la investigación de presos en la cárcel norte, es metódico e intolerante. Debemos eliminarlo.

Un disparo, le parecía a Francine, era el método más apropiado, manejable a cierta distancia y sin involucrar a un grupo definido de personas; un sólo tirador permitiría una fuga ágil. Recordaba cuando un mero pescado rancio terminó en vómitos y diarreas de dos oficiales *boches*, el personal completo del restaurante pasó largas horas de investigaciones policiales. Además, no le parecía adecuado el cianuro concentrado en un vaso; el gusto podría delatar al veneno aún antes de absorberse en el intestino. El individuo se salvaría y habría represalias de todos modos.

Quesos, tal vez en los quesos estaría la solución: un buen roquefort permitiría introducir en las vetas verdosas la sustancia venenosa.

—Eres ingenua -objetó Jean– el roquefort podría ser consumido por cualquiera. No me parece. Consultaré con Laurent, tenemos a alguien experto en explosivos; el vehículo en que viaja el alemán es vulnerable. Represalias habrá, forman parte de la resistencia.

El abuelo solía recibir noticias de su familia a través de la cancillería; por lo menos, pensaba, ellos no están expuestos a bombardeos ni privaciones alimenticias, como la población civil en Alemania. A salvo, en Chile, mientras él cumplía con su deber patriótico. Gertrud había insistido cautelosamente a su marido, que no se ofreciera voluntariamente a participar en la guerra, exponerse a peligros y dejarla sola con los dos niños, entre gente ajena. Klaus había cumplido dieciséis años y la chica apenas cuatro.

—Quedar en Santiago con Uds. sería esquivar la obligación frente a mi patria –argumentó Dieter–. La guerra está allá, cada alemán debe contribuir a la gloria del *fuehrer* y a la hegemonía de nuestra raza en el mundo entero. No caben mezquinas consideraciones familiares ni te permito predicciones apocalípticas. Ganaremos en todos los frentes, aunque tome años.

Su servicio militar lo completó en la unidad de investigaciones secretas y debido a su preparación universitaria, incluirlo en las fuerzas de ocupación de París fue una decisión natural, ya que había pocos oficiales que dominaban el francés.

Muy pronto, Dieter detectó las ventajas de su nombramiento:

—París ocupada, no recuerda la guerra, puedes estar tranquila querida mía, aquí hay de todo, teatro y buenos restaurantes. Las avenidas y los museos son maravillosos y sólo tú con los niños a quienes tanto extraño, me hacen falta…

Agregó una fotografía suya, de cuerpo entero, uniformado, con su sonrisa apenas perceptible bajo el rubio bigote tupido, entre el delgado labio superior y las narices; los costados de la boca, limpiamente afeitados. El Meiser bien plantado en el cinto

de cuero negro con la correa atravesada en el pecho, el quepis apoyado en el respaldo de una silla; la cabeza descubierta revelaba su cabello, muy liso, peinado con partidura al lado derecho. Todos decían que Odelia se parecía al difunto abuelo, en la forma triangular del rostro y en el pelo liso. Su madre, Elena, era morena, lugareña.

—Soy como ella, la llevo adentro.

—Todos heredamos exactamente la mitad de los genes paternos y la otra mitad maternos... –argumentaba Sebastián, ubicándola en su realidad genética. Eran justamente esas observaciones desviadoras de ensueño, que impedían a Odelia ver su vida ligada a él para siempre.

Con Patricio, la convivencia fue creadora, límpida y trasparente, como la superficie del Bled. Bastaba una mirada, una caricia, la comprensión brotaba natural; el respeto mutuo y esa profunda confianza que le permitía la libertad de ser ella misma. Decidieron ir a Grecia, en un barco carguero al Pireus; de allí a la isla Spetzai en una barcaza. Cinco horas de intenso vaivén, Odelia tendida en un banco de madera rústico, con la cabeza apoyada sobre las rodillas de Patricio:

—Falta poco, amor; piensa en la arena dorada y las olas te ayudarán a despistar el mareo.

Camelia se llamaba la pensión de la señora Artemis, aunque de diosa no tenía nada, la viuda manejaba severamente sus cinco cuartos con esmero y pulcritud. Les dio el mejor, con terraza; la buganvilla cubría el enrejado y evitaba el paso de los rayos solares directos al cuarto.

—El desayuno lo pueden tomar en la terraza –ofreció la dueña de casa.

No se permitía el tráfico de vehículos motorizados en la isla, salvo unas ruidosas motocicletas. Mientras iban caminando rumbo a la iglesia del *Profitis Elías* tropezaron con una aldeana en el sendero; iba bajando de vuelta al pueblo. De algún modo comprendió y les hizo señas de seguirla, volvería sobre sus

pasos, ella les abriría la iglesia pues era la limpiadora. Subieron la colina y vieron de allí la pequeña isla Xarios de Onasis con las viviendas para sus invitados.

—¡Qué barbaridad! Alguien, en nuestros días, ser dueño de una isla –dijo Patricio indignado.

—La compró –pensó Odelia en voz alta.

—Vendida por el gobierno griego. Te amo Odelia mía, y ajena, por aquellas incongruencias sin resolución; la isla no tiene alma, pasa de dueño y volverá donde pertenece pero tú no has comprendido la esencia de mi angustia.

Después de mostrarles la modesta iglesia de cúpula bizantina tejada y albos estucos, la aldeana se alejó del sendero para cortar ramas de un arbusto cargado de flores amarillas y cuando sus brazos ya no abarcaron más, tendió las flores a Odelia y pidió a Patricio, con gestos, que le sacase a las dos una fotografía. Anotó cuidadosamente su nombre y dirección en la libreta ofrecida por Odelia.

Trató de penetrar en las complejidades de las controversias políticas, al cabo de cuatro años, juntos en París, Odelia comprendió que él no podría continuar vegetando lejos de su patria, sin oponer resistencia.

—No se trata de abandonarte o de preferir una causa –explicó Patricio– la vida está compuesta por fragmentos en equilibrio, a mí me falta el aire de mi tierra, y lo quiero sin polución; debo partir, actuar, no permitir impunemente aquel dominio diabólico.

Lo acompañó a Orly y aunque habían pasado once años, aún sentía sus fuertes brazos rodeándola hasta el último momento antes de abordar el avión. Recibió dos cartas, misivas telegráficas: "Estoy bien, cuídate, para ambos..."

Ella nunca había vuelto a su país natal; no por su padre quien hacía tiempo había dejado de importarle. De ir, sabía que no podría evitar indagaciones, saber exactamente cómo mataron a Patricio y dónde lo enterraron; la verdad, toda entera. Sería

inoperante hacerlo ahora, había que esperar, cuando se acabe y se derrumbe como antaño la gloria del mal.

Michel retiró del horno los tiestos individuales de cerámica, el gratinado de espárragos estaba en su preciso matiz dorado; con tenazas apropiadas retiró cada porción depositándola en el plato correspondiente. Haber desplegado tanto esfuerzo el anciano por una pareja de perfectos desconocidos –pensó Odelia comentarlo después con Sebastián. No le parecía típico de un francés, en París los veía desdeñosos con extranjeros y ninguna campaña *sourir* los hacía cambiar de actitud. Tal vez gustaban del dinero dejado por los turistas, pero de los visitantes mismos de ningún modo. Para qué mencionar a los refugiados, esos eran plaga, de las peores.

No hace mucho, Sebastián le había pedido:

—Odelita, ¿no pensarás pasarte la vida entera por tierras extrañas? Ven, siéntate a mi lado, volvamos, nos veo juntos, envejeciendo en una casita de La Reina.

Y ella con un ademán suave, recogió su cabellera haciéndola girar con la palma de la mano formando una rosca sobre la nuca; sólo un momento, enseguida soltó, dejándola caer sobre la espalda. Él, acarició los sedosos cabellos, mirándola en los ojos:

—Sí, Uds. eran una formidable pareja con Patricio. Eso se acabó. Acéptalo, por ti y por él también. Sólo entonces podrás verme, aquí a tu lado, contigo de la mano por la vida.

¿Cómo explicarle? Aquella infiltración de situaciones establecidas de antemano, ya no cabían en su vida. El ahora y aquí, eran válidos, también Patricio, por ser parte de ella y no por blandas añoranzas. Requería tiempo pleno, compartido, nubes grises, rojizas y doradas deslizándose sin rumbo en horizontes perdidos con bandadas de pájaros peregrinos; diálogos sin palabras, sonrisas furtivas, cuerpos entretejidos. ¿Sebastián? Tal vez, no quería pensar; ahora no.

—Mataron al sobrino de Jean, en los calabozos de las *Tulleries*, arrestaron a tres más del cuarto *arrondisement*. Los comu-

nistas quieren la rebelión ahora y Jean dice que debe evitarse a toda costa. Esperar a De Gaulle, es él quien debe entrar triunfante a París liberada.

—Pero mujer, esto es locura; no serán Uds. los que definirán el día y la hora, será una lucha a muerte entre los aliados y los alemanes. Lo único que lograrás con tus conspiradores es la destrucción de París. Nada más. Somos gente simple, atengámonos a lo que sabemos y podemos hacer.

Michel obtuvo permiso de usar el furgón del hotel por un día, hacia los altos Pirineos iba; se lo había pedido su asistente de cocina Simón, arrancar a España, despistar a la Gestapo:

—Ayúdeme jefe, mi vida peligra, déjeme en la frontera, seguiré a pie por la quebrada de Benasque.

Los rigurosos patrullajes no cubrían todos los desfiladeros, Simón conocía los senderos montañosos que aún se distinguían nítidamente a pesar de haber caído las primeras nieves, él no temía, escaparía.

Sin acercarse al puesto fronterizo, Michel detuvo el vehículo, ayudó al joven a salir del escondite trasero con su pequeña mochila, tendió la mano desenguantada, le palmoteó el hombro y se despidió con un *Adieu mon petit*. El destino era Liri, la aldea de ensueño en la colina, lo recibirían los Bernardote, cuñados de su hermana; allí, en el paraíso, atender el ganado, las siembras y para la fiesta del santo, en la plaza de la iglesia, participando el pueblo entero, sobre mesas alargadas la cena tradicional, con canciones y bailes... otro mundo, increíblemente otro. Tal vez imaginado, fantástico puro.

Regresando el domingo por la noche, Michel abrió despreocupadamente la puerta del departamento y de inmediato notó un vacío: el delantal blanco no estaba en el respaldo de la silla de cocina. Sobre la mesa había una nota: "...mi vida es la *Resistance*, junto a Jean".

Fue entre la pera y los quesos, cuando Michel le vio el lunar, claramente, detrás de la oreja, en el mismo lugar dónde lo tenía

Francine, lo descubrió con el ademán de Odelia al retirar el pelo hacia el lado del hombro derecho y recordó mientras le rellenaba el vaso de vino:

—Haber salvado a un hombre, y haber eliminado a otro, es mi gran orgullo. Nadie, nunca lo supo; ni Francine, mi esposa anterior, porque ya me había abandonado. Fui yo quien le agregó el veneno a la salsa de vainilla que acompañaba a los profiteroles rellenos de crema de chocolate; coloqué de adorno, dos guindas frescas sobre la salsa. El *Ober-Hauptman* Reich no sintió diferencia en el gusto de la salsa, por tener un cuarto de barra de vainilla adicional, más unas gotas de *Armagnac VSOP.*

Lentamente, Odelia se incorporó acercándose a los ventanales:

—Mi abuelo, Dieter Reich, hubiese disfrutado debidamente su cena –lo dijo, mientras divisaba al buque francés aún anclado en la bahía.

MARCOS WASEM

mwasem@gc.cuny.edu

Marcos Wasem nació en Montevideo en 1977. Estudió profesorado de literatura en Uruguay en el Instituto de Profesores Artigas de Montevido. En 2000 emigró a Israel junto con su esposa, donde permaneció hasta 2005. En ese período trabajó como periodista y como docente de español en la Universidad Hebrea de Jerusalén, donde obtuvo su master en literatura hispanoamericana. Actualmente reside en Nueva York, realizando el doctorado en CUNY y trabajando como docente en City College.

G.D.R.

caminamos por los bordes de un precipicio de cemento
/armado
una pendeja punk muestra sus tajos
cuenta cómo la liberaron por loca
la dejaron suelta cuando se cortó

TODOS ESTAMOS LOCOS ACÁ

cuenta
explica

porque caminamos por los bordes sin pasamanos
¿seremos el olor a goma quemada?
un humo negro se fuga al cielo
y no hay bloque que lo pare.

Seguimos caminando por el borde,
recuerdo a mi abuela subiéndose a un barco
para ir a España con mi abuelo muerto
y no el día de lluvia en que nací

MI ALMA

me mira desde un cenicero

quiere fugarse de esta asamblea de moscas
atraídas por cordilleras
bolsas negras de basura en pilas

a los niños boy scout
les advierten de los riesgos de una deposición al aire libre
pues la mosca,
atraída,
puede introducirse por el ano

Ahora que somos grandes lo sabemos:

que el ano era de cemento
y varillas de hierro de diez milímetros
(a veces más gruesas)
incrustadas como cobertura

la punk
tiene las medias rojas de nylon
empolvadas
enterradas
y hace trofeos de cicatrices
donde cruzar el borde
puede transformarse en un corte

COSTURA

Costura.
Costra contra la costura.
Tierra contra la costra de costura hecha de tanza o de alambre eléctrica puesta en vigencia por el costurero sin remedio el sastre sin remedio que remienda la tierra de concreto zurce agujeros las papas de las medias las botas que transitan la costra y se les mete el pedregullo por la aridez del terreno y las características geológicas particulares que hay que cuidar así como las fuentes de agua y si la costra se corre porque los bloques de cemento son concretos, pues la costura hace también lo suyo cosiendo piedra con piedra piedra papel o tijera todo a su paso y deja todo bien cosido sin cortapisas la costra entonces se expande y forma un área que es como un bordado con sus bordes transidos de caminos que los recorren
(recorren sus labios a cada lado)/
la costura no cubre la resaca entera sino la parte más cercana la cerca más bien es una cerca que se viene levantando pincha a su paso que el sastre es implacable y no va para atrás va para adelante pincha y mete huevos porque es macho no arruga como el papel es más bien como la tijera cuando corta el papel
pero cose bien
cose muy bien
dejando los hilos visibles
(evita las confusiones)
mostrando dónde está el papel y dónde la piedra
y dónde la tela que zurce
y la costra que guarda abajo
y los alambres también

piedra papel o tijera.

nada mejor que un zurcido bien visible
que haga patente el alambre y el cemento
que ponga de relieve los bloques
prefabricados
los ilumine y los muestre
así nadie se queda sin saber que la costra/
recorre ctónicos drapeados
siembra las relaciones entre las diversas áreas
con fuerte contingente de clasificaciones
establece el crecimiento de las especies y clases y subdivisiones

se reproducen y fundan subgéneros
filocordados
ahora las subespecies vegetales se agrupan según las directivas gubernamentales que determinan los períodos de cosechas riego ahorro de agua y fertilizantes y también emplea al sastre que mete y mete aguja la situación de los piojos, escondidos entre las suturas, amparados en las costras, en las cavernas de las telas, entre los drapeados y el séquito de las larvas y los depósitos de huevos que pueda haber/ cose y mete aguja como loco para tenerlos bien agarrados bien apretaditos como deben los piojos y las pulgas de la costra que se meten en los hilos de costura en el corte y la confección en el vestido que no cesa de añadir telas tafetanes rasos panas hules y lamés pero los piojos esos piojos que no cesan ni esas hormigas que no dejan sus vaquitas de san antonio sin ordeñar ni dejan de entrometerse en esos retazos que se unen punto a punto entre la costra suturada día a día entre los bloques vacilantes del bordado móviles zarandeados son las pulgas sus huevos que dejan restos del carapacho entre las junturas de hilo en el área de costura clausurada en la tierra de nadie donde se invitan los retazos que se añaden uno a uno uno a uno lento como quien no quiere la cosa como si no hubiera nada en el medio ni cortes ni confección ni animales irreductibles a término común

MARGALIT MATITIAHU

margalit9@yahoo.com

Margalit Matitiahu nació en Tel Aviv (Israel), donde, tras el Holocausto y la Segunda Guerra Mundial, se establecieron sus padres procedentes de la ciudad griega de Salónica y descendientes de judeoespañoles de León, llevando con ellos el ladino o sefardí, que Matitiahu aprendió desde su nacimiento. Posteriormente realizó estudios de literatura hebrea y filosofía en la Universidad de bar Ilan. Comenzó a escribir en hebreo y ladino a la edad de 15 años, aunque el primer libro se publicó en hebreo. En 1988 dio visiblemente el paso hacia la escritura en la lengua originaria de sus padres con *Curtijo Quemado*, un desgarrador testimonio de la destrucción nazi escrito durante un viaje en el verano de 1986 a las comunidades judías de Grecia. Desde entonces, los libros en ladino se han sucedido, publicando *Alegrica* (1992), *Matriz de luz y vela de la luz* (1997), *Camino de tormento* (2000), *Bozes en la shara* y *Vagabono eternal* (2001), y *Despertar el selencio* (2004). En hebreo ha publicado *Por el vidro de la ventana* (1976), *El no selencio veraniego* (1979), *Cartas blancas* (1983), *Exposada* (1987) y *Escaleras de media noche* (1995). Margalit se ha convertido en una apasionada investigadora y difusora del sefardí: ha estudiado la prensa judía de Salónica en ladino durante el periodo 1860-1940, así como el desarrollo de la poesía que aparece en ellos, y ha participado en programas de radio en ladino durante 25 años. Pertenece a la Asociación Hebrea de Escritores, a la Academia Mundial de Poesía (UNESCO), a Pen Club. Además de secretaria general de la Federación Israelí de Escritores, es presidenta de AIELC Asociación de Escritores en Lengua Castellana. Entre otros premios, ha recibido el "Ateneo de Jaen" (1996), el "Fernando Jeno" (1994) conocido por la comunidad judía de México, y el "Premio de Creación del Primer

Ministro" (1999), el alto galardón que se concede en las letras israelíes. Recibió también el premio de poesía rumano de la Academia Internacional Oriente-Occidente (2003). En 1997 fue recibida y homenajeada por el Ayuntamiento de León, de donde habían sido expulsados sus antepasados, inaugurándose un monolito en su memoria que lleva estos versos de Margalit: "Entonses maestros nombres/ se van a grabar en los caminos del tiempo/ y van a abrir las puertas de union" (del poema "en el fondo del tiempo". En diciembre de 2003 se inauguró en Puente Castro, León, una plaza con el nombre de Margalit Matitiahu.

DESPERTAR EL SELENCIO

Hay de despertar el selencio!
Me quedi selenciosa.
Hay de abashar al sotano y de subir desnuda!
Me dishe, sin duvda!
Hay de combatir con mis ojos,
con mi nariz y con mi frente!
Me griti con furia.

LA MEMORIA

Una mano de hesito espando a la memoria
atando en ella siete caballos feridos
saltando entre luz y tiniebla,

El tiempo
es una eluenga cortada,
enfrente de mi
se debate y desparece.

La memoria se espande,
deviene velas palpando,
yo me encolgo en ellas
entregandome a la direccion
del corriente foturo.

Supito
las linias del aver se vaciaron del oxigeno.

Mi puerpo viene acudir,
va teshendo una resha
por mantener a la memoria
en el momento de la caída.

LA CASA DE LA NOCHE

1
Son las tres despues de media noche,
los dientes van mashcando palabras
que destorban el selencio.

El tiempo se trespisa.

Un temblor pasa entre las parparas.

La noche es un gobernante misterioso
que aposa su puerpo pesgado
hasta que lo sigue el ruido de la luz.

2
En mis oidos suben ruidos de vagones corriendo,
en mis ojos cerados aparecen fachas
cayendo en un abismo lleno de demandas.

La noche se hinche de solombras diferentes
que van descubriendo
la desnudez de mis penserios.

yo arecojo las cinteas del tiempo
y las guadro dientro los vidros
de mis entranias.

HILEL RESNIZKY

resnizky@netvision.net.il

Hilel Resnizky nació en Paraná (Argentina) en 1932. Cursó estudios secundarios en Argentina. En 1956 se estableció en Israel y se integró al Kibutz Neot Mordejai en la Galilea Superior. Estudió lengua y literatura en la Universidad de Haifa y en la de Bar Ilan, donde obtuvo el doctorado. Trabajó en fruticultura, pero su principal ocupación fue la docencia en la escuela primaria del kibutz, en el colegio secundario regional de la zona y en las universidades de Haifa, Tel Jai y Safed. Fue durante dos periodos secretario general de su kibutz. Está casado con Dvora y es padres de tres hijos. Publicó en Argentina dos colecciones de cuentos realistas y surrealistas: *Peregrinación entre patrias* (Mila, 2001) y *Puentes de papel* (Mila 2004). En 2006 apareció en Israel la versión hebrea de los cuentos realistas: *Artzot Moledet. Tierras Patrias.* Los cuentos se desarrollan en Argentina e Israel y a veces en ambos países.

EL POZO

Están construyendo una casa nueva en Guivat Zeev Este, más cerca del campo universitario en el monte Scopus. Vendieron la casa anterior, donde residieron por decenios, para bajar el monto de la hipoteca de la nueva residencia. Recibieron un buen precio. De acuerdo al contrato, tenían que concluir su nueva residencia en el plazo de un año y medio. Un amigo con conocimientos del ramo les aconsejó que alquilen una casa transitoria por dos años. Tenían que comenzar a pagar ya la hipoteca de su nueva residencia, realmente una mansión. A Efraim no le hacía falta un motivo especial para ahorrar. A los

sesenta años recordaba todavía el sabor de la época de austeridad que le tocó vivir a comienzos del Estado. Su ahorratividad era no sólo un concepto de vida sino una cuestión de carácter. No. Nunca renunció a lo importante: la educación de los hijos, una vivienda decente, un viaje al extranjero de vez en cuando. Todo en medida y de acuerdo a las posibilidades. Ahora, teniendo encima la nueva hipoteca, no vio ningún motivo para alquilar un departamento suntuoso. Por eso le gustó la casa en Baka (alguien llama Gueulim a ese barrio). Una casa árabe antigua, en la calle Schimschon, cerca del camino a Bet Lejem. El alquiler estaba en relación inversa a la antigüedad de la casa. Era propiedad abandonada por los árabes, luego del cuarenta y ocho y la dueña, la señora Elmekaiem, que se había establecido en ella un poco después de la Guerra de la Independencia, todavía no había logrado anotarla a su nombre en el Registro de Propiedades. Está por viajar por dos años a visitar a su hijo y sus nietos en los EE.UU. Hasta que vuelva, su hijo menor se ocupará del registro de propiedades y los quinientos metros se transformaran en un inmueble valioso. Por ahora les deja una casa árabe vieja, pequeña, de dos pisos. En su derredor, un jardín con higueras, olivos, granados y una morera. Ella y su marido habían plantado rosales. No se olvidó de mencionar el viejo pozo de agua que todavía puede abastecerlos en caso de sitio. Efraim no intentó siquiera hacerle notar que, de acuerdo a su opinión, no hay chance de sitio en los próximos días ni en los próximos dos años.

Como la mujer pedía por la casa –¡con el pozo de agua!– tal vez por consideración a la calidad de sus inquilinos, un alquiler exiguo, Efraim tendía a aceptar. Ciertamente, no es una casa suntuosa. A sus colegas de la universidad se la puede presentar como un gesto al pasado jerosolimitano. Por otra parte, aunque se conservan las paredes gruesas, con su frescor y sus arcadas, la cocina y los servicios fueron acondicionados a los nuevos tiempos. Hacia el fin de las negociaciones, sacó la señora un conejo

del sombrero, mejor decir que sacó unos gatos. Tiene dos gatos. Muy educados. Hermosos. Los pueden ver. No los puede llevar a los EE.UU. Debe dejarlos acá. Los gatos se relacionan con la casa, no con los dueños. Está dispuesta a descontar cincuenta siclos del alquiler mensual, si los nuevos inquilinos se comprometen a cuidarlos. Ella sabe que puede confiar en ellos.

Efraim no sabía qué hacer. Schulamit, que hasta entonces había dejado a su marido a cargo de la negociación, intervino:

—No hay problemas, señora. Usted me da las instrucciones y yo me ocuparé de ellos.

Schulamit valoraba a su marido. Es ahorrativo. Hay otra palabra para definirlo, menos simpática. Los hijos la usaban. Ahorrativo o no, Efraim amasó algunos bienes, compró el automóvil, les dio a cada de los hijos la suma inicial para comenzar a comprarse la casa. Cuando pasen a esta nueva casa antigua ella pondrá con orgullo la chapa: Doctor Efraim Iazernitzky-Iazhir. Señora Schulamit Kornblit de Iazhir. En agosto, un poco más de dos meses antes del comienzo del año universitario, pasaron de su casa anterior en Rejavia, donde habían residido durante treinta años a su nueva casa antigua en calle Schimschon, en Baka. Se apresuraron en la mudanza. Muy posiblemente el pozo permanecerá en el lugar, pero Schulamit se había comprometido a venir a tiempo a cuidar a los gatos. Comenzó una nueva rutina de vida. El camino a la Biblioteca Nacional en Guivat Ram, donde trabajaba Schulamit, se hizo más largo. Efraim viajaba en coche al monte Scopus y de allí, luego del mediodía, pasaba a buscar a Sculamit. Les gustaba la casa. No hablaban con los vecinos ni tampoco buscaban contacto con ellos. Tenían un círculo pequeño de amigos, conocidos y parientes y éste los satisfacía por completo. Hasta ahora, Efraim no había trabajado solamente en la universidad. Pese a tener un buen sueldo, estaba dispuesto a conseguir otras entradas –rebusques diría él– para asegurarse así un presupuesto balanceado. Daba conferencias en kibutzim y moschavim, tenía un círculo de estudios

bíblicos. Ahora que los chicos habían dejado la casa y necesitaban sólo una ayudita de cuando en cuando, se permitió restringirse a la academia. Quería hacer una investigación completa sobre Eliahu Bajur. No solamente acerca de su contribución a la exégesis de la Biblia sino también acerca de su polifacética personalidad. Eliahu Bajur había sido su polo opuesto. Efraim era un estudioso del Antiguo Testamento. Una enciclopedia bíblica andante lo definían sus estudiantes. Eliahu Bajur había sido un hombre de estudios bíblicos y humanos, amigo de los hebraístas italianos y autor del primer epos en yidisch: "El Libro de Bovo". איש אשכולות . Un erudito polifacético. En cierta forma, aceptó con beneplácito este nuevo domicilio que creaba un tabique entre él y el mundo. Una noche, a mediados de agosto, golpearon a la puerta. Era luego de un día de jamsin, cuando la noche traía un cierto alivio al calor. Efraim se adelantó a su esposa y abrió. Le gustaba ser amable. Tenía ante sí hombres de uniforme. Un uniforme desconocido.

—Adelante.

—Somos de la Policía de Inmigración.

—Para ser exactos los dos somos nativos. Aunque primera generación.

—No lo buscamos a usted señor, ni tampoco, por cierto, a su esposa. Pero en la vivienda vecina, en la del señor Mordejai Crudo, el contratista, había un trabajador extranjero ilegal.

—Le agradezco la información. Hasta el momento no sabíamos ni el nombre ni la ocupación de nuestro vecino.

—Ciertamente que tampoco sabíamos sí tenía o no un trabajador foráneo –agregó la esposa.

—Alguien nos puso al tanto respecto al trabajador extranjero en la casa del señor Crudo. Llegamos hace unos minutos y él ya no estaba. El señor Crudo jura que estaba en la cocina hace un instante.

—Acá entran ustedes –agregó el otro policía–. En la cocina hay una puerta que da al jardín y en el jardín un caminito que va

a su casa. Parece razonable que se oculta en su casa o en la de otro vecino. Lo que queremos es revisar el jardín.

—Con gusto los acompañaremos.

Salieron al jardín. A la noche había algo de hechizador en él. El olor del pasado mezclado al aroma de las flores. Los policías estaban muñidos de linternas y revisaban con una seriedad abismal las ramas de las higueras y de la morera. Renunciaron sopesadamente a los granados. Al pozo no lo pasaron por alto. El pozo era profundo y obscuro. Las linternas no lograron descubrir nada. Pero el jardín se llenó de una alharaca de ranas y los grillos se sumaron al concierto estival.

Los policías se despidieron. Dejaron un número de teléfono.

—Si aparece o se enteran de cualquier cosa, manténganos informados.

Salieron y pasaron a otro patio. Allí se integraron los perros al concierto.

Sólo más tarde terminó el alboroto. Escucharon con placer el silencio de la noche jerosolimitana.

Hacia las nueve y media de la noche, entre los noticiosos les pareció escuchar ruidos que venían del jardín.

—¿Escuchas algo?

—No.

—Me parece que es una voz humana. Voy a ver de qué se trata.

—Bajo contigo –Los dos habían sido en su juventud educandos e instructores en el movimiento Betar (el movimiento juvenil de la derecha). Todavía desde esa época tenían una canción en su corazón: "Abrázame, toma una ametralladora y ve conmigo a las filas. En las barricadas nos encontraremos, en las barricadas llevaremos la libertad a sangre y fuego"–. Yo llevo la linterna.

Salieron a la noche, inesperada e ignota. Afuera se les aclararon las cosas. La voz era humana y salía –¿cómo no?–, del pozo.

Había algo extraño en la misma, como si alguien gritara en silencio.

Se acercaron al pozo. La linterna descubrió un hombre que intentaba trepar por las paredes del pozo. Le era difícil. Efraim miró. ¿Él podría salir de un pozo con un metro veinte de diámetro? Quizá cuando era joven. Quizá.

Ahora escuchó con claridad.

—Help! Help! Please.

El idioma era inglés con un acento extraño.

El hombre en el pozo, que los había visto definió su pedido: a rope, please, a rope (Una soga, por favor)

No en cada casa en Israel se puede proveer de una soga a quien la pide desde lo profundo del pozo. Pero esa era la casa de Efraim Iazhir. Efraim no creía en la astrología, pero se comportaba de acuerdo a su horóscopo, Virgo. No era solamente ahorrativo, sino también prudente, sopesado. Consideraba cada uno de sus pasos. En su depósito tenía todo lo necesario para una persona en el caso de que, por un motivo u otro, el Día del Juicio Final se adelantase. Todo, inclusive una soga gruesa y larga. Mandó a su esposa al depósito con las instrucciones precisas. Volvió con la soga. No estaba tranquila.

—Nos estamos complicando la vida, Efraim. Nos arriesgamos.

—Nos complicamos. ¡Sí! Pero no nos arriesgamos. Es un emigrante ilegal, no un palestino sin permiso de residencia. ¿Al pobre le hace falta otra cosa? ¿Que lo busquen por robo o asesinato?

Tomó la soga, arrojó un cabo al pozo y asió el otro extremo con ambas manos. El hombre se agarró de la soga y trepó ayudándose con las piernas. Efraim lo izó con todas sus fuerzas. Y todavía las tenía. El hombre salió y lo abrazó. Se le aclaró que era un negro y que el color de la piel no era resultado de la obscuridad de la noche. En el momento en que el negro lo abrazó, en parte como expresión de gracias y en parte como pidiendo abrigo, observó sus facciones. No era nilótico, similar a los etíopes, pero tampoco bantú. Los rasgos del hombre que había

salido del pozo eran delicados. Efraim convino consigo mismo que tal vez fuese prejuicio adjudicárselos a algún blanco entre sus antepasados. Se sentía un tanto incómodo con ese hombre que se había asido a sus hombros como pidiendo protección –¿cuántos años tendrá?– Efraim sintió que se estaba mojando cada vez más.

El hombre se separó. Parecía tener veinticinco años. Tal vez algunos menos. Rasgos delicados. La boca pequeña, labios no muy gruesos, la nariz pequeña. Le extendió la mano.

—Seizinho Soares Silva.

—Efraim Iazernitzky Iazhir.

—Schulamit Kornblit de Yazhir.

Había algo casi surrealista en la situación. Un hombre negro, empapado hasta la médula de sus huesos se presenta ante otro empapado casi como él y la esposa de éste, de noche, al lado de un pozo antiguo, como si fuese una velada de salón.

—Entremos –propuso Efraim.

—Que se seque. Y que se ponga alguna ropa vieja. La tuya le va a quedar grande. Pero no es nada terrible –Schulamit se demostró práctica y maternal.

Después que se secó y se cambió de ropa, se sentaron en la sala –muebles funcionales modernos entre arcadas árabes–. Efraim intentó, a fuer de hombre de ciencia, como se consideraba, aclarar los hechos. En inglés, al menos al principio. Seizinho era efectivamente el trabajador ilegal que se había escapado de la casa de Mordejai Crudo. No le había hecho falta la enciclopedia hebrea para entender, en la cocina, que las palabras "Oved Zar" (trabajador foráneo) se referían a el.

—Las piernas pensaron más rápido que yo. Así tiene que ser en mi país. Quien tiene piernas flácidas se queda sin alma. Salí por la puerta de la cocina, corrí a lo largo del caminito, salté la cerca y sin pensar demasiado, salté al pozo. No era muy profundo. Llegué al fondo. Esperé. Sabía que me buscarían. Así hace la policía en todas partes. Cuando los escuché en el jardín,

me sumergí. Me quedé debajo del agua hasta que la luz desapareció. Estoy acostumbrado a sumergirme en el agua y aguantar la respiración. Lo aprendí a hacer en Luanda, cuando era niño. Era bastante bueno en eso. Cuando los policías se fueron intenté salir por mí mismo. Trepando por las paredes del pozo. No lo conseguí. Trepaba y caía. Entonces pedí su ayuda.

—¿Cómo te descubrieron?

—No tengo idea. Quizás el vecino del otro lado. O el dueño del almacén. A veces hacía allí las compras.

—¿Qué hacías en lo de los Crudo?

—Cuidaba al padre, al señor Eliahu Crudo. Hay que atenderlo las veinticuatro horas del día. Darle de comer, vestirlo, cambiarlo de ropa, ¿entienden?

Comprendieron muy bien

—¿Por qué no lo pusieron en algún instituto?

—El viejo no quería. Más de cuarenta años vive en esa casa. Por otra parte, así me dijeron, les conviene más pagar a un empleado.

—¿Cómo te las arreglaste con el idioma? ¿Hablabas hebreo? ¿Inglés?

—El viejo recordaba algo de inglés de la época de los ingleses, pero por general hablábamos castellano.

—¡Castellano! Se sorprendió Schulamit.

—Soy de Angola. Allí se habla portugués. Y el portugués se parece al castellano.

—Sé algo de castellano. Me ayudó en la Argentina –observó Efraim–. Pero en Brasil no los entendía.

—Yo aprendí castellano de los cubanos.

—¿De los cubanos?

—¿No se acuerdan? El M.P.L.A. (Movimiento Popular para la Liberación de Angola) recibía ayuda de Cuba en la guerra contra U.N.I.T.A. (Unión Nacional para la Liberación Total de Angola). Teníamos decenas de miles de voluntarios cubanos. Papá era oficial de enlace del ejército nacional con los voluntarios cubanos.

Efraim no se sentía cómodo. Bueno. Le da asilo a un trabajador extranjero. Pero por qué tiene que ser el hijo del oficial de enlace con los cubanos. Que está a favor del M.P.L.A. o lo que el diablo sepa. Demasiado parecido al P.L.O.

Seizinho estaba entusiasmado. Él realmente quería a los cubanos y odiaba a los americanos. Amor y odio que no coincidían con los de los Yazhir.

—No piensen que todo era tan sencillo. Los cubanos eran demasiado idealistas. No captaban que la gente buscaba no solamente un régimen determinado sino también su provecho personal. Pero nos ayudaron en contra de los sudafricanos del Apartheid que apoyaban a U.N.I.T.A.

La familia Yazhir se había metido, sin interés ni provecho, en una guerra civil en el extranjero.

Schulamit sacó del fuego de la política las castañas calientes.

—¿Qué hacemos con él?

—Algo está claro. ¡No lo entregaremos!

A más de cincuenta años del fin del Mandato Británico había todavía un sabor impuro de colaboracionismo en esa palabra.

—¿Que duerma en casa?

—En la piecita al lado de la sala –se dirigió a Seizinho–. Y bien, señor representante del Movimiento Popular para la Liberación de Angola, tendremos el honor de ofrecerle asilo en una casa capitalista, burguesa y democrática.

Efraim se había dado el gusto de establecer su posición ideológica. Seizinho era bastante inteligente para captar la ironía de la invitación y bastante perspicaz para comprender que no había en la misma agresividad sino un poco de humor. Le mostraron la habitación, le dieron un juego de cama y lo invitaron a cenar. Efraim Iazhir era un hombre sopesado que no hacía nada sin estudiarlo previamente. La construcción de su nueva casa la planeó con precisión, sin dejar nada para la suerte. Esa es la conducta de un hombre de ciencia, de un académico. ¡Y todavía de Virgo! El destino le había saltado a un

pozo en su casa nueva, cuya vejez se le hacía cada vez más patente. Se le ocurrió algo no tan disparatado. Seizinho –el nombre de su huésped– no es sino la forma cariñosa, en portugués, de José. Al José de la Biblia lo arrojaron los hermanos al fondo de un pozo seco mientras que Seizinho tuvo suerte y se tiró por su propia decisión a un pozo lleno. De nuevo el destino –o la historia– lo ponen frente a frente con un hombre desgraciado. Hace algunos años, en una misión sionista se encontró con una mujer mayor, una solterona, que tenía su mismo apellido de la Diáspora, Yazernitzky y que aducía que él –Efraim Iazhir– era su padre, algo imposible por muchos motivos. Era claro que la mujer estaba alterada. Era también absolutamente claro que era una pobre mujer. Prefirió no tener contacto. No todos los Yazernitzkys son parientes suyos, tampoco los más famosos. Cometió el error de contarle el incidente a uno de la rama argentina de los Yazernitzky, kibutznik. Éste lo publicó, como cuento, en un periódico de la izquierda. De modo que ahora tiene remordimientos con título. Su pariente se equivocó al publicar. Lo que no implica que él esté muy conforme consigo mismo.

¿Preservó el Hadar (la nobleza) del Betar? Ciertamente no actuó con compasión.

Una persona en desgracia le acontece por segunda vez en su vida. La palabra מקרה (mikre) del versículo segundo en el capítulo noveno del Eclesiastés la traduciremos como coincidencia? ¿o como suceso? ¿Sus encuentros habían sido meros sucesos? ¿No hubo causa ni efecto? En ambos "sucesos" se encontró sin planearlo ni pedirlo con personas que buscaban su ayuda. Él siempre había demostrado responsabilidad organizativa, como es deseable en todo sistema. Como oficial en el ejército, como profesor en la universidad hizo siempre lo que debía hacer. Pero cuando no estaba en el marco de sus obligaciones prefirió mirar al costado y silbar. Ahora Seizino había emergido del pozo y lo obligaba a actuar.

—Anda a dormir, Seizinho. Mañana te despertaré y pensaremos qué hacer.

Seizinho miró al hombre que tenía delante y que le estaba hablando con un autoritarismo empático. Un poco más alto que él. Cejas que se juntan. Ojos penetrantes que no amenazan En un país extraño que quiere expelerlo de su seno. No es muy feo, pero tampoco lindo en especial. Ella es una linda mujer. O lo fue de joven. Papá lo miraba así, con ojos penetrantes y cariñosos, cuando todavía estaba en vida. Papá había sido un lindo hombre. "Te pareces a papá" solía decirle la madre un poco porque extrañaba a su marido y otro poco por su amor a Seizinho. ¿Qué sabrán en esta Tierra Santa, el país del Crucificado, sobre su patria, llena de mar y sol? ¿Qué sabrán acerca de su padre asesinado? Llegó para asegurar el sustento de su madre y sus hermanos. Fue a su habitación. Sabía ¿por qué? que de esas personas no tenía nada que temer.

—Nos complicamos la vida –dijo Schulamit. Efraim se alegró del plural.

—No te pongas nerviosa, Schulamit. Seguramente recuerdas el tercer mandamiento de Sansón antes de su muerte: "Aprendan a reír".

También Schulamit recordaba el libro de Zabotinsky, Sansón.

—Ese es el tercer mandamiento. Tú te acuerdas seguramente de los dos primeros: "Hierro y Rey". Como te sentís con respecto al rey, Efraim. Lo que estamos haciendo no es nada legal.

—No, de eso hablaba Zabotinsky, sino de la lucha por un Estado judío. De cierto no de la entrega de obreros foráneos. ¿Sabes lo que está escrito en el párrafo decimoquinto del Código de Hamurabi? Que se debe ejecutar a quien ayude a un esclavo o a una esclava a huir de la ciudad. ¿Y qué dice el Deuteronomio, capítulo veintitrés, versículos dieciséis diecisiete? "No entregarás a su señor al siervo que se huyere a ti de tu amo. Morará contigo en medio de ti". Que no te admire mi sapiencia. Un semestre completo me lo pasé comparando el Deuteronomio con el

Código de Hamurabi. No sé cuáles son las leyes de la policía de inmigración. Yo me rijo por el Deuteronomio. Yo sé que hay leyes correctas y que debemos asegurar la subsistencia de los obreros israelíes. Pero ¿por qué ensañarse con los trabajadores y no con las agencias de trabajo? Yo sé por qué. ¿Sabes la diferencia entre el código y el Pentateuco? Hamurabi tenía leyes distintas para los señores, para los propietarios y para los "miskenu", los desposeídos. En el Pentateuco había una sola ley, para todos. Estamos volviendo a Hamurabi.

La mañana siguiente Schulamit salió a su trabajo en la Biblioteca Nacional. Él se quedó en casa. Dejó dormir a Seizinho. El extraño se despertó sobresaltado. Le tomó tiempo integrarse al mundo nuevo.

Desayunaron.

—¿Quién te denunció, Seizinho?

—No tengo idea. No creo que el almacenero haya tenido interés en denunciarme.

—Tienes razón, Seizinho. Hay que ver quién saca provecho de la denuncia. ¿Te pagaron en lo de Crudo?

—Me debía tres meses.

—¿Tres meses?

—Me explicaba que no tenía dinero en efectivo. Como es lógico no podía pagarme con cheques.

—¡Un contratista sin efectivos! Hay que seguir esa pista.

Efraim lo dejó a Seizinho lavar los platos. De todas formas es el menor. Empezó a elucubrar una solución. Le mostró la casa, sobre todo la cocina: el armario, la heladera, el congelador.

—¿Sabes cocinar?

—Comida popular. Aprendí de Mamá.

—Pon a prueba tus condiciones. Pero con precaución. A la revolución la dejas en África. En la cocina es preferible que seas moderado. A Schulamit no le gusta la comida picante.

—Tiene razón, señor, hay que mantener la revolución en África –Seizinho entendió a su modo el sentido de las palabras–.

Ustedes hicieron la revolución en el cuarenta y ocho, cuando expulsaron a los ingleses.

Por primera vez vio Efraim el paralelo: Guerra de Liberación - Movimiento Popular de Liberación.

—¿Usted sabe algo acerca de Angola, señor?

—¿Sabes algo acerca de mí? Soy profesor de מקרא (mikra). Lo que ustedes llaman el Antiguo Testamento. Pero conozco la Biblia entera. Y en la Biblia no se menciona para nada a Angola –Efraim vio el rostro de Seizinho–. No te lo tomes a pecho. Es una forma de bromear. No conozco Angola.

—En Angola había una civilización, un orden político. El título del rey era Ngola. De ahí el nombre Angola que los portugueses le dieron al país. Ellos vendieron a nuestros antepasados como esclavos. La Biblia habla acerca de la servidumbre de los hebreos en Egipto. ¿Qué saben ustedes de servidumbre? Dos millones de esclavos llegaron desde Angola al Nuevo Mundo, principalmente al Brasil. Al parecer otros dos millones murieron en el camino a la costa y en la travesía del Atlántico. Eso sí, antes del viaje los curas portugueses les hicieron un bautismo colectivo. Ahora el occidente nos quiere devolver a la servidumbre.

—Te recuerdo lo que ya sabes. Nosotros también fuimos esclavos. Y con todo, somos príncipes. Tal vez tú también. Quién sabe si no eres uno de los descendientes del Ngola. Seguiremos hablando, en portugués y castellano, para practicar. Yo subo a mi habitación a leer acerca de un hombre extraordinario que vivió hace cinco siglos. Mientras tanto prepáranos un almuerzo liviano para los dos y una cena substanciosa para cuando regrese Schulamit. Recuerda. Cocina moderada. Partido Revolucionario Institucional.

Seizinho quedó como dueño de la cocina. Cocinó frijoles con carne para la cena y una tortilla de maíz para el mediodía. Como vio que no había pan, horneó unos panecillos. Comenzó a cocinar para la familia Yazhir. Cuando Efraim trajo a su esposa del trabajo.

—¿Cómo lo dejaste solo en casa? -le explicó sus planes.

—Es nuestro Programa de Uganda. Un Nacht Asil -asilo nocturno- de Herzl hasta que llegue a su Palestina. Que haga el servicio doméstico.

—¿Para qué hace falta alguien fijo en el servicio doméstico? Con una mujer que venga por unas horas tres veces por semana basta y sobra.

—Tienes razón. A nosotros no nos hace falta que trabaje. Él es el que necesita trabajar.

—¿Desde cuándo somos tutores y encargados de obreros fugitivos?

—Desde que fuimos esclavos en la tierra de Egipto.

—Le pagaremos, ¿no? ¿Cuánto?

—Lo que le pagarían en lo Crudo. Tal vez menos. Según el trabajo.

—Efraim. ¿Tienes documentos contigo? No te reconozco.

—Tengo documentos. Pero también memoria. No vuelvo a la historia de Bela Yazenitzky. No otra vez. Si Dios me puso en el camino nuevamente un extranjero, un huérfano o una viuda, yo quiero mirar rectamente a sus ojos. Aunque sea solo una hipótesis.

—¿Te das cuenta que así ahorraremos menos?

—Ahorrar es mi especialidad.

—Si estás dispuesto a gastar el dinero, dáselo y no te compliques con la ley.

—No quiero humillarlo. Como yo lo propongo, le pago por su trabajo. De otra forma lo transformo en un mendigo.

La cena que había preparado Seizinho fue buena. Luego de la cena, Efraim le hizo una visita al señor Crudo. Cuando Mordejai Cerudo le abrió la puerta, se acordó Efraim de que lo conocía de la filial del partido. Un likudnik (del partido nacional) de pura cepa. Donaba dinero con generosidad. Demasiado extremista. Tal vez no sea esa una buena definición. Efraim no aceptó nunca el Proceso de Oslo (tratados entre israelíes y palestinos). Inclu-

sive cuando muchos lo apoyaron. Él seguía pensando en los conceptos de la Pared de Hierro de Zabotinsky (ideólogo del nacionalismo israelí). Tampoco le creía a Arafat. Los árabes siguen viviendo con conceptos beduinos. Ellos son los débiles en comparación con los sedentarios y por lo tanto pueden mentir y engañar. Pero le creyó a Rabin, aunque no en su camino. Cuando Mordejai Crudo hablaba de los "Criminales de Oslo" o cuando apareció en la plaza pública la imagen deformada de Rabin, sabía que ese no es su camino. Recordaba los tres preceptos de Sansón "Hierro, Rey y Risa". Un rey errado sigue siendo rey. Saúl siguió siendo rey también después de malquistarse con Samuel. Quería a David, el fundador de la nueva dinastía Astuto y alerta, "El Príncipe" de Maquiavelo, que comenzó como pastor y legó un imperio. Pero David lamentó la muerte de Saúl y Yonatán y mató al amalecita que puso sus manos en el ungido. Cuando Rabin fue asesinado encontró consuelo en que el asesino "una piltrafa que se dio renombre matando al comandante y al rey" no había salido de su movimiento. El señor Crudo no se apenó por el asesinato. El doctor Yazhir no había entendido nunca el concepto אספסוף גאה (populacho orgulloso) con el cual se vanagloriaban los de la derecha. "Derecha Orgullosa", "Likudnik orgulloso". Sí. Pero ¿por qué populacho orgulloso? Es un oxímoron. Como decir "gusano erguido", "ameba de alta alcurnia". Cuando comenzó a conocer al señor Crudo entendió que hay quien puede entrar en esa categoría: "Populacho Orgulloso", sin relación con el carnet de afiliado. La identificación se fortaleció luego del asunto de Seizinho.

Los encuentros en la filial del partido abrieron la conversación. Prefirió no acentuar las diferencias. Pasó al tema.

—¿Encontraron al fugitivo?

—Las huellas desaparecieron en el barrio. Ya lo encontrarán.

—¿Qué hacía? ¿Servicio doméstico?

—Algo. Pero principalmente se ocupaba de mi padre.

—Te resultará difícil sin él.

—No demasiado. Preví el futuro –tarde o temprano lo descubrirán– y me ocupé por anticipado de una solución inmediata.

—Usted es de los sabios, de los que ven el futuro.

Siguieron conversando un rato. El señor Crudo le mostró los cuadros que tenía en la sala, entre ellos varios originales. Doctor Iazhir se dijo que demuestran más que un interés por el arte, una forma de inversión segura de capital en esta época en que la bolsa de valores demuestra demasiada inestabilidad.

Saludó y volvió a su casa. Conversó con Schulamit.

—Nuestro vecino no solamente vio el futuro por nacer, invitó también a la partera. Una forma interesante de ahorrarse tres sueldos.

—Esto nos pone todavía más en peligro. Es claro que el señor Crudo, como ciudadano respetuoso de la ley, querrá cerciorarse de que el fugitivo no está en los alrededores.

—Debe recibir porcentajes por cada denuncia.

Llamaron a Seizinho. Le explicaron sus sospechas respecto a Crudo y los planes para el futuro.

—¿Cuánto tiempo pensabas quedarte?

—Mejor preguntarme cuántos dólares quería ahorrar.

—Te pregunto.

Seizinho mencionó una cifra y Efraim la tradujo a meses de trabajo.

—Otros tres meses y medio, Seizinho. En casa trabajarás en el servicio doméstico. Sólo que debido a la situación estás en arresto domiciliario. No en la cárcel sino en arresto domiciliario. No salgas a la puerta ni te acerques a las ventanas. Deja que responda al teléfono el contestador automático. No abras la puerta. Tenemos llave. Si llegan a venir los chicos, nuestros hijos, les explicaremos. Si aparece algún extraño, principalmente el señor Crudo, escóndete en tu habitación. De ahora en adelante, cerraremos la puerta con llave. Para evitar sorpresas.

Comenzó una nueva y extraña rutina de vida. Ahora que había un sirviente casi innecesario, un sirviente por fuerza

mayor, los Iazhir se permitieron hacer lo que hasta ahora habían pospuesto. Efraim arregló sus papeles, tecleó en la computadora las poesías que él había escrito a Schulamit en su juventud, leyó con atención el original en yidisch del "Bovo Buj" que había escrito Eliahu Bajur. Schulamit organizó de nuevo los armarios y sobre todo ordenó los álbumes de fotos. Efraim, el fotógrafo de la familia, le sacó una a Seizinho. Seizinho vio la computadora y supuso con razón que debe estar conectada a alguna red.

—¿Se puede conectar con el Internet? Hay un noticioso de Angola. En estos días hay un campeonato africano de basket. Angola está jugando bien.

—Por favor. Pero cuida nuestro dinero.

Efraim le dio las instrucciones necesarias. El presunto descendiente del Ngola comenzó a deslizarse por el Internet. Por las tardes hablaban en inglés y, cuando Shulamit no estaba presente, en castellano. Seizinho les hablaba de Angola y ellos trataban de explicarle lo que ocurre en el país. A veces no lo lograban. Seizinho entendió rápidamente que ellos están lejos del marxismo y no desean transar con los palestinos.

—Nosotros no mataremos árabes. Pero no tenemos ningún interés en el suicidio.

El conflicto por el país apareció posteriormente en forma un tanto velada. Hacia el fin de semana pensó Efraim cómo aliviar el arresto domiciliario de Seizinho. Le era claro que un trabajador foráneo no puede pisar el dintel de su casa.

—Shulamit. ¿Sabes dónde están los trajes de casamiento de nuestros chicos?

Los hijos se habían casado pero no era precisamente a los trajes de sus bodas que se refería Efraim, sino a los trajes que les habían comprado a los hijos, Ehud y Schai, en su adolescencia, para las grandes ocasiones de la familia. Claro que Schulamit conservaba los "trajes de casamiento", de acuerdo a sus palabras, porque "pueden servir a los nietos". En la práctica porque ella realmente quería esos trajes que atesoraban una juventud feliz.

—Trae algún traje y una camisa de Ehud.

Cuando los sacó del ropero Efraim envió a Seizinho a cambiarse.

—Piensa que te han invitado a una fiesta en la embajada.

El resultado fue sorprendente. Seizinho, con el traje azul y la camisa celeste podía representar a su país en la velada del Día de la Independencia en el Ministerio del Exterior.

—Lástima las sandalias. Pero se puede renunciar a la corbata y los zapatos, teniendo en cuenta el clima. ¿Supongo que hay una universidad en Angola?

—Estudié tres años en la Universidad de Luanda. Historia y Geografía.

—En estos momentos recibes una beca para la Cátedra de Estudios Bíblicos.

A la mañana siguiente viajó Efraim a la universidad y organizó una vivienda para un joven estudiante de Angola. No. No tenía documentos. Pero lo conoce así como a algunos colegas de la Universidad de Luanda "Realmente un joven capacitado. En estos días en que hay tanta hostilidad en contra de Israel no es muy inteligente hacer dificultades burocráticas. Por otra parte, está dispuesto a ser tercero en un departamento de dos". Es una universidad grande. Pero el doctor Yazhir diserta ya casi treinta años, de modo que todos lo conocen. Su seriedad, su rectitud. Es un "yeke (judío alemán, renombrado por puntilloso) honoris causa", lo define el profesor Klinghofer, su colega de la facultad que llego al país con sus padres en los treinta. Al final tenía en sus manos un carnet que aseguraba que Jose Soares Silva reside en los dormitorios estudiantiles de la Universidad de Jerusalén. Puso al tanto a la secretaria de la facultad de que había tomado bajo su tutela un joven estudiante de Angola. "No, no pide ningún crédito ni puntaje".

Efraim solía decir que había nacido tarde. Se enroló al ejército de Israel después de la Guerra de la Independencia. Los operativos heroicos del Irgun Tzvai Leumi (el movimiento clan-

destino de la derecha israelí antes del Estado) los conocía a través de las actividades educativas del Betar (el movimiento juvenil). Ahora estaba jugando una especie de juego scoútico en el cual ocultaba de las autoridades a un trabajador del extranjero. Como si estuviese escondiendo a Abraham Stern (Yair) (líder del movimiento terrorista) de los detectives ingleses. Esperaba tener mejor suerte.

Le explicó a Seizinho el plan y el sistema.

—Eres un estudiante. Recibiste una beca y estudias con mi supervisión en la facultad de Estudios Bíblicos. El tema es "La relación entre el Pueblo de Israel y la Tierra de Israel en el marco del Pacto Divino". No te preocupes. Al fin lo entenderás. Mientras tanto toma la Biblia en inglés y el libro de Pritchard sobre los documentos históricos del Cercano Oriente. Son tus textos. Vives en los dormitorios de los estudiantes. Toma el carnet y recuerda el número de la habitación. Anota mi número en la universidad y el número de la secretaría de la facultad. Edna, la secretaria ya sabe acerca de mi estudiante. Pasaremos por los dormitorios a conocer a tus compañeros de habitación.

Seizinho está estupefacto.

—¿Qué hace ese hombre y por qué?

De las charlas con él entendió el abismo ideológico que los separa. Nuevamente se acordó de su padre. Pero era un recuerdo tardío, entretejido luego del asesinato. El asesinato es el que colocó una aureola en torno al rostro de su padre. Su imagen estaba creciendo de él mismo, de su propio ser. "Cada día que pasa, recuerdo tu rostro otra vez, cada día que pasa tu faz se refleja en mi faz, cada día que pasa revelo tu rostro en mi faz".

El primer recuerdo. Él está acostado en la cama y su padre le hace masajes en las piernas y los brazos para fortalecerlos. Nadan en el mar. Papá lo deja nadar solo pero nada a su lado. Un padre amante. Y duro. Mamá los mima. A él y a sus hermanos. En realidad, él teme a Papá. Le tuvo miedo. Hasta que de pronto Papá se transformó en un recuerdo adorado. Llegado a la adolescencia, él

se transformó en Papá. Se miraba al espejo y miraba a su padre. "Cada día que pasa revelo tu rostro en mi faz". Ese hombre, sean cuales sean sus móviles, trata de sacarlo de su situación, con una autoridad inapelable. Las vísperas de sábado, por la noche, vestido de fiesta, salía Seizinho a visitar a los amigos que le habían quedado en la costa. El doctor Iazhir lo llevaba a la parada de los taxis. Los días de semana, aparte de las tareas domésticas, preparaba Seizinho con la ayuda de su mentor el tema en el cual se estaba especializando: "La relación entre el Pueblo de Israel y la tierra de Israel". El doctor Iazhir le hizo encuentros íntimos con el capítulo 15 del Génesis ("A tu descendencia daré esta tierra"), con el sacrificio de Isaac, con los libros de Josué y los jueces.

—Si te detienen, explícales el tema en que te especializas.

—Ya que invierto en los estudios, me permito elegir el programa –se dijo el doctor Iazhir.

Pasaron los tres meses y medio. El doctor Iazhir le encargó un paseo a Sinaí en una de las agencias de turismo. De allí ya encontrará su camino a Angola. Seizinho dejó su dirección en Luanda y anotó con precisión la dirección postal y el email de los Iazhir. El mismo viernes en que Seizinho salió para Egipto, por la noche, se sentaron los Iazhir, en compañía de Ehud y su familia, a cenar. Ya era otoño y obscurecía temprano. Alguien golpeó a la puerta. Dos hombres de uniforme. A Efraim le pareció que los conocía.

—Buenas noches. Supongo que están buscando a un trabajador del extranjero que se fugó de la casa del señor Crudo.

—¿Cómo lo sabe?

—Ya vinieron otra vez. Me estoy acostumbrando a las nuevas tradiciones. Pasen al jardín.

Los policías, con ayuda de sus linternas buscaron en el jardín, en las ramas de los árboles, en el pozo. Se fueron como vinieron, pero dejaron la dirección, por si acaso.

Volvieron a cenar. Un poco más tarde escucharon voces que venían del jardín.

El doctor Iazhir, sin titubear, fue en dirección al pozo. La familia lo siguió.

—Nuevamente el señor Crudo encontró una forma segura y cómoda de ahorrar el sueldo. ¿Que comprará ahora? ¿Un pequeño Chagal?

Efectivamente. En el pozo había un extraño que pedía ayuda.

—Quédate acá, Ehud. Un momento. Voy a buscar una soga.

Camino al depósito, se dijo el doctor Iazhir

—No. No otra vez. Ahora mismo le telefoneo al profesor Klinghofer. A él también le toca hacer un trabajo práctico sobre la diferencia entre el Código de Hamurabi y el Deuteronomio.

UN MODELO DEL AÑO 5762

I

Al descubierto. Desnudo casi por entero,
solamente calzoncillos a sus ingles,
en posición un tanto extraña,
era un modelo en la página del medio.

Sus piernas extendidas en el suelo,
sólo su torso erguido y la cabeza echada para atrás,
también tiene los brazos hacia atrás.
Un modelo- de dieciséis años
en el diario, en la página central.

En el libro de Ezequiel lamentan las mujeres la muerte de
[Tamuz.
En sumerio se llama Domu - Zi,
el hijo fiel, el legítimo, el cierto.
Tamuz que bajó al Averno al final del cálido verano
y renacerá en primavera juvenil.

En Grecia lo llamaron "Adonis",
nombre hebreo -o cananeo- Adón- el Señor
y era maravillosamente hermoso Adonis,
tanto que lo amó la Diosa del Amor.

¿Por qué aparece la foto del modelo en el diario,
en el mes que lamentan las mujeres
al Dios que al Averno bajó?
El 24 de Tamuz. O el cuatro de julio
como cuentan los pueblos del norte.

No. No es un joven Adonis el joven
-tendrá 16 años-.
Ni Afrodita está con él.
Hay que ver los detalles.
El joven levanta la cabeza
y sorbe agua de una botella de plástico
en un día asoleado de un verano hostil.

A Adonis lo mató un león,
de su sangre brotaron anémonas.
Bajo el sol estival de Tamuz
del león se ha salvado y está muerto de sed.

II

¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre cierto?
¿Modelo desnudo del diario?
¿G'ibril? ¿Fawzi? ¿Ednan?
O tal vez seas Iusef, como Iusef el casto,
de la duodécima sura del Corán,
que era tan hermoso hasta que las mujeres

que pelaban las frutas lastimaron sus dedos.
Y no se rindió a la seducción de su señora.

Los voceros de Alá, generoso y magnánimo,
el Dios de Abraham, Ischmael y Iosef
te ordenaron la muerte en el nombre de Dios.
Te enviaron al cercado. Y a tu amigo contigo
los descubrieron
a la mañana saliste de los invernaderos
con los brazos en alto.
Elegiste la vida y dejaste
a las 72 vírgenes.

Ahora, bajo el sol implacable de Tamuz
reemplaza a las vírgenes
el compasivo oficial israelí.
La fuente de Salsibila no está por allí.
En su lugar, el oficial israelí
destila en tu garganta
gotas de agua de una botella de plástico.

El conquistador esclarecido que obra bien con el enviado
[del infierno.
¡Ay G'ibril, ay Fauwzi, ay hijo mío!
¡Ay Iusef! ¡Ay Iusef!
¡No hay conquistador esclarecido!
¡No hay asesinato liberador!
¡La conquista es conquista, es conquista, es conquista!
¡El asesinato es asesinato, es asesinato, es asesinato!
No hay luz oscura, no hay maldad que libere.
En esta dialéctica- de un Dios falso enloquecido-
la conquista crea asesinato
y el asesinato crea la conquista.
Y el Dios de la Mentira crea la oscuridad a partir de la luz.

Tamuz, Dios de la Vegetación, bajó al Averno y volvió.
Adonis tornó de su muerte al brotar de las rojas anemones.
Otros dioses, de amor y vegetación.

III

Y ese hombre, el activo, el agente
que te envió a la muerte, o a la vergüenza,
que te dio un destino de trozos de carne
envueltos en plástico negro,
¿Dónde se encuentra hoy?
¿Habrá pasado solo la noche?
¿A las vírgenes no las espero?
No apuro su camino,
¿No se te adelantó?
Por él no te preocupes
¡A cada perro le llega su día!
En el ciclo infinito de muerte
tomará su lugar.

¿Y tú? ¿Cuál será tu final?
¡Ay G'ibril! ¡Ay Fawzi! ¡Hijo mío!
¡Ojos míos! ¡Ay Yusef!
Tal vez esperes muchísimos años
el encuentro con las setenta vírgenes.
Largos años de vida.
Hallarás que en el mundo hay muchachas
que con Tamuz se alegran
y que esperan su vuelta -de la prisión-
que es mejor que la muerte.
Una de ellas espera al modelo
al personal y al único.

Hacia ella vendrás
en una de las noches de Tamuz
o en cualquier otro mes.
Según el deseo del Dios
piadoso y magnánimo
que ha creado la luz.

LEÓN ZELDIS MANDEL

lzeldis@netvision.net.il

León Zeldis Mandel nació en 1930 en Buenos Aires, hijo de inmigrantes rusos. Antes del año, la familia pasó a Chile y allí, en Valparaíso, creció y se educó. Estudió ingeniería textil en los Estados Unidos (Philadelphia University). En 1962 emigró a Israel con su esposa y cuatro hijos. Escribe indistintamente en castellano e inglés. Muy activo en la Masonería, ha escrito una decena de libros y numerosos artículos sobre este tema, amén de dos colecciones de poemas (*Poemas Tempranos y Tardíos* y *Tan Largo el Olvido*), una de cuentos (*El Mar Muerto y Otros Cuentos*), y una novela en inglés (*Land of Four Seas*). Dicta conferencias sobre masonería y colecciona instrumentos musicales.

ESPEJISMOS

Me hizo entrar en una salita pequeña y casi desprovista de muebles. A la derecha un estante con unos pocos libros y una figuritas baratas de cerámica, como las que se compran en un aeropuerto para traer de regalo y salir del paso. Debajo de la ventana cubierta con un visillo de crochet, un sofá sin brazos, quizás una cama, tapada con una manta de rayas multicolores. Tomé asiento en la única silla, junto a una mesita de aspecto inestable, que seguramente servía para comer o para escribir. Mi incomodidad aumentaba por instantes, sin que atinara a decir una palabra. ¿Qué se le dice a una nuera que nunca conocí mientras mi hijo todavía estaba en vida?

Ella se sentó en el borde del sofá, sonrió e hizo un valiente intento de cortar el hielo.

—¿Cómo le resultó el viaje? –preguntó.

Su voz era sorprendentemente suave y baja, contrastando con su rostro de facciones angulosas, casi duras, con pómulos salientes, el pelo recogido sobre la nuca, el moño atado con una cinta amarilla.

—¿Le costó encontrar la casa?

Negué sin pronunciar palabra, con un movimiento de cabeza. Quizá la intención de mi silencio era ponerla a la defensiva, o hacerla sentirse tan incómoda como yo. Se levantó con un movimiento brusco y fue a la cocina, al otro lado de un tabique bajo de ladrillo.

—¿Prefiere té o café? –preguntó sin mirarme.

—Café. Y puedes tutearme, después de todo...

Desde la cocinita se escuchó ruido de platillos y tazas.

—Tengo tanto que preguntarte –dijo–, y contarte –agregó.

—Para eso vine –contesté.

¿Por qué hablé tan seco? ¿Por qué mi actitud hostil? No lo podría explicar. Había venido a Israel para conocer a mi nuera y mi nietita. Cuando mi hijo se fue a Israel, rompimos las relaciones. La única familia que me quedaba. Yo estaba en completo desacuerdo. Un médico joven con un brillante porvenir en Chile, de pronto larga todo para meterse en un *kibbutz*. Traté de convencerlo que esperara un poco, que se hiciera un nombre, y entonces, si todavía seguía siendo sionista, que llegara a Israel para tomar un puesto importante, en algún hospital, o de profesor en una facultad de medicina. Pero ¿eso de irse a enterrar en un *kibbutz*? ¿Para ordeñar vacas en un establo? ¡Ah, los jóvenes con sus ideales! Recorrí la habitación con la vista. En la pared a mi izquierda había varias fotos colgadas. Me levanté para verlas mejor. Reconocí a Rafi, en uniforme de campaña. Debajo una foto de Aliza con el bebé que supuse sería mi nieta. Luego, una de una niña ya crecida, de cuatro o cinco años. Aliza entró portando una bandejita de plástico con dos tazas lisas, un azuca-

rero sin tapa y un vaso con leche. También un platito con cuatro galletas secas.

—¿Esta es Anita? –pregunté, señalando la foto.

—Sí, se llama Anat. Anat está enorme, esa foto es de años atrás. Se va a parecer a Rafi en la altura.

Con una risita nerviosa agregó: —En el carácter también.

—¿Qué quieres decir con eso?

La pregunta sonó abrupta y descortés.

Ella no le prestó importancia.

—Anat es muy aplicada y ordenada, cada cosa en su lugar. Como era Rafi. Si le muevo un libro para limpiar la mesa, apenas vuelve pega un grito, por qué le desordeno sus cosas –se sonrió, esperando que yo respondiera.

Traté de poner cara indiferente.

—Anat –pronuncié la palabra como si se tratara del nombre de una especie de insecto que encontraba por primera vez. Dejé pasar un momento antes de continuar.

—Rafi debe haberme dicho el nombre, la única vez que me llamó por teléfono, para contarme del nacimiento de mi nieta. No me escribía nunca.

Eso lo dije con tono de reproche, como echándole la culpa.

—¿Por qué no quería escribirme?

Me volví a sentar. La pregunta quedó flotando en el aire, como campana de difunto. Ella se encogió de hombros sin responder. Me pasó la taza y me ofreció la bandejita con el azúcar y la leche. Me puse dos cucharaditas de azúcar y rechacé la leche con un gesto.

—¿La voy a poder ver, a Anat? –pregunté. Más que una pregunta era una orden.

—Va a llegar a las cuatro. En todo caso, está en un *jug*, sabes, un grupo, un grupo de ballet.

Eso me agradó.

—Sarita también estudió ballet de joven. Mi señora, que en paz descanse. La mamá de Rafi –expliqué.

—Sí, sí, ya lo sé.

Su tono era ofendido. Inquieto.

Para suavizar mis palabras, le conté un poco de nuestra historia. La había repasado tantas veces en la mente.

—La conocí a Sarita en el estudio de ballet. La vi por primera vez reflejada en el espejo, un espejo que cubre toda la pared. Tenía puesto un pie sobre la barra y estaba haciendo una contorsión, no sé cómo la llaman. Entré en medio de la clase a entrevistarme con la profesora, Madame Ignatieva, que quería vender una propiedad. Y allí, mirándome en el espejo, estaba Sarita.

—¿Y fue así, de inmediato, se enamoraron a primera vista?

Me sonreí. Una sensación casi olvidada.

—No, no exactamente. Tuve que trabajarla un poco, pero al final la convencí, y a su mamita también.

Mientras me miraba bebía un sorbo de café. Me estudiaba.

—Así que comenzaste por la suegra –dijo finalmente–, compraste la suegra.

No me gustó el comentario, pero no dije nada. Yo también la estaba estudiando. No era como me la había imaginado. Por lo poco que Rafi me había contado, me había hecho una imagen mental de Aliza como una muchacha dulce, un poco mayor, muy asentada, romántica. Ahora con Aliza frente a mí, me parecía calculadora, y al mismo tiempo insegura. Claro que las primeras impresiones engañan.

—Mi padre me dijo una vez, de joven, que cuando llegara el momento de elegir novia, que me fijara en la madre, porque en ella –me dijo– vas a ver el futuro de la niña.

—Sí, esa historia ya la conocía –se rió sin ganas.

El calor era aplastante. De pronto me di cuenta que Aliza no llevaba nada puesto debajo de la blusa. Los pezones se traslucían tras el género delgado.

—También mi suegra tuvo que ver con un espejo –agregué–. La primera vez que estuve invitado en casa de Sarita, por parecer hombre de mundo hice un gesto con el vaso en la mano y

boté al suelo un espejo que había sobre el piano y se quebró. Me sentí horriblemente torpe y al día siguiente le envié un enorme ramo de flores y una figurita de porcelana Rosenthal. Sarita no me lo perdonó nunca, que mi primer regalo no se lo hubiera hecho a ella, sino a su madre.

Ella se rió, esta vez de verdad.

Me miró con cierta picardía.

—De niña –dijo– me gustaba pararme junto al espejo, un espejo grande a la entrada de la casa, y mirar hacia adentro. A veces me sentía como si en realidad estuviera dentro de la habitación a través del espejo, como si yo fuera la Alicia del cuento, y a veces tenía ganas de poder meterme dentro del espejo. Las cosas se ven al revés, ¿sabes?

La miré con interés. La blusa me atraía. Debía ser por el calor. Quizás ella se dio cuenta de mi mirada.

—Las fantasías que una tiene cuando chica –se rió–. A veces miraba la puerta del dormitorio a través del espejo, y espera ver entrar un negro escondido en el dormitorio. Estaba segura que había un negro que en cualquier momento iba a saltar afuera, me arrastraría al dormitorio, me tumbaría en la cama y sin decir una palabra me haría el amor.

Me sorprendió un poco la confesión. Tan personal.

—Los espejos son misteriosos –dije. Son de otro mundo, el mundo de lo posible. El mundo en potencia, como la hoja en blanco. Cuando uno mete la cabeza entre dos espejos paralelos tiene una buena idea de lo que es el infinito.

Ella movió la cabeza como dudando.

—A Rafi también le gustaban los espejos. Insistió que pusiéramos en el dormitorio un espejo grande frente a la cama, para que pudiéramos... –me miró de reojo– sabes, a Rafi le gustaba mirarnos en el espejo mientras hacíamos el amor.

—Sí –contesté– muchos prostíbulos tienen espejos en el techo. En Valparaíso había uno famoso llamado "Los Siete Espejos".

—¡Ah! ¿sí? –pensó un momento– ¿Sabías que a Rafi no lo enterraron en el kibbutz? Lo enterraron en el cementerio militar en Jerusalén, porque cayó en servicio activo, sabes.

—Cómo no iba a saber. Desde el día mismo que llegó el telegrama, muerto en acción mientras atendía a un soldado herido, demostró gran coraje...

El calor era insoportable. Me sentía pegajoso, la camisa pegada a la piel. Ella se dio cuenta de mi incomodidad.

—¿No quieres darte una ducha? Te va a aliviar un poco.

Asentí con la cabeza y ella me indicó dónde estaba el baño. Sacó de un closet una toalla verde con el borde deshilachado y me la pasó. La ducha estaba montada en la pared encima de la tina de baño. Una tina vieja, de esmalte blanco y descascarado. Me desvestí rápidamente y me metí debajo del chorro de agua, usando sólo el agua fría. En realidad, me hizo sentirme mejor. Cerré los ojos y me quedé unos instantes tranquilo. Cuando salí del cuarto de baño, Aliza estaba sentada en el borde de la cama. Se había desabrochado tres botones de la blusa, y tenía la mitad de los senos a la vista.

—Yo también siento calor –dijo a modo de explicación.

Me senté a su lado, y entonces ella puso una mano sobre mi pierna.

—Estoy tan sola –dijo en tono plañidero–. No veo a nadie desde que Rafi...

Estaba por llorar. Para consolarla, la puse el brazo sobre los hombros, y ella se dio vuelta hacia mí, levantando el rostro, descubriendo el seno. Sin pensarlo, movido por un impulso irreflexivo, la atraje y le di un beso apretado, abriendo los labios, metiendo la lengua. Ella respondió de inmediato, con entusiasmo, con furia. Sin decir palabra, nos desvestimos a tirones, la urgencia del deseo nos acosaba. Apresuradamente entramos al dormitorio, nos lanzamos a la cama y comenzamos el ritual antiguo, sin pausa, sin descanso, sin muchas caricias, apretando el ritmo, jadeando, lanzando entre gemidos y exclamaciones

entrecortadas, sin sentido, hasta la explosión final del paroxismo, y con un suspiro profundo ella cayó a mi lado. La revolución en mi cabeza no era menor que el galope que golpeaba en mi pecho.

¿Qué había hecho? ¿Qué decirle ahora? ¿Preguntarle cómo se compara el padre con el hijo?

Me invadió un sentimiento de culpa y de vergüenza. Conteniendo las lágrimas, me levanté y me metí en el baño. Mi cara contorsionada me observaba con desprecio desde el espejo. Me miré observando las arrugas, el pelo ralo y canoso, las manchas que comenzaban a multiplicarse en el rostro. ¡Un viejo asqueroso! Capaz de meterse con la viuda de su propio hijo. Me senté un momento sobre el inodoro para recuperarme de un vahído pasajero. Salí y comencé a vestirme, sin mirarla. Ella tampoco dijo nada. Ya se había puesto de vuelta su ropita.

Al final tenía que decir algo.

—No sabes cuánto lo siento, no sé qué me pasó. Debe ser el cansancio del viaje, la emoción, el calor... la soledad.

Ella se levantó y todavía en silencio, entró al baño. Escuché el agua corriendo. Se estaba bañando. Me senté en la cama sin saber qué hacer. No quería mirar al espejo. Sentí un dolor de cabeza incipiente, traté de buscar una aspirina y abrí el cajón del velador. No encontré aspirinas, pero sí un álbum viejo de fotos, con tapas imitando cuero. Comencé a hojearlo. Rafi me saltó inmediatamente a la vista, pero ¿quién era esa mujer a su lado? Seguí dando vuelta las hojas. La misma mujer, con Rafi o sola, y luego, después del nacimiento de Anat, con el bebé, los tres juntos con Rafi, Rafi con Anat, y una con Aliza, Rafi y la otra mujer. No entendía nada. La puerta del baño se abrió y Aliza entró al dormitorio. Al verme hojear el álbum se enfureció.

—¿Con qué derecho estás hurgueteando en mis cosas? ¡Esto es privado! No tienes derecho.

Trató de arrebatarme el álbum y lo puse fuera de su alcance, poniéndome de pie.

—Cálmate –le dije–. ¿Quién es esa mujer en las fotos?

Se sentó en la cama, temblando de excitación o de rabia. Finalmente, con un hondo suspiro levantó las manos y espetó:

—¡Que así sea!

Pasó un momento, suspiró de nuevo, y me dijo:

—Siéntate, te voy a contar todo.

Me senté a su lado, pero sujetando el álbum lejos de ella, pero ella ya no estaba interesada, ni hizo ademán de tomarlo. Claramente había llegado a una decisión. La observé a través del espejo. Nos veíamos los dos sentados uno junto al otro, como una extraña pareja. En la pared había colgado un cuadro, un paisaje de Georges Perec con un cuadro dentro de un cuadro. Me recordó la imagen recursiva del "Gabinete de un Aficionado".

—No soy Aliza –dijo finalmente–. Aliza es la mujer en las fotos. Mi nombre es Braja. Yo era vecina de tu hijo, la mejor amiga de Aliza, andábamos juntas, cocinábamos juntas, nos veíamos todos los días. Bajó la vista, apretando los labios. Luego continuó.

—Cuando mataron a Rafi, Aliza pasó una época muy difícil. No se podía consolar, no fue capaz de aceptar la realidad. Yo estaba separada de mi marido. Me vine a vivir con ella, traté de ayudarla, pero fue inútil. Cuando Rafi murió, también murió algo dentro de Aliza.

—¿Anat no la consolaba de alguna manera?

—Al contrario, cuando Aliza... No entiendes nada –se rió con sorna– cuando Aliza miraba la cara de Anat veía la de Rafi. Era un recuerdo constante. Aliza comenzó a tomar más de la cuenta. Una noche le pegó a la niña. Yo la tuve que agarrar y encerrarla en el dormitorio hasta que se le pasó la borrachera.

Suspiró, moviendo la cabeza.

—Sucedió un par de veces más y luego, una noche, después que Anat se había dormido, me llevó a un lado y me dijo que no soportaba más, que se iba a ir a la ciudad, a Tel Aviv, por un

tiempo. Con lágrimas en los ojos me pidió que cuidara a Anat hasta su regreso. Que lo hiciera por Anat, por la memoria de Rafi. Se detuvo y trató de contener las lágrimas, pero se escurrieron por la tez morena. Con el dorso de la mano se las secó con un gesto de rabia, antes de seguir.

—Las dos lloramos abrazadas. A la mañana, cuando me desperté, ya no estaba. Había partido en medio de la noche, llevándose una pequeña mochila del ejército que Rafi había dejado.

Agachó la cabeza, balanceando un poco el cuerpo, recordando.

—¿Cuándo pasó todo eso? -pregunté.

—Hace más de un año.

—¿Y qué hay de Aliza?

La expresión de Braja se hizo más dura.

—Hace un mes tuvimos noticias de la policía de Eilat. La encontraron muerta en la playa, de sobredosis. Se había enredado con un grupo de vagos, esos que llaman 'hippies'. Infelices, la mataron. ¡Ellos la mataron!

Lloró suavemente, casi sin aliento. Me quedé a su lado, sin atreverme a consolarla, en silencio, esperando que pasara la tormenta.

Fui a la cocinita y llené un vaso de agua que tomé de un sorbo. Luego lo llené de nuevo y se lo ofrecí a Braja. Lo aceptó con agradecimiento y se tendió de espaldas en la cama, cerrando los ojos.

Ya eran cerca de las cuatro. Miré el reloj.

—¿No vas a ir a buscar a Anat? -pregunté.

Ella hizo una mueca.

—Eso es otra cosa. A Anat se la llevaron los del Ministerio de Asistencia Social. No quisieron dejarla conmigo. Claro, mujer separada y sola. No podía adoptarla. No hubo nada que hacer, la dieron en adopción y yo ni siquiera puedo saber quiénes son los padres adoptivos.

Me miré en el espejo, mudo de terror.

—Pero eso significa –casi no podía hablar–, eso significa que yo tampoco podré encontrarla.

Braja asintió lentamente, sin abrir los ojos. La ironía de la situación era aplastante. Me senté nuevamente, sujetando la cabeza entre las manos y me miré en el espejo. Derrotado. Después de todos los preparativos, los trámites, estudiar los documentos, las cartas, pagar y rogar y sobornar para sacar los documentos nuevos con el nombre de mi querido y recordado primo, el padre de Rafi, para asumir su identidad.

¡Todo había sido en vano, un espejismo!

De todos modos me había quedado sin familia, sólo en el mundo.

ARIÉ COMEY

pirhia@012.net.il

Arié Comey nació en Polonia en 1929 y su familia llegó a Chile en 1934. Realizó estudios universitarios en Santiago y en Jerusalén. Desde 1950 reside en Israel. Ha publicado tres diccionarios: español/hebreo, hebreo/español y "Password-English Dictionary for Spanish Speakers". Ha publicado cuatro libros de poemas en hebreo, tres libros de poemas en castellano y un conjunto de cuentos en español. Además, ha traducido del español al hebreo y del hebreo al español un gran número de textos de poesía, prosa y ensayos. Arié Comey fue nominado miembro correspondiente de la Academia Chilena de la Lengua en 1984. En 1995 fue galardonado por el Ministerio de Educación de Chile con el premio *Gabriela Mistral*, en homenaje al quincuagésimo aniversario de la recepción del premio Nobel en literatura, que obtuvo la poeta chilena.

HOMBRE

Quiero que sepas
no pregunto tu procedencia
y no por el lugar en que vives
Ni tampoco si tienes fe.

No pregunto tu profesión
ni por tu hogar
ni qué es lo que alegra tu corazón
tu dolor y tus preocupaciones
son parte mía.

Tú
habitante de este mundo
que investigas
los secretos de la Creación
y te interesas por todo,
sea cual fuere
el color de tu piel
blanca, negra o cualquier otra
el color de la sangre
que fluye por nuestras venas
es igual para todos:
roja y caliente.

Sabe,
yo
soy tu prójimo
tu hermano.

Nuestros corazones
convergen
a un mismo sentimiento
cómo expresar
lo que nos une
y nos hace aceptar
el mandamiento:
"Amarás a tu prójimo
como a ti mismo"
y sólo nos queda decir:
Amén.

AMISTAD

En estos días
en que se desploman
los castillos del odio.
En estos días
en que el hombre
decide luchar
por su felicidad.
En estos días
en que los fantasmas
creados por las ideologías
del odio
se desvanecen
en el horizonte.
En estos días
en que el futuro
empieza a hacerse presente
y estos días
en que el invierno
se hace primavera
el corazón
palpita con nueva emoción
y las banderas de rebeldía
son enarboladas
para expresar
las ansias de libertad
nos hemos encontrado nosotros
para cantarle un himno
a la amistad.

ARIEL SCHILLER

arielschiller@yahoo.es

Ariel Schiller nació en Buenos Aires en 1948. Cursó estudios estatales y hebreos religiosos paralelamente. Emigró a Israel en 1970 y estudió ciencias judías (historia de Israel y filosofía judía) en la Universidad Hebrea de Jerusalén hasta la licenciatura. Trabajó como docente en un kibutz de la Alta Galilea durante dos años, y posteriormente pasó a Jerusalén, ciudad en la que todavía vive esporádicamente. Se adhirió primero a la izquierda sionista y luego a las ideas cananeas, que preconizan un nacionalismo territorial despegado de toda metafísica judía, y continuó su militancia en una izquierda nacional hebrea, cosa que quizá se refleje en su narrativa. Ha publicado los siguientes libros: *Flores de fuego, años de fuego. La poesía de Jaim Guri* (Granada 1990); *Caminante en su tiempo. La poesía de Natan Alterman* (Granada 1991); *Vino viejo en odres nuevos. Sobre la teoría de la traducción* (Granada 2003); *La poesía de Natan Yonatan* (en prensa). También ha publicado artículos y traducciones varias, así como los siguientes capítulos de libros: "Y el rey estaba desnudo..." (una sociología de la cultura en Israel), en *Israel. Procesos y Perfiles* (Granada 2002), pp. 29-82 y "El concepto de elección en el Judaísmo", en *El concepto de Pueblo Elegido* (Granada 2004), pp. 7-146.

EN CAMINO A CASA

Durante muchos años él sirvió a su tierra con la fidelidad y el tesón del buey labrador. Su paga era escasa, pues la tierra era pobre y los hombres temerosos. Alguna vez dijo que NO y pensó en organizarse. Entonces los que mandaban en su tierra pensa-

ron que su fuerza era la de un asesino, pues si no trabaja y su fuerza se ciñe a sus lomos, bien podría servir el enemigo. Aunque el país era pequeño y pobre, siempre lo acechaban enemigos, y sus gentes vivían sobre la espada. El enemigo nunca pudo prevalecer sobre la tierra, pero el tiempo (que es enemigo de todos) dejó su daño indeleble sobre la gente: en el tener el sueño intranquilo y el que la vigilancia no sólo se hiciese de fronteras afuera, sino también de frontera adentro. Los que mandaban aquel país dividieron a las gentes en "fuertes buenos" (los que trabajan para mí) y "fuertes malos" (los que solamente trabajan, y piensan que el enemigo está dentro y es el que se adueña de sus frutos). Pero como los "fuertes peligrosos" era hábiles y necesarios, había que vigilarlos para que no perturbaran el sueño de los que mandan.

Después se cansó, tomó el hatillo con sus pocas cosas y dejó su país con amargura. Bien poco había cosechado y su amor apenas florecía. Cuando se alejaba, pensó que dos veces había sido destruido el Templo por el enemigo, y su ciudad fue arada con sal, y que una tercera vez que quisieran levantar el Templo, Centro de todos y Morada de Dios, no lo haría un Rey ni un gobierno, sino los obreros y la gente de buena voluntad de su pueblo. Mientras pensaba todo esto, acarició las llaves que llevaba en su bolsillo y pensó para qué puerta habrían de servir, pues tras de sí se cerraron muchas, y en el Extranjero se la abrirían desde dentro y como un favor que se hace con los peregrinos. En aquella ciudad del Extranjero las gentes eran de buen vivir y de mejor comer. Su beber era como un canto que se derrama. Su andar era lento y tenían la alegre resignación de los que saben que la Injusticia es tan vieja como el mundo, o por lo menos más vieja que ellos, y que ninguna prisa les llevaría a mejor puerto.

Muy poco sabían ellos sobre su Tierra, y sus jóvenes, viendo que no era tan viejo ni tan extraño a sus pareceres, le recibieron sin preguntar, casi como a uno de ellos. Tal vez tuvo amigos y de

noche soñaba con una geografía de mezquitas y de rebaños color arcilla, que se diluía en una de catedrales, y cuando las campanadas y los coros graves de hombres aumentaban demasiado, instintivamente acariciaba el arma que dormía bajo su almohada. Tal vez también se le cruzaron una mujer o dos y las tomó con un amor urgente para saciarse y cubrirlas con la gracia del olvido. Después apareció la mujer, y sus días y sus noches transcurrieron agobiantes y hermosos, como la guerra. Ella era dulce y sencilla como las hijas de aquella Tierra, y de sus manos comió alimentos que eran impuros en la fe de sus antiguos, mas él la impureza no la sintió. Por la noche su cabello olía a campos de regadío y su sueño era tranquilo, de quien habita su heredad pasada y nunca cruzó el mar. Una noche se hizo el SHABAT si que él se diera cuenta (¿Cuánto hacía que venía olvidando el SHABAT?) y sus amigos nuevos le llevaron por la ciudad. Algunos de ellos venían del monte cercano y habían cazado un jabalí. Hacía frío y bien pronto decidieron volver a una de las casas, la de una muchacha que tenía una gran chimenea en su salón. En uno de los parques de la ciudad vestida de frío recogieron una leña, pues habían podado los árboles, alegremente, dando gritos y palmeando para calentarse. Él se unió a ellos y pensó fugazmente en aquel varón del campamento de Israel (como está en el Libro de Números) que fue apedreado por juntar leña el Día del Señor, y sonrió para sí como quien sabe lo suyo. Luego llegaron a la casa de los muchachos, cortaron el jabalí en grandes trozos sangrantes y lo asaron al fuego de la gran chimenea. La carne del jabalí sabía áspera y embriagante, también el vino, que bebieron en cantidad. Los hombres cantaban antiguas canciones de sus tierras, tal vez de sus tribus más antiguas que ellos. También él intentó cantar, para sí mismo y para el fuego; le extrañó, no sin disgusto, que no podía pensar ni recordar a la mujer que había amado una noche antes.

Sólo miraba el fuego y los restos sangrantes y ahumados del jabalí, y se presentó ante él de nuevo la remota geografía de

mezquitas y de campos trabajados y ovejas color terracota. Recordó que el último Gran Sacerdote del Templo, entre llamaradas, había entregado las llaves al cielo antes de sucumbir entre las ruinas humeantes. Con una carcajada, palpó las llaves de su antigua casa, allí en su Tierra, la que le habían negado pan y cobijo, pero la que sólo podría abrir de afuera hacia dentro.

—Es hora de volver a casa –pensó–, las llaves aún están y es hora de empezar a construir las murallas y las puertas. Y eso ya lo decía en un idioma lejano al de todos sus amigos. Tambaleante, caminó entre los cuerpos de sus amigos y amigas que se amaban o dormían el sueño del vino, del jabalí o de sus tribus más antiguas. Con el fuego, el hierro y las llaves, me abriré camino hasta mi casa.

PAPELES URGENTES DE JERUSALEM

... Y alguna vez también sentí el alma despoblada cuando habitaba esta ciudad y aún no se construía tanto como ahora y las pocas casas de comida eran sencillas, de alimentos propios de la región y de sus gentes y no merecían una nota gastronómica ni necesitaban de propaganda en los periódicos locales. Y hubo también mañanas de sol despiadado y unánime que seguían a alguna noche de insomnio y de angustia, en que yo encontraba la mejor terapia y la mejor catarsis internándome en las callejuelas del mercado de *Majané Yehuda* en lo que se llama la Ciudad Occidental o Nueva, y él mismo es ya más que centenario (porque en mi ciudad hay muy pocas cosas nuevas, las que lo son reposan sobre antiguos cementerios de nuestras muchas batallas). En ese mercado me impregnaba yo de olores y sabores y pregones con acentos de las diferentes comunidades que habitan esta ciudad, que es invariable y que es múltiple. Puedo afirmar sin temor a la exageración que a veces me encontraba a mí mismo en los ojos de los pescados frescos y aún pal-

pitantes, o en los trozos sangrantes de res colgando de los ganchos, o en el involuntario incienso que elevaban las tiendas de especias (para mí, creo que sólo para mí) y hasta en las pitas calientes que luego en mi mesa serían ornamento, oración y alimento. Con un poco de tiempo y algo de suerte podía intercambiar una charla en Ydish con el relojero del mercado, celoso de que el tiempo se guiara por el sol y la luna y no por el Ministerio del Interior. También podía, y debía, entrecruzar comentarios y alabanzas, casi siempre exageradas, con el Señor Alfandari, mi carnicero de siempre pero mucho más que eso, así como consta en alguno de mis cuentos (*Una hija de nuestro Pueblo*). Él habla un ladino adulterado y jugoso que es lengua de los sefardíes de Jerusalén; yo le contestaba en lengua de Cervantes, voluntariamente arcaizada, y casi siempre nos entendíamos. Y cuando no nos separaban las alegrías, las más de las veces nos unían las tristezas, y siempre había sobre su mostrador de mármol sanguinolento para mí preparado si no un café turco, sí un vasito de *arak* que yo degustaba y devolvía frases de alabanza en lengua de Santa Teresa, aunque por entonces Ávila aún me quedaba lejos.

Por aquellos días yo aún era joven y apasionado. Estoy recordando con urgencia cosas de hace veinte o veinticinco años; y como a muchos hombres y mujeres de mi generación, tan parecida a la del Patriarca Abraham, dejé todo un pasado y una infancia atrás, también una patria natal (*Makor*) y una lengua y habitaba esta ciudad que ya empezaba a ser paisaje interior y articulación de un idioma, pero yo la habitaba sin riquezas, ni padre, ni madre, ni perrito que me ladre, que diría el Maestro García Lorca en una de sus obras. Y como a tantos jóvenes a los que el sueño les ocupa la mayor parte de las ideas conscientes y las riquezas y los compromisos aún no les pesan en las espaldas ni en los bolsillos, por entonces amaba mucho y tal vez fui amado en algunas ocasiones, pero eso el tiempo implacable lo fue borrando con la presión de las rocas. También quise trasla-

dar mis sueños y anhelos de justicia a una realidad diferente (que a mí me parecía buena) para los hombres de mi nueva patria, que tal vez fue la única que tuve y conocí realmente hasta su suspirar tectónico; y junto con otros jóvenes compañeros de utopía logramos hacernos poco simpáticos para los distintos regímenes que gobernaban la ciudad y el país.

Y así fue como en una edad en que muchos de mis amigos y hermanos de la fuente de origen (*makor*) (los *Bney Gueulateinu* que diría Agnon irónicamente en la primera página de su novela *Ayer y anteayer*), estos compañeros, antes de la tercera década de vida, ya tenían mujer, casa, trabajo, lo cual les permitía mantener un exilio dorado dentro de la ciudad que nunca fue del todo suya; yo en cambio, sentía la ciudad completamente mía de tanto recorrer sus calles, pero ¡ay!, he aquí que todas ellas se me abrían hacia un exilio incierto. Porque nunca probé las mieles del poder y en la tercera década de mi vida, me encontré que no tenía, ni casa, ni trabajo. Tenía, eso sí, las alforjas llenas de especias y productos frescos del mercado, y carne de más que me añadía el señor Alfandani, que es un kilo exacto y si hay algo más es para mejor celebrar el *Shabat*, y así volvemos al mercado de *Majané Yehuda* y a aquellos motivos que guiaban mis pasos hacia allí... Pero no, el mercado no, ya hay bastante y me pesa en la mochila. Quiero recordar, en realidad no puedo olvidar, noches de luna llena en que recorría la calle de los *Neviím* (de los Profetas) y seguía hasta la Plaza de los Rusos, donde los ortodoxos tienen su iglesia y los judíos su tribunal y su cárcel y antes de eso los ingleses tenían su patíbulo. Y yo camino por el puro gusto de caminar con la luna asomando entre los muros brillantes de orín y nuevamente la luna mojando las higueras y las parras en los patios y tal vez riéndose desde el fondo de las escupideras metálicas del viejo hospital de *Bikur Jolim*.

Camino cuando ya mucha gente duerme o reza o mira la televisión en casas y salones sobre los que se cierne el alfanje del Ismaelita y entendidos profesores y políticos les explican –nos

explican– por qué vendrá o no vendrá. Quizá camino de noche para hacerme amigo de los gatos, que son lo más auténtico que tiene Jerusalén, que es así de violenta y convulsa porque sufre de un exceso de autenticidades desencontradas. Si quiero caminar menos, me puedo meter por una calle que está cerrada en su final (y ésta no me conduce al exilio) y es la calle de los etíopes, donde los coptos tiene su iglesia y donde vertical, como cortando todo mi divagar con un punto y aparte, yo que soy tanto puntos suspensivos, está la vieja biblioteca de *Bney Brit*, donde alguna vez hallé refugio del sol de mediodía y me puse a mirar libros y enciclopedias, saboreando un vaso de agua helada que gentilmente me ofrecía la vieja bibliotecaria americana –no sé si aún vive o trabaja–. Ésta era otra catarsis necesaria para sobrevivir en la ciudad donde Poncio Pilatos y Herodes eran personas notables y Jesús de Nazaret un forastero polvoriento de Galilea. En la biblioteca me descalzaba de las sandalias, me lavaba la cara y me abría los botones de la camisa sudada y me sumergía durante horas en libros de historia, geografía y política. Creo que con certeza que tropecé entonces con el país que me serviría como refugio y exilio y mucho antes de que un pie mío pisara el aeropuerto de Barajas o por primera vez orinara festivamente en un viejo olivo en la cima de una colina donde luego construiría mi casa, allá en tierras de Granada, pero no en tierras de la vega fértil, sino en zona de secano, de cereal, olivo y viñedos, sobre la cual escribió Federico: "—Yerma es la tierra de la muerte sin ojos. No sabía mientras yo orinaba ritualmente, con la más íntima alegría de la compulsión satisfecha, que lo estaba haciendo donde hoy se encuentra mi biblioteca, que mira hacia el monte que los del lugar llaman *Suspiro del Moro*, desde el cual Boabdil se despidió de Granada y de su rojo palacio (*Al-Jambra* en lengua de nuestra región), y fue que cuando su caballo volvió la grupa comenzó su camino del destierro, camino del mar, carretera a Motril, carretera a Málaga, camino de Cádiz, Gibraltar, que por mar se vuelve a Marruecos...

Debo aclarar que, aunque Granada tiene playa, el granadino que se precie es hombre de tierra adentro y se siente forastero cuando deja las montañas y desciende al mar. La nieve, la tierra arcillosa y el fuerte olor del olivo en flor son la materia actual de mi discurso. Esto nos lleva nuevamente, obsesivamente, al motivo del exilio y a la fresca sombra de la biblioteca *Bney Brit* que, por suerte, casi nadie visita porque dejó de estar de moda, y también a la calle de los etíopes, que dije que era una calle cortada y, por tanto, no me suponía destierro sino encuentro. Y, sin embargo, en esa calle y en su soñolienta biblioteca comenzó a forjarse la idea de otra patria, que nunca es reemplazo sino complemento de la que tengo. Pude escuchar con toda nitidez el fragor de la guerra civil que dividió a España, me vi marchando algunas veces con los milicianos de la República y otras vistiendo la camisa azul y la boina roja, pero siempre, siempre con "mis huesos marchando en sus soldados..." que diría Nicolás Guillén, universal y cubano. Mientras tanto y por razones que no es aquí el sitio de explicar, mi nombre se extendía, a veces para bien, entre los que me necesitaban y las más de las veces para mal entre los que me gobernaban y en cierto modo (debo tomar esto como un dudoso elogio) me temían y me recelaban. Confieso aquí, y estos papeles urgentes de Jerusalén son razón suficiente para hacerlo, y ahora que ya no le importo a Herodes ni a Pilatos, que tal vez me den por muerto o desaparecido, que éste fue un sino de mi vida tanto en Israel como en España: cuando mejor hacía las cosas y mi nombre era alabanza en boca de algunos, enseguida se tornaba la maldición para otros y muy pronto podría verme en la calle; de tal manera que el resto de mi vida, si quería ganarme el sustento de forma normal como los hombres serios, asentados y adultos, invertía mucho pensamiento y energías en hacerme el tonto, no dar iniciativas y escabullirme de cualquier protagonismo. Lo cual me devuelve nuevamente a la calle y a los sueños, porque la calle y los sue-

ños no me fallaron nunca, ni en Israel ni en España, tanto en hebreo como en castellano.

Por las noches no hay biblioteca *Bney Brit* y la Calle de los Etíopes permanece silenciosa, tan sólo de la iglesia de los coptos que acogió al Negus Haile Selasie salen salmos y monsergas en lengua amhari, entonces tomo por *Shibtey Israel*, siempre acompañado por la luna y casi a la sombra de las murallas de la Puerta de Damasco, muy cerca ya de Musrara y de los puestos de sandía fresca de pulpa obscena, donde era tierra de nadie y la iglesia de Notre Dame era frontera de todos, y silenciosamente, entre gatos que miran desde los cubos de la basura y con el golpear de mi bastón sobre los adoquines, me dejo entrar en Mea Shearim, que es *Kehilat Kodesh* (Comunidad Santa) y motivo de santas iras entre religiosos y laicos, *jasidim* y *mtnagdim*, lituanos, húngaros y galitsianos. La luna está muy alta y allí todavía estudian bajo luces de neón una *Torá* que es toda luz y a ellos los deja a oscuras. Tampoco allí me faltan amigos, quizá porque yo no soy uno de ellos y no pretendo descollar por grandes reformas halájicas y a mi pobre persona no le será dado reconstruir el Snhedrín en la Santa Ciudad de los Oídos Reencontrados y de los Amores Truncos. Los sábados por la noche, tarde ya después de la *Habdalá*, se celebra en muchas *Yeshivot* y *Batei Midrash* y en casi todos los *Shtiblej* de los *jasidim* la ceremonia de *Melavé Malka* (acompañar la salida de la reina, el *Shabat*). Esta ceremonia es aparentemente alegre, sobre todo porque se acompaña de abundante comida y bebida y se cantan canciones de *Dveikut*, que son propias de cada dinastía de Santos Maestros de las diferentes sectas jasídicas y se cuentan entonces las historias y leyendas que jalonaron la vida de estos rabinos y sus andanzas por las tierras de la nieve, el cosaco y el lobo. Lejos aún del *jamsín* pero muy dentro de las "tierras del chacal".

Ya conté en alguna de mis historias cómo me tuve que refugiar durante un corto período en distintas *yeshivot* de Mea She-

arim por algunos problemas con las autoridades por mi hambre y mi sed de justicia y seguramente yo no recibiría la tierra por heredad, y lo lamento por el Galileo. Ellos nunca me preguntaron nada y me acogieron como a uno más; lo que les interesa a las autoridades de un estado temporal no les puede interesar a los que cada día inquieren a Dios cosas mucho más peliagudas. Yo comí de sus platos y recé sus oraciones, de quedarme más tiempo ya me habrían encontrado novia, casa y trabajo (el estudio de la *Torá* no se me da mal), pero entonces nunca podría llegar a mear junto al olivo de una colina en Granada, que mira al Suspiro del Moro, desde donde el Moro Boabdil partió hacia su patria primera (*Makor*), no por ellos menos Exilio. (... ¡Y pensar que frente a mi casa, a unos pocos kilómetros, se acabó quizá para siempre el sueño de convivencia de Oriente con Occidente...!). Me lo repite el *muezín* desde la mezquita de la aldea de enfrente –ahora que hablo desde mi casa frente a los montes de Gibeón y Benjamín–. ...Y ahora ya no tengo el alma deshabitada porque ya no soy mozo ni tampoco tiendo a enamorarme, luego pocas son las cosas que pueden hacerme daño, ahora que Pilatos y Herodes se olvidaron de mí y por esto de la alternancia democrática siempre cambian de nombre y afortunadamente también de enemigo. Sólo el señor Alfandari permanece en su puesto de carne de *Majané Yehuda* y aún me sigue despachando en ladino. También permanece el *Shamash* subnormal, mongólico funcional, que me recibía en la *Yeshivá* de Rav Arele, una de las más ultraortodoxas y fanáticas de Jerusalén. Él siempre tenía su mejor sonrisa para mí y yo un chiste en Ydish para él. Me tendía una mano esponjosa y húmeda y dejaba la escoba a una lado para mejor hacerme reverencias; en los ojos de bobo yo pude intuir una suerte de elevación mística y pensamientos libidinosos completamente normales. En *Simjá torá* bailaba más que nadie; las mujeres lo temían. A mí, desde entonces, se me ocurre la entrada al mundo del espíritu, la Ley y su casuística, sólo con este *shamash* abriéndome las puertas. Véase si no Miguel Deli-

bes y sus "Santos Inocentes", pero eso ocurría en campos de Extremadura y yo todavía estoy en Jerusalén. También hablaba en esta hora de la voz del *muezín* llamando a oración desde las aldeas que rodean mi casa. Cinco veces al día suele llorar la pérdida de Occidente que empezó en Granada, muy cerca de mi otra casa y en mi otra patria.

En esta casa de Jerusalén, en el mismo barrio que habito ahora y donde transcurrió mi juventud, como hace esquina con el desierto y el límite (como la pulpería que pintaba Borges en su *Fundación mítica de Buenos Aires*), me rodean ahora y siempre las casas de A-Ram, Dir el Barid, más lejos aún El Azaría, Anata y por el otro lado Biet Iqsa y Nebi Samuel. El *muezín* proclama la unidad de su fe cinco veces al día, convoca a sus fieles y endecha a Occidente que recela del Profeta y más que nada recela del alfanje. Y la tarde toca a degüello y pone rojas las murallas de la Alhambra, y reverbera en los cipreses y en las fuentes cantoras mientras el viento sátiro de Federico me vuela los papeles de la mesa, todo esto en la otra casa y en la otra patria, porque hay exilios que ya se hacen identidad. Y a esta misma hora, salvadas las diferencias convencionales de horario, se encienden con el mismo color tirando a morado las montañas de Benjamín y los minaretes del Moro desafían a los aparatos estereofónicos de los vecinos de mi barrio jerosolimitano. De esta hora fue dicho: "...La hoguera pone al campo de la tarde/ unas astas de ciervo enfurecido/ ... llegan a mí mis cosas esenciales,/ son como estribillos de estribillos.../ van por los juntos de la baja tarde,/ ...qué raro que me llame Federico...". Nuevamente estoy solo en una de mis casas y en una de mis patrias, tan cerca del exilio y lejos aún de la Redención, pero intuyéndola en cada acto cotidiano. A veces no sé en cuál de las patrias y en cuál de las casas ni en qué idioma escribo y pienso estas páginas. Estoy ya lejos tanto del amor como del odio que me puede acechar de los hombres (casi siempre de los poderosos) u otorgarme por

gracia las mujeres. A mi edad ya existen muy pocas pasiones, más bien son alguna obsesión que queda fija, la mía siempre va ligada a la Redención. Ahora que mi barba se pobló de canas, compruebo con felicidad horrorizada que el recuerdo va ocupando con honor el lugar de la vivencia. Podría, pues, hablar de más barrios de Jerusalén, que son míos personales a pesar de que existen sobre el mapa; sé que me dejé en el tintero muchas calles de mi geografía interior, conté la mínima porción de vivencias que me configuran y hacen la otra vida de mi Yo Daimónico, aquél "que siempre va conmigo/ y a distinguir me paro/ las voces de los ecos...", pero "... mi soliloquio es plática/ con ese buen amigo/ que me enseñó el secreto de la filantropía...". Pero todo esto ya lo pensó Antonio en campos de Soria que yo aún no recorrí. Presiento y siento que utilicé demasiadas palabras y abusé demasiado del pobre papel que generosamente esta revista me concede, y tan sólo se trataba, a pedido de un amigo, de papeles urgentes escritos en Jerusalén y sobre ella, a los pocos días de llegar a casa, tan urgentes que ni los puedo pasar a limpio. No. No os quiero cansar con más detalles ni con más recuerdos que al final sólo son míos y no le importan a nadie.

Hablé de los materiales que componen mi prosa y la materia de mis sueños, de autores que me son caros y siempre están en mi mochila de viajero, de paisajes que el tiempo y el urbanismo acelerado van transformando y de personas, muchas aún vivas, algunas ya muertas, que no tienen ninguna posibilidad o importancia como para aparecer en papel impreso. Y ahora que mi ciudad cumple 3.000 años, dicen, y yo ya no tengo el alma despoblada porque tantos exilios también enriquecen, dicen, y mi respirar en sueños se asemeja a su suspirar tectónico (dice aquélla que conmigo duerme), quiero terminar estos papeles urgentes con una anécdota:

Trabajaba yo años atrás (¡casi 20, carajo!) en la absorción de estudiantes latinoamericanos en la Universidad Hebrea de

Jerusalén, por parte de su decanato. Por entonces se había instaurado la horrenda dictadura militar en Argentina y los recién llegados eran en su mayoría refugiados, luego no eran necesariamente pobres, ni pioneros ni compañeros de utopía en la tarea de construir Israel y construirse en ella. Probablemente sus noches estaban transitadas de pesadillas policiales y persecutorias, y cuando alguna vez tenían sueños buenos quizá soñaran con un Buenos Aires sin soldados, o tal vez con Barcelona, o con Miami. Para ellos, y nos los juzgo, Jerusalén no era un marco vinculante y menos aún geografía interior, sino una mera circunstancia desgraciada y los jerosimilitanos debíamos ser gente rara. Un día vino a verme una chica porteña, bastante guapa por cierto, y me dijo casi al borde del llanto (aún oigo el acento tanguero de sus latitudes):

—¡¿Qué puedo hacer en una ciudad como ésta?! Yo en Buenos Aires estaba muy acostumbrada a salir. Vos lo debes saber, ¿no?...

Desde mi antigüedad de 3000 años menos veinte le contesté:

—Aquí está el problema, querida: en esta ciudad hay que aprender a entrar.

No sé a ciencia cierta si ella aprendió a entrar, o si ya está en Barcelona o tal vez de nuevo en Buenos Aires, donde por fin puede salir las veces que quiera (A mí de todas maneras me echaron de ese puesto y nuevamente volví a las calles de mi geografía natural). Tengo también la certeza, verbalizada mejor que nadie por Rabí Najma de Breslaw, que en todos los caminos que hice y en todas las tierras que recorrí y sigo recorriendo estoy haciendo el camino que lleva a Jerusalén. Me falta el *shamash* subnormal y sonriente que me abra la puerta de la *yeshivá* (cada cual entra como puede), pero sí recuerdo a la criada Carolka que cita el Maestro Agnón en *Huésped por una noche*:

—¡Qué extraños son los caminos del hombre! He aquí que este señor dejó su tierra, su casa y su familia, y viene aquí a ocuparse de antigüedades y de muertos, y quiere corregir y recons-

truir cosas que ya no tienen remedio y que no le importan a nadie.

[Se terminó de escribir en Jerusalem, territorio de Benjamín que no de Judá, en agosto de 1996, se empezó a concebir en cualquier momento de silencio en campos de Granada, camino del mar].

LEÓN COHEN MESONERO

leon.cohen@uca.es

León Cohen Mesonero. Nació en Larache, Marruecos, en noviembre de 1946, y se trasladó a España en 1968; desde entonces reside en Algeciras. Es descendiente de judíos sefarditas larachenses por parte paterna y de castellanos viejos de Segovia por parte materna. Es Doctor en Ciencias Químicas y Profesor Titular de Ingeniería Química y Responsable de un Grupo de Investigación de la Universidad de Cádiz (UCA). Es autor de numerosas publicaciones científicas y varios libros de texto técnicos que pueden ser consultados en su página web de la UCA: http://www2.uca.es/grup-invest/ten/leon. Es autor de dos libros de literatura aparecidos en los años 2003 y 2004, cuyos títulos son respectivamente: *Relatos robados al tiempo* y *Cabos Sueltos.* Ambos pueden encontrarse en versiones electrónica y papel en la dirección: http://www.librosenred.com/autores/leoncohen.aspx. Es bilingüe en los idiomas español y francés y habla con fluidez el inglés.

LA CALLE BARCELONA

¡La Calle Barcelona! Era una calle vulgar, como cualquier calle, una calle de barrio. No era emblemática, no era ni la Calle Chinguiti, ni la Calle Italia, ni por supuesto la Calle Real. Pero muchas personas de Larache la recuerdan, la mientan y algunas creen haberla habitado, llegando incluso a ubicarla de manera errónea. Yo no nací en esa calle, pero mis padres y yo, que sólo tenía un mes, nos mudamos en el año 1947 y allí residimos hasta el año 1954. En esa calle se forjaron mis primeras impresiones y

se construyeron mis recuerdos primeros, los de la infancia profunda. Allí empezó a llenarse mi memoria de recuerdos imborrables y entrañables. En esa calle nacerían mis hermanos y hermanas. Todavía tengo fija en la retina la imagen borrosa de mi hermana Ani recién nacida y junto a ella un barreño metálico y a la partera Doña Petronila.

La Calle Barcelona era una de las muchas calles transversales que unían la Calle Chinguiti o su prolongación con la Avenida de las Palmeras. Para situarnos, subiendo por la Chinguiti, se llegaba a una pequeña rotonda o placita que daba a cuatro calles, siguiendo recto, la Calle Barcelona era la segunda a la izquierda. Y también la penúltima de tres, antes de alcanzar el Campito de los Mosquitos. En ese campito, como he contado en alguna ocasión, tenían lugar las guerrillas de moros contra cristianos, a pedrada limpia. Como dos ejércitos bien organizados, nos disponíamos los unos frente a los otros a tiro de piedra, y sólo a la orden de nuestros comandantes, empezábamos a lanzarnos las pedradas que cesaban cuando ambos jefes así lo decidían. Ese campito tenía además otros usos más pacíficos para muchos de nosotros, era donde cazábamos pajaritos con trampas, sirviéndonos las alúas como cebos, era en el propio campito donde cogíamos aquellos coleópteros en los "alujeros". Si uno dejaba a un lado la calle, sin entrar en ella, a unos metros, se topaba con el Colegio Árabe donde estudió o estuvo, ese gran contador de palabras y cuentos que se llama Mohamed Choukri. Enfrente de aquel colegio vivía Don Antonio Ortega, el antiguo republicano.

Antes de entrar en la Calle Barcelona, no quisiera dejar sin contar algunos detalles. La rotonda, como dije, da a cuatro calles: la que viene de la Calle Chinguiti, la que va hacía la calle Barcelona, la que baja hasta los Maristas (la calle donde nací) y la que llega hasta la Avenida de las Palmeras; la plazoleta se compone por lo tanto de cuatro cuadrantes. En la esquina derecha de uno de estos "cuartos de rotonda", según se va hacía la calle Barcelona, vive un chico rubio de mi misma edad al que

llamamos *Antoñín el del jardín*. En el cuadrante adyacente residen los Ribes, padres de mi amiga Elsa, en un edificio de construcción reciente. En el tercer cuarto reside la familia de mi amigo Santiago Hernández, en una suerte de patio de vecinos. Siguiendo hacía la Calle Barcelona, quiero también recordar que frente al colegio árabe, haciendo esquina, se halla situada una casa con muchas plantas donde vive Alejandro, un amigo de correrías. Entre su casa y el colegio empieza un callejón sin asfaltar, donde se encuentra la casa de Nissim Azulay, aquel niño tan avispado como cruel, que una tarde de otoño nos enseñó a unos cuantos, cómo la letra con sangre entra, utilizando una regla con la que nos atizaba en los dedos imitando a nuestra maestra, Mlle Beniluz. Pero doblemos la esquina y recorramos la calle. Hasta llegar a mi casa, la calle tiene únicamente, margen izquierda, pues en todo ese tramo en el flanco derecho sólo hay un descampado. A partir de mi casa ya aparecen algunas casas diseminadas en la margen derecha. Casi todas las casas son de una planta con azotea.

La casa del maestro: La primera es la del "maestro". Para mí, el maestro era un amigo de mi padre con el que un día fuimos de cacería en nuestro camión. Llovía despiadadamente cuando salimos, mi padre al volante, yo en medio y el maestro a mi derecha en la cabina del camión. Detrás en el remolque iba Stika, mi querida e inolvidable perra. Una pointer de primera clase. Circulábamos por una pista de tierra y barro, por la derecha caminaban unos campesinos, una mujer con un niño a la espalda, otras dos campesinas y un hombre de cierta edad. Los colores que recuerdo son el blanco y el rojo, el blanco de las "jilabas" y de los zaragüelles (aunque en contra de la Real Academia de la Lengua yo prefiero la palabra zarahueles), el rojo de los fajines que suelen llevar los "jibilos" (jbel en árabe significa montaña). Llovía y a la lluvia incesante se había añadido una tormenta de muy señor mío. De repente, una luz cegadora, y un silencio sepulcral. El camión se había detenido y todos nos mirábamos

en silencio como hipnotizados. Había sido un rayo: una descarga de energía eléctrica tremenda, inolvidable. Luego, los gritos de los campesinos, muchos gritos de pánico y mucha sangre, ruido y sangre, miedo y sangre. Sobre el suelo yacían el hombre mayor y la mujer que llevaba al niño, los dos muertos. El niño milagrosamente había salido indemne y lloraba, el resto de personas estaban heridas o presas de pánico. Me ha quedado como última imagen de aquella tragedia la de mi padre bajándose del camión, quiero creer que llevamos a los heridos al hospital.

Mi casa: Sigamos. Después de la casa del maestro, intuyo dos o tres casas, pero tienen la puerta cerrada y no distingo a nadie, será mi memoria que debe estar nublada por el paso del tiempo. Luego, mi casa, la casa donde estrené mis primeros cariños, mis primeros amigos, la casa donde empezó a conformarse ese yo, que hoy, pasado medio siglo, vuelve a ella, a esa casa de todos que es la infancia.

La puerta y las dos ventanas que dan a la calle están abiertas.

La puerta: Un hombre joven, alto, moreno, de treinta y pocos años, en todo el esplendor que da la juventud, se yergue ante la puerta medio abierta, casi tapando con su cuerpo toda la luz que aún conserva la tarde. Yo, diminuto, con seis o siete años, observo con sorpresa y admiración su figura a contraluz. Es mi padre, que acaba de llegar de una de esas interminables cacerías con sus compañeros de siempre (el doctor Mayor, Revilla el carnicero y seguramente también habrá estado Bartolo el de la casa Ford). Mi padre está vestido de cazador, porta un sombrero de paja y lleva colgadas de la cintura un sinnúmero de perdices. Esboza una sonrisa amplia y cómplice mientras se dirige a mí en tono cariñoso, mostrándome sus trofeos. Recuerdo con precisión meridiana que mi madre solía conservar las perdices en dos tinajas enormes llenas de aceite.

La ventana situada a la derecha de la puerta: Da al pequeño salón de los trofeos. Se trata de una pequeña salita. Adosado a la pared que mira a la puerta de entrada, se halla un aparador muy vistoso y una mesa de comedor con sus correspondientes seis sillas forradas de una tela estampada. Se ve muy cuidado y con poco uso. Sobre el aparador, dispuestas con mucho orden y guardando la jerarquía, las copas que mi padre ha ganado en múltiples tiradas de pichón y al plato. La copa preferida es, como no podía ser menos, la del centro. Es una copa de plata de ley, grande, esbelta y con un baño de oro en su interior. De vez en cuando, a mí me da por pasearme por el salón y deleitarme mirando las copas. En ocasiones he llegado a pensar que mi devoción por los muebles y la decoración vienen de aquel salón y de aquella época. La otra ventana: Es el dormitorio de mis padres. Un recuerdo puntual: una mañana, mi padre sorprendió a un ladronzuelo en su dormitorio y lo puso de patitas en la calle agarrándolo por el cuello.

En el patio, una parra y el gallo. Una gallo espléndido que mi padre había criado y que al oír la voz de éste, cuando llegaba a casa a la hora del almuerzo, preso de una súbita alegría, lanzaba de repente un repertorio de cacareos a cual más estridente. Una mañana que no quiero recordar, se lo llevó.

En la azotea, la casa de Stika. A la azotea solíamos subir todos los hermanos para visitar y entretenernos con nuestra perra de caza que prácticamente había crecido con nosotros. Una noche de verano mi padre nos comunicó la triste noticia: se había visto obligado a regalar la perra a un amigo, porque en la nueva casa no había sitio o por otra causa que no recuerdo, aunque sí recuerdo mis lágrimas, mi desconsuelo y el de mis hermanos. Habían sido casi seis años juntos.

Nuestros vecinos: La familia de Cristóbal Ortega y Josefa Padilla, con sus hijos: Cristóbal, Carmen, Fina, Pepe, Antonio y Eduardo. He olvidado el nombre de otra hermana, pero para nosotros, mi hermano David y yo, los importantes son nuestros

amigos Antonio y Eduardo. Son los grandes amigos de nuestra primera infancia. Hay una vivencia entrañable: las hogueras de la noche de San Juan. Quemábamos un muñeco de trapo y disfrutábamos saltando alrededor del fuego.

Olga: Pero esta calle también tiene su estrella. Es alta, esbelta, delgada y muy atractiva, parece una actriz de cine, yo la comparaba con Ava Gardner. Su nombre es Olga y vive con su padre Don Jaím Benaich justo enfrente de mi casa. Es indudable que Olga se distingue de la media de los mortales. En ocasiones la sorprendo hablando con mi madre y siento un fuerte deseo de ser mayor para poder conquistarla. Pasado el tiempo, se casaría con un norteamericano y se iría a vivir a América. Ignoro por qué siempre la imaginé en un descapotable con un pañuelo anudado al cuello y con la melena al viento. Era la diosa de la calle.

Camino del Colegio Francés: Casi siempre realizábamos el mismo recorrido: subiendo desde mi casa, pasábamos por la tienda de ultramarinos de María que se hallaba justo a mitad de la calle, llegando al final de la calle, doblábamos a la izquierda, y apenas recorridos unos metros estaba la casa de Palacios, el cazador de jabatos, cuyos dos hijos eran también compañeros nuestros, uno de ellos, Jeromín, era un excelente dibujante, luego tomábamos la segunda calle a la derecha y al final de ésta, la Avenida de las Palmeras. En la esquina se hallaban las casas de Bartolo y de nuestro compañero Julio, y a muy poca distancia nuestro querido colegio.

La mudanza: Fue a principios del año 1954. Todo ocurrió muy de prisa. Un buen día, ante nuestra incredulidad y sorpresa, mi padre cargó con todas las copas y se las llevó. Luego supimos que las había vendido a un joyero del centro. Pocos días más tarde comenzó el embalaje de los muebles y demás enseres. Puedo todavía recordar los malos augurios que se avecinaban según mi madre cuando se le rompió un espejo. Siete años de penurias que nunca llegarían a cumplirse. Bien es ver-

dad que vendrían malos tiempos para la familia, pero no durarían tanto como presagiaba la superstición del espejo roto. Yo siempre he pensado que todo fue un pequeño castigo de la Calle Barcelona por haberla abandonado. Y es que las calles también tienen alma.

GRITO DE PAZ

Señores Arafat-Barak: Los Niños de la Intifada no son suyos, son de todos nosotros, de la raza humana. No los envíe a una muerte demasiado probable, demasiado temprana, demasiado terrible y sobre todo absurda.

Señores Barak-Arafat: Los Niños Soldados no son suyos, son de todos nosotros, de la raza humana. No les ordene que disparen con balas de lo que sea, permítales no disparar, a lo mejor ocurre que los de enfrente dejan de tirar piedras.

Señor Barafat: Los niños israelíes y los palestinos no son suyos, son de todos nosotros de la raza humana y ningún señor Barafat tiene ni derecho ni revés a arriesgar sus vidas y menos aún a quitárselas.

Señor Barafat: Hablen, discutan, negocien, griten cuanto puedan, más fuerte, más fuerte, más fuerte (como dijo el malogrado Ernest Lluch), porque mientras gritan no matan, mientras gritan conservan el lenguaje del hombre, pero no hieran, no maten, no maten...

LOS NIÑOS DE BELFAST

Esos niños israelíes y palestinos, macedonios y albanos, católicos y protestantes de Belfast, esos niños de la kale borroka en Euskadi, esos niños están aprendiendo antes a odiar que a hablar, jugar, reír o llorar. Sus padres, esos adultos que también

fueron niños, crecieron en el mismo ambiente, su odio es más antiguo y su capacidad para hacer daño mucho mayor. El odio es una pócima que acelera el corazón y nubla el pensamiento. El odio se alimenta de otro odio y viceversa. Al final del odio sólo quedan muerte, terror y desolación. La cosecha del odio es la más segura: siempre produce más odio. Uno no puede entender a esos energúmenos "protestantes" que atemorizan a esos niños católicos que sólo pretenden ir a al escuela. Ese odio que emana de los gritos y amenazas de los animales adultos, logra el objetivo de sembrar el terror y el pánico en los niños y niñas cuyas miradas consiguen atravesar y perforarnos el alma. Esas miradas que revelan su indefensión y su fragilidad nos estremecen. Pero es sobre todo, la crueldad sin límites de sus enemigos la que nos abruma. ¿En qué camino de su infancia dejaron olvidada la ternura y en qué oscura cloaca encontraron ese odio estéril que nutre sus corazones secos? Uno tampoco puede entender que esos energúmenos "católicos", permitan que sus hijos pasen por el trance terrible de sentirse acosados y asediados porque su odio les dicta la sinrazón de adentrarse en el barrio enemigo con el único fin de humillarlo. Uno se pregunta en qué extremo de la cuerda ha de situarse para tratar de entender estos comportamientos del ser humano tan alejados de toda humanidad. ¿Es casualidad que las diferencias religiosas estén siempre presentes en estos conflictos? ¿Acaso bajo esas diferencias religiosas no subyace el sempiterno conflicto nacionalista o de luchas tribales que siempre ha acompañado al hombre desde que se constituyeron las primeras células sociales?

MOHAMED CHAKOR

Es el decano de los hispanitas musulmanes contemporáneos. Su dilatada y densa trayectoria profesional abarca la literatura en todas sus expresiones –poesía, ensayo y relato– y el periodismo audiovisual. Es autor de innumerables obras sobre literatura, sufismo y temas de interés contemporáneo, entre las que destacan *La mujer marroquí entre la tradición y la modernidad*, *Aproximación al sufismo*. Ha publicado asimismo *La llave y latidos del Sur* y un sinfín de libros de poemas. A lo largo de toda su obra, Mohamed Chakor reivindica su pasado morisco, expresando con ello la nostalgia de quien sabe de la existencia de un esplendor irrepetible. Consciente del carácter efímero de la belleza, no por ello deja de rendirle un tributo a través de la palabra. Gran poeta y excelente narrador, Mohamed Chakor hace abstracción de la literatura y se centra en la denuncia de situaciones indefendibles desde todo punto de vista.

MIENTRAS HAYA LOBOS...

La paz es el lento embarazo de la guerra.
Némer Ibn El Barud

Mi abuela era tremendamente realista, práctica, tenía los pies en la tierra, no se fiaba de nadie. Cada vez que le hablaba con pasión de la utopía y de la conveniencia de la paz, me recordaba este cuento muy popular en nuestra comarca. La moraleja del mismo me esclarece el camino a seguir en nuestra época de guerras preventivas. "En un pueblo cercano", señalaba mi abuela, "el alcalde proclamó un bando prohibiendo terminante-

mente llevar armas, ni siquiera escopetas de caza. Y luego se dedicó a impartir enseñanzas de paz y justicia comunal. También sugirió a sus vecinos nuevos y significativos saludos de cortesía: 'Salam', 'Te amo', 'No a la violencia'... Todas las armas requisadas fueron destruidas, menos las que se conservaron en el museo municipal como curiosidad histórica. Este pueblo, pacífico y acogedor donde los haya, fue modélico y en él se gozaba de libertad y de prosperidad como en ninguno. Pero una mañana fría y nubosa, una manada de lobos hambrientos irrumpió en él y devoró a todos sus habitantes. El único que sobrevivió a esta matanza fue un anciano que, malherido, escribió en medio de la plaza con su propia sangre: 'mientras haya lobos, no hay que bajar la guardia'".

FAMILIA ABRAHÁMICA

Ojo por ojo, y el mundo quedará ciego.
M. Gandhi

Con la flor en el Kalashnikov, Abu Nur, legendario fedaí, regresó a su pueblo con la misión de limpiar su tierra de minas antipersona y plantar olivos, pese a la intransigencia de los belicistas. La población, entusiasmada, le ayudó en su labor, particularmente las mujeres que anhelaban un entorno sano y seguro para sus hijos que pintaban los colores del arco iris con deseos de paz. "Pronto, queridos hermanos, rehalas de palomas de la paz se anidarán en nuestros hogares", afirmaba Abu Nur, en tono optimista y metafórico, ante las cámaras del popular programa: "No a la guerra", cuando un misil disparado por el enemigo destruyó los estudios de Televisión Palestina y mató al "fedaí pacifista", que cayó víctima de la política ciega de los asesinatos selectivos que son un crimen contra la humanidad. Tampoco es obra de caridad el siniestro Muro de la Vergüenza

que divide a la familia abrahámica imposibilitando la convivencia plural y el triunfo de la paz. A pesar de los pesares, en el cielo de mis ilusiones nunca se eclipsará la esplendorosa luz de la paz en Tierra Santa.

LA BELLA CABALISTA DE TÁNGER

Lo que no es tradición, es plagio.
Eugenio d'Ors

—Tánger no volverá a ser nunca lo que fue; una nueva etapa se inicia para mi ciudad, lo presiento.

Así habló mi buena amiga Esther, conocida por su actitud crítica frente a la administración colonial. Yo la conozco desde que éramos niños; vivíamos en el Zoco Chico y estudiábamos juntos en el liceo francés. Luego, mis estudios de medicina y mi dilatada estancia en París me alejaron de ella. Sin embargo, me preocupé siempre de seguir muy de cerca su trayectoria. Así supe que se casó con un médico francés, monsieur Payns, que murió en la batalla de Normandía durante la Segunda Guerra Mundial.

Esther desciende, como yo, de una familia sefardí, muy enraizada en Tánger. Es una mujer de una extraordinaria cultura, acendrada espiritualidad y singular belleza. Sus ojos son de color turquesa, y su cabello sedoso y rubio, con algunas hebras plateadas adornando sus sienes. Se abre, como los frutos en sazón, a una espléndida madurez, en donde lo que menos cuenta es su edad, por otra parte imposible de precisar para quien no la conozca, como yo, desde la infancia. Una mujer que nunca envejecerá porque la llama inextinguible que arde en su interior la mantendrá viva y fecunda.

Como vidente, cuenta con una gran reputación en el seno de la comunidad extranjera afincada en nuestra ciudad. Esther es,

además, una experta en la ciencia maimonideana y en la cábala. Yo la escucho con admiración cuando me habla –cosa que ocurre frecuentemente– de la mística judía desde Sefer ha-Bahir, pasando por Zóhar y la Cábala de Luria, hasta el shabataísmo. Tampoco le son ajenas la mística cristiana y el sufismo. Y aunque sus conocimientos y saber, que abarcan el estudio de los misterios a un nivel profundo, parten de muy antiguo y parecen no tener cabida en nuestra cultura racionalista, ella es capaz de hacerlos comprensibles, transmitiéndolos en términos de la psicología de nuestro tiempo y con un lenguaje que llega a muchos, a fin de mantener vivas las viejas creencias y tradiciones de antaño.

En su casa se pueden ver antiguos objetos sagrados, propios del culto hebreo, como un Tetragrama, con las cuatro letras, YHVH, conteniendo el Nombre de Dios; una exquisita bandeja de plata labrada, con las tres coronas, los dos pilares, y las siete campanillas; el candelabro de siete brazos llamado *Menorah*, simbolizando el esquema esotérico de la vida; y diferentes diagramas de los Cuatro Mundos: Voluntad, Intelecto, Emoción y Acción. Y otro sinfín de imágenes que, para un inexperto, pueden parecer extrañas, oscuras e, incluso, contradictorias, y que pretende acoger un caleidoscopio de miradas y prácticas, extraídas tanto de fuentes antiguas como modernas, esa pluralidad que nos convierte en seres fecundos, tolerantes y decentes.

Posee, asimismo, un tesoro de incalculable valor para alimento del intelecto: su amplia y selecta biblioteca, que perteneció a su abuelo, luego a su padre y finalmente a Esther, y que, durante las tres generaciones de eruditos que la han transmitido, ha ido enriqueciéndose con libros de incalculable valor. A ella acudo frecuentemente a investigar, y allí fue donde descubrí la primera edición de *Paramirum y Paragranum*, libro de Paracelsum (1493-1541), quien combatió la medicina clásica y defendió una psicoterapia muy original. También me topé, deambulando por sus fascinantes estanterías, con un ensayo

inédito del alemán Franz Anton Mesmer (1743-1815) sobre la autocuración. Éstas y otras obras ampliaron mis conocimientos y contribuyeron a dar un nuevo giro a mi formación profesional. Actualmente ejerzo la medicina integral, ya que pienso que naturaleza y humanidad están estrechamente unidas.

No he dicho aún que amo a Esther, tal vez por mi insalvable y tozuda timidez. En realidad creo que estoy enamorado de ella desde la adolescencia, cuando nuestros caminos se bifurcaron.

Todos los días mi madre, anciana ya, me sugiere los nombres de muchachas casaderas. Teme morir antes de verme casado. Le ilusiona tener nietos e imaginarlos correteando a su alrededor. Le apena mucho que yo enviudara a los treinta años, cuando mi mujer fue asesinada en el primer lustro de los cuarenta, durante las persecuciones nazis en Francia y, desde entonces, no he vuelto a pensar en unirme a otra mujer.

Sin embargo, con Esther es distinto. Para mi propia sorpresa, sin pensármelo más, he osado pedir su mano, y ella, de entrada, no me rechaza, aunque…

—Me halaga tu petición –me dijo, sin acabar de creerse que yo haya sido capaz de dar este paso–. Pero mi educación y mis creencias me exigen, como mínimo, una semana de reflexión. Durante estos siete días estaré sola; consultare los libros sagrados, los diagramas de la vida y a mi propio corazón. Si en el transcurso de estos días no me he puesto en contacto contigo para darte una respuesta negativa puedes dar por hecho nuestro matrimonio. Recuerda: mi silencio supondrá la adecuación a tus deseos, que en ese caso serán los míos.

Así habló Esther, de forma un tanto enigmática, sin dejar translucir un ápice de sus sentimientos hacia mí, cosa que habría agradecido para tranquilidad de mi impaciencia y mi desasosiego. Llegados a ese punto nos despedimos, con gran incertidumbre por mi parte.

Viví muy tenso esa semana, pendiente del teléfono, del cartero, de las visitas. Cualquier sonido ponía en marcha mis meca-

nismos de alarma, el miedo a perder a aquella mujer admirable. Yo sabía de su agrado en mi compañía, de las amplias sonrisas que me dedicaba y del fuego encendido de su mirada, proyectando en mí, pero aquellas muestras de complicidad y simpatía no eran suficientes. Su decisión –me lo había dicho– no iba a estar condicionada únicamente por lo que le dictara el corazón, sino por la aquiescencia de fuerzas misteriosas y designios cósmicos, que determinarían el éxito –o no– de nuestra unión y nuestro destino conjunto.

Dependía, pues, de fuerzas que yo no podría de ninguna manera y, por primera vez, sentí miedo. No lograba dormir. A todas horas la imaginaba estudiando con atención la Cábala y otras ciencias determinantes de nuestro futuro. Si nuestra existencia constituía un reflejo del equilibrio divino, como si fuésemos ramas del Árbol de la Vida, era algo que iluminaría su razón y de ahí –estaba seguro– partiría su decisión respecto a nosotros.

El término de esta angustiosa semana –caso de que antes no tuviera noticias de Esther– marcaría mi pasaporte hacia la felicidad de la mano de la mujer que amaba. Y si no...

En dos ocasiones sonó el teléfono, con lo que me pareció ser un timbre diferente; creí, incluso, tras levantar el auricular, reconocer la respiración silenciada de Esther al otro lado, una palabra contenida, y luego el *click* seco. Nada más.

Al término del plazo establecido, fui a visitarla. Abrió ella misma la puerta, sonriente, feliz, y, sin embargo, me pareció atisbar en el fondo de sus ojos azules la leve sombra de una duda, que duró un breve instante y que nunca he vuelto a percibir.

Esther y yo nos casamos, y hasta ahora hemos sido inmensamente felices. No obstante, no logro olvidar aquella sombra, urgentemente velada por sus tupidas pestañas, y me pregunto –a ella nunca lo he hecho– cuál había sido la respuesta real que ella había obtenido durante esa semana que nunca lograré olvidar.

THEODORO ELSSACA ABOID

theoelssaca@yahoo.es

Escritor y artista visual. Estudió diseño y licenciatura en estética en la Pontificia Universidad Católica de Chile, país en que reside. Ha consolidado sus conocimientos, en contacto con los grandes autores y sus obras en Europa, donde trabajó con perseverancia por más de diez años, encontrando el temple y carácter personal en su obra. En la España de 1986, es presentado por el poeta Rafael Alberti, en el Círculo de Bellas Artes. Es autor de: *Aprender a Morir*, 1983; *Viento sin Memoria*, 1984; *Aramí de la Creación*, 1993; *Isla de Pascua - Hombre, Arte, Entorno*, 1988 y en 2005 *El Espejo Humeante - Amazonas*, con prólogo del poeta Gonzalo Rojas, actual candidato a Premio Nobel de Literatura.

LA FRAGUA

En medio del bosque de olivos
veo cruzar lenta la luna llena
entre el ramaje de copas emergentes.

A lo lejos el mar ruge y se levanta
mientras en la atalaya de la cetrería
el enigmático halcón está anunciando.

Estoy en el socavón de la noche.
El viento consume las velas sobre la roca.
La luna y los olivos me llevan a Palestina.

Voy a entrar al pasado de mi vida.
Peregrino, encuentro de los ancestros
sus huellas,
la luna de concheperla es el espejo oracular
por milenios contemplaron su faz junto al laúd
escuchando leyendas de héroes y de genios.

Soy el río, el laberinto, los ojos, la danza,
la atmósfera exuberante de aromas vegetales
las arenas, los dátiles, los mármoles, la cítara
y sus poetas en la insondable noche de la noche
atizando la memoria de su sangre
en la fragua.

PALESTINA

He caminado mil años
Buscando ese paraíso.

Al Falastin de los ancestros
cabalgando a la luz declinante
con aladas túnicas

en sus desiertos
rápidas siluetas dibujando el horizonte.

Eres el oasis que guarda
la reserva de mi espíritu
y del mundo.

Encantada por los sueños del laúd
musicando en los campos, en los hogares

en las sinuosas calles tranquilas,
y en los templos aromados de incienso.

Al Falastin
espada legendaria de los tiempos
de súbito vistiendo oscuros ropajes de tragedia
destilando sangre por tu honor mancillado.

Palestina!
Palestina!
Palestina!
tu nombre será
multiplicado
retumbando en el cielo
hasta hacerse de peligros
más que balas
para tus verdugos.

Hasta hacerse más dulce que los dátiles
para los que en el corazón
te llevamos.

TIORBAS

A Omar Khayyam, poeta
y astrónomo persa-árabe.
A Benedicto Chuaqui,
escritor chileno-árabe.

Suspendidos en el ámbar
de la música
eran dátiles de fuego
nostalgias brotando del timbal.

Después entraron las tiorbas
Y los vientos
Suspirando voces ancestrales
Entre caravanas de camelleros.

Templos de piedra
Sobre dunas doradas
Y desde el cielo el canto inextinguible

De Omar Khayyam.

ANDRÉS GIDI-LUEJE

gidigol@yahoo.com

Andrés Gidi-Lueje nació en Santiago de Chile en 1975 y es nieto de Jacob Gidi, Palestino de Belén, y Susana Najle, de origen Sirio. Cursa todos sus estudios primarios en el Colegio árabe de Santiago, donde fue premiado como el mejor alumno de su promoción. Posteriormente, estudió derecho en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Autodidacta en las letras, trabaja como colaborador y columnista del suplemento "Zona de Contacto" del diario "El Mercurio" de Santiago. Más ligado a sus orígenes, ha publicado sus columnas en "www.palestinos.com" (Chile) "www.comunidadpalestina.org" (Valencia, España). Además de lo anterior, ha representado al Club Palestino como tenista profesional, a la Fundación Palestina Belén 2000 en el Congreso Panamericano árabe de 2001. Formó parte del equipo jurídico que transformó al "Club Deportivo Palestino" (equipo de la primera división de fútbol de Chile) en Sociedad Anónima, salvándolo así de su desaparición. Actualmente se dedica a la docencia en el área del derecho y es Presidente del Centro de Ex Alumnos del Colegio Árabe de Santiago.

TIERRA SIN LEY

Ayer desperté demasiado sobresaltado. Había soñado que en alguna parte del mundo existía una tierra sin ley. Una especie de niño burbuja dentro de esta aldea globalizada. Un espacio demasiado particular. Una tierra donde los niños debían abandonar las escuelas para defender dentro de sus inocentes posibilidades lo que naturalmente les pertenecía. Donde un menor de 10 años lanzando una piedra contra un F-16 era considerado

como un acto terrorista imperdonable y los asesinatos de recién nacidos no eran más que lamentables accidentes cometidos en pos de que el fin justifica los medios. Donde parte de la vida de los pequeños estudiantes consistía en ver morir a un compañero de curso que ni siquiera podía pronunciar de corrido la palabra guerra, a sus padres o a sus abuelos.

Un espacio donde la justicia no existía. Donde el crimen cometido por un individuo, se le achacaba a un líder político cualquiera, que sin un debido proceso era sentenciado a muerte en cuestión de minutos. Donde las resoluciones eran ejecutadas por un deshumanizado ejército que recibía órdenes de la máxima autoridad, pero que según el resto del mundo no constituía de manera alguna Terrorismo de Estado. Una parte de la aldea donde el Derecho Internacional no tenía cabida. Donde los acuerdos escritos en el papel, eran borrados con balas. Donde un lunes se acordaba terminar con los asentamientos y el miércoles se iniciaba la construcción de seis nuevas colonias y nadie hacía nada. Donde Amnistía Internacional y Human Rights Watch se hacían los ciegos, sordos y mudos. Donde quien supuestamente había cometido crímenes de lesa humanidad era llamado Primer Ministro y se le rendían honores. Donde la Vida era un bien transable y desechable. Tierra donde había ciudadanos de primera y de segunda clase, pero que por favor, no se fuese a confundir con racismo. Donde las antiguas víctimas usufructuaban del dolor de sus antepasados para volver la lástima del mundo en su favor. Donde los descendientes de los muertos cometían similares barbaridades que las cometidas en contra de sus ascendientes, como el niño golpeado que siendo padre golpea a sus hijos. Un lugar en el mundo donde reinaba la desesperanza. Donde los comunes denominadores eran la pobreza, la cesantía, el abuso y la muerte. Era como una ciudad entera tras las rejas, donde ninguno de sus ciudadanos conocía el crimen que supuestamente había cometido. Donde sólo quedaba luchar hasta las últimas consecuencias, incluso dando la

vida por dejar algo de esta tierra a las generaciones venideras. Menos mal que desperté y no era más que una maldita pesadilla. Que lugares como esos no existen en el mundo.

Menos mal, porque de sólo pensar en algo así me dieron ganas de llorar.

ÁRABES EN AMÉRICA

Fue un fin de semana especial. Congreso Latinoamericano Árabe en Viña del Mar. No sabía qué esperar, ni siquiera sabía realmente de qué trataba todo esto. De lo que sí estaba convencido era que quería y debía estar allí. Vi muchas caras conocidas. Vi a los clones de mi padre y de mi abuelo. La mayoría hombres entre 50 y 70 años. Todos algo calvos, bien alimentados, narices prominentes, acogedores, cálidos y cordiales. Algunos hablaban en español, otros en árabe y la mayoría una mezcla de ambos que era difícil de comprender. Eran cristianos, ortodoxos y musulmanes. Chilenos, argentinos y cubanos. Capitalinos y de provincia. Existían algunas diferencias entre nosotros, pero siempre con denominadores comunes: la sangre, el origen y el idioma. Conocí a muchas personas. A mi tío Emilio, al que veía por primera vez. A un señor cubano, que me demostró que las utopías no han muerto y que él vivía motivado por dos. A hombres y mujeres de edad que me transmitieron su sabiduría. A jóvenes de toda América que me contagiaron con su entusiasmo. Hombres brillantes y mujeres muy especiales. Me sentí parte de un todo. Me encariñé con algunos. Me enamoré sólo de una, que me embrujó con su cintura de odalisca, sus caligrafías árabes dibujadas en la piel y sus misteriosos ojos verdes. Aprendí muchas cosas de nosotros. La importancia de los árabes en Latinoamérica. Cómo nos hemos sabido adaptar a los países que nos han acogido. Cuánto hemos aportado. Cómo no hemos olvidado la tierra de origen y cómo, al mismo tiempo,

hemos sabido agradecer a quienes nos recibieron. Cuánto influimos en la formación de la cultura occidental. Cómo nos han discriminado. Cómo han tergiversado nuestro pasado. Cómo hemos vuelto a salir adelante. Cómo haber llegado a América, no fue más que volver a casa.

Tomé más conciencia que nunca de la Causa Palestina. Aprendí de gente que sabe demasiado. Comprendí que no es nuestra causa, sino que es ia causa de la Humanidad, de la Justicia, de los Derechos Humanos y del entendimiento entre los pueblos. Asumí que la lucha es de Palestina por Palestina. Condené cualquier forma de terrorismo. Hice mía la convicción de que el único camino posible es el del entendimiento consensuado, basado en la ley y el respeto al derecho a existir entre las naciones. Confirmé que somos un pueblo de paz. ¿Quiénes si no nosotros conocemos las consecuencias del Terrorismo de Estado? Me hice cómplice del dolor que sufren los palestinos día a día. Rechacé enérgicamente el daño que causa la potencia ocupante a nuestros pequeños. Me demostraron que los niños palestinos no sueñan, y si lo hacen, lamentablemente es con su muerte. Comprendí que la tierra es en parte nuestra y que Jerusalén Oriente es nuestra capital eterna. Exigí el respeto a las resoluciones de la ONU y a los principios del Derecho Internacional. Soñé con la creación de un Estado Palestino. Aprendí muchas cosas de mí mismo. Que debo seguir aportando con lo mejor que sé hacer. Que debo asumir con responsabilidad lo que la causa me exige. Que no hay lucha que no valga la pena. Que debo ser un puente entre mi abuelo, mi padre y mis hijos, para que vivan según la cultura que nos han heredado. Definitivamente entendí de dónde vengo, quién soy y hacia dónde debo ir. Y como escuché muchas veces el fin de semana: ¡Nos vemos en Jerusalén!..., por todos aquellos que fueron expulsados de su tierra y nos trajeron hasta acá... especialmente mi abuelo.

MOHAMED AKALAY

akalay11@hotmail.com

Licenciado en literatura española de la Universidad de Abdelmalik as-Sa'adi de Tetuán. Realiza estudios de Tercer Ciclo en el Departamento de Filología española (Siglo de Oro) de la Universidad de Sevilla. Se doctora en dicha universidad en 1996. Es profesor visitante en la Universidad de Messina y en la Universidad de Abdelmalik as-Sa'adi de Tetuán. Es Miembro fundador y actualmente presidente de la Asociación de Escritores marroquíes en Lengua Española (AEMLE). En 2003 fue galardonado con el Premio Eduardo Mendoza de narración corta que anualmente convoca la Consejería de Educación de la Embajada de España en Rabat. Publicaciones: *Las maqamat y la picaresca: al-Hamadani y Al-hariri; Lazarillo de Tormes y Guzmán de Alfarache.* Novela: *Entre dos mundos.*

EL PESO DE LA VIDA

El aviso de desahucio llega cuando tienes que ir a pagar las facturas de la electricidad y el agua. Decides posponer tal ejecución y esperar acontecimientos. Suspendida la acción de cada mes ante la nueva realidad, sientes en tu entorno un silencio cruel; soledad brutal; enmudeces. En la habitación del niño se percibe tranquilidad; él queda lejos de los padecimientos que tú debes soportar. Para él, eres el viento que alegremente revolotea, el agua que nutre, el pan que alegra, la paz y la seguridad. El documento en el que te ordenan el hogar es escueto, duro, sin dejar dudas de ninguna clase. ¡En dos días tienes que pagar los meses atrasados o irte y llevártelo todo! Al volver a leerlo, mareas

de sombras anegan tu alma y sientes el vacío envolverte... Recuerdos de dolor y desesperanza. Tu marido acaba de encontrar una casa maravillosa, donde el fruto se presiente feliz. El bebé que pronto va a nacer tendrá un hogar para crecer adecuadamente.

—Hemos tardado en encontrar una casa como es debido, pero por fin tenemos lo que queremos...

—Cuando el niño nazca tendrá su habitación y nosotros podremos vivir con holgura. ¡Dios nos ha ayudado!

Tu joven marido tiene un buen trabajo; tú te encargarás de la casa y, de momento, te preparas para el alumbramiento. Vuestras familias son de otros confines lejanos y únicamente os tenéis el uno al otro. Antes de ocupar el nuevo hogar; decidís unos arreglos; echáis abajo un tabique y el salón ya es más grande; dividís una amplia habitación y ya tenéis la vuestra y el bebé la suya; separadas. Compráis lo estrictamente necesario para vivir adecuadamente; los adornos pueden venir más tarde.

La vida se hace bella; te encaramas en lo más trivial para sentir ilusiones de un futuro prometedor. La vida que vive en ti te hace absorber cada momento que pasa; esperas con esperanza una luz que brille para siempre junto a ti y a tu marido. Creo que se acerca el parto, algunos familiares, los más cercanos, viajan para estar junto a ti.

—¡Hija mía, qué contentos están todos de que puedas ser madre!

—¿Y por qué no han venido todos, mamá?

—El viaje es muy largo... y muy raro. ¡Qué le vamos a hacer, hija!

—Es verdad; tienes razón.

Tu suegra es una mujer muy buena, apenas habla y siempre está dispuesta a hacer lo que sea para que los demás se sientan bien. Ha venido sola. Tu marido fue a esperarlos a todos a la estación del tren, tanto a tus padres como a su madre. Los preparativos se aceleran cuando el nacimiento del bebé se hace

inminente: ropita para el recién nacido como los baberos, camisetitas, jerseys, etc.; ropa adecuada para ti: bata, zapatillas, camisones... En la casa se elaboran dulces, bebidas; tu habitación preparada para recibir las visitas –pocas, pero seguras– de las esposas de los compañeros de tu marido.

...Y ahora este acta que viene a hacer más vacío tu entorno.

"No permitiré que me echen de aquí; estoy dispuesta a todo. Dentro de poco me van a dar un trabajo y empezaré a pagar el alquiler; creo que el casero no se va a morir si se espera un par de meses".

Oyes que tu hijo se despierta y vas a darle los buenos días. El disgusto es tuyo y no quieres que sepa que hay problemas; basta que su padre haya desaparecido. Adornas tu cara con una ancha sonrisa y abres la puerta.

—Buenos días, cariño. ¡Arriba! ¡A prepararse para ir al cole!

El niño, de nueve años, se estira para desentumecer los huesos y rápidamente se yergue y te abraza.

—Todavía es temprano, mamá. Déjame un ratito más...

—¡Venga, hijo, arriba!

"Iré a ver si soluciono esto con el dueño de la casa. ¿Adónde voy con mi hijo a cuestas? Si estuviera sola me las arreglaría como fuera, pero así, con un niño..."

—¿Está la leche caliente, mami?

—¡Claro que sí, enano! Y tengo bizcocho de chocolate...

Llevas a tu hijo al colegio. En la puerta hay cientos de niños como él, pero ninguno con el mismo problema: pronto ni podrá tener casa ni podrá asistir a sus clases. Ráfagas de recuerdos te ahogan. Quieres llorar pero no debes... El bebé nace y la alegría inunda tu vida; tu marido te quiere más aún, estás segura. Sientes crecer, dulcemente, la luz añorada. La vida palpita en cada uno de los muebles, en cada rincón de la casa que compartes con esas dos personas.

—¿Te parece bien que este verano vayamos a la playa con el enano?

—¡Claro que sí! Yo iré a comprar esta tarde los bañadores para los tres, aceites para que no nos quememos y algunos juguetes para que se distraiga el niño.

—Mi bañador me lo compro yo. No tengo ganas de estar cambiando...

Vas sumida en tus pensamientos. El dueño de la casa estará en su tienda y tu intención es convencerlo para que retire la denuncia contra ti. Le explicarás que pronto tendrás medios para cubrir la deuda que tienes con él. Que por favor no te echen de tu casa. El hombre ve que te acercas y sale de la tienda para hablar contigo.

—Buenos días, señor; vengo a desearle que tenga un buen día...

—Buenos días. Gracias por su buena intención. Siento que tenga usted que irse de mi casa, pero las cosas están así y no las puedo cambiar...

—Mire, señor; le prometo que dentro de poco podré pagarle todo lo que me debe. Usted sabe que cuando mi marido estaba vivo siempre le hemos pagado sin demora...

—Sí, señora. Pero ahora su marido no está y.... Es que los jueces cuando toman una decisión es irrevocable; y ya sabe...

—No se preocupe. Me han dado trabajo y pronto empezaré a cobrar. Le pagaré todos los meses que debemos.

—El tema no está en mis manos; mi abogado es el que se encarga de todos estos asuntos, de verdad que lo siento...

—En ese caso le aviso que no pienso irme... Antes la muerte.

—¿Cómo? Usted está obligada a cumplir con la ley.

—Ya veremos. Adiós, señor, le deseo un buen día.

Y te vas. No puedes olvidar. Entornas los ojos para evitar el caos que te invade.

Tu marido es serio en su trabajo. Sus jefes deciden confiar en él y le ofrecen un trabajo más difícil pero mejor remunerado; lo festejas con él yendo a cenar fuera. Una tarde, de vuelta del trabajo, te informa de las últimas novedades.

—Me han asignado una nueva misión; voy al Norte a tratar unos temas de importancia. Estaré fuera dos días…

—¿Nos vamos a quedar solos?

—No pasará nada, querida. Cierras bien la puerta y ya está…

Es la primera noche que te quedas sin tu marido. Esa primera vez sientes que el mundo se te viene encima; presientes una tragedia invisible que pasea por la casa. Más tarde, esas noches se van repitiendo hasta convertirse en algo normal; hasta darte una sensación de una energía nueva, de una vida mejor. Tu hijo también se acostumbrará, contentísimo, a las esporádicas ausencias de su padre; de vuelta, siempre le trae un regalo. Las condiciones de vida mejoran, lo ves en todo lo que te rodea. El niño posee lo que tú siempre deseabas para él. En la casa se siente felicidad, calma, una enorme placidez y la esperanza de tener un futuro lleno de alegrías. El niño cumple ocho años y ambos sentís la maravillosa ventura que el destino os ha permitido vivir; os confesáis totalmente dichosos.

—Cuando sea mayor podrá estudiar donde le parezca. Ya sabes que sus ahorros son para eso, precisamente.

—Yo prefiero que se quede a nuestro lado. Así no sufriré cuando esté lejos de nosotros…

—Tendrás que hacerte a la idea de que los jóvenes terminan yéndose; tarde o temprano.

—…además estaré para lavarle la ropa y prepararle la comida que le guste.

—¡Eres increíble!

Vas directamente a ver al abogado de tu casero. Quieres agotar todas las posibilidades antes de llevar a efecto lo que te ronda por la cabeza. Está en su despacho y la secretaria te pide que esperes un poco. No te gusta la sala de espera, te resulta lóbrega, oscura y triste. Pero uno de los cuadros que cuelgan de la pared te llama la atención: es muy bonito. Hay un campo verde y unos niños campesinos jugando con unos animales; parecen perros o gatos; no se ve bien porque estás lejos del cua-

dro. Te levantas para acercarte y en ese momento te avisa la secretaria que puedes pasar.

El despacho tampoco es muy atractivo. Tiene cortinas y no se ve ninguna ventana.

—Dígame en qué puedo servirle...

—¿Cómo? ¡Ah, sí! Buenos días, señor abogado. Mire, soy la inquilina de la casa del señor J.; y como usted sabe, me quieren echar de la casa...

—¡Ah! Ya entiendo. Viene a traerme el dinero, ¿verdad?

—Yo... Le daré el dinero dentro de un par de meses. He encontrado trabajo y pronto empezaré a cobrar...

—Lo siento, señora; el plazo expira dentro de dos días; si en ese tiempo no me entrega el dinero, tendrá que irse. La orden judicial que ha recibido usted no estipula que el dinero se entregue dentro de algunos meses.

—No pienso irme. Ya lo verán. Antes le prendo fuego a la casa...

El abogado te mira sorprendido pero sonríe; se levanta, coge un libro que se pone a consultar. Sales sin decir adiós. En la calle, caminas cabizbaja; el cuadro de la sala de espera del abogado se te viene a la memoria, te sorprende pensar en algo así. ¿Qué eran esos animales, perros o gatos? Tu marido prepara la maleta, como de costumbre le ayudas; toma un vaso de leche y se despide de vosotros. Te pide que cierres la puerta bien y dice que pronto estará de vuelta. Le da un fuerte abrazo al niño, un beso a ti y se va. Cuando estás con tu hijo en el dormitorio, oyes que en la radio hablan de un accidente de trenes, pero no sabes dónde ha ocurrido eso: piensas que estas cosas ocurren en cualquier parte menos en tu país. Acuestas al niño, le das un fuerte abrazo y cierras la puerta para que se duerma. Apagas la radio y pones la televisión. En la cocina te preparas un bocadillo y, con un refresco, vas al salón a comer y a oír las informaciones. Y vuelven a mencionar el accidente de trenes; pones atención. ¡Dios, ha ocurrido en nuestro país! Y piensas, en ese preciso

momento que nadie en el mundo puede decir lo que le gusta o disgusta sin pleno conocimiento de causa de las acciones que ha vivido o que va a vivir. Que nadie puede afirmar que hará una cosa u otra, ni prever cuáles serán sus actividades ante los hechos que pueda desarrollar.

"El tren que une la capital con el Norte ha sufrido un accidente entre la ciudad...".

Un pesado silencio se instala en el salón a pesar de que el locutor sigue ofreciendo las informaciones; apagas el aparato y entras a tu dormitorio. Te dices que cuando él regrese desaparecerán todas tus dudas. No puedes dormir y sientes una desolada ira en todos los rincones del alma. Te levantas y paseas un poco por la habitación, sientes cómo te arde la cabeza... Te asomas al balcón. La calle está desierta, te desespera ver tu calle tan sola. Te echas en la cama; unas lágrimas saltan de tus ojos, silenciosas... El ruido del timbre te despierta; corres a abrir: ¿será él o me informarán sobre él? Abres; dos policías están frente a ti. Te desplomas y todo se hace oscuro en tu espíritu y sientes que vas cayendo en un profundo abismo. El entierro y demás acciones que te separan irremisiblemente de tu marido se llevan a cabo mientras tú pareces dormida, lejos; perdida en una densa niebla, luchando contra fuerzas invencibles en la oscuridad.

Amigos y familiares regresan cada cual a lo suyo; tú permaneces con tu hijo en la casa donde has conocido la felicidad. Poco a poco la soledad se instala en tu casa y se convierte en algo material, la llegas a paladear; la sientes en tus carnes. Y decides ir al encuentro de tu destino en ese hogar, sea cual sea la suerte que te depare.

El día previsto para el desahucio, ya tienes pensado lo que vas a hacer. No vas a permitir que te separen de esas habitaciones impregnadas de sus miradas de amor. Tus ojos lanzan sus dardos por las paredes, por el techo, por los muebles y un fuerte vuelco se origina en tus entrañas... Has intentado por todos los medios que la gente comprenda tu situación; que no se inter-

ponga entre tú y su recuerdo, que permita que el idilio continúe, pero nada... Te diriges a la ventana, esperando la llegada de los que te van a echar.

A tu hijo lo has llevado al colegio por la mañana como de costumbre. Has llamado a tus padres para que vengan a verte porque "estoy enferma", les dices. Y estás enferma, lo sabes. La herida de la separación se ha ido haciendo cada vez más grande; se ha incrustado en lo más hondo de tu alma.

Estás enferma. La idea que llevas maquinando hace unos días empieza a tomar cuerpo a medida que las negativas de la gente se hacen más numerosas; a medida que te convences que te quieren separar de tus recuerdos. Sientes que la melancolía te disocia el espíritu, que quieres pensar en algo bonito pero que no puedes. Tus intentos mueren al nacer; salvo lo meditado estos últimos días, ninguna idea se precisa en tu cerebro. El momento de espera se alarga; sientes que te sofocas y que naufragas en profundas y ardientes aguas. Oyes frenar un coche y te asomas. Son ellos; los que te quieren expulsar de vuestro hogar; los que van a separarte de tus recuerdos más bellos. Te levantas y entras en la cocina; dejas salir gas de una bombona y esperas que llamen a la puerta...

La imagen de tu marido, perdida en las sombras de esos días de horror, aparece nítida; te mira y alarga los brazos. A ella se superpone otra imagen con más fuerza; la de tu hijo. Está saliendo del colegio y no te encuentra... Llaman a la puerta; el timbre suena más fuerte que nunca. Coges una caja de cerillas: nunca has sentido un placer tan violento como ése. La imagen de tu marido sonríe; la de tu hijo se manifiesta con cara de desesperación porque tú no estás esperándole...

MOHAMED BOUISSEF REBAK

bouissef@lycos.es

Se licenció por la Universidad Mohamed V de Rabat en 1973. Es periodista, redactor y locutor de la Radiotelevisión de Marruecos. Se doctoró en filosofía y letras por la Universidad Autónoma de Madrid (UAM), en 1983. Es profesor catedrático y jefe del Departamento (hasta el mes de diciembre 2003) de Lengua y Literatura Hispánicas de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de Tetuán. Ha sido invitado a dar conferencias por numerosas Universidades de España, América del Sur, Asia y Marruecos. Ha escrito cuentos y relatos y *El dédalo de Abdelkrim* (2002), novela histórica. Ha sido redactor de la revista SINDBAD, expresión francesa. Ha publicado estudios y ensayos (1980-1984), poesía, cuentos y ensayos en periódicos y revistas, tanto en Marruecos como en el extranjero. Recibió el premio *Eduardo Mendoza* (2002, 4ª edición), que organiza la Consejería de Educación de la Embajada de España en Rabat y el premio *Victoria Kent* (2003, 9ª edición), que organiza la Asociación de Mujeres Progresistas de Algeciras.

CHADOR

Es su primera visita a la universidad. Va pensando en la clase de estudiantes que va a tener delante. ¿Serán como los que siempre ha conocido en su facultad en Occidente? Un ardiente chorro de calor entra por una pequeña rendija de la ventanilla y rápidamente es absorbido y difuminado por el aire acondicionado del interior del modernísimo auto. El profesor cierra herméticamente el cristal. Pasado y presente en conflicto. El chofer llega

frente a la gran entrada de la facultad de Letras. El conductor es funcionario del Estado, por lo que no le tiene que pagar nada; todas las mañanas iría a esperarle para llevarle al trabajo; después, cuando terminara sus clases, volvería a buscarle para conducirle de vuelta a su casa, que por cierto también pertenece al Estado, junto a los muebles y enseres que en ella hay. Los dos hombres que le fueron asignados para servirle: cuidado del jardín, cocina, compras... también son empleados del Estado; el profesor no tiene que darles absolutamente nada. El cielo que está mirando desde su ventanilla es un dragón echando fuego. El calor que imagina lo aplastaría nada más abrir la puerta del auto, pero no tiene más remedio que aguantar.

A la entrada ve que hay muchos estudiantes; todos varones; no ve ni una sola chica. ¿No le dijeron que en Oriente ya se está superando el problema de la segregación sexual? Los jóvenes llevan batas blancas hasta los tobillos, pañuelo en la cabeza ceñido con un cordón negro. Al pasar junto a ellos, se fijan en él; su indumentaria llama la atención. ¿Cómo pueden soportar este calor sin derretirse? Se da prisa en alcanzar la sombra para guarecerse del fuego que le llueve encima. En la carta le dicen que tiene que contactar con el vicedecano y le explican exactamente a dónde debe ir, qué pasillos tomar y a qué lado girar. Respeta escrupulosamente lo que viene detallado en la carta; escrita en árabe y en inglés. Sigue las instrucciones en árabe. Con grandes caracteres, encima del dintel de una puerta hay un cartel dorado en el que se anuncia que se trata del despacho del vicedecano. Llama y empuja la puerta. Delante tiene un amplísimo despacho con cuatro mesas, ocupadas por sendos secretarios. Tampoco hay ni una sola mujer. ¡Pensar que en mi facultad hay secretarias por todas partes! ¡Otro mundo!

"No me imagino trabajando en cualquier sector sin tener a compañeras. La mujer le da al ambiente una alegría y una belleza, que ningún hombre puede conseguir...".

Su imaginación se trunca; antes de que pudiera preguntar nada, los cuatro secretarios se lanzan hacia él. Le hablan en

inglés; les pide que por favor lo hagan en árabe; se quedan mudos y casi al unísono le dicen:

—¿Anta arabi?

Les responde que sí, que es árabe y que venía a visitar al señor vicedecano; se diría que en ese lugar se eternizaba el naufragio humano. Les explica con detalles quién es y que tenía cita con el responsable de la facultad. Le explican que le estaba esperando y que se sentará un momento para anunciar su llegada. Uno de los cuatro, el de más edad, llama a la puerta de su jefe y entra, cerrando despacio, sin hacer el mínimo ruido. El profesor se desliza en el tiempo y sueña batallas campales de árabes enemigos... En las paredes hay versículos de al-Qur'an enmarcados en bonitos cuadros; detrás de las cuatro sillas que deben ocupar los secretarios, colgando de la pared, la foto del jefe del Estado. En la esquina derecha de cada una de las mesas, hay un bonito ejemplar del Libro Sagrado, con arabescos maravillosos para darle realce. Su sueño lo lleva a todos los siglos del pasado.

El profesor ha leído el al-Qur'an, y en ninguna de sus partes se ordena que se segregue a la mujer; todo lo contrario, se habla de que participe en la sociedad como cualquier varón. Sí que se habla del recato que debe mostrar; del respeto que debe imperar en sus relaciones con el hombre; pero en ningún caso se dice que se la deba segregar.

"No entiendo cómo pueden trabajar sin tener compañeras. Aquí por lo visto, la mujer no tiene sitio en la vida laboral. ¿En el departamento habrá alguna colega? Espero que así sea".

La puerta se abre con el mismo sigilo de antes y el secretario le hace una señal para que se acerque. El ruido de sus pasos muere en la profundidad de las alfombras. Su sueño se hace real; antes es ahora.

—Ya marchaba. Es un gran placer recibirle en nuestra facultad.

—Gracias, señor vicedecano. Es un honor poder estar aquí y ofrecer lo que tengo a las jóvenes generaciones.

La charla sigue los derroteros normales de las bienvenidas y de los agradecimientos mutuos. Cuando termina el aspecto protocolario, el responsable académico explica que en la facultad los profesores no deben mantener ningún contacto personal con sus estudiantes; que el saber se imparta y que los jóvenes investiguen siguiendo planes de trabajo expuestos por sus profesores.

—Usted va a tener una clase de chicas...

La noticia le reconforta. Por poco tiempo, ya que le explica que no verá a sus alumnas. En el aula habrá un tabique de madera para separar a alumnas y profesor. Permanencia en el pasado sin esperanza de alcanzar el presente.

—Para la enseñanza de las lenguas, se impone el conocimiento físico profesor-alumnos. Permítame recordarle, señor vicedecano, que para enseñar español debo tener a mis alumnos delante de mí; de manera contraria será muy difícil que consigamos sacar buenos resultados...

—No puede ser posible. Usted imparta sus clases y entregue en Secretaría General fotocopias de lo que haga. Las estudiantes seguirán sus pasos y aprenderán.

—Bien. Como usted diga, señor vicedecano.

Una larga sonrisa se dibuja en el semblante del anciano académico. Había conseguido convencer al profesor; importante para él.

El profesor se sentía metido en el engranaje de la segregación social sin desearlo. Uno de los secretarios, no el que había entrado para anunciar su llegada, sino uno de los otros tres, entra con una bandeja para ofrecer una serie de bebidas...

Después salen ambos y van a la sala de profesores. ¡Hay una mujer! Es occidental; rubia y joven, vestida a la usanza europea. Lleva vestido largo cerrado hasta el cuello. ¡Ah, los escotes!

El viejo responsable saluda a los profesores y se los va presentando al nuevo profesor. Cuando llega a la mujer, no le da la mano, sino que la saluda con un ademán de la cabeza y a decir su

nombre y su cometido en la facultad: Lucile Ménard, profesora de francés.

El nuevo profesor no se corta y saluda muy efusivamente a la mujer, estrechándole la mano y hablándole en francés.

El vicedecano ya no sonríe. Baja la mirada y sigue con las presentaciones. Una atmósfera oscura, inquietante, decepcionante, acaba de instalarse. En ese lugar, anclado en el fondo del tiempo, el camino no se hizo.

—Mañana cuando venga le presento al señor decano. Habla sin mirarle. Alcurnias que no quieren atenerse al lenguaje de la razón.

"¿Cómo voy a trabajar con alumnos que no podré ver? ¿A qué viene esta estupidez? ¿Cómo haré para saber si hay evolución o no?"

El profesor entra en el aula que le han asignado. Es impresionante; muy grande, muy limpia; en cada pupitre hay instalado un micrófono y una serie de clavijas. En una de las esquinas, una enorme pantalla...

"Aquí es donde quiero estar, junto a mis alumnos, sean chicas o chicos, no detrás de un tabique...".

Por la puerta por donde acaba de entrar, no entrará en adelante; él tiene "su" puerta, que da directamente al despacho desde donde impartirá las clases.

El acompañante que está con él se lo explica todo con detenimiento y le dice que será él el que pondría en marcha la maquinaria audiovisual, siempre que así lo requiriera el profesor. Bienestar sumido en la nada.

"Espero conocer más de cerca a los demás compañeros para charlar un poco. Alguno de ellos extranjero y que haya estado aquí el año pasado, seguro que me explica un poco todo este embrollo".

El acompañante le explica que a su alcance tendrá los mandos de un vídeo para proyectar películas que enseñen a los estudiantes las cosas que se enseñan oralmente; que hay

un monitor frente a los alumnos –y le señala la gran pantalla–, y otro del lado del profesor, para saber que todo iría bien. Le dice que siempre estaría a su entera disposición para lo que hiciera falta.

Una auténtica locura. El profesor no alcanza a entender esta postura tan radical. ¿Debía aceptar y cobrar el altísimo salario que le pagarían? Ya sabía que debería respetar las costumbres de las gentes de ese país, que así se lo explicaron cuando firmó el contrato. Los relojes están parados y para hacerlos andar se necesitaba una revolución total, radical.

Piensa en su facultad; lo bien que vivía con sus compañeros y compañeras.

¿Qué fantasmas tienen esculpidos en la mente estas personas? ¿Qué tenía que ocurrir para que despertaran a la realidad?

El conductor está esperando para trasladarle a la casa.

El cocinero, que además se encarga de la limpieza de la casa, le pregunta lo que desea comer. Le dice que prepare lo que crea conveniente; que siempre cocine lo que quiera.

El jardinero entra a saludarle. Le comunica que siempre que tenga un recado, estaría a sus órdenes.

"Aquí conviven los que ordenan y los que obedecen, nada de gente que piense y aplique sus ideas. ¿Qué hacer para obtener el teléfono de la profesora de francés? Los demás son de aquí, no creo que me acepten en su medio... No sé, creo".

La noche es clara. El cielo se cae de lo cargado que está de estrellas. El profesor está solo; siente que la soledad anda junto a él, que se adueña de su imaginación. Se compadece de sí mismo, de su elección, de su amor por el dinero...

Y el trabajo empieza.

Imparte sus clases viendo cómo sus explicaciones se estrellan en el tabique de madera que le han puesto y regresan hasta él. Nada de lo que dice sigue una línea recta desde su boca hasta los oídos de sus desconocidas alumnas.

¡Caras añoradas, sonrisas deseadas; jaleo, ruido, desorden, desobediencia, todo ello ambicionado!

"Los profesores son muy simpáticos; excelentes compañeros. No cuentes que te inviten a sus casas. Gracias a que está Lucile, que si no me moría del aburrimiento".

Lucile le ha contado que tiene una clase de chicas y que da sus clases con normalidad; ahora entiende menos su situación, pero no piensa preguntar nada. Se ha acostumbrado a explicarle al tabique sus clases y poco le importa que gente desconocida aprenda o no. Su pensamiento choca de frente con la realidad que le rodea y asfixia. Los libros no le saben decir ni dónde ni cómo puede encontrar el camino trazado en su memoria. Sobre los hombros lleva toda la historia ajena, aceptada.

Falta poco para el examen. Lo prepara y se lo entrega al Secretario General. El día señalado para pasarlo, pide que le lleven los ejercicios de los alumnos; que estaría esperando en su despacho.

Mudas, las máquinas que le han servido para impartir sus clases, reflejan su rostro resquebrajado; esconden el conocimiento ofrecido a unas personas desconocidas. Seguro que esas máquinas saben más que esos seres humanos.

Su ayudante, el que se encarga de poner en marcha la maquinaria; el que hace las fotocopias y las reparte en el aula; el que conoce a sus alumnas, entra y le entrega un sobre cerrado y le comunica que eran los ejercicios; el sobre apenas pesa...

"¿Se habrán ausentado para no tener malas notas? Posiblemente. Estos responsables se lo merecen".

En casa, abre el sobre de los exámenes; lo primero que saca es una hoja que indica la lista de alumnos; al leerla, se da cuenta que hay un solo nombre; es el nombre de una mujer. La hoja de examen está redactada en bonitas letras latinas; las respuestas exactas, lo que indica que esa chica había estudiado adecuadamente. ¿Quién se habrá encargado de la vigilancia?

"Entonces es esto. Me he pasado un año enseñándole español a una sola mujer. ¿Sabrá hablar? Porque aunque sepa escribir,

posiblemente no pueda articular bien las palabras". El silencio que le rodea le quita sensatez a la verdad. La soledad, compañera asidua del profesor, ensombrece las ideas pensadas; cierra toda apertura a la luz de la razón. El profesor tiene ante él la circularidad añeja del tiempo, anclada en los espejos modernos. Falta poco para regresar a casa, a su verdadera casa; está ansioso de poner en marcha el reloj, y olvidarse de ese vacío absoluto.

LOS CACOS

Aicha entró en casa de su hermana Anisa; la joven se estaba arreglando para ir de bodas. El bebé en su cochecito, cerca de la madre, estaba jugueteando con el borde de la sábana; pataleaba y lanzaba gorjeos, mostrando su satisfacción: estaba recién lavado y comido. Después de saludar a su hermana mayor, Aicha fue a hablarle al bebé, que seguía gorjeando y pataleando.

—Cada vez está más simpático; dan ganas de comérselo.

—Acabo de lavarlo y de darle el biberón, por eso está tan alegre. Llévatelo a su habitación, por favor.

Aicha empujó el cochecito hasta donde estaba la cuna del bebé, donde lo metió con todo su cariño; lo arropó bien y de su bolso sacó un muñequito de goma para bebés que le había comprado de una tienda de juguetes que hay entre su casa y la de su hermana; al levantar la cabeza, le dio a la campanita que Anisa le había puesto a su hijo para que se entretuviera y, sobre todo, poder enterarse cuando el bebé se despertaba; nada más moverse la cuna, la campanita sonaba. Munir cogió el muñeco que le alargaba su tía pero se le cayó de las manos y fue a descansar en un rincón de la cuna. La joven subió las barandillas de seguridad para que el bebé no se cayera. Encendió una débil lucecita que había encima de la puerta de la habitación, apagó la luz y salió.

—Todo en orden. Munir está en su cuna; he encendido la lámpara roja y he cerrado la puerta. ¿Adónde vas?

—Se casa una vieja amiga. El novio es amigo de Mohamed, por lo que va a ir conmigo.

—¿Con quién vas a dejar a Munir? Yo no puedo quedarme porque tengo una cita.

—Ya lo tengo pensado. He llamado a Huría para que pase la noche en casa.

Sigues con Salah, ¿verdad? Pues papá no está muy de acuerdo...

—Voy a ver la televisión, mientras llega la hora de irme.

La ventana de la habitación estaba abierta de par en par; Aicha puso la televisión y olvidó que tenía que decirle a su hermana que le había comprado un muñequito a Munir.

"Pero es que siempre se está metiendo donde no le llaman y me pone los nervios de punta".

Anisa oyó que llamaban a la puerta y fue corriendo. Era su marido que llegaba del trabajo.

—Vístete rápido; para que no se nos haga tarde.

De la puerta abierta, se coló una corriente de aire y cerró de golpe la puerta de la habitación donde se encontraba Aicha. La joven ni se inmutó; no le dio importancia al hecho y siguió viendo su programa televisivo.

—¿Cómo está Munir? ¿Ha comido bien?

—Estupendamente. Está durmiendo. He llamado a Huría para que pase la noche con él. Le he preparado el biberón de las diez... No tiene más que calentarlo y dárselo.

—¿Cuándo llega? Porque nosotros nos tenemos que ir ya.

—No te preocupes por eso. Aicha está aquí y se quedará hasta que llegue la canguro.

—Díselo ahora, no vaya a irse y deje al niño solo.

—Como quieras. Y alargando el cuello hacia el pasillo de la casa, gritó pidiéndole a la hermana que no se fuera hasta que llegara Huría, para que "Munir no se quede solo".

La joven pareja terminó de vestirse.

—¿No le dices adiós a Aicha?

—Vámonos ya; esta mañana la vi cuando pasé a saludar a tus padres.

—Como quieras. ¡Aicha, nos vamos! ¡Hasta luego! ¡Ah, oye, dile a mamá que vamos a ir a comer el sábado! ¡Que no se te olvide! Sus palabras se perdieron en el vacío del pasillo.

Salieron casi corriendo. Querían ser de los primeros en llegar a la boda.

Aicha estaba esperando la hora de ir a ver a su novio; no le importaba que la familia no lo aceptara; lo importante para ella es que lo quería y él demostraba quererla. ¡Que los demás dijeran lo que quisieran! Miró el reloj; faltaba un cuarto de hora para la cita; ¡el tiempo pasa volando viendo la televisión! Apagó el televisor, desenchufó los cables, "no fuera que un cortocircuito hiciera alguna trastada". Fue al dormitorio de la hermana y no la encontró; tampoco estaba en el cuarto de baño, ni en el salón.

"Hay que ver cómo es esta hermana mía; se va sin decirme adiós. ¿Habrá aparecido su marido? ¡Qué gente, ni siquiera ha pasado a saludarme! Tengo que irme ya. Al niño se lo habrá llevado Huría a alguna parte, porque Anisa me dijo que esa mujer estaría con él... ¡Tengo que irme para que Salah no tenga que esperar! Aicha salió cerrando la puerta de un fuerte golpe; empujó para cerciorarse que la había cerrado bien; todo en orden. Al rato, una señora se puso a llamar a la misma puerta. No obtuvo respuesta, y muy extrañada insistió; no podía ser que se hubieran ido sin esperarla; alguien se tenía que quedar con el pequeño, y esa persona era ella.

"Me han dejado plantada. No entiendo a estas personas que cuando tienen un poco de dinero, se creen los dueños del mundo. Podían haberme llamado a casa para decirme que no viniera, de la misma forma que me llamaron para decirme que me quedara aquí esta noche. ¡Es increíble!"

Se tuvo que ir porque los dueños de la casa se habían llevado al bebé a casa de la familia –cosa que muy a menudo solían hacer–, y la dejaron plantada. Pero que no contaran con ella

nunca más, pues a ella no la rebajaba nadie. Frente a la vivienda de Anisa y Mohamed, dos individuos estaban acechando.

—Se han ido todos. El matrimonio y una chica que vino a visitarles. Estoy seguro que éstos no vienen hasta muy tarde, porque se han ido de parranda. Iban muy bien vestidos. Después vino una mujer y estuvo llamando a la puerta un buen rato y se fue; lo que ratifica que en la casa no hay nadie.

—Temo que se les olvide algo y tengan que volver y nos descubran.

—Pues estás arreglado si crees que así vas a conseguir algo. Nuestro trabajo es una aventura continua; te arriesgas y la mayoría de las veces ganas.

—¿Lo tienes todo preparado?

—Claro que sí. Sólo nos resta esperar a que pase el tiempo y que las tiendas del barrio cierren.

Con sigilo, andando casi sobre las puntas de los pies, los dos individuos se acercaron a la puerta cuando ya apuntaba la media noche; uno de ellos sacó una llave maestra y una linterna, cuyo haz de luz dirigió a la cerradura. Introdujo la llave en la ranura, y antes de hacerla girar para que el cerrojo se corriera, algo lo paralizó. Un ruido en la casa.

—¿Oyes? Aquí hay alguien. ¿Estás seguro que salieron todos?

—Segurísimo. La prueba es que la mujer esa estuvo llamando un buen rato y nadie le abrió.

Cuchicheaban, agazapados y temerosos de ser descubiertos. Otro ruido se oyó en la casa. Era como si estuvieran poniendo la mesa para comer: algo metálico o como cubiertos; el ruido les llegaba nítido. De pronto el llanto de un bebé les sobresaltó; seguro que la familia había regresado a su casa y el que se quedó a vigilar no se dio cuenta. Un bebé nunca puede estar solo; por lo que debían abandonar la idea de desvalijar esa vivienda. Ya tendrían otra ocasión.

—Dime, ¿has tenido que ir al servicio?

—Sí. Pero sólo fue un minuto.

—De sobra para que esta gente haya entrado y no la hayas visto. Vámonos.

Munir se despertó y empezó a lanzar algunos chillidos para que lo oyeran y vinieran a prestarle ayuda, al moverse, la campana sonaba tímidamente. Sentía escozor en alguna parte del cuerpo y debía pedir socorro. Al no abrirse la puerta y no entrar "cara de ángel", que le limpia y le da de comer, se levantó agarrándose de las tablillas de la barandilla de seguridad y empezó a lloriquear. Uno de los bracitos se movía instintivamente para alcanzar la campanita, que ahora sonaba con más ímpetu. ¡Nada, la puerta no se abría! El lloriqueo se hizo más fuerte; había que hacer algo para que "cara de ángel" le oyera. El sentimiento de dolor se intensificaba y Munir se desesperaba. La campanita no dejaba de tintinear, acompañando su llanto, ahora bastante fuerte. Insistió una y otra vez, pero al no abrirse la puerta de ninguna de las maneras, se soltó de la barandilla y cayó de espaldas. Se llevó el pulgar a la boca. Estaba cansado; se quedó dormido. Un rato después, el intenso escozor y un sentimiento de vacío en el estómago, lo despertó. Se volvió a levantar ayudándose de las tablillas de la barandilla, la campana no dejaba de tintinear. La puerta seguía cerrada y "cara de ángel" sin aparecer. Lloró con pena y dolor; las lágrimas se le saltaron a borbotones. Nadie se acercaba a él para acariciarle y mimarle, para desembarazarle de ese intenso escozor; para darle esa agradable comida que lo sumergía en un bonito sopor. Munir se sentía abandonado, olvidado. Nadie abría la puerta para acercarse a él. Lloró largamente, sin obtener respuesta. Exhausto, el pequeño se tiró de bruces; una de sus manos dio con el muñeco que le regaló su tía Aicha, y que estaba olvidado en un rincón de la cuna. Se lo llevó a la boca y sintió una sensación de alivio, de algo que venía a aligerar el sentimiento de peso que le apretaba en alguna zona del cuerpo. Dejó de llorar. El bebé volvió a quedarse dormido. La sábana hecha un ovillo debajo de las piernas y uno de los brazos del muñequito en la boca. La joven pareja llegó muy tarde.

—Abre pronto; estoy cansadísima.

—¿Cómo no vas a estar cansada, si no has parado de bailar?

—Es verdad. Me encanta.

Mohamed abrió la puerta y le dejó paso a su mujer. Ésta fue directamente a la habitación del bebé. El joven marido oyó que su mujer le llamaba, y fue a ver qué quería.

—¡Mira cómo está Munir! Destapado y sucio. Voy a ver a esa fresca de Huría que viene a dormir, no a cuidar al niño.

Huría no estaba. Su hermana tampoco.

—¿Qué habrá pasado? ¿Por qué Huría no está aquí? Aicha tampoco está. Esto no hay quién lo entienda.

—¡Mira que insistí para que le dijeras que esperara a Huría!

—Lo hice. ¿Tú le has dado este muñeco al niño?

—No. Yo no.

—¿Quién se lo habrá dado? El niño puede coger cualquier cosa. Esto es para volverse loca. Esa Huría que no espere que la vuelva a llamar.

—¡Podían haber venido algunos ladrones y llevárselo o hacerle algún mal al niño!

Para nosotros se acabó salir de noche. Mientras Munir no crezca un poco y que lo podamos llevar a la casa de tu madre o a la de la mía, no lo dejaremos solo.

—No creo que haya ladrones que se dediquen a robar en casas tan céntricas como la nuestra...

La joven madre cogió al bebé y le quitó el muñeco de la mano y de la boca. Esto lo despertó; nada más abrir los ojos, rompió a llorar. "Cara de ángel" estaba ahí, pero sentía dolor por todo el cuerpo y necesitaba que le aligeraran de ese pesado fardo. Entre los dos, le lavaron y cambiaron; le dieron el biberón y le hablaron con la ternura y el amor de siempre. El mal rato había pasado y el bebé pataleaba y se divertía como siempre. La madre lo metió en su cuna, apagó la luz; con la lámpara roja encendida en la habitación, cerró la puerta. Munir, nada más sentir el suave golpe de la puerta al cerrarse, respiró profundamente y se metió el pulgar en la boca, quedándose dormido.

MOHAMED LAHCHIRI

lahchiri@menara.ma

Mohamed Lahchiri, nació en Ceuta en 1950. Fue profesor de árabe en Casablanca (1970-1981) y ahora es profesor de español en la misma ciudad. Trabajó como colaborador en la prensa marroquí en lengua árabe desde 1973 hasta 1990. Fue miembro del equipo de la revista "Attaqafa al Yadida" (Cultura Nueva) para la que elaboró una antología de diez cuentos latinoamericanos y tradujo el libro de memorias *El olor de la guayaba* de Gabriel García Márquez. Tradujo también *La dama del alba* de Alejandro Casona, *La casa de Bernarda Alba* de Federico García Lorca, *Noche de guerra en el Museo del Prado* de Rafael Alberti y *Días y noches de amor y de guerra* de Eduardo Galeano (estos dos últimos libros para la revista literaria palestina *Al Karmel*). Desde 1990 hasta 2003 trabajó en el diario marroquí en lengua española *La Mañana*, gracias al cual escribió cuentos en español, que fueron publicados en un primer volumen en 1994, *Pedacitos entrañables* y en un segundo en el 2004, *Cuentos ceutíes*. En 2006 publicó un tercer volumen, *Una tumbita en Sidi Embarek y otros cuentos ceutíes*. Está preparando también la publicación de un volumen de cuentos literarios marroquíes y una novela, *Una historia repelente* (ya publicada por entregas en el diario *La Mañana*).

RECORDAR UN CUENTO

Hace muchos años. Él era aún un veinteañero, con la cabeza repleta –caliente– de indignación por todo lo que veía –sobre todo por lo que oía– en su paisito tercermierdista; una indignación que sólo encontraba escape cuando se encontraba entre

amiguetes o estaba en casa, donde su madre no se cansaba de decirle, con miedo en los ojos, en las arrugas y en las palabras –él también tenía miedo–, deja de decir estas cosas, hijo mío, por el amor de Dios. Que vas a meterte en líos con el majzén. Si Allah ha hecho al mundo así, qué le vamos a hacer, etc., etc. La cabeza estaba también repleta de sueños. Soñaba sobre todo con ser un gran escritor o –en otras palabras– con escribir un gran libro, una novela como la Trilogía de Naguib Mahfuz. Entretanto, escribía cuentos y traducía del francés o del español al árabe cosas menudas de esas que gustan tanto, que uno se exclamaba ¡cuánto me hubiese gustado escribir algo así! Cosas como: Hay una cosa importante/ más importante que Dios/ y es que nadie escupa sangre/ pa que otro viva mejor... que algunos periódicos marroquíes podían publicar, pese a que la época era la más siniestra bajo el rey Hassan II.

Su primer cuento se lo publicó un periódico de Casablanca y no en las páginas de jóvenes principiantes, con una nota animando al escritorcito a que siguiera dándole al bolígrafo, pero sobre todo a que siguiera aprendiendo, sino en toda una página para él solito, como si fuera un Mohamed Zafzaf, un Mohamed Chukri, un Mohamed Berrada o un Mustafa Mesnaui. Contaba la historia de un chico doceañero que traía lentejas, judías y garbanzos... de Castillejos, en bicicleta, para venderlas a tenderos ceutíes. Él había hecho eso también y todavía está vivito en su cabeza uno de sus clientes, que era un grandísimo bonachón: Cristóbal, en El Morro, cuya mujer, cuando el tendero –Crittoba– no estaba, le decía: Ara viene, se ha bahao pa el pueblo. Que quería decir: Para el centro de la ciudad.

Luego escribió otro cuento, y otro y otro. Pero ya publicaba en el suplemento cultural del diario 'Al Alam', donde colaboraba la flor y nata de los cálamos de Rabat y Casablanca. Hasta que escribió 'El tubo de escape'. No sabía cómo se llamaba eso en su lengua y buscó en un diccionario la palabra árabe: al-manfas o al-manfad. En el árabe marroquí se utiliza 'tubo de

escape' en el norte del país y 'échappement' (a menudo deformándola: échchacma) de Alcazarquibir para abajo. El cuento se pone en marcha con un niño de diez años, que recibe una paliza en una escuela coránica –injusta, como otras palizas que recibió él mismo en la escuela coránica donde estudió y que recibieron muchos de sus condiscípulos–. La escuela es el típico cuartucho con suelo cubierto de esteras –igual que el suelo de toda la mezquita–, que se encuentra en la parte trasera de las mezquitas y que sigue sirviendo para enseñar el Corán –en realidad una pequeña parte del libro– a los niños. Estamos en otoño o en invierno, tiempo frío, y el dolor intenso de los golpes del palo del maestro en las plantas de los pies del niño –con frío y sin calcetines– no sólo dura más tiempo, sino que va trepando por las pantorrillas. El niño se retuerce y se retuerce, agarrando cada pie y soplando y soplando en las plantas, con labios enfebrecidos, en un intento inútil de aliviar el condenado dolor.

El cuentista dedicó varios párrafos al dolor en las plantas de los pies. Después, aquella señal al maestro con el puño derecho tendido y el dedo pulgar hacia abajo –como en aquellas películas de gladiadores que les gustaban a rabiar a los chicos– y la mano izquierda agarrando la bragueta, con la que los pobres diablos pedían permiso para ir a mear a los retretes de la mezquita, que estaban al otro lado del edificio.

El niño sale de la escuela y arrastra el dolor que –cual unos grilletes– le machaca los pies, hasta la entrada principal. Y en los retretes, la sorpresa maupassaniana del cuento...

No, el niño no tiene ganas de mear, no va allá para eso, sino para masturbarse. Algo horrible. Y al ser 'follarse la mano' la única manera que conocía en árabe para expresar el acto, recurrió de nuevo a los diccionarios para dar con un verbo menos escandaloso para un texto que se iba a publicar en un diario que lee todo Dios. Istimnaa. Disimulaba bien. Masturbarse es insinuado como un escape, un intento de aliviar el dolor por medio

de un raudo placer y sobre todo una venganza. Vengarse por la injusticia trituradora del castigo cometiendo el más capital de los pecados. Les decían –los chicos mayores de la escuela y del barrio– que aquello era una pecado tan horroroso tan horroroso que era igual igual que violar, no a la hermana ni a la tía ni a la prima, no, no..., era igual que violar –o follarse– ¡a la santa madre!, y no sólo una vez, sino ¡cuarenta!

De ahí ese arrepentimiento, cual lava llameante de volcán en erupción, que los aplastaba cuando cometían aquel pecado de pecados. Y eran muy pocos los niños que lo cometían o que lo reconocían y raras las veces que lo hacían. Y cuando alguno de los chicos resbalaba en aquel horror, se pasaba días y días y noches y noches suplicándole a Allah perdón –antes y después de cada una de las cinco oraciones, incluso fuera de ellas– y prometiendo fervorosamente no volver a caer nunca nunca más. Esto lo ha confesado no hace mucho uno de los que todavía dan señales de vida, en un encuentro casual en una terraza del Paseo de las Palmeras. En Ceuta.

Mientras escribía el cuento, o lo releía y retocaba, pensaba en la Gran Mezquita de Ceuta, en cuya entrada principal –ya entrando en el templo– se ve una placa de mármol con un texto breve en cristiano, que él leía cada día, que pone que el Generalísimo Francisco Franco Bahamonde hizo construir esta mezquita para sus fieles moros ceutíes, en el mes tal en el año mil novecientos... después de la guerra civil del treinta y seis –más o menos esto–. Ahora la llaman Mezquita Mulay El Mehdi... Donde él aprendió el Corán con otros muchos chicos de El Morro, Hadú, Los Rosales y El Príncipe Alfonso, entre los que había algunos cuyas madres eran cristianas –casadas con moritos, claro–, que eran muy queridas entre el alumnado, porque eran las que más venían a la escuela –en domingos y días festivos– a darle una baraca –una cantidad de dinero– al maestro para que liberara a los chicos de aprenderse el Corán y les permitiera irse a jugar el resto del día, cosa que les sabía a gloria

cuando había partido en el Alfonso Murube o era verano y la Playa Nueva espejeaba ahí mismo, abajo.

El cuento culmina con el niño intentando deshacerse con el agua del olor de la saliva en la mano y el pajarito, y luego saliendo del retrete, asfixiado de asco y remordimiento. Pasó el texto a limpio con letra lenta, lo puso en un sobre, escribió la dirección de Rabat del periódico, el nombre del responsable del suplemento cultural: Abdeljabbar Sehimi (leer la 'j' como los franceses), que escribía también cuentos y lo llevó hasta la oficina principal de Correos. Y empezó aquella espera de ver su cuento –que consideraba el mejor que había escrito hasta entonces– ocupando una página entera del suplemento. Esperó, esperó..., hasta que empezó a ponerse nervioso y a ser acariciado por la decepción. El cuento es bueno, joder. Luego empezó a hurgar en su cabeza la idea de que lo de masturbarse en una mezquita era quizás una monstruosidad para las frágiles páginas de un diario marroquí. Muchos años después, leyó por ahí algo que le recordó el terror que se sentía en aquella temprana edad infernal, en la que a veces te sentías acorralado por la tentación irresistible de masturbarte, para dejar de sufrir o simplemente para poder dormir. Que un alim tangerino de setenta y varios años, llamado Abdelaziz ben Seddik, estaba publicando en un periódico local unos artículos sobre la sexualidad en el islam, en los que decía algunas cosas sorprendentes: como que la felación –considerada una guarrada incluso por damas españolas que él conocía con pelos y señales– es lícita en la ley islámica y que no había ninguna prohibición en el islam para que el matrimonio goce de todos los placeres carnales, excepto el placer anal. Todas las demás partes del cuerpo pueden servir para el placer sexual y una mujer en período de menstruación puede '¡masturbar el pene de su marido hasta que eyacule!' Esta última afirmación del alim de la ciudad del Estrecho le hizo saltar de su sitio, como cuando los futbolistas marroquíes marcaban aquellos golazos espléndidos a Portugal en el

Mundial de 1986. Y Ben Seddik no era ningún cantamañanas, había estudiado en El Cairo, en el Universidad Islámica de Al Azhar y era considerado un guardián de la ortodoxia... Nunca vio publicado su cuento. Y como no guardó copia alguna de su querida obra, sólo le queda lo que ahora acaba de estrujar, hurgando en el recuerdo.

LOS NOMBRES DE ALLAH

Ya cincuenta años después, con la jubilación en el macuto y enzarzado en una larga batalla para sortear los achaques de la edad, el asombro que le embarga no se mueve ni un ápice cada vez que piensa en aquel episodio menudo. ¿Fue él ... él el autor de aquello? Medio siglo después, le sigue costando creerlo. Y sin embargo, recuerda perfectamente que lo logró; el polvo del tiempo no ha enterrado la escena final, que recrea como si se hubiese producido en unas tablas. Quizá porque él no ha dejado nunca de recordarlo –ni de contarlo– durante todos estos cincuenta años.

Medio siglo, su odisea cuya ítaca no quiere ver todavía. Su estado de salud, que está logrando con cuidados minuciosos y esfuerzos diarios, le hace pensar que todavía le queda tiempo de atracar en alguna que otra rivera, antes de que su vigía vea tierra firme natal.

Tenía ¿diez u once? años. Con el culo pegado a una estera dura de mimbre –ahora casi todas las que ve son de plástico; 'el plástico terminará acabando con todo', dice en momentos de pesimismo sobre el futuro de la humanidad–, con la única comodidad de la pared encalada sosteniendo su espalda, la tabla con textos coránicos que aprendía bajo la amenaza del palo largo, fino y flexible del maestro, que sigue dándole la impresión de que aborrecía a todos los pobres diablos cuyos padres les mandaban a aprenderse de memoria las palabras de

Allah. Incluso a los que tenían una buena memoria, que no eran muchos. Él tenía una memoria de filo de acero. Lo piensa ahora porque recuerda que aprendió todo el Corán –todo, cada una de las sesenta partes en las que se divide–, cuando aún no había cumplido los doce años. Y empezó a olvidar los versículos del libro sagrado en cuanto se libró de la escuela coránica ceutí y fue a seguir sus estudios en Tetuán. Con profesores muy amables –nada que ver con el maestro de El Corán–, inteligentes, muchos, cada asignatura uno, marroquíes, españoles, franceses, egipcios, sirios, de dibujo, de historia, de literatura, los alumnos podían jugar al fútbol –en un verdadero campo de fútbol, con un balón de verdad–, al balonmano, al balonvolea, ir al cine –prohibido por el maestro de El Corán– cuando les saliese de los cojones y de los bolsillos.

Un aciago día, el maestro de El Corán dijo tú y tú y tú y tú y tú –los que más avanzados estaban en el aprendizaje de El Corán, él era uno de ellos–, les ordenó que lavaran sus tablas por las dos caras y se prepararan para escribir los noventa y nueve nombres de Allah; ya era hora de que se los aprendiesen de memoria.

Los elegidos eran los alumnos cuyas plantas de los pies menos azotes recibían. Él era castigado generalmente por cosas pequeñas no relacionadas con el aprendizaje de los textos sagrados. Ser descubierto pensando en otra cosa en vez de enzarzarse con los versículos, cazar una mosca –esto en tiempos de calor– y ponerse a jugar con ella, arrancándole las alas, etc., ir a mear y no volver pronto, etc.

Cada nuevo texto coránico cotidiano él lo despachaba sin sufrir mucho y lo recitaba ante el maestro sin el menor tropiezo, con una soltura que paralizaba el palo y parecía que crispaba al maestro, que en todos aquellos años interminables solamente una vez le alegró la vida con una buena palabra. Cuando una mañana el niño le mostró una aleia, diciéndole que creía que aquí faltaba alguna palabra. El hombre, con una barba bien

dibujada, miró y dijo sí, efectivamente, falta una palabra y la escribió él mismo con su cálamo, en un espacio cercano al lugar donde faltaba, ¿cómo lo has sabido? Y con una sonrisa –la única que recuerda– le dijo bien bien.

Sí, cada nuevo texto coránico mañanero se lo zampaba sin sufrir casi nada. Pero noventa y nueve nombres de Allah, aprenderlos uno por uno, en el orden en que han sido dictados por el maestro... Parecía más una prueba para romper la entereza, la seguridad del buen alumno y convertirlo en espectáculo. Porque el castigo de los azotes de palo en las plantas de los pies era todo un espectáculo y un recreo para el resto de los alumnos, que dejaban de aprenderse los textos de las tablas –el maestro estaba demasiado poseído por la faena de apuntar y azotar con el palo fino a las plantas, a la parte tierna de los pies del caído en desgracia de turno– y se refocilaban mirando y pensando que el que recibía esos golpes como cuchillazos era otro, no ellos.

No les dio mucho plazo. Había que dejar todo en alguna cuneta de la memoria y centrarse minuciosamente en aquellos benditos 99 nombres en fila india. Fuera cientos de títulos de películas, de nombres de actores, actrices, cantantes, jugadores, animales... que se enjaulaban en su testa y que le hicieron alguna que otra desagradable jugarreta, cuando se encontraba recitando nuevas suras.

El maestro empezó por el mayor de los cinco alumnos. Él era el más pequeño. Y cuando le llegó el turno, se levantó, se acercó, se sentó delante del maestro y levantó él mismo los dos pies para que el hombre –que tenía una barba que recordaba a un mapa– se las atase con una cuerda hecha con aquellas hojas de palmitos, con las que los montañeses –yeblíes– de los contornos hacían muchas cosas que vendían en el soq del Príncipe Alfonso; como cestas de compras, escobas, sombreros, incluso abanicos. Y se puso a decir, con el palo latiendo cerquita cerquita de sus pies resignados, los noventa y nueve nombres de Allah: Arrahmanu,

Arrahimu, Al-Maliku, Al-Quddusu, As-Salamu, Al-Muminu, Al-Muhaiminu, Al-Azizu, Al-Yabbaru, Al-Mutakabbiru...

... con la 'u' final de cada nombre bien dibujada por los labios, las vocales largas suficientemente alargadas,... ¡hasta el último nombre –el 99– del Clemente y Misericordioso! ¡Era increíble que las cuchilladas del palo, que había machacado a los cuatro condiscípulos que le precedieron y que tenían más edad que él, no se hubieran desatado sobre las plantas de sus pies ni una sola vez!

La noticia saltó a su casa –¡cómo sonaba aquello de que él era el único en aprenderse los nombres de Allah!– y su madre, feliz, con las vecinas entrando y saliendo, le dijo y ahora pide lo que quieras. ¡No ir a la escuela coránica el próximo domingo y que le dé para ir al cine!

Ese domingo, él fue uno de los primeros en llegar a la cola de la taquilla del Cine Astoria, con la peseta que costaba la entrada del programa matinal de las doce, bien guardada en el fondo del único bolsillo de sus zaragüelles.

El remate de aquel domingo feliz fue la película de indios que vio: 'Hoguera de odios', con Charlton Heston de blanco bueno, y Jack Palance, de piel roja con una cara y una mirada que acuchillan. En aquel entonces se creía que los rostros pálidos eran buenos y los indios malos y asesinos de mujeres y niños. Y aplaudían hasta sacar dolor de las palmas, cuando una patrulla de soldados corría en ayuda de una caravana de colonos atacada por unos salvajes que, con sus gritos, parecían poseídos por el demonio.

Ahora, cuando estos recuerdos revolotean por su vida, en algún momento remanso, los remata con una sonrisa ante el pensamiento del monumental disgusto que puede tragarse su madre, si llega a saber que todos los títulos de películas y los nombres de actores (incluido un montón de segundones), cantantes, futbolistas, animales, hasta personajes secundarios de tebeos como un tal Fideo de Mileto, de 'El Jabato', siguen vivitos

en su recuerdo, casi uno por uno, aunque no hizo nada nada por aprenderlos, entraron solos, mientras que de los 99 nombres de Allah, casi nada; puede que, con Dios y ayuda, logre recordar ocho o nueve nombres. Del resto, ni rastro.

Y cuando va a visitarla, no puede evitar levantar la mirada hacia un cuadro en la pared del salón, encima de la tele, donde se encuentran los 99 nombres en letras doradas y afiligranadas. A veces, se acerca, estira la mirada y descorcha de las exageradas filigranas algunos de los nombres de Allah y al mismo tiempo que se siente profundamente incapaz de aprendérserlos ahora, recuerda a aquel niño que fue y aquella hazaña y se siente como un Di Stéfano, un Kocsis Cabeza de Oro o un Pelé recordando el mejor gol de su carrera. O un Maradona recreándose en aquel gol de la mano de Dios, en el Mundial que ganó en México.

CARL JUBRÁN

jubrancarl@hotmail.com

Carl Issa Jubrán nació en Gush Halav (Jish en árabe), en el norte de Israel, de padres palestinos maronitas. Se mudó a los EE.UU. en 1975, a la edad de cuatro años. Hizo una licenciatura en lingüística y filología en la Universidad de San Diego. Hizo estudios de literatura francesa en La Sorbona en París y luego sacó una maestría en francés en New York University. Se doctoró luego en literatura en la Universidad de California, San Diego con una especialización en hispano-arabismo y orientalismo español. Es actualmente profesor de español en la Universidad de San Diego y director del Programa de Guadalajara (Estudio al extranjero), México. Ha publicado varios artículos sobre la institucionalización del árabe en España y la representación de los árabes en Europa. Sus dos últimos proyectos son un libro sobre el orientalismo interno en España y un libro de texto para la enseñanza de la civilización y cultura de España. Es también traductor de una novela mexicana *Y apenas era miércoles*, de Martha Cerda, y editor ejecutivo de la revista PRAESIDIUM-Journal of Latin American and Cross-Cultural Studies. Es poeta y cuentista y ha cultivado esos dos géneros en árabe, francés, inglés y español.

GRANADA HECHA EN ESTADOS UNIDOS

Ese domingo como todos los domingos amanecimos sin sospechar nada, pero la tragedia ya había empezado. El olor del odio ya comenzó a penetrar las problemáticas fronteras que separaban nuestras familias. Lo único que mantiene viva la memoria de nuestros muertos es precisamente ese odio que

compartimos. La muerte de mi hermano, de tu hermano, no lo pudimos perdonar. La muerte de mi hija, de tu hija, no lo pudimos perdonar. Perdonar, olvidar, expiar –sueño imposible. Yejiel no pudo perdonar el asesinato de su esposa en el autobús de Haifa. Apenas se habían casado la semana anterior y, como todos los hebreos ortodoxos, ya habían discutido los asuntos de su futura familia hasta los nombres históricamente relevantes de todos los niños. Zaid no pudo perdonar las explosiones que destruyeron 28 casas y causaron la muerte de toda su familia. Tantos muertos, tanta sangre, un desastre total. "Malditos Sionistas sin compasión", gritó Zaid mientras buscaba a su familia entre las piedras. En el hospital, Yejiel gritó a los policías que el responsable es un "palestino hijo de puta". Y, de repente, Yejiel pensó en sus tíos en Nueva York que no quisieron inmigrar por razones políticas. Zaid volvió al desastre para recuperar cualquier recuerdo de su mamá, una huella de su familia, algún símbolo de la inocencia de su juventud. Lo único que encontró fue una granada. Al voltearla leyó en la parte de atrás "Made in USA".

AHMED MOHAMED MGARA

ahmedmgara@yahoo.es

Ahmed Mohamed Mgara nació en Río Martín –a nueve km de Tetuán y a cien metros del Mediterráneo– el 19 de agosto de 1954, durante la etapa del protectorado español en Marruecos. Publicó fotografías y artículos de información, de opinión o literarios en más de cincuenta periódicos y revistas de ocho países, copias de las cuales se hallan todas conservadas en los fondos y archivos de su padre y de los cuales es actual conservador. Publicó tres libros en español: *Tetuán... embrujo andalusí*, *Desde Tetuán, con amor*, *El cine español y Marruecos* y *Divagaciones*. Colaboró con varias emisoras de radio de Málaga, Rabat, Tetuán y Tánger en diferentes épocas. En prensa, desempeñó labores muy dispares como reportero gráfico, corresponsal, colaborador, columnista, redactor jefe, consejero de redacción, director de redacción o director. Actualmente, se encarga de confeccionar un suplemento quincenal en español en *Tamuda* y otro suplemento, en español también, en la revista trimestral *Kadaya*.

AL BORDE DEL DESENLACE

Tenía una labor que llevar a cabo los últimos días del verano. La visibilidad en la mar aún era aceptable y las olas no se habían rebelado contra lo estáticas que fueron durante los dos últimos meses de verano. Tenía que acudir a diferentes puntos, supuestamente, de partida de pateras o lanchas de inmigrantes ilegales. Estuve en varios sitios olfateando y preguntando a gentes con quienes me iba cruzando en diferentes orillas, sin aparentar

que estaba muy interesado... y, de todo hubo en la viña del Señor, como se suele decir. Probablemente, lo más espeluznante y alarmante que vi fue muy ocasional en una de las montañas o laderas cercanas al Estrecho. Centenas de africanos de color estaban agolpados y agrupados en grupos diseminados. Inmóviles e inertes, casi no se movían para nada. Estaban de pie o sentados sobre la tierra o la aridez de esa montaña. Algunos mascaban chicle, pero sus ojos estaban clavados en la tierra que llenaba el horizonte detrás del Estrecho. Después de recorrer miles de kilómetros intentando llegar a Europa ven frenadas sus ilusiones por unas pocas millas de agua salada... se despiertan de sus sueños para encontrarse tan cerca y tan lejos de su tierra soñada que esperan y esperan hasta la desesperación.

De pie y esperando el milagro de ver emerger desde las profundidades a Neptuno con un puente por debajo de los brazos para tenderlo entre las dos orillas por unos minutos que diesen tiempo a los allí agolpados para correr hacia la orilla de enfrente sin que nadie estuviese detrás de ellos ni impidiéndoles el paso. Despertaron de su sueño para embarcar, aún despiertos, en otro sueño, quizá más cruel... más desesperante y desmoralizador. Durante casi una hora he visto evaporarse los sueños de esos simpáticos y débiles seres humanos de tez morena. Pero, para ellos, yo estaba seguramente equivocado. Ellos no soñaban, sino que sabían que en cualquier momento podía llegar la oportunidad de su vida. Ellos han invertido el sentido de su vida haciendo una inversión muy cara. Miles de kilómetros en los desiertos africanos, algunos a pie, y con mucha hambre en el camino. No tendrían, seguramente, dinero suficiente para gastárselo.

Y llegaron, por fin. Ya podían vislumbrar el Gibraltar y el Estrecho de los que tanto habrían oído hablar antes de emprender el camino. Incluso podían bendecir su cuerpo con el agua mágica y angelical del Estrecho... las mismas aguas que bañan Tarifa y Getares, Algeciras y cualquier punto donde podían des-

embarcar. Procuré hablar con algunos. En vano. No confían en nadie. Temen a los seres extraños. Para ellos, todos somos culpables de que no puedan llegar a la Península... los blancos somos racistas e informadores. Algunos se hacían los sordos, otros escuchaban el saludo y después de mirar de dónde procedía, se daban la vuelta y volvían a adorar a su mar. Algunos me contestaron en un inglés muy complicado. Pero los más sinceros fueron dos que me dijeron: "Vete. Aquí no molestamos".

No sabía si quedarme allí mientras atardecía. Podía ser peligroso seguir allí más de lo que había estado y emprendí el camino entre los matorrales para volver a la carretera. Y uno de esos hombres, que estaba acompañado por cinco amigos suyos, me llamó pidiéndome que me acercase a donde estaba. No sabía si correr hacia abajo, lo que no me hubiera servido de mucho, o hacerle caso a ese joven. Casi sin pensármelo, decidí acercarme a él y cambié el rumbo de mis andares. El muchacho me dijo en un español muy complicado que me había estado observando y que se preguntaba por qué me adentré en esa montaña cuando todo el mundo tiene miedo de "los negros". Me señaló con el índice izquierdo hacia una choza de cartones y plásticos. Todo estaba atado con cuerdas y cintas adhesivas de embalaje. Era, me dijo el pobre muchacho, el único y mejor palacio de su vida. Tenía algo de ropa, que asomaba de una mochila, y una bolsa de plástico con comida de la beneficencia. Estaba enfermo, me comentó, y que su enfermedad no sería por mucho tiempo... era cuestión de llegar allí, a la otra orilla. Cuando me despedí de ese joven me dijo uno de sus amigos en un español nítido:

—Oye, ¿sabrás decirme cual de las dos orillas es la maldita, ésta, en la que nos hallamos o aquélla a la que no podemos llegar?

—Cada orilla posee su propia maldición, le contesté, pero la esperanza que tenéis vencerá a las dos maldiciones. Suerte, amigos.

IRAK, MÁLAGA Y UN DOLOR MÁS

Talal era un joven iraquí que estudiaba económicas o empresariales en Málaga y su amiga Caroline era escocesa y estudiaba Idiomas. Con los dos coincidí en un curso acelerado de "Esperanto" en la Facultad de Filosofía y Letras de la ciudad del Cenachero, a finales de la década de los años setenta. Talal y Caroline eran novios y estaban unidos por más de un sentimiento de amor. Me daba la impresión que eran la misma persona. Después de cada sesión del curso salíamos de la Facultad y nos dirigíamos a Chinitas para sentarnos en alguna bodega o cafetería un rato de diálogo y de convivencia que, muchas veces se alargaba a horas de charla y buena tertulia. Algunas veces, Caroline se iba antes que nosotros para recibir las llamadas telefónicas de sus padres, momentos que Talal y yo aprovechábamos para hablar en árabe de temas más concretos que Caroline nunca hubiera podido entender y, menos aún, según los interpretábamos nosotros. Mi amigos Talal y Caroline y yo llegamos a crear un grupito de amigos muy peculiar. Los ratos libres los dedicábamos a descubrir, cada uno, el pensamiento de los otros dos compañeros y, curiosamente, entre los tres conseguíamos cada noche despedirnos tras haber hallado resultados óptimos para resolver los problemas de la época en todo el mundo.

En aquella época, Irak poseía un auge considerable en la cultura dentro de los países árabes. Allí se hallaban las mejores imprentas y las más grandiosas publicaciones periódicas nos llegaban de allí como principal fuente tras la casi paralización de las imprentas y editoras libanesas. Para los intelectuales del mundo árabe Iraq era la principal fuente de libros y publicaciones tanto en cantidad como en calidad, avalada por los cinco milenios de historia viva u omnipresente. Caroline nos decía que: "Murió Manolete, pero Hamorabi sigue presente...".

En una bodega de Chinitas trabajaba de camarero un chaval "rosa mariposa" muy gracioso que, cuando nos veía asomar por

su establecimiento, decía a sus compañeros con una gracia desmesurada: "Ya están aquí los peques... un basito de leche templá pa ca uno y argo de comé que no tenga jalufo". Ni Talal ni yo bebíamos bebidas alcohólicas y Caroline, comprensivamente con su novio, acabó siguiendo su norma, lo que me hacía admirar cada vez más a esa joven británica de Escocia. Talal tenía una perspectiva de futuro muy esperanzadora. Una vez me dijo que el mundo les pertenecía a los jóvenes, que eran quienes debían cuidarlo y dirigir sus destinos y que los viejos, como Tito, Burguiba o Castro estaban fuera de circulación. Mientras que el mundo evoluciona, ellos seguían aferrados a "sus glorias". Tenía, mi amigo Talal un amor incondicional al mundo árabe hasta el punto de que, en el piso donde vivía, había colgados varios motivos de distintos países árabes así como algunos cuadros con fotografías de algunos líderes árabes. Una de esas fotos era del rey Faisal de Irak con Franco. Mi amigo me regaló esa fotografía que aún conservo con una nota en el reverso escrita a lápiz: "Franco y Faisal en el desfile de la Victoria de mayo del 56 en Madrid". También tenía junto al Corán un libro de poesía iraquí publicado por el Instituto Hispanoárabe de Cultura y otro poemario editado en Irak de poetas iraquíes en árabe.

Después de acabada la Guerra Civil, España se quedó desmembrada y arrinconada, los países occidentales le negaron el reconocimiento y pararon sus ayudas y colaboraciones. Y fue el mundo árabe quien se solidarizó con el Estado y con el pueblo españoles para sacarlos del aislamiento al que estaban sometidos. Las ayudas y los créditos ayudaban en buena parte al resurgimiento de la nueva España que, décadas después, devuelve esos favores al país que más la ayudó con apoyos logísticos a unos locos que están llevando a la deriva a la dignidad humana. No sé dónde estará mi amigo Talal aunque, tal vez, habrá recordado esa fotografía que me dio hace unos cinco lustros cuando creía en la amistad hispano-iraquí, mientras su país, el glorioso Irak, regalaba petroleros llenos de crudos a España para ayu-

darla a superar la crisis energética. Lo último que supe de Talal y de Caroline era que tenían dos niños y una niña y que eran profesores universitarios en Irak y eso fue poco antes del salvaje ataque del 91. No sé si vivirán o no, pero me consta que el espíritu combativo por la dignidad nunca desaparecerá de aquella sagrada tierra que fue bendecida por la Divinidad.

SUEÑOS ANDALUSÍES

En la plaza de la Iglesia de mi pueblo, Río Martín, se reunían cada tarde unos viejecillos que celebraban sus nostalgias avivándolas con recuerdos de edades ya lejanas. Casi nunca faltaban a la cita y siempre estaban, al menos, dos o tres de ellos que se ponían a hablar de sus peripecias y de los avatares de sus años mozos, ya muy lejanos. Una de esas tardes, me senté sobre un banquillo de piedra que había en el jardín, de espaldas a donde ellos se dejaban reposar con sus tertulias, pero muy cerca de ellos para poder oír lo que hablaba cada uno en aquella apacible tarde con tanto ardor y tanta pasión. Empezaron a hablar de las noticias del mediodía, de las iras de algunos gobernantes y de las guerras que se declaraban en países lejanos, hablaron de fútbol y de muchas cosas más hasta que uno de ellos les dijo, avivando nostálgicamente sus recuerdos de cuando andaba por el Feddán, cómo veía el atardecer y el anochecer sobre el Gorguez desde el Monte Dersa:

"Recuerdo cómo la tarde otoñal empezaba a desplazarse hacia el descanso del ocaso desde la cumbre espectral del Gorguez mientras los radiantes rayos del sol, en desenfrenada lucha, se disputaban la inmensidad del cielo con las primeras trenzas que del anochecer se dejaban desplomar sobre el gris frondoso que corona las crestas de La Torreta y de Ain Buanán.

"El verdor de los pocos arbustos, que aún se resisten a las agresiones del abandono, y de los diseminados pinares de la

zona se vislumbraba vestido de oscuras tonalidades que se confundían con sus sombras ya casi desaparecidas de tanta extensión y propagación. En el Monte del Gorguez todo parecía resistirse al movimiento. Sólo el gris punzante de la tarde se veía extenderse paulatinamente sobre la inmensidad y trepar por las sendas intransitables de tan bellos parajes que, siendo rocosas, han sido siempre un deleite para las niñas de los ojos más poéticos e inspiración para melancólicos 'tetuanómanos' que dejan su nostalgia y su rima perderse entre los suspiros de sus gargantas. Los picos del Gorguez, llenos de curiosidad, se asomaban desde sus cumbres y salvando las alturas para ver los gráciles e inmaduros movimientos del Mhannesh que bailaba al son de la trágica melodía de su cruento pasado. Me dio la impresión, por un instante, que se quería estirar sobre el fango del río y dejar de afrontar las afrentas de los siglos y los cementos que le fueron cambiando de vestimenta sin cuidar de sus bellezas naturales.

"Algunas golondrinas que sobrevolaban el Feddán se unieron y tomaron rumbo hacia las cumbres del Gorguez en armoniosos vuelos que dibujaban una voladora y mágica alfombra que se fue yendo y alejando con inusual gracia hasta perderse entre las grises tonalidades que la huida del sol dejaba desplomarse sobre la timidez del Gorguez. Recuerdo cómo me paré en la Cornisa para contemplar la policromía más singular que Dios ha creado en estas latitudes. Vi cómo las cumbres procuraban resistirse a perder los colores tristes que las cubrían decorosamente. Ciertamente, ante tanta tristeza y tanta amargura, me entraron deseos de formar parte de la desolación del Gorguez y dejarme esparcir entre sus cenizas. Las luces de algunas de las casas empezaban a evadirse de sus filamentos alumbrando sus cercanías, y algunos vehículos que subían o bajaban el culebrón de sus carreteras iban, ya, con los faros encendidos para guiar sus andaduras poéticas. Mucha gente, que había pasado el día o la tarde de recreo por tan bellos lugares, ya se disponía a regresar a pie a su nicho de cada despertar para gozar del ocaso y de

la policromía de sus proyecciones de luz. Desde la Cornisa se oían los cantos y las alegorías de esos viandantes llevadas por la envoltura del mágico eco que allí siempre anida.

"El Gorguez, ponedero de ilusiones y testigo de gratos amores, descansaba sobre el nido de sus días de gloria vividas con desmanes. Yacía en su atalaya rodeado de ojos mugrientos y de aljibes frondosos que no dejaban de ofrecer a las ovejas y a las cabras sus cristalinas aguas que les regala con su bondad soluble. Crecía el Gorguez desde sus raíces para alcanzar las alturas más prohibidas y se inclinaba, cada atardecer –después de anochecer– ante la magia de la trágica belleza de la novia más aromada de Yebala, la Blanca Paloma andalusí que le trae al Gorguez un recuerdo de Granada y un jazmín que creció cerca del Darro y del destierro andalusí. No quise ser poeta ante tanto verso pétreo. Se quebró mi prosa al vuelo de las mariposas que se escondían en La Cornisa para asomarse, por la noche, y deleitarse con la corona del Gorguez cubierta de luces chispeantes que sobrevolaban las distancias para anidar en los ojos soñolientos de mi Tetuán nocturna".

Tras un susurrar de los allí presentes uno de ellos empezó a recordar cómo amanecía cada alborada, tras cada noche, en la perla de Tetuán cuando él se iba con sus amigos de la juventud al Gorguez para pernoctar allí. Cargado de amargor y de tristeza, el buen hombre, muy pensativo, comenzó a recordar y a contarles sus visiones a sus compañeros diciendo:

"Cierta noche, cuando se disponía a despedirse de su negrura y el día empezaba a asomar su estatura desde la alborada que anunciaba su llegada. Mi mirada, fija en el Monte Dersa que tenía enfrente, sobrevolaba los destellos que se fragmentaban de la neblina que serpenteaba por encima del Mhannesh como telaraña de desvanes en decadencia, y el frescor de la noche emprendía caminos desahuciados hacia la infinidad de la mar que en Río Martín se perdía entre el dulce bailar de las tiernas aguas y la chispeante mocedad de las estrellas, casi apaga-

das. Entre suspiro y susurro mi silencio se desvanecía. Herida tenía el alma y, perdida en la lava de mis entrañas, mi prosa alzaba su mutismo en recuerdo de tiempos que nunca habrán de volver por las huertas del edén andalusí que enfrente yo admiraba. Mi visión se ahondaba en algunas desperdigadas nubes que, sin mirar hacia atrás, encaminaban los aires que hacia Granada las han de llevar, casi en silencio, procurando pasar desapercibidas y no ser vistas. Ellas también tenían sus sueños desparramados: ir al Darro y derramar su bondad crepuscular sobre la ternura del río que lleva la gracia de la Alhambra como espuma entre sus bailes de charanga y los lamentos de una Petenera nunca bailada.

"Yo seguía allí, tras mi ventana de cristal y viendo el tiempo pasar sin poder remediar el vuelo de las eras hacia recuerdos lejanos que nada tenían que ver con aquel presente que ahogaba toda Tetuán en la hoguera del olvido y en la ceguera del recuerdo. Sabía que Tetuán, la novia enviudada antes de ser esposada, iba a despertar de su letargo nocturno para embarcar en la frente de sus sudores en un nuevo día que no la iba a dar absolutamente nada nuevo para sus huecas alforjas. Sabía que Tetuán volvería a emerger de su noche trágica para fundirse en las llamas de su día... y llegó el nuevo despertar sin traerle nada a esa novia aromada que desde el Gorguez se vislumbraba como la doncella más engalanada entre las mozas más deseadas. Acurrucada y dispersa sobre el pinar de su capa alada, Tetuán se puso a cantar mientras la lluvia empezaba a llorar perlas ensangrentadas, por ella y por sus penas más lejanas. El sol ya tenía sus rayos casi presentes. Desde la mar chispeaban las luces más tempranas y, empezaba a nacer el nuevo día, lleno de ilusión y esperanzas vanas para la novia de Yebala, la perla mediterránea que se quebró de una rama de Granada para caer en la tumba de los arrayanes y de la albahaca.

"Junto a la vieja muralla de la ciudad andalusí se vislumbraba, ya, el serpentín de los gorriones que cubría, con sus som-

bras, la cal blanca de las viejas moradas de los caballeros andalusíes que se recrearon reconstruyendo Tetuán inspirados en sus Alpujarras y en sus sierras más cautivadoras. El Dersa, coronado por la Alcazaba, se engalanaba de luz y de esperanza. Los andalusíes, en Tetuán crearon una nueva morada para exhalar su nostalgia y su edén perdido entre jolgorios y algarabías desmesuradas. La adornaron con aromáticas plantas y lúcidas esperanzas. En Tetuán dejaron verter su inspiración y sus artes más natas. Los gallardos andalusíes creían que el cielo les iba a dar lo que en su Andalus habían dejado por renuncias innecesarias y construyeron, para la Eternidad, un sueño que tenían enterrado en Granada y en su vega profanada.

"Tetuán, ramillete de llantos y de duelos seculares que no le dan tregua al dolor y a la pena, cuna de la desesperanza y de las largas esperas, descansa estirada sobre el pecho ardiente del Dersa como ninfa desamparada. Vestida de blanco y envuelta de mugrientos verdores que los pinos oxidados incrustan en su manto de harapos. Llantos la envuelven en la madrugada. Espíritus, benignos y malos, merodean las sombras que aún se vislumbran entre el salto que dan entre la oscuridad de la noche y el claro, poco claro, del día que se aproxima sobre la grupa del calendario. Se mueve mi Tetuán con los saltos gatunos revolviéndose bajo su arrugada sábana de blanco tejido encalado con almidones de siglos atrás, y yo, tras el rocío del cristal, me tengo que apresurar para despertar y gozar con el albor de ese nuevo día que a Tetuán tampoco le va a traer nada que esté por desear.

"Tetuán, un día más, vuelve a sentirse aire sobre el quejido de la tierra llenando sus aljibes de rumorosa poesía y de extensas rimas en su versátil poesía. La tierra del amor, con sus nubes del norte, acaricia las alas blancas de la blanca paloma que desde el Feddán llevará al Albaicín, como cada mañana, arrayanes y agua de azahar".

Se callaron todos los allí sentados cuando, de repente, se les unió otro compañero de tertulias tras salvar una verja y les

empezó a contar de su niñez y de cuando, cierta vez y muy de mañana, se quiso acercar a Tetuán desde su casa de Río Martín. Acalorado de emoción, contaba, casi gritando, su visión de aquella mañana lejana y casi ausente de su memoria pero que coleaba aún en sus baúles del recuerdo:

"Desde la orilla áurea de Río Martín la vi encorvada sobre las sombras de su pasado; ella, la novia del agobio, descansaba de sus glorias pasadas en silencio abismal. Estaba sola, estirada sobre la mugrienta desolación de un Dersa que cada vez se denigraba más por las profanaciones impunes de los cafres que lo circundaban y ultrajaban. Estaba acurrucada y desvanecida, daba la impresión de que no se había despertado aún de la resaca de la era anterior; embriagada y entristecida por los horrores del abandono y de la intemperie afectiva, se la veía emulando su mocedad más lejana en las desperdigadas hojas de un desvirgado almanaque secular que ya no tenía sentido.

Estaba llena de ensangrentados recuerdos que la llevaban por la inhóspita vivencia de su momento más crucial; perdida en sus recuerdos y desmotivada en sus quebrados movimientos. Puede decirse que no estaba sintiendo lo que realmente la rodeaba y que, sin darse cuenta, prefería despedirse de su existencia y perderse en la nada que la entornaba. En un minúsculo trozo de espejo roto empezó a mirar sus bellezas desfasadas y los rasgos de sus restos mientras intentaba respirar el poco aire que aún le podía llegar desde las lejanas montañas. Su mirada, cansada y empolvada, apenas podía vislumbrar algo reconocible para su memoria castigada y casi atrofiada. Todo le resultaba diferente y extraño a su antigua y vertical compostura... no podía reconocerse de tanta decadencia y tanto desbarajuste. No se quería despertar del símil de sus sueños para meterse entre las crueles rejas de su doliente presente. Río Martín estaba aún envuelto de la fascinante manta que cada alborada lo envuelve con el rocío de la mar salada. Parecía, desde Chumbera, una joya engalanada de estelas y saetas que bailaban su sinfonía más sin-

gular y, llegando a Huerta Bernal, volví a mirar desde la lejanía, la sábana blanca que tapaba a la novia amargada de las miras de los que la querían profanar. Ella estaba casi dormida y se resistía a su nuevo despertar, pero no podía remediar los arcos de luz que desde la mar andalusí iban atravesando los cristales celestes que la protegían de la negrura de la noche anterior.

"Seguí caminando sin mirar por donde pisaban las alpargatas que albergaban mis pies, asfalto y tierra locuaz iba yo pisando acompañado del recital que cada amanecer ofrecen los jilgueros y las aves migratorias que hallaban en nuestros árboles morada pasajera en sus migraciones; pero no podía perder de vista a la novia maltratada que dibujaba una cenefa blanca sobre los pinos verdes del Dersa. Aquella mañana tenía mi alma ganas de regocijarse y emprendí el camino más soñoliento que los mundanos podíamos cruzar en aquellas épocas de la nostalgia y del humanismo más omnipresente. La alborada invitaba a disfrutar de sus jardines y de sus pecados más lúcidos, y yo, con alma de niño y espíritu travieso, cantaba mientras seguía picoteando pausadamente uno de los tres racimos de uva moscatel que había arrancado de sus aposentos tras alargar mis manos hacia la parra más cercana a la verja de caña para que me hiciesen compañía en mi recreo matutino. No era vino el líquido que se desprendía de aquellas uvas, pero a mí me embriagaba igual o más al sincronizarlo con la blancura del manto de la novia de yebala que gemía frente al Gorguez.

De repente, se rompió el silencio en pedazos. La soledad del lugar me hizo sentir algo de miedo esporádico que fue desapareciendo al ver el color rojo-pimentón de la Valenciana acercarse entre los arbustos que se avecinaban en mi caminar. El saludo del conductor me tranquilizó un poco más y decidí volver a la playa pensando en recoger la red con los pescadores y reírme un poco con Buyahaj mientras estemos tirando de las cuerdas de las redes cargadas de peces y de corales. Aligerando el paso me encaminé de vuelta hacia Río Martín embebido de

aire limpio y de panoramas naturales muy peculiares. El sol me daba de cara mientras dejaba las azoteas de los caserones bajo los filamentos de sus rayos, y yo seguía cantando canciones de Joselito y de Antonio Molina que, en aquel entonces, eran origen de inspiración para todo el vecindario. Atrás quedaba la silueta recostada de Tetuán, la novia más ilustre de la desesperanza y mi niñez siguió el jolgorio de la edad de un Mediterráneo que nació cerca de la placidez de la mar que baña a diario la costa martileña de nardos y de burbujas almidonadas.

"Muchas veces, después de acercarme a la madurez, me pregunté si realmente valió la pena caer preso de los quereres y de los encantos que destellan desde Tetuán... y desde el Feddán".

Cuando se calló el viejecillo otro de sus compañeros exclamó que no sería justo en aquella tertulia que no se hablase del Feddán, corazón singular de una ciudad que fue perdiendo su verticalidad con el trueque de las hojas de un secular calendario. Él había participado, según afirmaba, en la toma de Teruel y estuvo en el cerco de Madrid antes de ser enrolado en la guardia del Caudillo; decía también, que le habían dado una medalla que nunca pudo colgar en su solapa porque se puso mugrienta con el clima de poniente que hay en Tetuán. Se le oxidó, en definitiva. Y dijo el buen hombre, envuelto en su chilaba acanelada y algo gastada por el pasar de los tiempos aunque, todo había que verlo como era, estaba muy limpia:

"Sobre las ocho palmeras del Feddán se extendía un policromo abanico de anaranjadas sinfonías que anunciaban la llegada de un nuevo ocaso. Las golondrinas sobrevolaban la inmensidad del espacio atravesando la plaza de norte a sur en sincronizados vuelos que dibujaban angelicales versos llenos de alma y de paz.

"En los cafetines que circundaban el diámetro opaco de la antesala del cielo se dispersaban las sillas carcomidas alrededor de unas mesas con cobertura de mármol blanco tatuado de difusiones negras propias sólo de los mármoles de Macael.

Entre chilabas arraigadas y gorros de variopintos colores rojos y albinegros se vislumbraban rostros cansados de tantos años de ires y venires por los avatares de la existencia. Muchas arrugas y muchas oquedades en los bolsillos disecados de tanta necesidad y aprietos. Gente muy mayor que hablaba de sus hazañas en Teruel y en el cerco de Madrid, de Sevilla y de la toma del Alcázar de Toledo con nombres de militares que ganaron una guerra en la que tomaron partido a cuenta de no se sabía quién. Atravesando las andalusíes rejas de los cafetines, se escapaban notas de fastuosas canciones que emitían los gramófonos con voces de Om Koltum y Abdel Wahab desintegrando la sensibilidad de quienes se deleitaban con sus genialidades.

"El Feddán, lleno de orgullo, se levantaba sobre su pedestal para oír mejor a los muecines de los santuarios, que protegían sus encantos de las manos de las eras, llamar a la devoción de la oración de cada ocaso. Se pararon los gramófonos haciendo parar las fichas de dominó y dejando descansar las hojas de las desfasadas y gastadas barajas de cartón. Se podía ver cómo las abejas dejaban de reposar sus vuelos sobre la menta ahogada en los vasos de té más azucarados. Algunos gatos circundaban los lugares más recónditos procurando apartarse de los muchachos traviesos por temor a patadas que los enviaban a vuelos tempranos que muchas veces acababan con algún miembro de los felinos roto. Mientras, algún can desvalido y sin amo que cuide de él, va descarriado buscando algún resto de bocata que algún cafre pudiera haber tirado al suelo.

"Las luces de la calle, las que no tenían fundidas las lámparas, empezaban a chispear poco a poco alrededor de la plaza y, algunas parejitas empezaban a dejarse ver dando su paseo de cada atardecer para llenar los pechos de olor a naranjo y romance. Mientras, otros empezaban a ocupar las sillas que aún estaban libres y se preparaban para llenar la pipa de su sebsi con la hierba blanda del kifi. Las palmeras del Monte, como cada tarde, empezaban a codearse intentando elevarse más que las

otras compañeras moviendo sus verdes melenas que desprendían rocío en el rugir de sus bailes. Recuerdo que, incluso la alfombra mágica que cubría el suelo del Feddán empezaba a dar la impresión de que se movía por efecto del vientecillo que empezaba a soplar para refrescar la calidez del día. Una vez, nos decía una sabia mujer del lugar, incluso la luna se bajó de su balcón de plata para peinar la alfombra y, luego, regarla con agua de azahar y perfumes extraídos de Bagdad por una hada que halló en Tetuán la morada perfecta para su bondad.

"El Feddán volvía a resurgir cada tarde igual que resurgía en el alba. Es más, nunca se resquebrajaba. Era todo alegría y jolgorio. Alma y poesía engalanada con la flor más perfumada y la musa más deseada. No tenía, el Feddán, sensualidades que no fueran sublimes sensaciones de elegancia y de mágicas composturas. Fue nido de nuestra niñez y atalaya para nuestros sueños. Lo recorríamos o andábamos con tanto cuidado para no estropear su alfombra, que sentíamos nuestro cuerpo volando de alegría y de ilusión. Éramos niños felices atravesando los coros de viejecitos que no tenían más futuro que sus recuerdos de la guerra de Franco que ganaron pagando caramente la medalla de latón que les pincharon en el pecho y las dos perras gordas que recibían por ser antiguos combatientes del ejército español, el ganador y no el perdedor.

"Así son los recuerdos de mi niñez en la adorable plaza del Feddán. Edénica plaza del pueblo donde siempre se sintió la fusión de lo espiritual con el alma de cada ciudadano. Plaza que obligaba a la poesía a brotar de lo más recóndito del alma para deleite de quién la podía necesitar. De aquel viejo Feddán sólo quedan las ocho palmeras que llevan, cada una de ellas, el nombre de una ciudad andalusí y los recuerdos en la alforja de cada vividor y de cada ave que aún sobrevuela el lugar".

Cansado de oír tantas beldades en aquel sueño envuelto de despertares, me encaminé hacia la casa de mi abuela, morada en la que nací, para descansar y recapacitar sobre el pasado

poético de aquella novia andalusí que, aún enlutada, se viste de blanco cada madrugada para regalarles a sus vecinos su sonrisa perfumada de nardos... y de olvidos.

FLOR DEL EDÉN

Engalanada flor del edén terrenal que brillas desde tu letargo lúcido de los tiempos olvidados, guapa y linda silueta que sobre el Dersa se deja asediar por los pretenciosos y deseosos de los pecaminosos lustros; bella que, cansada y atosigada, prefiere olvidar su hermosura y descansar en los esperpentos de las penurias, acuérdate que aún existe gloria para los olvidados, acuérdate de quienes junto a tus aljibes de llantos infinitos hemos ido creciendo y aprendiendo a querer –por ti– a quienes te ofrecían de su querer. Luz de esplendor que se vislumbraba en nuestros días más extensos. No nos podíamos imaginar lo que podía ser la afectividad en la existencia, lejos de tus secos senos y argentos transcursos.

Tetuán, moza de siglos de silencios y de álgidas vivencias de quienes en ti hemos crecido y aprendido a sentir nuestro caminar por el universo, no te puedo olvidar en la distancia como moza de mis musas durante décadas de bello vivir y de controvertidas experiencias que fueron haciendo de mi persona el adorador más sensacional de tus atractivos y de tus dolencias. En tus caminos podíamos ver la ilusión de vivir incrustada sobre el brillo afilado de los adoquines pétreos que pisábamos con ilusión y alegría; soñábamos con serte canción e hijos fieles para la eternidad de tus miras silenciosas y precabidas. Veíamos como te agachabas intentando esconderte, por miedo quizás, de las nubes que venían empujadas por los vientos de poniente en las tardes sublimes que no podíamos comprender. Tú veías que un infierno se acercaba a ti en busca de su mansión mientras que nosotros, tus pródigos hijos, no alcanzábamos a comprender

cómo una moza enamorada podía convertir su extenso amor en duelo y temor; transformabas su blanco haik en túnica y velo negros desdibujados con el dolor de un prematuro dolor que los siglos dejaron desdibujarse en las entrañas que te herían.

Tetuán, antaño caritativa, pide y suplica caridad en nombre de la justicia y de la equidad. Ayer era toda dádivas y hoy no posee ni voz para suplicar... se le amputaron las manos y los brazos para la extensión de una rogativa de clemencias y de piedad. Donde tú tienes enterradas las negruras de tus paganos ojos, allá quiero dejar descansar la mortaja que a mi cuerpo envuelva en la prontitud de mi postrero y cercano viaje; cerca del perfil de tu mocedad y de los restos de tu flor quiero que mi ausencia se haga presente después de acudir a llamada del Omnipresente; junto a ti quiero contarle al Creador mis pecados mundanos que en ti dejé esparcir en mis tempranas edades, llenas de traiciones y de pasiones leves, de heridas largas y de atragantadas verdades. Tal vez, lo que el Creador no me llegue a perdonar nunca, sea el no haberte amado con más fuerzas y más alma de lo que en tu jardín esparcí. Quiero hallar la paz postrera descansando junto a tu mística y tu adoración. Que me entierren en tu regazo y que Dios ponga el resto para remediar mi desperdigada y resquebrajada vida mundana. Tetuán, dichosos son todos tus hijos que bajo tu sombra vieron la luz... y más aún lo seremos quienes pasemos a mejor vida, para vivirla junto a tu enagua engalanada, moza desesperada.

MO TOUFALI

toufali@mritch.com

Mohamed (Mo) Toufali nació en Melilla (territorio español) en 1952. Es compositor, poeta y narrador. Se licenció de la Universidad Complutense de Madrid y ejerció como profesor asistente en la Universidad de Fez de Marruecos en los años 80. Actualmente es director de la sección informática del Sistema Bibliotecario en Poughkeepsie estado de Nueva York. Mo Toufali ha publicado narraciones, poesías y canciones. Durante estos últimos dos años colabora de columnista en la revista en castellano "La Voz del Valle del Hudson" con afiliación a Bard Collage de Nueva York. Sus narraciones más importantes son: "Gambri" (*Melilla-hoy* 1993), "Camilo" (*Melilla-hoy* 1993), "Crónicas de Nueva York" (Málaga 2000), "La paloma ya no vive en Fuencarral" en Silva et al. (1998). *La puerta de los Vientos* (Barcelona 2004). En árabe publicó el libro: *Guitarra y poesía en Marruecos* (Fez 1985). En música grabó seis CD de canciones beréberes, el más reciente, un CD recopilación en el año 2000 bajo título de "Las mejores canciones y poesías de M. Toufali 1979-1999".

LOS CUENTOS DEL HOSPITAL

Son las diez de la noche. Mi apartamento, aunque no muy grande, lo encuentro confortable. Aún tengo esfuerzos de mantenerlo limpio y ordenado. ¡Hace tiempo que vivo solo! ¿La soledad?... ya no pienso tanto en ella. ¡Se ha vuelto parte de mi vida! Acabo de dejar el Hospital. ¡Un hospital único...! No sé cómo describirlo... pero seguro que es como, ¡De allí,... al cielo! ¡No, no me dieron de baja! Dejé el hospital después de visitar a un viejo amigo que ingresó ahí hace más de tres meses. A mi

amigo... lo mantienen con cuentos y esperanzas... No sé cuánto tiempo podrá resistir. ¡Su salud empeora cada día...! Es el único amigo que me queda. Lo visito cada día para darle ánimos a luchar juntos, tal vez, por su vida ¿O tal vez por la mía...? Cuando lo visito, en él veo rasgos de la vida y de la muerte. La vida aparece cuando me habla y sonríe y, la muerte, la encuentro día a día al verle ahí tumbado en esa cama mecánica que lo eleva o lo baja para comer o dormir y con el suero atado a su brazo empujando la sabia de la vida en un cuerpo ya muerto.

Yo no creo mucho en los hospitales... Me parecen todos iguales... Son purgatorios. Pero mi amigo, no sé si debido a su naturaleza o al baño cerebral, se encuentra allí como en casa.

Entabla grandes charlas con los enfermeros y pacientes y cuando aparece el doctor por la puerta le saluda con una sonrisa inocente como diciendo: "viviré... ¿verdad, doctor?".

La mayor parte de mi tiempo la paso en el cuarto adosado a mi dormitorio donde tengo mi escritorio y mi equipo estereofónico. Me dedico mucho a escribir. Y, mientras escribo, escucho a menudo alguna música de cualquier compositor, estilo u origen. ¡La música, me pone en un altar y me sitúa en la cima del mundo!

Me hace sentirme joven y pone alas en mis espaldas para flotar en el vacío donde uno no siente ninguna gravedad. A veces, me incita a danzar. Pero a mi edad el cuerpo no baila tan fácilmente. De vez en vez, muevo las caderas con algún ritmo y con los brazos en alto apuntando al techo pretendo copiar a Elvis y digo: "Thank you very much!"

Cuando oigo el rasgueo de una guitarra, el vibrar de las cuerdas de un laúd o el quejido de un violín, me siento como trasladado a otra dimensión vital que nadie había contado con ella ni en la ciencia ni en la sociedad. Las melodías... parecen brisas que moldan mi cuerpo y que en otros lugares y tiempo sentía. Y sin estar seguro, al escuchar algunos versos de una composición nunca oída, se me ocurre de pronto que la he escuchado en

algún lugar o en algún tiempo pasado. ¡Y en un momento breve, llego a la conclusión de que tal música la escuché antes en un pasaje de Mozart, Beethoven o Abdelwahhab! Y es que las músicas a pesar de las diferencias estructurales proceden de un común origen: La Inspiración Humana. ¡Esta Música es, sin duda, de toda la Humanidad!

Me siento en mi sillón y me enfrento a mi mundo surreal... Cada día intentando crear islas donde la gente pueda continuar sobreviviendo y con sus barcos continuar atracando. ¡La simple vida de un trabajador de ilusiones!

Mi soledad no es tan grave como la que padece mi amigo y compañero de muchos años. Él solo me tiene a mí –¡que no es mucha consolación!– Yo aún tengo a mi hija que, de vez en vez, me visita cuando puede. Con sus tres hijos y su trabajo, el tiempo, para ella, es muy escaso. Y luego, tengo a mi sobrino de Alemania que me recuerda con una u otra carta hablándome de sus problemas. El último mensaje que recibí de él contenía una larga exposición de cómo su coche viejo se quedó varado enfrente de su casa un día de nieve. De todas formas, no sé por qué a pesar de las excusas, pesimismos y tristezas de mi sobrino "el alemán", siempre he esperado recibir con alegría sus cartas. Tal vez porque aún me gusta leer historias de gentes reales o tal vez sea por el hecho de que mi sobrino es una persona que se siente atado a su pasado y yo, ¡lo admiro por eso! Cada día a eso de las cuatro y media me dirijo al único hospital que tenemos en esta isla para pasar unos momentos juntos con mi viejo amigo. Hoy lo encuentro muy jovial y con ganas de hablar. Medio sentado en la cama me sonríe cuando me ve entrar:

—¡Hombre compañero, me alegro verte otra vez! –me dice mi amigo.

—Parece fresquita esta tarde y me puse mi vieja chaqueta. ¿Te acuerdas de ella? –le dije yo inmediatamente. Ya no me molesto en preguntarle cómo se encontraba o qué tal estaba...

Son preguntas que siempre terminan en un "¡muy bien! Todos me tratan bien en este hospital".

—¡Hombre claro que me acuerdo! Hace unos doce años me la dejaste llevar para salir con Pilar ¡Me sentía como un joven de veinte años...! –me dijo, mientras yo me trasladaba con mis recuerdos a los tiempos de esa "famosa" chaqueta. No sé qué atracción tenía para que todos los compañeros se enamoraran de ella y pedirla de prestado para vestirla en ocasiones importantes... Yo, con todo placer, se la entregaba a cualquiera que me la pidiese como si se trataba de una propiedad comunal...

—Sí, parece mentira... pero aún la conservo... Está un poco descolorizada ahora –le dije.

—Sí, como nosotros, ¿verdad? –me contestó sonriendo.

—Bueno, nosotros tenemos ahora un color más puro y la palidez... no es falta de color sino una combinación de blanco, gris, azul y negro... –le dije en un tono seguro y filosófico...

—Vaya, no lo sabía –contestó mi amigo mirando al techo como si tratara de asimilar profundamente lo escuchado. Y es que mi amigo era así... fácil de convencer.

—¿Sabes a quién encontré el otro día en la plaza de la Verdura? –le pregunté cambiando de tema...

—No, no tengo la menor imaginación –me contestó mirándome fijamente a los ojos.

Yo le miré a la cara como tratando de imaginarlo de cuando era más joven. Y la imaginación me llevó a esa cara inocente y resplandecida que tenía cuando, de jóvenes, estábamos un día en el parque de nuestro barrio. Con unos ojos grandes y castaños. Una melena lisa y morena y una indomable energía de vivir. Nunca vi a persona tan llena de sensación de vida y alegría. Se había enamorado de una chica que vio un día en ese parque. Y a pesar del rechazo de su familia y los problemas que vivieron juntos, mi amigo nunca olvidó a esa joven chica.

—¡María...! –le dije yo.

—¿María Alana...? –me preguntó– No, no te creo...

—Hombre, que sí que era María…

—¿Pero cómo puede ser posible si se mudó con su familia hace años para el Norte? –me dijo mi amigo.

—Y qué sé yo… no me paré para preguntarle… Pasó tan rápido que no me dio tiempo de hacerlo aunque se me vino por la cabeza… Es posible que se encuentre visitando a su prima que aún sigue viviendo en la Isla… –le dije yo.

—¡Vaya, María Alana…! –repitió mi amigo– ¡La última vez que la vi tenía dieciséis años…! Y dime, ¿aún conserva esa atractiva mirada y ese pelo de oro? –preguntó mi amigo.

—Bueno, se ha puesto unos kilos de más pero sigue tan bella como la conociste –le dije.

—Me acuerdo un día cuando la acompañé a su casa y en llegando a su puerta, su padre, se asomó por la ventana. Al notarlo, María me empujó para decirme que me escondiese para que él no nos viera juntos. ¡Yo, intentando saltar un matorral, me caí de espaldas descosiendo mi nueva camisa de la manga y ensuciando mis pantalones por detrás! Cuando volví al parque donde tú me esperabas, te reíste a carcajadas y me preguntaste si había estado en una pelea. Y yo te contesté que el amor era como una pelea: se lucha para que no muera, ¿verdad?… Aún recuerdo esas palabras que te dije: "El amor no nace de pronto sino que a través de los años se va creando y en creándolo se pasa por situaciones inesperadas, pero siempre intentando mantenerlo y mimarlo". ¡Esa es su esencia…! Vaya sermón… La verdad es que no sé cómo me salieron esas palabras –me dijo mi amigo sonriendo.

—¡Sí, lo recuerdo perfectamente! –le dije yo.

Y en medio de nuestra charla la enfermera apareció por la puerta y dirigiéndose hacia mi amigo le dijo:

—¿Qué tal jovencito?

Y mi amigo le contestó:

—Pues muy bien, aquí charlando con mi colega.

—Es tiempo de cambiarte el suero y los pañales –le dijo la enfermera. Era una señal también para mí de salir un momento al pasillo.

Mi amigo intentó retenerme pero yo insistí en salir un momento.

El pasillo se encontraba tan activo como siempre: Pacientes empujando sus sillas de ruedas, médicos con blancas batas corriendo hacia no sé dónde, enfermeras empujando carrillos llenos de medicinas y algún visitante perdido en este laberinto y tratando de leer algún letrero inexistente. Eran las cinco de la tarde. El sol daba cálidamente en las paredes y aumentaba la temperatura en el hospital. El aire acondicionado no funcionaba en la mitad del hospital. Pasando por una habitación escuché a un joven decir en voz alta a un señor con bata blanca:

—Pero ¿no ve usted que el calor lo está asfixiando...? Tiene usted que trasladarlo a otra habitación que tenga aire acondicionado sino se va a morir –decía aquel joven señalando con su dedo a un paciente viejo con dificultades para respirar en la cama.

—Mire usted, joven, no hay más dormitorios disponibles... Esto es lo único que hay. Y si no le gusta puede llevarle al Norte –le contestó así de seco el hombre de la bata blanca.

—Señor, hace un momento pasé por el otro pasillo y pude notar que una sala tenía aire acondicionado. Debido al mal funcionamiento del aire acondicionado central que no llega a esta parte del hospital, podrían temporalmente trasladar a los pacientes con problemas de respiración a esa otra en la que el aire acondicionado funciona sin problemas –le dijo el joven educadamente e intentando no levantar la voz en su hablar. Sin embargo, el joven no pareció convencer al señor de la bata blanca.

Estas son cosas que pasan en nuestra isla. Por cualquier razón, los del Norte han avanzado mejor que los isleños. Todo en nuestra isla es de segunda mano... Incluso la muerte... Y

cuando intentamos progresar se nos levantan inmensos obstáculos que sólo un desesperado puede superar. La igualdad es sólo en papeles y el mundo va dando vueltas como siempre. Uno se siente impotente e intenta crear su mundo privado. Mi amigo lo consiguió. . y yo, yo sigo intentándolo...

Al volver a la habitación, mi amigo me pidió si pudiese traerle la revista *Cine y Novelas*. Salí afuera y me dirigí al quiosco próximo. ¡Qué bueno fue respirar puro aire! Me sentía agobiado en ese hospital. Le traje la revista y me despedí de él. Otro día más que le ganamos a "Aizrael". Al día siguiente volví a visitar a mi amigo como siempre. Hoy parece de menos ánimos... No sé lo que le habrán dicho o habrá visto.

—Hola... Hizo un día muy caluroso hoy ¿sabes? –le dije nada más entrar en su habitación.

—¿Ah sí? –me contestó él.

—Pues sí, la gente parece haberse marchado a la playa para refrescarse... –continué yo diciéndole.

—Y ¿por qué no te fuiste tú? –me preguntó mi amigo...

—Pues porque prefiero hacer otra cosa que bañarme en el mar!...Y tú, ¿qué es lo que más te gustaría hacer cuando salgas de este loco lugar? –le pregunté inocentemente. Mi amigo se fijó en la ventana y con los ojos húmedos me miró otra vez y me dijo sonriente:

—Espero que no te rías de mí. No sé si te lo dije alguna vez, pero siempre me ha entrado en la cabeza parar un tren en movimiento. Recuerdo las veces que he viajado en tren me sentaba enfrente de una caja que contenía un freno de emergencia y la miraba fijamente pensando en la manivela. Mil veces me entraban ganas de tirar del freno y parar el tren sin ningún motivo ni razón... Sin embargo, nunca lo pude hacer. Algo emocional tendría esa acción. Pero tenía que reprimirme. Eso causaría muchos perjuicios y me meterían en la cárcel ¿verdad? Pues bien, si salgo con vida, tomaré el tren como siempre y cuando me siente enfrente de la caja del freno de

emergencia tiraré de la manivela y pararé el tren. Pero en fin... Y tú, amigo, ¿qué es lo que más te gustaría hacer? –me preguntó medio sonriente.

—Ah, no sé, no sé... Son muchas las cosas que me gustaría tener y hacer... Pero en este momento, sólo me viene a la cabeza la emoción que me daría escribir un gran poema. Sí, un poema que retaría a cualquiera a mejorarlo... ¡Estoy harto de escribir versos mediocres que me han hecho un poeta mediocre!

Nos quedamos los dos en silencio sin hablar ni decir nada más. Eran las siete de la tarde. El tiempo de las visitas llegaba a su fin. La enfermera se asomó a la puerta para recordármelo.

—Bueno, amigo, que duermas bien... ¡Ya te veré mañana otra vez!

Y con esta frase me despedí de mi amigo con un corazón lleno de melancolía y tristeza.

Esa noche en mi apartamento me sentía algo inquieto. El sueño no me vino fácilmente y en esa noche infinita las pesadillas se apoderaban de mí. Temía dormir porque pensaba que no iba a levantarme otra vez. Y sin saber realmente por qué, me dediqué a escribir un poema que lo titulé simplemente: "Un Gran Poema". Por la mañana temprano me llamaron del hospital para que viniese porque mi amigo había fallecido. En el hospital me dieron el informe de su muerte y le di el último abrazo. Al salir, me dirigí a la estación del tren y tomé el que iba a salir inmediatamente. No importaba hacia donde me dirigía. Busqué el asiento enfrente de la caja del freno de emergencia y me senté silencioso. Mis ojos se habían clavado en esa caja. El tren tomó velocidad... Me levanté y con una sonrisa, tiré del freno de emergencia. Un sonido agudo de las ruedas se dejó oír y el tren se paró... Luego, el silencio otra vez...

"5 de octubre.

Querida madre, he llegado por fin a la capital. La travesía en el barco no era tan fácil como creía. El mar estaba agitado y la silla de butaca no invitaba a una plácida noche de sueño. Vomité dos voces y un señor generoso sentado a mi lado me confortaba y alentaba frotando mi espalda y preguntándome si necesitaba alguna ayuda. Finalmente pude deshacerme del mareo y la náusea, pero en todo ese largo y sinuoso trayecto de doce horas, no he podido cerrar los ojos para descansar un poco. Un niño pequeño lloraba constantemente en las butacas traseras y su madre sin parar le consolaba diciéndole que ya llegábamos a tierra. El motor del barco hacía un ruido tremendo que de vez en vez parecía como morirse; y las pocas personas que viajaban en ese día se miraban como diciendo que algo malo va a pasar. El barco, meneándose en todas las direcciones, rompía las olas en mil pedazos resonando en los oídos como un terremoto.

Amanecía ligeramente cuando la gente, fatigada, abría los ojos para mirar si aún vivían. Eran las ocho de la mañana cuando por fin nos acercábamos a tierra. Algunos se esforzaban en levantarse para salir a la proa y mirar al cielo y la tierra. Yo no me atreví a moverme. Me quedé agarrado a mi silla hasta que por fin, después de un par de horas más, atracábamos en Málaga. ¡Era un placer pisar tierra firme otra vez!

Una vez pasadas las regulaciones de aduana, me puse a caminar ligeramente con la maleta a la espalda hacia la estación de trenes. Había solo un tren que salía a las once de la noche. No pude coger el de las diez de la mañana por llegar tarde a la estación. Y es que la maleta pesaba el doble después de andar unos pocos metros. ¡Me paraba para descansar constantemente! En la estación pude depositar en la consigna mi maleta y luego me senté en un banco para recobrar las energías. —¡Vaya noche!

–me decía– Espero que la próxima no sea tan fatal. –Luego, recordé al bocadillo de tortilla que me preparaste cuando partí. Tenía hambre, pero no me atrevía a comer todavía. Solo tomé agua de la botella que me diste. Pasaron unas horas y luego decidí dar una vuelta por el paseo de la Alameda. Empezó a lloviznar y me apresuré a cobijarme en la sala central de la estación de trenes. Y en un banco cerca de una ventana, saqué mi libro de novela y comencé a leer donde lo había dejado. Y sin darme cuenta lo pude leer entero en unas dos horas y media. A eso de las ocho de la noche tuve ganas de comer. Y pensé en el bocadillo de tortilla otra vez... Al acabarlo, me sentí como hubiera disfrutado de un gran banquete en ese día...

Ya estaba dispuesto a montar en ese tren que me llevaría a mi destino final. —Sólo unas once horas más y llegaríamos a la capital –me dije murmurando. En un compartimento de segunda, nos estrujamos ocho personas con distintos destinos. El mío era La Puerta de Atocha. ¡No me lo creía! Y a pesar de lo incómodos que eran los asientos de ese tren, pude por fin dormir unas horas. Y a eso de las siete de la mañana temprano llegábamos a la gran estación de Atocha. Mirando los inmensos arcos del techo de la estación, entusiasmado y alegre de haber llegado por fin a la capital, bajé mi maleta con prisa y me dirigí inmediatamente a una pensión en la esquina de la avenida de Embajadores. Al día siguiente, con la dirección en la mano, me puse a buscar a mi amigo. Era mi único contacto. Y cuando lo encontré, me pareció todo de color de rosa. Mi amigo, como sabes, ya lleva aquí un año. Él me dijo que la capital era estupenda y que me gustaría mucho vivir allí. A pesar de llevar aquí sólo un día, pude ver que mi amigo razón tenía. Me ayudó a buscar una pensión cerca de la universidad y luego a matricularme en mi carrera. Pero en fin, ya te contaré más otra vez sobre mis primeros días de clase.

Cuídate mucho y saluda a mi hermanito.

Un abrazo de tu hijo..."

Gabi, perdido en la capital, escribía largas cartas a su madre a la que dejó sola ahí en ese pueblo de la otra orilla del mar donde creció. Y a pesar del tono dramático y melancólico, la madre vivía solo para el día en que desde la Puerta de Atocha llegasen esas cartas. Su hijo menor se las leía y cuando la vieja señora vecina venía a visitarla, Madre sacaba esas cartas y se las enseñaba:

—¿Ves ésta? Pues la recibí el mes pasado... ¡Qué bonito sello tiene!, ¿verdad? Mi hijo menor me dijo que sólo tardan una semana en llegar. ¡Yo creo que el correo es rápido por allá! Pues ya sabes tú cuánto tardan las cartas aquí en nuestra región... El otro día le mandé una carta a mi hermano que vive en ese pueblo que sólo nos separa cien kilómetros y me dijo que tardó dos semanas y media en llegar...! ¡Vaya por Dios! –continuaba diciendo la madre a la vecina.

—Mi Gabi dice que está muy contento en la capital. Que está muy ocupado con ios estudios pero de vez en vez se le presenta la oportunidad para pasearse por esos grandes bulevares como el de la Castellana y de José Antonio. ¿Sabes?, él dice que todo en la capital es apresurado... No sé, creo que si yo estuviese allí no podría soportarlo... Es que me sentiría muy perdida. ¡Figúrate, si no soporto los pequeños empujones de la gente en nuestro mercado local, soportaría menos la multitud de las calles de la capital! Pero bueno y ¿qué es de tu hijo en Alemania? –preguntó la madre a la vecina.

—¡Ah! Pues no tan diferente de tu hijo. Sólo que él ahora trabaja en una fábrica de gaseosa donde producen limonadas y coca colas. ¿Sabes que ha cambiado de trabajo unas cinco veces? Qué bueno que allí al menos, hay trabajo. Porque aquí uno no puede vivir tan sólo de la tierra. Todo cuesta dinero... No me escribe tanto, pero el hijo del aceitero que está aquí de vacaciones, me dijo que lo ve a menudo por allá y que está muy bien instalado. ¿Sabes? Está intentando ahorrar algún dinero para cuando vuelva y así, poder comprar una casita –contestó la vecina.

—Bueno, pero tómate otro vaso de té...! –insistió la madre. Pero la vecina con mucho respeto rechazó la oferta

—No, muchas gracias, tengo que volver a casa antes de oscurecer. Pues aún tengo que pasarme por la tienda para comprar unas necesidades. Ya te veré otra vez muy pronto.

"12 de diciembre.

Querida madre: La próxima semana empiezan las vacaciones de Navidad. Muchos de los estudiantes de las provincias se marchan a sus pueblos a pasar allí estas vacaciones. Mi amigo y yo nos quedamos aquí. El viaje es largo y cuesta mucho dinero. Doce días de vacaciones no son bastante para cruzar tanto camino. Pero no te preocupes que no faltaré en venir el verano próximo. Las calles de la capital están todas alumbradas con luces de fiesta. Y las tunas (ya sabes esos grupos musicales de estudiantes) cantando villancicos se dejan ver y oír más por el campus de la Universidad y la plaza Moncloa. Mi amigo me ha invitado a acompañarles a él y a su novia para ir al cine. No sé si voy a ir con ellos. Y es que si hace buen tiempo, me gustaría más dar un paseo por el Rastro por la mañana y luego por la tarde irme al Retiro o pararme un momento y tomar un café en la cafetería de la Estación de Atocha. ¡En fin ya veremos! El otro día me encontré con el hijo del mercadero. Parecía enfermo. Con una cara pálida y un andar disonante. Cuando me reconoció, se paró a saludarme y charlar un rato. ¿Sabes que son cinco años desde que llegó para acá? No me lo creí. Me invitó a visitarle en su apartamento de Tetuán. Sí, es el mismo nombre que el de ese otro pueblo de la provincia. ¡Aquí los barrios tiene nombres muy familiares! El otro día me enteré de que uno de ellos se llamaba Megerit... En otras palabras, "agua abundante".

Creo que el próximo año dejaré la pensión para compartir un apartamento con mi amigo u otro compañero de clase. La patrona es muy estricta. Nos hace apagar la luz a las once de la

noche y no nos deja traer a ningún amigo a la habitación después de las siete de la tarde.

A veces me gusta estudiar con un compañero, hasta una hora avanzada de la noche, pero aquí, no puedo hacerlo. Y otras veces me levanto aturdido en la noche oyendo los cojos pasos de la patrona creyendo que nos está espiando. Luego, abriendo silenciosamente la puerta de mi dormitorio, noté que era la viuda hija de la patrona que tomaba agua en la cocina. Al volver a la cama, no pude dormir otra vez. Por mi mente pasaban miles de ideas e imágenes. ¡Os echo a todos mucho de menos! Y ¿qué tal está el primo del campo? ¿Sabes, madre? No te lo creerás pero siempre que me encuentro en la Estación de Atocha me parece estar cerca del mar. Me fijo en las personas que vienen y van con su equipaje y me pregunto qué es lo que pretendo encontrar. No lo sé... Tal vez alguna cara familiar, un aroma del mar o simplemente escuchar el rumor del tren que sale sigilosamente para el Sur sin mirar atrás. El caso es que el ambiente de este lugar, aún de tono melancólico y misterioso, atrae a muchas personas con aires de esperanzas y alegrías. Uno no sabe exactamente lo que se encierra en el alma de esta Puerta de Atocha.

Mañana viernes tengo sólo dos horas de biología. El profesor es muy bueno pero habla muy deprisa sin entender a veces lo que pretende explicar. Los exámenes del primer trimestre empiezan este lunes para acabar exactamente un día antes de las vacaciones de Navidades. Este fin de semana lo pasaré enteramente estudiando para estos exámenes. Bueno, nada más por ahora. ¡Ya te escribiré más la próxima!

Un abrazo de tu hijo..."

Las cartas de Gabi solían llegar casi mensualmente. Algunas veces para inspirarse a escribir, Gabi se marchaba a la Estación de Atocha donde pasa unas dos o tres horas en la cafetería de la Estación. La madre las guardaba todas en un cajón viejo atadas

con un lazo dorado. La vecina ya no la visita como antes. Ha caído enferma y no puede salir de su casa. Madre la visita de vez en vez para enseñarle las cartas de Gabi y ver cómo se encontraba.

—Mira, vecina, ayer mi Gabi me mandó esta carta. ¿Ves qué color más bonito tiene este papel? Parece de lila ¿verdad? En ella me dice que hace mucho frío por allá. Pobrecito, no sé si se ha comprado algún abrigo pues cuando se marchó no se llevó ninguno –le decía la madre mostrándole la carta.

—¡Sí... qué bonito color! ¡Cómo me gustaría recibir algunas de mi hijo en Alemania! No importa si son largas o cortas... Las aceptaría incluso si solo tuviesen una línea diciendo de que está sano y vivo...! –dijo la vecina en un tono triste. Y tratando de animar y alegrar a la vecina la madre le decía:

—Pero bueno, vecina, así son los jóvenes de este tiempo. Mi Gabi escribe sólo porque le gusta la escritura. Me acuerdo cuando estaba aquí con nosotros..., se pasaba las horas escribiendo y leyendo cuentos y novelas. Cuando la pobre abuela vivía con nosotros, Gabi siempre insistía en que les contara cuentos y historietas del pasado. Él y su hermanito se sentaban callados escuchando atentamente a los cuentos de la abuela. Yo, la verdad, no tenía tiempo para contarles nada. Y cuando la abuela desapareció me pidieron a mí que continuase contándoles cuentos de hadas y monstruos. Y yo, para no decepcionarles, les decía que sólo sabía contar cuentos de mi vida! –dijo la madre soltando una risa– Y ¿sabes lo que me decían? Pues que les contara también esos cuentos de mi vida. Por su puesto, yo no estaba dispuesta a hacerlo y los mandaba a hacer alguna otra cosa para que no me molestasen con eso de contar cuentos...

Otros meses más y la madre recibió otra carta de Gabi en la que decía:

"20 de marzo.

Querida madre: La primavera ya está aquí con nosotros. El buen tiempo nos recuerda a nuestro pueblo. El sol muy caluroso y el cielo, despejado de nubes. Los pájaros nos levantan por la mañana con su trinar y los días son más largos. Algunas tardes las pasamos tumbados en el césped entre la Facultad de Medicina y el restaurante del SEU yo y mi amigo leyendo o hablando sobre algunos problemas actuales. La semana pasada tuvimos una huelga aquí en la facultad. La policía tuvo que entrar al campus para despejarnos y que así no influenciáramos a los estudiantes de las otras facultades. La huelga la había convocado la asociación de estudiantes para protestar los planes de cambiar nuestros programas de estudios. Toda la universidad aún está inquieta por estos acontecimientos. Parece que los estudiantes en huelga están preparando una reunión para luego decidir cómo proceder. No creo que esta situación vaya a acabarse de este modo... Sólo espero que las cosas no salgan mal...

Mi amigo y yo pensamos alquilar un piso antes de que acabe el curso académico. Y así, cuando volvamos de las vacaciones de verano tenemos acomodación segura. Mi amigo me dice que en el Barrio del Pilar hay pisos de alquiler muy barato. El único problema es el del transporte, pues tendríamos que tomar metro y autobús para llegar a la Universidad. ¡Pero no importa...! Las notas del segundo trimestre fueron buenas. Sólo notables y sobresalientes. Espero conseguir lo mismo en los exámenes finales dentro de dos meses. Las matemáticas se hacen un poco difíciles al tiempo que avanzamos pero, con la ayuda de mi amigo, no voy a tener problemas. Él es muy bueno con las matemáticas: El otro día fuimos al piso del hijo del mercadero. Nos invitó a su fiesta de cumpleaños. Aún me parece enfermo... Se lo quería preguntar aquel día pero no lo hice por no ser la oportunidad adecuada. La verdad es que me preocupa verle de esa forma.

¿Qué tal está la vecina? La última vez que me escribiste me dijiste que no se encontraba bien. Espero que no sea nada grave. ¡Es una buena señora!

Y ¿cómo van los estudios del hermanito?

En fin, nada más que contar por ahora. Hasta pronto

Un abrazo para todos".

La madre continúa esperando la vuelta de su querido hijo. La esperanza nunca ha desaparecido. Muchas madres como ella han esperado la vuelta de sus hijos que se fueron pero que nunca volvieron. Algunas, como la vecina, ni han tenido la suerte de disfrutar de unas cartas llegadas de otras tierras. Pero la madre de Gabi tenía al menos aquellas cartas que desde La Puerta de Atocha su hijo le escribió. Y ella agradecía que esa puerta estuviese abierta inspirando e invitando a su hijo para que le escribiese esas cartas. Y si ya no llegan como antes, al menos podrá releer las que recibió hace dos años.

Y en una tarde hermosa, la madre de Gabi abrió el cajón viejo y sacó el paquete de cartas. Llamó a su hijo menor y le pidió que le leyese la última carta que su hijo mayor le mandó desde la Capital.

"30 de junio.

Querida madre: Espero que todos estéis bien.

Los exámenes finales fueron buenos. Notable en todas las signaturas. El próximo año académico empiezo el segundo de carrera. La beca de este mes llegó un poco tarde pero pude subsistir sin penas. ¿Sabes que el hijo del mercadero tenía tuberculosis? No sé cómo la agarró. De todas formas lo han cuidado bien. Ahora está en un sanatorio de la sierra reposando durante unos meses. Mi amigo y yo fuimos a visitarle la otra semana y parecía mejor. Hoy hace un calor insoportable por aquí. Estoy

sentado a una mesa del bar de Atocha. Por los altavoces anuncian de que el tren para Málaga número 201 sale dentro de diez minutos. Me siento muy ilusionado de saber que en una semana estaré con vosotros. Mi amigo y yo quedamos mañana para ir a ver a un piso en Las Ventas. Sí, es el barrio de esa gran plaza de toros de Las Ventas. El piso del Pilar no nos gustó tanto. Pero si el de Las Ventas nos sale caro, no tenemos más remedio que quedarnos con el del Pilar.

Bueno, creo que ésta va a ser mi última carta. Ya os veré a todos pronto.

Un abrazo de tu hijo".

El tren de ese día de julio, que salía de la Estación de Atocha para el Sur, nunca llegó a su destino. Su descarrilamiento acabó con la vida de muchas personas con ilusiones y esperanzas. Uno no sabe si el destino, el hombre o la suerte son los responsables. El caso es que la Puerta de Atocha sigue recibiendo constantemente y sin parar a otras personas con ilusiones y esperanzas. Y, tal vez, alguno de ellos escribiría también cartas de ilusiones y esperanzas…

LARBI EL-HARTI

larbi_el_harti@yahoo.fr

Es profesor de literatura española en la facultad de Letras de la Universidad Mohamed V de Rabat y profesor de lengua española en el Instituto Cervantes de Rabat. Desde 2001 dirige la colección *Poesía española contemporánea* que patrocinan el Instituto Cervantes y la Unión de Escritores de Marruecos, para la que ha editado y traducido, junto a otros especialistas, *Antología poética* de Andrés Sánchez Robayna, *Antología poética* de Francisco Brines, *Antología de poetas jóvenes españoles*, *Un mismo fuego* de Carlos Marzal, *La llama azul* de Basilio Rodríguez y antologías bilingües de los poetas David Castillo y José Ramón Trujillo. Ha publicado en distintas revistas de poemas y narraciones textos de ensayo literario: "El tema del moro entre la historiografía y la ficción" (1997) y "Escritura en español en Marruecos" (2003). Obtuvo el premio Sial-Nobel de Narrativa 2002 por su libro de cuentos *Después de Tánger* (Sial, Madrid, 2003).

LA ÉTICA DE LA MUJER

Me llamo Aicha y soy mujer. Nací en un poblado de Gharb. Allá, el agua era como una joya rara. Tan rara era que había que ir a buscarla al fin del mundo y andando. Tomar una coca-cola podía desembocar en un acontecimiento que marcaba definitivamente el alma y un *tagine* de cordero se festejaba como el nacimiento de un varón en una familia en vías de extinción.

A los ocho años, mi padre me prestó, a cambio de cien dirhams al mes, a una familia de Kenitra. Allí aprendí todo sobre la generosidad musulmana. No fue necesario leer las sagradas

escrituras, ni asistir a las interminables charlas sobre la magnanimidad del cielo. Pasé diez años durmiendo en la cocina, con los platos, las cacerolas y las cucarachas. Serví para todo. Todo aquello que puedas imaginar y lo que no tiene cabida en tu mente de burgués. Fui útil y rentable hasta para satisfacer los deseos repentinos de los dos hijos varones que me asaltaban a cualquier hora del día y los del señor que, de vez en cuando, me metía una cosa negra y enorme en la boca. Nunca me quejé, porque pensaba que aquello era parte de mi trabajo. Hoy soy experta, gracias al señor.

Ahora que lo recuerdo, nunca hice nada fuera de la cocina. En silencio. Sí, discreta y sigilosamente y comiendo las sobras del resentimiento, que crecía y crecía invadiendo mi ser como lo hiciera la yedra en una casa abandonada, a medida que la morada iba adquiriendo autonomía. El olor de la cocina me acompañará siempre. Es parte de mi alma. Tenía pocos años cuando empecé a recorrer los caminos sola. Y sigo sola, andando sola, soñando la jodida realidad de no tener derecho al sueño, nada. Y aquí me tienes. Tengo el alma hecha trizas y estoy cansada, muy cansada, pero mi ruta no se ha acabado aún.

Trabajé una temporada con el señor Pedro. Le estaré eternamente reconocida. Era un hombre poderoso, influyente y a veces muy raro, agresivo, testarudo. Siempre estaba despotricando contra los moros, porque, según repetía obsesivamente, eran imposibles, mentirosos, poco fiables y nada formales. Lo escuché, en todo caso, con mucha atención. Y siempre asentía. Era mi jefe. Dada mi flexibilidad, procuraba no provocar otra emoción que el deseo. Temía su iracundia. Pero, a pesar de todos los esfuerzos, aprendidos en la sombra de la necesidad y la humillación, a veces me tocaba. Y cuando eso ocurría, me convertía en la síntesis global de su ira contra Marruecos.

Nunca supe la razón de tanta visceralidad destructora y tanto enconamiento. Tampoco tenía tiempo. Vivía inmersa en la espera de sus cambios de humor. Me pegaba y yo consideraba

su violencia sobre el cuerpo, objeto de refocilamiento, como una penitencia. Aunque nuestra experiencia haya empezado en un oscuro hotel de Tánger, sobre una cama escandalosa y a cambio de quinientos dirhams, enseguida me tomó cariño y reconoció mis facultades. En un abrir y cerrar de ojos, igualito que la gente influyente de mi país, ordenó que me hicieran atravesar el Estrecho. Y así fue. Yo estaba maravillada, fascinada, extasiada ante la mirada segura y los gestos precisos de aquel señor que resolvía todas las dificultades por teléfono.

El mío, lo despachó una mañana. Yo hacía punto francés entre sus piernas fuertes y peludas. No sé cómo lo consiguió, pero viajé como una dama, en un flamante Mercedes negro y en un barco que volaba sobre las aguas del mar. Nunca tuve documento alguno. Estoy convencida de que oficialmente no existo en mi tierra. Me acuerdo que el policía del puerto de Algeciras me sonrió y me guiñó un ojo. Sí, ese ojo verde que me transformó por unos minutos. Era la primera vez que un policía me sonreía. Por otra parte, tengo que confesarte que nunca había visto tantos hombres con uniforme y guapos en pocos metros cuadrados.

No son como los nuestros: feos, gordos, violentos, sudorosos, sucios, groseros, maleducados, hijoputas y mezquinos. Y en la cama, nada de nada. Lo hacían como gallos; un segundo, plas y se acabó. Y peor aún. Escupían su veneno en nosotras y luego nos desplumaban. Nos lo quitaban todo, dinero, joyas, móviles... Qué podía hacer una mujer como yo sin un móvil; era mi "ganapán". Pues, me los quitaron más de una vez. Bueno, a decir verdad, tampoco los compraba. Eran regalos que mis amigos me hacían. Hasta las bragas se las quedó una vez un cabrón. Y me acuerdo que en una ocasión me quitaron los condones. Era lo único que llevaba encima. Había aprendido a ir ligera de equipaje y había consumido la necesidad que fuera, además de insignificante, barato.

No es por nada, Basilio, amigo, pero he de confesarte que siempre he preferido la cárcel, que me monten como perros en

un furgón, que me despojen del dinero sucio de semen y silencio, y que me quiten las bragas, que a fin de cuentas me costaban veinte dirhams y luego nada, puesto que dejé de llevarlas. La cárcel y los hospitales son temas mayores de los que hay que preservar a los amigos. Tenía muchos amigos. Los más generosos eran los jueces; evidentemente, después de los vendedores de la planta verde prensada, que por aquí llaman "chocolate". Esos eran fabulosos, de película, vamos; y todo lo que tocaban era extraordinario. Llegué a sentirme única e irrepetible, entre el abundante verde y el polvo quimérico.

Los peores, según una opinión muy generalizada entre las chicas, eran los maestros de escuela y los profesores de universidad. Eran rácanos y hablaban mucho. Te follaban bien, eso sí, pero moralizaban como si les excitara el hurgar en los pliegues oscuros de las mujeres de la que no les apetecía tener memoria. Lo que me sacaba de quicio, amigo mío, era que hablaban convencidos de que podían redimirte. Eran asquerosos. Gracias, supongo, al encanto de mis caderas, abundantes, buenas y mágicas cuando el deseo las convoca, y también a mi carácter arisco, impertinente y sumiso, que encendía los sesenta años del señor Pedro, no conocí el peligro de una patera. Así que yo no soy una *harraga*. Hice el mejor viaje de mi vida, deseada, mimada y montada sobre el español más guapo del mundo. Bromeo. No era para tanto. Era bajito y escamado como una serpiente enferma. El alcohol y una maldad soterrada le tenían devorada la humanidad. Mi exageración estética es la hija del reconocimiento. Así soy yo.

Hoy soy puta en un club de una de las muchas carreteras andaluzas. Gracias al señor Pedro, de nuevo. Pero no me apetece hablarte del laberinto sentimental de una prostituta marroquí en España. No. Lo tengo asumido. Para eso está el maquillaje, la noche, el alcohol, la risa simulada y el perfume, cuanto más fuerte, mejor. Siempre he utilizado el perfume como coraza, como un escudo para aislarme del mundo y protegerme de los

hombres, enemigos letales de la vida, buscadores infatigables de una felicidad que no ven, a pesar de tenerla tan cerca, y que van perdiendo en el largo y penoso camino hacia la muerte, a golpe de deseo, ira, odio y ambición. El trauma de los hombres, amigo mío, es que quieren suplir a Dios. Te cuento a ti, Basilio, porque no nos une la fiebre de la carne a cinco mil pesetas, ni ese tufo petulante, esa necesidad del desprecio que los hombres manejan tan diestramente en su país. Es como si se tratase de una cruzada disfrazada contra la carne infiel. Pero no te preocupes, te lo digo yo, son tan malos, tan ineptos, tan asquerosos como los hombres del orden y los del desorden de mi país y del tuyo, porque comprendí luego la belleza de los maderos de España.

Quiero que sepas que soy puta porque así estaba escrito, soy analfabeta porque así lo escribieron los sucesivos poderes políticos de mi país y porque la ignorancia, la cerrazón y la falta de fe son lo peor que puede ocurrirle a un pueblo. Soy todo eso y más, pero tengo una ética. No olvido que la palabra é-ti-ca me la enseñaste tú. ¿Te acuerdas? La repetí muchísimo en mis momentos de soledad. La repetí tanto como las pocas aleyas del *Alcoran* que conozco. Me relajaba el ritmo y la esencia que transmitían las palabras. La fusión de la ética y las aleyas, que no comprendía, pero que sentía profundamente, me parecía perfecta.

Al principio, aunque no discernía aún su sentido, intuía su fuerza, su riqueza y su raigambre en el alma de todos los humanos. Te di la tabarra, pero al final di en el *quid*: yo también tenía una ética. Mi experiencia en el complejo e inestable mundo de los valores empezó muy temprano. Probablemente, en torno a los cuatro años. Pero, en mi caso, no los aprendí leyendo letras, ni yendo a las escuelas y universidades como lo hiciste tú. Me la bordaron en el alma la voz dulce y tranquila, los gestos sabios, los mimos siempre llenos de cariño y las cadencias de una abuela que religiosamente nos contaba historias.

Al principio, me encantaban el ritmo de la narración y su rostro, que se me escapa cada vez que la llama inquieta de la vela se

movía. No teníamos luz. Pero éramos ricos de ternura, tacto y calor. El primer cuento me marcó decisivamente. Me alteró e influyó porque me abrió los ojos del alma y me hizo tomar conciencia de que mi abuela no estaba enseñándonos sólo a oír y memorizar el sentido de los sonidos, sino que dulcemente construía nuestra personalidad. Con una alegría reposada, que nunca he vuelto a vivir, bordada con la seda de los pobres, nuestra sensibilidad y nuestros valores éticos.

Me contó un día que en una ciudad muy lejana y en una época remota, extraordinariamente remota, vivían en una casita, único patrimonio de una familia, dos hermanas huérfanas. La mayor, dada la cruenta pobreza que les había atrapado las entrañas, después de la muerte de sus padres en una guerra injusta como todas las guerras, y dada su predisposición, dicen, al placer, se dedicó a la prostitución.

La pequeña era una mujer discreta y austera que entregó su juventud a Dios y a Sidna Muhamad, su profeta. Encontró la paz en la oración y en la recitación del santo *Alcoran Alkarim*. Comía poco, dormía poco y disfrutaba como nadie de los imperceptibles placeres que Dios le ofrecía, benévolo. Vivía en un absoluto recogimiento. Nada le pertenecía. Puso entre las dulces y magnánimas manos de Dios el deseo, el tiempo, la voluntad y el alma. La mayor, para proteger la santidad de su hermana, discretamente decidió ofrecer a los hombres innumerables e inconfesables placeres.

Se hizo famosa por su arte y conoció hombres ricos, muy ricos, hombres pobres, hombres sabios, hombres groseros y violentos, hombres de todos los países y todas las religiones. Muy pronto se ganó el título de *Jazmín de la noche* por su blancura, suavidad y aliento embriagador. Nadie resistía la fragancia que su cuerpo exhalaba. Un día, Raquel, la judía que vivía dos manzanas más lejos, justo detrás de la madrasa de la gran mezquita, atravesó, como de costumbre, la estrecha y umbría calle de las dos hermanas.

El fuerte aroma de un *tagine* de cordero con ciruelas pasas, confitadas en miel, canela y sésamo, la agarró del paladar. Sin quererlo, dado que el deseo, como sabes, afloja la voluntad y anestesia la lucidez, llamó a la puerta de las huérfanas. Abrió la puerta la hermana mística. Era conocido en el pueblo su don especial para preparar platos condimentados por la gracia divina. Ella los consideraba como esencias, deleites y músicas del paladar, que inventaba para acercarse a dios y a su clemencia. Reconoció rápidamente a Raquel, cosa que no le agradó. Empezar el día tropezándose con una judía es lo peor que le podía pasar a una musulmana.

Raquel, tímida como un animal acorralado, la saludó y le pidió que le diera un poco del plato que estaba preparando. Le dio el suficiente argumento para que nadie en un país musulmán pudiese rechazar la solicitud. Le contó que estaba embarazada y que el antojo le devoraba las entrañas. La ermitaña le estrelló la puerta en la cara. Raquel se quedó paralizada en la puerta. La humillación no era nada ante el deseo que la superaba. Se sentó allí mismo y lloró desconsoladamente durante horas. Eran las siete y media de la mañana. El sol había invadido con sus rayos contundentes las callejuelas del barrio. La hermosa prostituta llegó, como siempre, borracha y con el cuerpo perforado por placeres amargos, por una soledad amarga, y un silencio amargo que le estrujaba el corazón sin cesar. En silencio.

Al abrir la puerta, percibió un cuerpo arrugado de tristeza. Era una sábana tras una noche de lucha de dos cuerpos que se desconocen, pero que intentan encontrarse en la vieja e impenetrable soledad del hombre. Para no derrumbarse como un muro, como una tapia vieja minada por los cimientos, arrancó el esfuerzo de las zonas más negras del alma. Se agachó lentamente, muy lentamente. Abrazó a Raquel y le acarició el pelo durante la lenta eternidad que produce la mezcla de un cuerpo hastiado, la embriaguez y la falta de sueño.

Entendió lenta y dificultosamente las palabras de Raquel. Eran voces confusas bañadas en moco, en una respiración ambigua y un llanto ácido. La colmó con ternura. La prostituta, cuyo verdadero nombre era Imán, quiso convencer a la hermana para que permitiera a Raquel compartir con ellas el almuerzo, apoyándose en los dichos del profeta y las sagradas aleyas. La decisión de la bienaventurada era irrevocable. Ella no podía compartir nada con una judía. Imán le sacó los libros de *Alhadith*, de *Atafsir Alcoran* y también, los de Averroes, Ibn Arabi y Alghazali. Pretendía convencerla de que la fe no era lo que ella predicaba.

La mística no podía aceptar consejos de una libertina. Se encerró en un mutismo indiferente y agresivo. Quería, por su parte, disuadir a la hermana. Cuando ésta se aseguró que nada podía contra el rigor de una mujer cegada por sus creencias, le ofreció la mitad de la casa, sus joyas y todo lo que poseía, a cambio de la parte que le correspondía del plato. A la mística le pareció una de las interminables extravagancias de la hermana. Aceptó, como de costumbre, para poner fin a aquella broma empapada en el vino de las buenas casas. Pero pronto se iba a dar cuenta que la bacante no bromeaba, y lo que solicitaba no era el fruto de la embriaguez.

Salió en contra de sus hábitos. No se acordaba de la última vez que lo había hecho. Aquel viernes provocó un revuelo sacrílego. El *imam* de la mezquita del barrio habló de la degradación de los valores y la degeneración de las costumbres, auténticos pilares de la comunidad. Nada le importó. Estaba como poseída por el amor. Imán, la prostituta, volvió con dos notarios y dos testigos. Estaba muerta de felicidad. *El alimento de los corazones*, así se llamaba la devota, oyó una voz muy lejana que le decía que por qué no; que a fin de cuentas, no se merece otra cosa; estaba escrito que acabaría su vida pordioseando en las calles, y ¿no era tu deseo vivir sola con tu señor?

Raquel cogió el *tagine* y escurrió el bulto como una lagartija asustada. *El alimento de los corazones* le impuso a Imán la con-

dición implacable y sin apelación de irse de casa definitivamente. Aceptó con una sonrisa que había dejado de pertenecer a la humanidad de carne y hueso. Las palabras le sobraban; eran vacuas y habían dejado de existir en su mente. Sólo pudo rogarle que le permitiesen descansar unas horas. Deseaba estar sola con su memoria en aquella habitación que la había visto asomarse a la vida como una flor inquieta. Entró en su habitación y se encerró.

Pasaron las horas. Cayó la noche como una tromba de cuervos y búhos rabiosos. *El alimento de los corazones*, furiosa e indignada por la consabida falta de seriedad y constancia de la hermana, llamó a la puerta una y otra vez. Imán no contestaba. *El alimento de los corazones* se dijo que probablemente aquella noche era especial. Pensó que sobre el cuerpo de la hermana se habían solazado decenas de soldados sin guerra, llenos de violencia y sedientos de placer.

Cuando la espera se hizo insoportable y la sospechosa paciencia flaqueó, la diva del señor soltó su histeria ancestralmente contenida en alaridos inhumanos, surgidos de profundidades secretas y negras. Estallaron cristales, derribaron puertas y echaron a medio barrio a la calle. Ahmed, el carnicero, conocido por una cierta inclinación secreta por las mujeres que no salían de sus casas, abatió la puerta. Imán ya no existía. Su habitación estaba inundada de un resplandor ígneo, el olor suave de una primavera celestial y la fragancia del almizcle, de la mirra, la alheña y el clavo.

Dos tórtolas blancas retozaban encima de la cama deshecha.

LOS AUTORES

Ignacio López-Calvo es profesor de literatura latinoamericana en la University of North Texas. Ha publicado cuatro libros sobre literatura y cultura latinoamericanas: *Writen in Exile. Chilean Fiction from 1973-Present* (Routledge, 2001); *Religión y militarismo en la obra de Marcos Aguinis 1963-2000* (Mellen Press, 2002); *"Trujillo and God": Literary Representations of the Dominican Dictator* (University Press of Florida, 2005); e *Imaging the Chinese in Cuban Literature and Culture* (University Press of Florida, 2008, aceptado para publicación). Ha editado también el libro *Alternative Orientalisms in Latin America and Beyond* (Cambridge Scholarly Publishing 2007). Asimismo, ha publicado treinta y cuatro artículos sobre literatura y cultura hispanas en revistas académicas.

Cristián H. Ricci es doctor en filología española por la Universidad de California, Santa Bárbara (2004). Se especializa en el modernismo español e hispanoamericano, la vanguardia española, la Guerra Civil y la literatura marroquí de expresión castellana y catalana. Es profesor fundador de la Universidad de California, Merced. En 2008, el CSIC (Consejo Superior de Investigaciones Científicas) y el Instituto de Estudios Madrileños publicarán su libro *El espacio urbano en la narrativa del Madrid de la Edad de Plata (1900-1938)*. Ha publicado diez artículos sobre modernismo, bohemia y fin de siglo, cuatro sobre literatura marroquí. En 2009 publicará un libro sobre la literatura marroquí en castellano.

Los editores de esta antología, Ignacio López-Calvo y Cristián Ricci, queremos que quede constancia de que las ideas, conclusiones y opiniones expresadas por los autores en esta antología no reflejan necesariamente las nuestras.

ÍNDICE

Este libro se terminó de imprimir en
GAMA PRODUCCIÓN GRÁFICA S.R.L.
Zeballos 244 - Avellaneda
Pcia. de Buenos Aires

Pocos conflictos internacionales han generado tanta atención por parte de la prensa internacional como el desencuentro histórico entre palestinos e israelíes. La mayoría de los cuentos, poemas y capítulos de novelas en castellano escritos por escritores israelíes (de origen latinoamericano muchos de ellos) y árabes (la mayoría marroquíes y palestinos) tienen que ver de una manera u otra con dicho conflicto armado. La literatura es una vía que aún no ha sido explotada como herramienta que facilite el diálogo entre las dos naciones, más allá de las negociaciones entre los políticos. La idea se inspira en la escuela de música para niños palestinos e israelíes que organizaron en su momento Edward Said y Daniel Barenboim. En este caso, el punto de partida, en lugar de la música, es la lengua común: el castellano. El volumen tiene el potencial de contribuir de alguna manera no sólo al proceso de paz en Oriente Medio, sino al campo de las literaturas alternativas en castellano.

